



ABDULRAZAK GURNAH

PARAÍSO



En el este del África musulmana, en vísperas a la Primera Guerra mundial, un niño swahili que sueña extraños sueños deja su hogar para seguir al tío Aziz, un rico mercader árabe de la costa. En este viaje, iniciático, el primer conocimiento que adquiere Yusuf es que Aziz no es su tío: su padre, en bancarrota, lo ha vendido para cancelar parte de sus deudas.

Obligado a cuidar de la tienda de Aziz, Yusuf se ocupa también del huerto amurallado de su amo, ese paraíso verde bañado por cuatro arroyos. En el jardín cifrado, amores secretos consumen a los protagonistas. De los árboles cuelgan espejos en los que lo observa y espía la triste y desfigurada mujer del amo. Por los senderos pasea una criada a quien Yusuf desea sin esperanzas. En el aire resuenan cuentos del mundo ajeno, aún más arcano: el oscuro interior de África, guardado por licántropos, sitio del paraíso terrestre cuyas puertas vomitan fuego.

Un libro sobre el continente perdido escrito por un africano de extraño talento.



Abdulrazak Gurnah

Paraíso

ePub r1.0

Titivillus 12.10.2021

Título original: *Paradise*
Abdulrazak Gurnah, 1997
Traducción: Sofía Carlota Noguera

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Para Salma Abdalla Basalama.

El jardín cercado

1.

Empecemos por el niño. Se llamaba Yusuf, y cuando tenía doce años tuvo que abandonar su hogar de manera repentina. Recordaba que era época de sequía y que cada día era igual al anterior. Las flores morían apenas brotaban. Extraños insectos salían de debajo de las piedras para retorcerse hasta morir bajo la luz abrasadora. El sol hacía que los árboles lejanos temblasen en el aire y que las casas se estremecieran y jadearan con dificultad. Con cada pisada una nube de polvo se elevaba, y una quietud agobiante se cernía sobre las horas de más calor. Momentos precisos como éstos acudían a su memoria cuando menos se lo esperaba.

En aquella época vio a dos europeos en el andén. Eran los primeros que veía en su vida, pero aun así no se asustó, por lo menos al principio. Iba a menudo a la estación para ver la entrada de los trenes, estruendosos y llenos de gracia, y luego esperaba hasta que volvían a ponerse en movimiento bajo las órdenes que el ceñudo guardavía indio impartía valiéndose de un banderín y un silbato. En ocasiones, Yusuf esperaba durante horas la llegada de un tren. Los dos europeos también esperaban, de pie bajo un toldo, con el equipaje y otros enseres voluminosos apilados con esmero a corta distancia. El hombre era corpulento, y tan alto que tenía que agachar la cabeza para no tocar el toldo bajo el cual se protegía del sol. La mujer, cuyo resplandeciente rostro aparecía parcialmente oscurecido por dos sombreros, estaba un poco detrás de él, en la sombra. Llevaba una blusa blanca con volantes abotonada en el cuello y las muñecas y una falda larga que le rozaba los zapatos. También era grande y alta, pero de manera diferente. Mientras ella daba la impresión de estar hecha de alguna materia maleable, como si fuese susceptible de adquirir otra forma, él parecía haber sido

tallado de un solo trozo de madera. Miraban en distintas direcciones, como si no se conocieran. Yusuf observó que la mujer se pasaba el pañuelo por los labios y, con toda naturalidad, se quitaba trocitos de piel seca. El hombre tenía manchas rojas en la cara y, mientras sus ojos recorrían lentamente el atiborrado y reducido paisaje de la estación, abarcando los cerrados almacenes de madera y la enorme bandera amarilla con el dibujo de un brillante pájaro negro, Yusuf tuvo ocasión de estudiarlo detenidamente. Entonces se volvió y advirtió que Yusuf lo miraba. El hombre primero apartó la vista, pero luego se volvió hacia él y lo observó por un buen rato. Yusuf no podía dejar de mirarlo. De pronto, el hombre dejó escapar un involuntario gruñido, mostró los dientes y dobló los dedos de un modo inexplicable. El muchacho captó la advertencia y se alejó sin dejar de murmurar las palabras que le habían enseñado a decir cuando precisaba de la repentina e inesperada ayuda de Dios.

El año en que abandonó su casa fue también el año en que la carcoma infestó los postes del pórtico de atrás. Su padre aporreaba con furia los postes cada vez que pasaba por su lado, para que de esa forma supiesen que estaba al corriente del juego que se traían entre manos. La carcoma dejaba regueros en las vigas, que poco a poco se asemejaban a aquella tierra revuelta que señalaba los túneles de los animales en el lecho de un arroyo seco. Cuando Yusuf los golpeaba, los postes sonaban a blando y hueco, y diminutas y granulosas esporas de putrefacción se desprendían de ellos. Si refunfuñaba pidiendo comida, su madre le decía que se comiese los gusanos.

—Tengo hambre —se quejaba, una letanía que nadie le había enseñado y que recitaba con creciente malhumor a medida que pasaban los años.

—Cómete la carcoma —le sugería la madre, para luego, ante la exagerada expresión de congoja y repugnancia del muchacho, echarse a reír —. Anda, atibórrate tanto como quieras y cuando te apetezca. No seré yo quien te lo impida.

Para mostrarle lo patética que era su broma, él suspiraba como si estuviera hastiado del mundo, de una manera que llevaba tiempo ensayando. A veces comían huesos, que su madre ponía a hervir para preparar una sopa ligera bajo cuya superficie grasosa acechaban trozos de

médula esponjosa. En el peor de los casos, sólo había guisado de quingombó, pero por mucha hambre que tuviese, Yusuf era incapaz de tragarse aquella salsa viscosa.

Su tío Aziz también los visitaba en aquella época. Sus visitas eran breves y espaciadas, y normalmente acudía con un montón de viajeros, porteadores y músicos. Se detenía en el curso de los largos viajes que realizaba desde el océano hasta las montañas, los lagos y las selvas, cruzando las llanuras secas y las desnudas colinas rocosas del interior. Sus expediciones solían ir acompañadas de tambores, panderetas, cuernos y *siwas*, y cuando su tren entraba en el pueblo, los animales salían en estampida y defecaban, y los niños se desmandaban. El tío Aziz despedía un olor extraño y poco corriente, una mezcla de piel de animal y perfume, de resinas y especias, y otro olor más difícil de definir que a Yusuf le hacía pensar en el peligro. Solía vestir un *kanzu* ligero y vaporoso de algodón fino y un gorro de ganchillo en la coronilla. A juzgar por sus aires de gran señor y su actitud cortés e impasible, se habría dicho que era un hombre dando un paseo al atardecer o un feligrés camino de las plegarias vespertinas, en lugar de un mercader que había llegado allí abriéndose paso a través de matorrales de espinos y nidos de víboras que escupían veneno. Incluso en medio del acaloramiento de la llegada, entre el caos y el desorden producido por el revoltijo de bultos y rodeado de porteadores cansados y ruidosos y mercaderes alertas y llenos de arañazos, el tío Aziz conseguía parecer tranquilo y a sus anchas. En aquella ocasión, había ido solo.

A Yusuf siempre le alegraban sus visitas. Su padre decía que suponían un honor para ellos, porque era un mercader muy rico y renombrado — *tajiri mkubwa*—, pero, aunque el honor siempre era bienvenido, había algo más. Cada vez que los visitaba el tío Aziz le regalaba, sin excepción, una moneda de diez annas. Lo único que tenía que hacer Yusuf era estar presente en el momento apropiado. El tío Aziz lo buscaba con la mirada, sonreía y le entregaba la moneda. El muchacho tenía la sensación de que debía devolver la sonrisa, pero no lo hacía porque intuía que ello podía volverse en su contra. La piel luminosa y el olor misterioso del tío Aziz lo embelesaban. Después de su marcha, el perfume persistía durante días.

Al tercer día, se hizo evidente que la visita del tío Aziz estaba llegando a su fin. En la cocina reinaba una actividad que no era la usual, y de ella se escapaban entremezclándose los inconfundibles aromas de un festín. Se freían especias dulces, se cocían a fuego lento salsa de coco, bollos esponjosos y coca de pan, se horneaban bizcochos y se hervía carne. Por si acaso su madre necesitaba ayuda para preparar los platos o quería una opinión sobre alguno de ellos, Yusuf procuró no alejarse demasiado de la casa en todo el día. Sabía que en estos asuntos ella valoraba mucho su opinión. También podía ocurrir que olvidase agitar una salsa o que se le pasara por alto el momento en que el aceite caliente alcanzaba aquel punto justo de temblor idóneo para echar las verduras. Era un arma de doble filo, pues si bien quería estar en disposición de no perder de vista la cocina, por nada del mundo deseaba que su madre advirtiera que estaba al acecho y ocioso. En ese caso, seguro que lo mandaba a hacer recados interminables, lo cual era malo de por sí, pero, además, correría el riesgo de no llegar a tiempo para despedirse del tío Aziz. La moneda de diez annas siempre cambiaba de mano en el momento de la partida, cuando el tío Aziz le ofrecía la suya para que la besara y, mientras Yusuf se inclinaba, le acariciaba la parte posterior de la cabeza y deslizaba la moneda en su mano con una desenvoltura bien practicada.

Por regla general, su padre no volvía del trabajo hasta pasado el mediodía. Yusuf imaginó que llevaría al tío a la casa, de modo que le quedaba mucho rato que matar. Su padre dirigía un hotel. Era el último de una serie de negocios con los que había intentado hacerse un nombre y una fortuna. En casa, cuando estaba de humor, contaba historias sobre otros proyectos que, en su opinión, no podían por menos que prosperar, pero que sonaban ridículos e hilarantes. Yusuf también lo oía quejarse de lo mal que le había ido en la vida y de que siempre que intentaba algo, le fallaba. El hotel, que consistía en un restaurante encima del cual había una habitación con cuatro camas limpias, se encontraba en la pequeña ciudad de Kawa, donde ellos vivían desde hacía más de cuatro años. Antes habían vivido en el sur, en otra ciudad pequeña situada en una región agrícola donde su padre regentaba una tienda. Yusuf recordaba una colina muy verde y las lejanas sombras de las montañas; y a un anciano que, sentado a la puerta de la

tienda, bordaba gorros con hilo de seda. Se mudaron a Kawa porque esta ciudad prosperó porque los alemanes la utilizaban como depósito mientras construían la línea de ferrocarril que llegaría a las tierras altas del interior. Pero este esplendor fue flor de un día, y ahora los trenes sólo se detenían para recoger madera y agua. En el viaje anterior, el tío Aziz había utilizado el ferrocarril hasta Kawa para luego dirigirse hacia el oeste a pie. Decía que para su siguiente expedición tenía previsto ir en tren hasta el final de la línea y luego seguir una de las rutas del noroeste o del noreste. Aseguraba que en ambas direcciones aún era posible hacer buenos negocios. En ocasiones Yusuf oía decir a su padre que la ciudad entera estaba yéndose al infierno.

El tren de la costa partía a última hora de la tarde, y el muchacho imaginaba que su tío se marcharía en él. Algo en su actitud le decía que el tío Aziz iba camino de casa. Pero uno nunca podía fiarse de la gente y a lo mejor resultaba que cogía el tren que subía a las montañas, que salía a media tarde. Yusuf estaba preparado para cualquier alternativa. Su padre le había ordenado que fuese al hotel todas las tardes después de las plegarias del mediodía, para aprender el negocio y a valerse por sí mismo, según sus propias palabras, pero en realidad para echar una mano a los dos jóvenes que ayudaban en la cocina y servían las mesas. El cocinero bebía y no paraba de maldecir, por no mencionar que, salvo a Yusuf, insultaba a cualquiera que estuviese al alcance de su vista. Apenas veía al muchacho se detenía en mitad de la maldición que estuviera soltando y se deshacía en sonrisas, pero él permanecía asustado y tembloroso en su presencia. Aquel día Yusuf no fue al hotel ni rezó sus oraciones del mediodía, pues hacía un calor tan espantoso que no creía que a esa hora nadie fuera a tomarse la molestia de ir en su busca. Anduvo en cambio metido en rincones sombreados, como detrás del gallinero, en el patio trasero, hasta que los olores sofocantes y el polvo que se elevaban con las primeras horas de la tarde lo obligaron a salir de allí. Se escondió en el sombrío depósito de madera contiguo a la casa, un lugar en penumbra, de color rojo oscuro y con un tejado abovedado de paja, donde se ponía a escuchar a los lagartos que, siempre al acecho, se escabullían cautelosamente, y donde tenía un escondite seguro para las diez annas.

Como estaba acostumbrado a jugar solo, el silencio y la penumbra del depósito de madera no le parecían desconcertantes. A su padre no le gustaba que jugara lejos de casa.

—Estamos rodeados de salvajes —decía—. *Washenzi* que no tienen fe en Dios y que adoran a los espíritus y a los demonios que viven en árboles y rocas. Lo que más les gusta es raptar niños pequeños y utilizarlos a su antojo. O te puedes encontrar con esos otros desaprensivos, holgazanes o hijos de holgazanes, que no te harán caso y dejarán que los perros salvajes te devoren. Quédate por aquí cerca, y así podremos vigilarte.

Su padre prefería que jugara con los hijos del tendero indio que vivía en la vecindad, pero cuando Yusuf trataba de acercarse a ellos, le arrojaban piedras y lo insultaban. «*Golo, golo*», cantaban a la vez que escupían en su dirección. En ocasiones se juntaba con los grupos de muchachos que se reunían bajo las sombras de los árboles y al abrigo de las casas. Le gustaba la compañía de estos muchachos mayores que él porque siempre estaban contando chistes y riendo. Sus padres eran *vibarua*, jornaleros que trabajaban para los alemanes en las cuadrillas de la cabeza de la línea de ferrocarril que se estaba construyendo; también se desempeñaban como porteadores de los viajeros y mercaderes. Sólo se les pagaba por el trabajo que hacían, y a veces no había trabajo. Yusuf les había oído decir que los alemanes colgaban a los obreros que no trabajaban duro. Si eran demasiado jóvenes para ser colgados, les arrancaban los testículos. Los alemanes no se amilanaban ante nada. Hacían lo que querían y nadie podía detenerlos. Uno de los chicos contó que su padre había visto a un alemán meter la mano en el fuego sin quemarse, igual que un fantasma.

Sus padres, los *vibarua*, procedían de todas partes, de las tierras altas de Usambara, al norte de Kawa, de los fabulosos lagos al oeste de las tierras altas, de las sabanas del sur arrasadas por la guerra y, muchos, de la costa. Se reían de sus padres, se burlaban de las canciones que entonaban en las horas de trabajo y comparaban historias sobre lo mal que olían cuando llegaban a casa. Se inventaban nombres para los lugares de donde procedían; eran nombres divertidos y groseros que utilizaban para insultarse y mofarse entre ellos. En ocasiones se peleaban, se arrojaban al suelo y se daban patadas, haciéndose daño. Los muchachos mayores, si podían,

encontraban trabajo como sirvientes o recaderos, pero la mayoría se dedicaba a holgazanear y vagabundear a la espera de crecer para realizar el trabajo de los hombres. Cuando se lo permitían, Yusuf se unía al grupo, escuchaba sus conversaciones y hacía recados para ellos.

Mataban el tiempo chismorreando o jugando a cartas. Fue estando con ellos cuando Yusuf oyó por primera vez que los bebés vivían en los penes. Cuando un hombre quería un niño, metía el bebé dentro de la barriga de una mujer, donde había más espacio para que se desarrollara. No fue el único en considerar esta historia increíble y, a medida que la discusión se fue acalorando, los muchachos empezaron a sacar sus penes y a medirlos. Los bebés pronto quedaron olvidados y los penes cobraron interés por sí mismos. Los chicos mayores se sentían orgullosos de exhibirse y obligaban a los más jóvenes a poner al descubierto sus pequeños *abdallas*, para reírse de ellos.

A veces jugaban a *kipande*. Yusuf era demasiado pequeño para tener siquiera la oportunidad de batear, pues la edad y la fuerza determinaban el orden para ello pero, cuando se lo permitían, se unía al grupo de jugadores que no bateaban y que corrían frenéticamente por el polvoriento espacio abierto tras un trozo de madera que volaba por los aires. En una oportunidad su padre lo vio correr por las calles con una pandilla histérica de niños que iban tras un *kipande*. Después de lanzarle una dura mirada de reprobación, le dio una bofetada y lo mandó a casa.

Yusuf se fabricó su propio *kipande* y cambió el juego para poder practicarlo en solitario. La adaptación consistió en que él era también todos los demás jugadores, lo cual tenía la ventaja de que podía batear tanto como le apeteciera. Recorría arriba y abajo la calle en que vivía gritando con excitación y tratando de coger un *kipande* que acababa de lanzar tan alto como podía a fin de tener tiempo para cogerlo.

2.

Así pues, el día de la partida del tío Aziz, Yusuf no sintió escrúpulo alguno en desperdiciar unas cuantas horas para no perderse la moneda de diez

annas. Su padre y el tío Aziz llegaron juntos a la una de la tarde. Vio sus cuerpos brillar en la claridad de la luz cuando se acercaban por el sendero pedregoso que conducía a la casa. Vencidos por el calor, caminaban en silencio, con la cabeza baja y los hombros hundidos. Sobre la mejor alfombra del cuarto de huéspedes los esperaba la comida recién servida. Yusuf había echado una mano en los últimos detalles; por ejemplo, había rectificado la colocación de alguno de los platos a fin de conseguir un efecto mejor, y su cansada madre se lo había agradecido con una amplia sonrisa. Había aprovechado la oportunidad para pasar revista al festín. Dos clases diferentes de curry, pollo y cordero desmenuzado. El mejor arroz Peshawar salpicado de pasas de Esmirna y almendras y resplandeciente a causa de la mantequilla clarificada de búfala. Un cesto cubierto con un tapete rebosaba de bollos aromáticos y esponjosos, *maandazi* y *mahamri*. Espinacas en salsa de coco. Una fuente de judías. Tiras de pescado seco asado en las brasas sobre las que se había cocinado el resto de la comida. Mientras supervisaba aquella abundancia, tan diferente de las frugales comidas de esa época, estuvo a punto de ponerse a llorar de nostalgia. Su madre frunció el entrecejo ante aquella actuación, pero no pudo evitar echarse a reír cuando una expresión de desconsuelo apareció en el rostro del muchacho.

Cuando los hombres se hubieron sentado, Yusuf entró con un jarro de latón y un cuenco, así como un inmaculado paño de hilo que colgaba de su brazo izquierdo. Fue vertiendo lentamente el agua mientras el tío Aziz y luego su padre se lavaban las manos. Le gustaban los invitados como el tío Aziz, le gustaban mucho, pensaba mientras permanecía en cuclillas junto a la puerta del cuarto de huéspedes por si reclamaban sus servicios. Quedarse en la sala lo habría llenado de gozo, pero su padre le dirigió una mirada airada y le dijo que se marchase. Siempre ocurrían cosas cuando el tío Aziz los visitaba. Dormía en el hotel, pero todas las comidas las hacía en la casa. Lo cual significaba que una vez que ellos hubiesen terminado, a menudo quedaban sobras interesantes; a menos que su madre les echase el ojo antes que él, en cuyo caso acababan en casa de un vecino o en el estómago de alguno de los mendigos harapientos que a veces aparecían en la puerta cantando quejumbrosamente alabanzas a Dios. Su madre decía que era más

hermoso regalar la comida a los vecinos y a los necesitados que caer en la glotonería. Yusuf no le encontraba sentido a aquello, pero ella sostenía que la recompensa a tal comportamiento era la virtud. Por la aspereza de su voz, el muchacho comprendía que, de insistir, tendría que escuchar otro sermón interminable, y ya tenía bastante con el profesor de Corán en la escuela.

Había, sin embargo, un mendigo con el cual a Yusuf no le importaba compartir lo que consideraba sus sobras. Se llamaba Mohammed, y era un hombre arrugado y de voz aflautada que apestaba a carne podrida. Yusuf lo había encontrado una tarde sentado junto a la casa, comiendo puñados de tierra roja que extraía del muro roto. Llevaba una camisa mugrienta y llena de manchas y los pantalones cortos más andrajosos que Yusuf hubiese visto en su vida. El sudor y la porquería habían teñido de marrón oscuro el borde de su gorro. Mientras intentaba recordar si había visto con anterioridad a alguien tan sucio, Yusuf lo observó por unos minutos, para luego ir en busca de un cuenco con restos de mandioca. Después de algunos bocados, que Mohammed tragó entre gemidos de gratitud, le contó que la tragedia de su vida era la marihuana. Explicó que en un tiempo había sido rico, que contaba con tierras a las que no les faltaba el agua y con algunos animales, además de una madre que lo quería mucho. Durante el día trabajaba su fértil tierra hasta el límite de sus fuerzas y luego pasaba las veladas con su madre, que le cantaba las alabanzas de Dios y le explicaba historias fabulosas sobre el mundo mejor.

Pero entonces el diablo se apoderó de tal modo de él, que abandonó madre y tierra para ir en busca de marihuana, y acabó vagando por aquel mundo, donde lo trataban a patadas y se alimentaba de tierra. Durante sus vagabundeos, no había probado jamás comida tan perfecta como la de su madre, salvo, quizás, aquel trozo de mandioca. Se sentaban apoyados contra la pared lateral de la casa y Mohammed, con su voz chillona y animada y su joven pero ajado rostro deshecho en sonrisas que dejaban al descubierto unos dientes rotos, le contaba a Yusuf historias de sus viajes.

—Aprende de mi terrible ejemplo, joven amigo. ¡Te ruego que huyas de la marihuana!

Sus visitas nunca duraban mucho, pero Yusuf siempre se alegraba de verlo y escuchar sus últimas aventuras. Lo que más le gustaba eran las

descripciones de la tierra fértil de Mohammed, al sur de Witu, y los relatos de la vida que llevó durante aquellos años de felicidad. También disfrutaba con la historia de la primera vez que habían llevado a Mohammed al manicomio de Mombasa.

—*Wallahi*, no te cuento mentiras, jovencito. ¡Me tomaron por loco! ¿Te imaginas?

Le llenaron la boca de sal y, cuando trató de escupirla, la emprendieron a bofetadas con él. No lo dejaron en paz hasta que se quedó tranquilo y dejó que los granos de sal se disolviesen en su boca y le corroyesen las entrañas. Si bien Mohammed se estremecía al hablar de esta tortura, también sonreía divertido. Tenía otras historias que a Yusuf no le agradaban, como la del perro ciego al que había visto lapidar hasta matarlo, y la de niños abandonados a la crueldad. Habló de una joven que había conocido en Witu. Dijo que su madre quería verlo casado, luego esbozó una sonrisa estúpida.

Al principio, y por temor a que su madre echase a Mohammed de allí, Yusuf trató de esconderlo, pero cada vez que ella aparecía, aquél se arrastraba y gemía dando tales muestras de gratitud, que acabó por convertirse en su mendigo favorito.

—¡Te ruego que honres a tu madre! —gimoteaba en presencia de ésta—. Aprende de mi terrible ejemplo.

Su madre le dijo que no sería la primera vez que un sabio, un profeta o un sultán se disfrazase de mendigo y se mezclase con la gente normal y los desafortunados. Siempre era mejor tratarlos con respeto. En cuanto aparecía el padre de Yusuf, Mohammed se ponía de pie y se marchaba con serviles expresiones de respeto.

En una ocasión, Yusuf robó una moneda del bolsillo de la chaqueta de su padre. Lo hizo sin saber por qué. Mientras su padre estaba lavándose tras regresar del trabajo, el muchacho introdujo la mano en la maloliente chaqueta que colgaba de un clavo en el dormitorio conyugal y cogió una moneda. No lo había planeado. Cuando más tarde se fijó en ella, advirtió que se trataba de una rupia de plata y le dio miedo gastarla. Le sorprendió que no lo hubieran descubierto, y estuvo tentado de reponerla. Varias veces pensó en dársela a Mohammed, pero temió lo que el mendigo pudiese

decirle o que lo acusara de algo. Nunca había tenido tanto dinero en sus manos, y acabó por esconder la rupia de plata en una grieta que había en la base de una pared, y a veces sacaba un borde con la ayuda de un palo.

3.

El tío Aziz pasó la tarde en la habitación de huéspedes, durmiendo la siesta. A Yusuf le pareció un retraso irritante. Su padre también se había retirado al dormitorio, como solía hacer todos los días después de comer. El muchacho no entendía por qué la gente dormía por la tarde; tal vez obedeciesen alguna ley. Lo llamaban descansar, y a veces hasta su madre lo hacía; desaparecía en el dormitorio conyugal y corría las cortinas. Lo intentó un par de veces; en la primera se aburrió tanto que temió no ser capaz de volver a levantarse. La segunda pensó que la muerte debía de ser eso, permanecer despierto en la cama sin poder moverse, como si se tratara de un castigo.

Mientras el tío Aziz dormía, Yusuf tuvo que ayudar a ordenar la cocina y el patio. Era inevitable si quería tener voz y voto en el reparto de las sobras. Le sorprendió sobremanera que su madre lo dejara solo y se fuese a hablar con su padre. Normalmente ella lo supervisaba todo de forma estricta, separando las sobras propiamente dichas de lo que podía servir para otra comida. Yusuf se atracó todo lo que pudo, luego apartó y salvó lo que le fue posible, frotó y fregó las cazuelas, barrió el patio y, suspirando por las pesadas cargas que tenía que sobrellevar, se fue a montar guardia a la sombra, junto a la puerta posterior.

Cuando su madre le preguntó qué estaba haciendo, él contestó que descansando. No lo hizo expresamente, pero sonó tan pomposo que ella sonrió. De pronto, lo cogió, lo abrazó y lo levantó en el aire, mientras él forcejeaba con denuedo para liberarse. Detestaba que lo trataran como a un niño pequeño y ella lo sabía. Sus pies buscaron la dignidad de la tierra del desnudo patio sin dejar de debatirse con furia contenida. Como era bajo para su edad, siempre le hacía lo mismo, lo cogía en brazos, le pellizcaba las mejillas, lo abrazaba y lo besuqueaba, y luego se reía de él como si fuera un niño. Ya tenía doce años. Para su asombro, en aquella ocasión no lo

soltó. Normalmente lo dejaba ir apenas el forcejeo daba paso a la cólera, no sin darle una palmada en el escurridizo trasero antes de que él echase a correr. Sin embargo, aquella vez lo retuvo abrazado estrechándolo con creciente dulzura, sin decir nada y sin reír. Aún tenía la parte posterior del corpiño mojada de sudor y su cuerpo desprendía un tufo a humo y agotamiento. Al cabo de un momento él dejó de debatirse y permitió que ella lo abrazase.

Fue el primer presentimiento. Cuando vio lágrimas en los ojos de su madre se le encogió el corazón y sintió que el terror se apoderaba de él. Jamás había visto a su madre así. La había visto plañir en el duelo de un vecino como si de verdad estuviese desesperada, y la había oído implorar al Todopoderoso misericordia para los vivos, con una expresión de súplica en el rostro, pero nunca había visto aquellas lágrimas silenciosas. Pensó que debía de haber pasado algo con su padre, que éste tal vez le hubiese soltado algún exabrupto. Quizá la comida no hubiera estado a la altura del tío Aziz.

—Ma —empezó él, suplicante, pero ella lo hizo callar.

Quizá su padre había comentado lo estúpida que había sido su otra familia. Yusuf se lo había oído decir cuando se enfadaba. En una ocasión, oyó que le decía a su madre que era hija de un desgraciado miembro de una tribu de más allá de Taita, que vivía en una choza llena de humo, se vestía con apestosas pieles de cabra y consideraba que cinco cabras y dos sacos de judías eran un buen precio a pagar por cualquier mujer. «Si algo te sucediese, me venderían otra como tú de su aprisco», decía. Aunque hubiese crecido en el litoral, entre gente civilizada, su padre no debería darse aquellos aires. A Yusuf le aterrorizaba que peleasen, sus mordaces palabras se le clavaban en la piel y a su mente acudían historias de niños maltratados y abandonados.

Fue su madre quien le contó lo de la primera esposa, pero relatando la historia entre sonrisas y con el mismo tono que utilizaba para los cuentos. Se trataba de una mujer árabe procedente de una antigua familia de Kilwa; no de una princesa exactamente, pero aun así era de alto linaje. Se habían casado en contra de la voluntad de sus orgullosos padres, quienes consideraban que el novio no era lo bastante bueno para ellos, pues aunque tenía buena reputación, cualquiera con ojos en la cara podía ver que su

madre debía de haber sido una salvaje y que él no había sido precisamente bendecido por la prosperidad. Y a pesar de que la sangre de una madre no podía deshonrar un buen nombre, el mundo en que vivían imponía algunos requisitos prácticos. Para su hija deseaban algo más que verla convertida en la madre de unos niños pobres con rostros salvajes. Le dijeron:

—Damos gracias a Dios, señor, por sus amables intenciones, pero nuestra hija todavía es demasiado joven para pensar en el matrimonio. La ciudad está llena de hijas mucho mejores que la nuestra.

Pero el padre de Yusuf se había fijado en la joven y no podía olvidarla. ¡Se había enamorado! El amor lo volvió temerario y atrevido, y buscó la forma de llegar a ella. Era un extraño en Kilwa, estaba allí sólo en calidad de representante para hacer entrega de una partida de vasijas de barro en nombre de su jefe, pero había trabado amistad con un *nahodha*, el patrón de un *dhow*. El *nahodha* apoyó de buena gana su pasión por la joven y con sus estratagemas lo ayudó a conquistarla. Decía que, aparte de otras consideraciones, su engreída familia sufriría por ello. El padre de Yusuf consiguió verla en secreto y, al final, se fugaron juntos. El *nahodha*, que se conocía al dedillo toda la orografía de la costa, desde Faza, en el lejano norte, hasta Mtwara, en el sur, los llevó a Bagamoyo, en el continente. El padre de Yusuf encontró trabajo en un almacén de marfil que pertenecía a un mercader indio, primero como vigilante nocturno, luego como secretario y posteriormente en calidad de vendedor a comisión. Al cabo de ocho años, la mujer con quien se había casado quiso regresar a Kilwa, no sin antes haber escrito una carta a sus padres pidiéndoles perdón. Los dos hijos del matrimonio iban a acompañarla a fin de mitigar todo vestigio de reproche paterno. El *dhow* en que viajaron se llamaba *Jicho*, el Ojo, y tras abandonar Bagamoyo nunca volvió a saberse de él. Yusuf también había oído a su padre hablar de esta familia, por lo general cuando estaba enfadado por algo o después de un disgusto. Sabía que aquellos recuerdos hacían sufrir a su padre y que provocaban en él grandes raptos de cólera.

Durante una de sus espantosas peleas, en el transcurso de la cual al parecer se habían olvidado de que él estaba sentado fuera, junto a la puerta abierta, mientras ellos se destrozaban mutuamente, oyó decir a su padre entre dientes:

—Mi amor por ella nunca fue bendecido. No imaginas lo mucho que duele algo así.

—¿Quién no lo sabe? —replicó la madre—. ¿Quién no sabe lo mucho que duele? ¿O acaso piensas que no sé cuánto se sufre por amor? ¿Tú te crees que yo no siento nada?

—¡No, no, no me acuses, tú no! Tú eres la luz de mi rostro —gritó él, con voz entrecortada—. ¡No me acuses! ¡No empieces otra vez con eso!

—No lo haré —repuso ella, bajando la voz hasta convertirla en un susurro.

Yusuf se preguntó si no habrían estado discutiendo de nuevo. Quería saber qué estaba ocurriendo y le irritaba aquella impotencia que le impedía forzar las cosas hasta el punto de obligar a su madre a explicarle el motivo de su llanto, pero esperó a que fuera ella quien empezara a hablar.

—Tu padre te lo contará —dijo finalmente.

Luego lo soltó y entró en la casa. En un abrir y cerrar de ojos, se la tragó la penumbra del pasillo.

4.

Su padre salió a buscarlo. Acababa de despertar de la siesta y aún tenía los ojos rojos de sueño. La mejilla izquierda aparecía hinchada, seguramente porque había estado apoyado sobre ella. Levantó un borde de la camiseta y se rascó la barriga, mientras con la otra mano se acariciaba la barba incipiente que le sombreaba el mentón. Solía afeitarse todos los días después de dormir la siesta, porque la barba le crecía muy deprisa. Miró a Yusuf y le dirigió una sonrisa cada vez más amplia. El muchacho seguía sentado junto a la puerta posterior, allí donde lo había dejado su madre. El padre se puso en cuclillas a su lado. Yusuf dedujo que su padre estaba tratando de parecer despreocupado, y esto lo puso nervioso.

—¿Te gustaría hacer un viajecito, pequeño pulpo? —le preguntó el padre al tiempo que acercaba más su masculino sudor.

Yusuf sintió el peso de un brazo en el hombro y resistió al impulso de enterrar la cara en el pecho de su padre. Era demasiado mayor. Sus ojos

escudriñaron el rostro paterno en un intento de leer el sentido de lo que estaba diciendo. Su padre rió entre dientes y por un instante apretó el cuerpo contra el de su hijo.

—No pareces muy contento ante la idea —añadió.

—¿Cuándo? —preguntó Yusuf a la vez que se apartaba con delicadeza.

—Hoy —contestó el padre alegremente, en voz alta. Luego, en un intento de parecer despreocupado, esbozó una sonrisa que se transformó en un leve bostezo—. Dentro de un rato.

Yusuf se incorporó para ponerse también en cuclillas. Notó una momentánea necesidad de ir al lavabo y miró con ansiedad a su padre a la espera de que le refiriese el resto.

—¿Dónde voy? ¿Qué pasa con el tío Aziz? —quiso saber.

La idea de los diez annas mitigó el miedo que había experimentado. No podía ir a ninguna parte hasta que la moneda de diez annas estuviera en su poder.

—Te vas con el tío Aziz —dijo su padre, y luego le dedicó una amarga sonrisa, como hacía cuando Yusuf le decía alguna tontería.

El muchacho esperó, pero su padre no añadió nada más. Al cabo de un momento, éste se echó a reír y trató de embestirlo. Yusuf se apresuró a apartarse y también se puso a reír.

—Cogerás el tren —comentó su padre—. Irás hasta la costa. Te gustan los trenes, ¿verdad? Ya verás cómo disfrutas viajando hasta el mar.

Yusuf, a quien por algún motivo que se le escapaba, la idea de aquel viaje no acababa de gustarle, esperó a que su padre añadiese algo más. Al final, éste le dio una palmada en el muslo y le dijo que fuese a ver a su madre para preparar las cosas.

Cuando llegó el momento de emprender la marcha, casi no parecía real. Se despidió de su madre en la puerta principal de la casa y siguió a su padre y al tío Aziz a la estación. Su madre ni lo abrazó ni lo besó, tampoco derramó lágrima alguna. Yusuf había temido que lo hiciese. Más tarde, fue incapaz de recordar qué había dicho o hecho ella, pero sí recordó el aspecto enfermizo y aturdido que tenía apoyada sin fuerzas contra la jamba de la puerta. Cuando pensaba en el momento de su partida, la imagen que acudía a su mente era el camino tornasolado que recorrieron y los hombres delante

de él. A la cabeza caminaba el porteador, que llevaba el equipaje del tío Aziz sobre los hombros. A Yusuf le habían permitido llevar su pequeño hatillo: dos pares de pantalones cortos, un *kanzu* que todavía estaba nuevo del último Idd, una camisa, un ejemplar del Corán y el viejo rosario de su madre. Ella misma lo había envuelto todo, a excepción del rosario, en un viejo chal con cuyas puntas había hecho un grueso nudo. Con una sonrisa en los labios, había deslizado un bastón a través del nudo para que Yusuf pudiese llevar el hatillo sobre el hombro como hacían los porteadores. El rosario de color pardo se lo había dado, secretamente, en el último momento.

A Yusuf no se le ocurrió ni siquiera por un instante que pudiera estar separándose de sus padres por una larga temporada, o que quizás nunca más volviese a verlos. No se le pasó por la cabeza preguntar cuándo regresaría. No pensó en indagar por qué acompañaba al tío Aziz en su viaje, o por qué se había decidido todo de forma tan repentina. Una vez en la estación, Yusuf vio que, además de la bandera amarilla con el amenazador pájaro negro, ondeaba otra con una cruz negra de bordes plateados, que izaban cuando algún alto mando alemán viajaba en el tren. Su padre se inclinó sobre él y le tomó la mano. Estuvo hablando largamente con él; al final, sus ojos se veían empañados. Más adelante, Yusuf no pudo recordar qué le había dicho, pero en algún momento había mencionado a Dios.

El tren llevaba ya un rato en movimiento cuando la novedad empezó a hacerse clara para Yusuf, quien de pronto no pudo soportar la idea de que se había marchado de casa. Pensó en la risa fácil de su madre y se echó a llorar. El tío Aziz estaba en el banco, a su lado, y el muchacho lo miró con sentimiento de culpabilidad, pero aquél se había quedado dormido, encajado entre el asiento y el equipaje. Al cabo de unos momentos Yusuf supo que ya no habría más lágrimas, pero se sintió reacio a perder el sentimiento de tristeza. Se secó las lágrimas y se puso a examinar a su tío. No le faltarían ocasiones para hacerlo, pero desde que lo conocía era la primera vez que podía mirarlo directamente a la cara. El tío Aziz se había quitado el gorro apenas subieron al tren y a Yusuf le sorprendió el aspecto severo que tenía. Sin el gorro, su rostro parecía más rechoncho y desproporcionado. Reclinado y durmiendo en silencio, había perdido aquel

porte elegante que llamaba la atención. Seguía oliendo muy bien, algo que al muchacho siempre le había gustado. Eso y los *kanzus* finos y vaporosos y los gorros bordados de seda. Cuando entraba en una estancia, su presencia flotaba en el aire como algo independiente de la persona, anunciando superioridad, prosperidad y osadía. Ahora, reclinado sobre el equipaje, por debajo de su pecho sobresalía una redonda barriga de la cual Yusuf no se había apercebido antes. Vio que subía y bajaba al ritmo de la respiración y, en un momento dado, que la cruzaba un ligero movimiento.

Los zurriones para el dinero que, como de costumbre, ceñían sus ingles, saltaban sobre los huesos de la cadera para encontrarse, a modo de armadura, formando una hebilla de cuero allí donde se unían los muslos. Yusuf jamás lo había visto sin el cinturón del dinero, ni siquiera cuando dormía la siesta. Recordó la rupia de plata que había escondido en un agujero de la base de un muro y se estremeció ante la idea de que la descubrieran y de ese modo se evidenciara su culpa.

El tren era ruidoso. Las ventanillas estaban abiertas y por ellas entraban el polvo y el humo y, con éstos, un olor a fuego y carne chamuscada. A la derecha, la tierra por la que viajaban era una llanura plana con largas sombras en el incipiente crepúsculo. En la superficie asomaban de vez en cuando granjas y fincas que se aferraban a la magullada tierra. En el otro lado, se alzaban las siluetas macizas de unas montañas cuyas cimas aureolaba la próxima puesta del sol. El tren se dirigía, penosamente y sin prisa, hacia la costa, dando bandazos y refunfuñando. En ocasiones, al acercarse a una estación aminoraba la marcha y avanzaba de forma casi imperceptible; luego proseguía súbitamente su camino en medio de sacudidas y de las estridentes protestas de las ruedas. Yusuf no recordaba que el tren se hubiera detenido en ninguna estación del recorrido, pero posteriormente supo que debió de hacerlo. Compartió la comida que su madre había preparado para el tío Aziz: *maandazi*, carne hervida y judías. Murmurando *bismillah* y esbozando una sonrisa, su tío desenvolvió cuidadosamente la comida con manos expertas, extendió la palma entreabierta a modo de bienvenida e invitó a Yusuf a comer. Mientras éste lo hacía, su tío lo miraba con expresión de ternura y le sonreía al ver su cara larga.

No pudo conciliar el sueño. Las tablas del banco se le clavaban profundamente en el cuerpo y le impedían dormir. Molesto por las ganas de hacer sus necesidades, a lo sumo quedaba traspuesto o dormitaba a medias. Cuando abrió los ojos en plena noche y vio el compartimiento medio lleno y en penumbra tuvo deseos de ponerse a gritar. La oscuridad exterior era un vacío inconmensurable, y Yusuf temió que el tren se hubiese introducido demasiado en él para poder regresar sin peligro. Trató de concentrarse en el ruido de las ruedas, pero su ritmo era irregular y sólo sirvió para distraerlo y mantenerlo despierto. Soñó que su madre era un perro tuerto que en una ocasión había visto morir bajo las ruedas de un tren. Después soñó que veía su propia cobardía brillar a la luz de la luna, cubierta por el limo de su placenta. Supo que se trataba de su cobardía porque alguien que se mantenía en las sombras así se lo dijo; además, él mismo la vio respirar.

Por la mañana llegaron a destino, y el tío Aziz guió a Yusuf con firmeza y sin titubeos entre los ruidosos comerciantes que pululaban tanto dentro como fuera de la estación. Caminaron en silencio por las calles, que estaban sucias de restos de recientes celebraciones. Aún había frondas de palma en forma de arco sujetas a las jambas de las puertas. Guirnaldas de caléndula y de jazmín, chafadas, y cáscaras de fruta ya ennegrecidas sembraban el camino. Delante de ellos, un mozo de cuerda que sudaba y gruñía a causa del calor, llevaba el equipaje. Yusuf se había visto obligado a entregar su hatillo.

—Deja que lo lleve el mozo —había dicho el tío Aziz a la vez que señalaba al sonriente hombre, que se mantenía inclinado sobre el resto del equipaje.

El mozo brincaba y saltaba al caminar e iba cambiando los bultos de cadera. El suelo quemaba, y a Yusuf, que iba descalzo, también le habría gustado brincar, pero sabía, sin que nadie se lo hubiese dicho, que no habría sido del agrado de su tío. Por la forma en que saludaban a éste por la calle, comprendió que era un hombre importante. El mozo iba gritando para abrirse camino entre la gente.

—¡Dejad paso al *seyyid*, *waungwana*!

Y a pesar de los harapos y el aspecto enfermizo de ese hombre, nadie se metía con él. De vez en cuando miraba alrededor con sonrisa torcida, y

Yusuf empezó a pensar que el mozo sabía algo peligroso que él ignoraba.

La casa del tío Aziz era un edificio largo y bajo situado a las afueras de la ciudad. Estaba a unos cuantos metros de la carretera y delante de ella se extendía una amplia explanada rodeada de árboles. Había *neems* pequeños, cocoteros, un *sufi* y, en un rincón un mango enorme. También otros árboles que Yusuf no identificó. A pesar de que aún era temprano, ya había un grupo de personas sentadas a la sombra del mango. Rodeaba la casa un largo muro blanco con almenas, por encima del cual Yusuf vislumbró copas de árboles y palmeras. Cuando se acercaron, los hombres que estaban bajo el mango se pusieron de pie, levantaron los brazos y les dieron la bienvenida a voces.

Un joven llamado Khalil salió corriendo de la tienda situada en la parte delantera de la casa y acudió a recibirlos lanzando estridentes gritos de bienvenida. Besó la mano del tío Aziz con reverencia y habría vuelto a besarla una y otra vez si éste no hubiese acabado por apartarla. El tío Aziz dijo algo con tono de irritación y Khalil permaneció callado delante de él, apretando las manos en un esfuerzo evidente por reprimir sus muestras de afecto. Ante la mirada de Yusuf, intercambiaron saludos y nuevas en árabe. Khalil tenía unos diecisiete o dieciocho años, era delgado y de aspecto nervioso, y lucía un bigote incipiente. Yusuf supo que lo mencionaron en la conversación porque Khalil volvió la mirada hacia él y asintió con la cabeza, muy excitado. El tío Aziz se dirigió hacia la parte lateral de la casa, en cuyo largo muro enjalbegado Yusuf vio una puerta abierta. A través de ésta vislumbró el jardín y, en él, árboles frutales, arbustos en flor y un destello de agua. Cuando empezó a seguir a su tío, éste extendió la palma de la mano y la mantuvo rígidamente apartada del cuerpo, sin volverse ni detenerse. Yusuf nunca antes había visto aquel gesto, pero fue consciente del reproche y supo que significaba que no debía seguirlo. Miró a Khalil y advirtió que lo estudiaba con una amplia sonrisa. Le hizo una seña y se encaminó de regreso a la tienda. Yusuf recogió el hatillo que el mozo había dejado para entrar el equipaje del tío Aziz, y lo siguió. Ya había perdido el rosario de color pardo; se lo había dejado en el tren. En la terraza que había delante de la tienda, tres ancianos sentados en un banco miraron

tranquilamente a Yusuf cuando al entrar se agachó para pasar por debajo del mostrador abatible.

5.

—Es mi hermano menor, que ha venido a trabajar con nosotros —contaba Khalil a los clientes—. Tiene ese aspecto raquítrico y debilucho porque acaba de llegar de las tierras salvajes que se extienden más allá de las montañas. No tienen otra cosa para comer que *cassava* y hierbas. Por eso parece un muerto viviente. ¡Eh, *kifa urongo*! Mirad al pobre muchacho. Fijaos en sus brazos endebles y en su cara larga. Pero vamos a hartarlo de pescado, dulces y miel, y en menos que canta un gallo estará lo bastante regordete para una de vuestras hijas. Saluda a los clientes, muchacho. Dedícales la mejor de tus sonrisas.

Durante los días siguientes todo el mundo le sonreía, salvo el tío Aziz, a quien sólo veía una o dos veces al día, y al que todos se acercaban a su paso para besarle la mano, si él los dejaba, o, si parecía inaccesible, para saludarlo con una reverencia guardando una respetuosa distancia de un par de metros. Su rostro no se inmutaba ante las súplicas y los saludos serviles, y, cuando había escuchado el tiempo suficiente para no parecer descortés, proseguía su camino después de lanzar un puñado de monedas al más abyecto de sus cortesanos.

Yusuf pasaba todo el tiempo con Khalil, quien lo adiestraba en su nueva vida y lo interrogaba acerca de la anterior. Khalil se ocupaba de la tienda, vivía en ella y ninguna otra cosa parecía importarle. Pasaba de una tarea a otra con mirada ansiosa y hablando rápida y animadamente de las catástrofes que se abatirían sobre la tienda si él se detenía a tomar un respiro, y daba la sensación de que toda la energía y la fuerza de su ser estaban entregadas a ella.

—Vas a vomitar si hablas tanto —le advertían los clientes—. No corras tanto de un lado a otro, jovencito, que te marchitarás antes de hora.

Pero Khalil les dirigía una sonrisa y seguía trajinando. Aunque su *swahili* era fluido, hablaba con un fuerte acento árabe. Conseguía que las

libertades que se tomaba con la sintaxis pareciesen fruto de un momento de inspiración e incluso excentricidades. Cuando estaba exasperado y nervioso, soltaba un poderoso torrente de palabras en árabe que obligaba a los clientes a una retirada silenciosa aunque tolerante. La primera vez que presencié aquello, Yusuf no pudo evitar reír de la vehemencia de Khalil, y éste se acercó a él y le dio una bofetada en la mejilla izquierda. Los ancianos de la terraza se carcajearon disimuladamente e intercambiaron miradas de complicidad que sugerían que sabían desde el principio que aquello iba a suceder. Acudían todos los días y se instalaban en el banco, donde charlaban y se divertían con las bufonadas de Khalil. Cuando no había clientes, éste les dedicaba toda su atención, los transformaba en un coro para sus discursos fantásticos y rimbombantes e interrumpía sus cuchicheos acerca de noticias y rumores de guerra con preguntas inevitables e ideas perspicaces.

El nuevo profesor de Yusuf no perdió el tiempo en enseñarle detenidamente demasiadas cosas. El día empezaba al alba y no terminaba hasta que Khalil lo decía. Las pesadillas y los gritos nocturnos eran una estupidez, de modo que se iban a acabar para ellos. Alguien podía pensar que estaba hechizado y que lo había enviado al masajista para que le aplicase hierros candentes en la espalda. Dormitar recostado contra los sacos de azúcar en el almacén suponía la peor de las traiciones. ¿Y si se orinaba encima y echaba a perder el azúcar?

—Cuando un cliente explique un chiste, tú sonríe hasta quedar sin aliento si es necesario, pero sonríe, y no te atrevas a parecer aburrido. En cuanto al tío Aziz, para empezar no es tu tío —le dijo—. Esto es de vital importancia para ti. Escúchame bien, *kifa urongo*. No es tu tío.

Así era como Khalil lo llamaba en aquella época. *Kifa urongo*, muerto viviente. Tenderos de día, vigilantes de noche, dormían en la terraza de tierra, delante de la tienda, y se cubrían con sábanas de percal basto. Juntaban las cabezas y mantenían los cuerpos apartados para de ese modo poder hablar en voz baja sin necesidad de acercarse demasiado el uno al otro. Si Yusuf rodaba y se aproximaba en exceso, Khalil lo apartaba a fuerza de patadas salvajes. Los mosquitos revoloteaban alrededor reclamando sangre con gemidos estridentes. Si las sábanas resbalaban de

sus cuerpos los mosquitos se aglomeraban al instante para dar cuenta de su pecaminoso festín. Yusuf soñaba que veía sus sables de bordes dentados atravesarle la carne.

—Estás aquí porque tu padre debe dinero al *seyyid* —le dijo Khalil—. Yo estoy aquí porque mi pobre padre también le debe dinero..., sólo que ya ha muerto, Dios se apiade de su alma.

—Dios se apiade de su alma —replicó Yusuf.

—Tu padre debe de ser un desastre para los negocios.

—¡Nada de eso! —exclamó Yusuf, que no tenía ni idea del asunto pero que no estaba preparado para aguantar semejante atrevimiento.

—Claro que no puede ser peor *marechemu* que mi padre, Dios se apiade de su alma —prosiguió Khalil, indiferente a la protesta de su compañero—. Nadie puede serlo.

—¿Cuánto le debía tu padre? —quiso saber Yusuf.

—No es honroso preguntar estas cosas —dijo Khalil alegremente, y luego tendió la mano y le dio un fuerte coscorrón—. Y cuando hables de él, trátalo con más respeto, llámalo *seyyid*.

Yusuf no comprendía todos los detalles, pero no veía que fuese algo malo trabajar para el tío Aziz a fin de pagar la deuda de su padre. Cuando estuviese saldada podría irse a casa. Aunque de todos modos deberían haberle avisado. No recordaba que hubiesen mencionado tener deudas, y en comparación con sus vecinos parecían vivir bastante bien. Se lo dijo a Khalil, quien, tras permanecer en silencio por un largo rato, dijo en voz baja:

—Voy a decirte una cosa. Eres un chico estúpido y no entiendes nada. Lloras por la noche y hablas en sueños. ¿Dónde tenías puestos los ojos y las orejas cuando estaban organizándote la vida? Tu padre le debe muchísimo, en caso contrario no te encontrarías aquí. Si le hubiese pagado, ahora estarías en tu casa y comerías *malai* y *mofa* todas las mañanas, ¿entiendes? Y harías recados para tu madre y cosas así. El *seyyid* ni siquiera te necesita. No hay suficiente trabajo... —Hizo una pausa y, con un tono tan bajo que Yusuf supo que significaba que no debía oír o entender, añadió—: Seguro que no tienes una hermana, o de lo contrario se la habría llevado en tu lugar.

Yusuf guardó silencio, el tiempo suficiente para mostrar que la última observación no despertaba en él un interés morboso, aunque no era así. Pero su madre lo había reñido más de una vez por ser curioso, por querer saber cosas sobre los vecinos. Se preguntó qué estaría haciendo su madre.

—¿Cuánto tiempo has de trabajar para el tío Aziz?

—No es tu tío —dijo Khalil con aspereza, y Yusuf pestañeó a la espera de otro coscorrón. Al cabo de un momento, Khalil soltó una risita y luego sacó una mano de debajo de la sábana para pegar a Yusuf una bofetada en la oreja—. Sería preferible que lo aprendieses pronto, *zuma*, si sabes lo que te conviene. A él le desagrada que pobretones como tú lo llamen tío todo el tiempo. Le gusta que le besen la mano y lo llamen *seyyid*. Y por si no sabes lo que quiere decir, significa señor. ¿Me oyes, *kipumbu we*, pequeño testículo? Lo llamarás *seyyid*. *Seyyid!*

—Sí —se apresuró a decir Yusuf, a quien todavía le zumbaba el oído a causa del último tortazo—. Pero, ¿cuánto tiempo tienes que trabajar para él antes de poder marcharte? ¿Cuánto tiempo tendré que quedarme yo?

—Hasta que tu padre ya no esté en deuda con él, o tal vez hasta que muera —contestó Khalil con tono alegre—. ¿Qué ocurre? ¿No te gusta estar aquí? El *seyyid* es un hombre bueno. No te pega, ni nada de eso. Si te muestras respetuoso con él, te cuidará y velará para que no te pase nada malo. Toda tu vida. Pero si lloras por la noche y tienes esos sueños espantosos... Has de aprender árabe, así le gustarás más.

6.

Algunas noches los molestaban unos perros que vagaban por las calles oscuras. Erraban en grupos, caminando deprisa y atentos mientras se arrastraban por las sombras y los matorrales. El ruido de sus patas al deslizarse sobre la carretera despertaba a Yusuf, que luego veía las formas despiadadas que adquirirían sus cuerpos cuando pasaban corriendo. Una noche abrió los ojos tras despertar de un sueño profundo y vio que al otro lado de la carretera había cuatro perros, de pie e inmóviles. Se sentó, aterrorizado. Lo que más le asustaba, y el motivo de que se hubiese

despertado con aquel sobresalto, eran los ojos. Su mirada, bajo la pálida luz de la media luna, carecía de vida y expresaba una sola clase de conocimiento. Distinguió en ellos una paciencia endurecida y calculadora cuyo objeto era despojarlo de su vida. El movimiento brusco que hizo al sentarse ahuyentó a los animales, que se alejaron con un gruñido. Pero regresaron la noche siguiente, permanecieron en silencio por un rato y luego dieron media vuelta y se alejaron, como si lo hubiesen planeado. Se presentaban todas las noches, y a la luz de la luna creciente su impaciencia era cada vez más evidente. Se acercaban un poco más cada noche, rodeaban el claro y aullaban al abrigo de los arbustos. Llenaban de pesadillas la mente de Yusuf, quien además de terror sentía vergüenza, porque advertía que Khalil no hacía caso de los perros. Si los veía acechar, les lanzaba una piedra y huían. Si estaba bastante cerca, les arrojaba puñados de polvo a los ojos. Yusuf se preguntaba si sería él el motivo de que acudiesen. Se le aparecían en sueños, encima de él sobre las patas traseras, con sus largos morros abiertos y babeantes, contemplando con ojos despiadados el frágil cuerpo echado boca abajo.

Una noche se acercaron aun más, como él había sabido que harían, a cierta distancia el uno del otro, obligando a Yusuf a mirarlos por separado. La luz era tan brillante como el día. El mayor de los perros se aproximó todavía más y se detuvo en la explanada que había delante de la tienda. De su cuerpo tenso surgió un gruñido largo y profundo; los otros perros respondieron poniéndose lentamente en movimiento para formar un arco en el patio. Yusuf oía sus resoplidos y vio que sus bocas se abrían para emitir gruñidos silenciosos. Sin aviso o premeditación se le abrieron las entrañas. Lanzó una exclamación de sorpresa y vio que el jefe de la jauría comenzó a avanzar hacia él. Su grito despertó a Khalil, quien se incorporó, asustado, y advirtió que los perros estaban muy cerca. Gruñían con furia y un frenesí agresivo iba apoderándose de ellos. Khalil se levantó y echó a correr hacia la explanada mientras gritaba y agitaba los brazos en dirección a aquellas bestias enloquecidas; les arrojó piedras, puñados de polvo y todo lo que encontró a mano. Los perros dieron media vuelta y se marcharon en estampida gañendo y mordiéndose entre ellos como animales asustados. Khalil se quedó en el claro iluminado por la luz de la luna profiriendo

maldiciones en árabe a los perros que huían y amenazándolos con el puño. Regresó corriendo y Yusuf observó que le temblaban las manos. Se puso delante de él y agitó frenéticamente los puños mientras hablaba rápidamente en árabe y dejaba claro su significado mediante una serie de gestos airados. Luego se volvió y señaló con un dedo acusador en dirección a los perros.

—¿Quieres que te muerdan? ¿Te crees que han venido aquí a jugar contigo? Eres peor que un *kifa urongo*, un niño débil mental sin seso. ¿A qué esperabas? Habla, *maluum*.

Khalil se calló por fin, sorbió por la nariz y, a tientas, ayudó al muchacho a dirigirse hacia el grifo que se hallaba en la parte exterior del muro del jardín prohibido. A un lado de la casa había un cobertizo que utilizaban como retrete, pero por la noche Yusuf prefería no ir allí por temor a tropezar y caer dentro del funesto pozo sin fondo que hacía las veces de letrina. Khalil se llevaba un dedo a los labios y le hacía callar, al tiempo que le daba suaves golpecitos en la cabeza, y como ni siquiera así Yusuf pudo parar, le acarició el cabello y le limpió las lágrimas del rostro. Lo ayudó a desnudarse y permaneció cerca mientras Yusuf hacía cuanto podía para lavarse bajo el grifo.

Después de aquello, los perros regresaron todavía durante algunas noches. Se detenían a cierta distancia del patio y aullaban y ladraban en las sombras. Había noches en que no podían verlos, pero incluso así percibían que merodeaban alrededor de la casa y los oían en los arbustos. Khalil contó a Yusuf historias de lobos y chacales que robaban bebés y los criaban como bestias alimentándolos con pecho de perro y carne regurgitada. Les enseñaban a hablar su lenguaje y a cazar. Cuando eran mayores hacían que se apareasen con ellos para engendrar hombres lobo que vivían en lo más profundo de la selva y sólo comían carne podrida. Los necrófagos también comían carne muerta, humana preferentemente, pero sólo de aquellos por quienes no se había rezado tras su muerte.

—En cualquier caso, éstos son genios, creados a partir del fuego, y no deben confundirse con los hombres lobo, que, como todos los animales, están hechos de tierra. Los ángeles, si por casualidad te interesa, son

creados a partir de la luz, y por ello son invisibles. En cualquier caso, a veces los hombres lobo se mezclan con la gente real.

—¿Has visto alguno? —preguntó Yusuf.

Khalil permaneció pensativo por un instante y luego respondió:

—No estoy seguro. Pero creo que tal vez sí. Ya sabes que vienen disfrazados. Una noche vi a un hombre muy alto apoyado contra aquel *sufi* de allí; era tan alto como una casa y todo blanco. Incandescente como la luz... no, como la luz, no; como el fuego.

—Quizá se tratara de un ángel —sugirió Yusuf, en la esperanza de que así fuese.

—¡Que Dios te perdone! Los ángeles son invisibles. El que yo digo se reía, estaba apoyado contra el árbol y se carcajeaba con avidez.

—¿Con avidez? —preguntó Yusuf.

—Cerré los ojos y me puse a rezar. No hay que mirar a los ojos a un hombre lobo, o ya puedes despedirte... Cuando volví a abrir los ojos, se había ido. En otra ocasión, una cesta vacía me siguió durante una hora. Si yo me paraba, ella se paraba, si yo doblaba una esquina, ella también. Continué caminando y oí el aullido de un perro. Cuando miré alrededor vi la cesta vacía siguiéndome.

—¿Por qué no echaste a correr? —preguntó Yusuf con un tono que el temor y el respeto habían calmado.

—No habría servido de nada. Los hombres lobo son más veloces que las cebras, que el pensamiento, incluso. Lo único más rápido que un hombre lobo es una plegaria. Si echas a correr, te convierten en un animal o en un esclavo. Después del *kiyama*, después del fin del mundo y de que Dios nos llame a todos a su lado, los hombres lobo vivirán en la primera capa del Infierno, miles y miles de ellos, y se comerán a los pecadores que no hayan obedecido a Alá.

—¿Los necrófagos también vivirán allí?

—Es probable —contestó Khalil después de larga reflexión.

—¿Quién más?

—No lo sé. Pero sin duda se trata de un sitio a evitar. Por otra parte, las otras capas son todavía peores, de modo que lo mejor tal vez sea

mantenerse lo más alejado posible de ese lugar. Y ahora duerme, o cuando debas trabajar te caerás de sueño.

Khalil le explicó las tareas que tenía que hacer en la tienda. Le indicó la manera de levantar los sacos sin hacerse daño y de echar el grano en las tinas sin derramarlo. Le enseñó a contar el dinero con rapidez y a calcular el cambio, los nombres de las monedas y a diferenciar sus valores. Yusuf aprendió a aceptar dinero de los clientes y a sostener un billete de forma segura entre sus dedos. Khalil le sujetaba la mano para que no temblase mientras le enseñaba a servir el aceite de coco con un cucharón y a cortar con un largo alambre trozos de la enorme barra de jabón. Cuando Yusuf aprendía, Khalil expresaba su aprobación con una amplia sonrisa, pero cuando fallaba le propinaba contundentes y dolorosas bofetadas, a veces delante de quien estuviese presente en la tienda.

Los clientes se reían de todo lo que Khalil hacía, pero esto a él no parecía preocuparle. No paraban de tomarle el pelo por su acento, imitándolo y a continuación desternillándose de risa. Les dijo que su hermano pequeño estaba enseñándole a hablar mejor. Y cuando hablase lo bastante bien, se buscaría una *swahili* regordeta para casarse con ella y llevaría una vida temerosa de Dios. A los ancianos de la terraza les encantaba hablar de jóvenes esposas regordetas, y Khalil era feliz complaciéndolos. Los clientes le hacían repetir palabras y frases que, imaginaban, tendría dificultad para pronunciar, y él las repetía de la forma más descuidada posible, para unirse luego a las risas que provocaba, con los ojos brillando de alegría.

Los clientes vivían en las inmediaciones o eran campesinos de visita ocasional en la ciudad. Se quejaban de su pobreza y del precio de todo, y, como cualquier hijo de vecino, guardaban silencio sobre sus mentiras y crueldades. Si los ancianos estaban sentados en el banco, los clientes se detenían a charlar con ellos o le indicaban al vendedor de café que les sirviese una taza a aquellos hombres mayores. Las clientes se encariñaron con Yusuf, lo mimaban cada vez que tenían oportunidad de ello y reían encantadas ante sus cumplidos y su belleza. Una de ellas, cuya piel era de un negro brillante y en cuyo rostro las expresiones adquirían un movimiento sutil, perdió la cabeza por él. Se llamaba Ma Ajuza, y era una mujer grande,

de aspecto fornido, con una voz de trueno. A Yusuf le parecía muy mayor, enorme, voluminosa y cada vez que la pillaba desprevenida creía advertir en su cara una expresión de sufrimiento. Apenas ella se daba cuenta, su cuerpo se estremecía y ponía tenso de manera involuntaria, y se le escapaba un gritito. Si Yusuf no la había visto, lo acechaba hasta que se acercaba lo bastante para estrecharlo entre sus brazos. Entonces, él se debatía y daba patadas y ella ululaba, triunfante y contenta. A veces, cuando no podía acercarse a hurtadillas, lo hacía con gritos extáticos llamándolo «marido mío, mi señor». Luego lo engatusaba con cumplidos y promesas, lo tentaba con dulces y le ofrecía mayores placeres que los imaginados en sus fantasías más salvajes si se iba con ella a su casa. «Apiádate de mí, marido mío», exclamaba. Si en aquellos momentos había cerca algún hombre, éste se ofrecía a satisfacerla de inmediato, pues no podía soportar su sufrimiento, pero ella lo rechazaba con una mirada de desprecio. Apenas la veía acercarse Yusuf huía e iba a esconderse en el rincón más oscuro de la tienda, mientras ella lloraba para que apareciese. Khalil hacía todo lo que estaba en su mano para ayudar a la mujer. A veces olvidaba pasar el pestillo del mostrador abatible a fin de que ella pudiese entrar y perseguir a Yusuf entre los sacos y las latas. O enviaba a éste a buscar algo a los almacenes que había al lado de la tienda, donde la mujer podía acechar a la espera de que apareciese. Cuando lo atrapaba, comenzaba a soltar gritos mientras su cuerpo se estremecía en un paroxismo de temblores y estornudos. Olía al tabaco que mascaba y sus abrazos y exclamaciones eran embarazosos. Como todo el mundo parecía encontrar divertido este asunto, aunque Yusuf no le veía la gracia, siempre le decían a Ma Ajuza dónde estaba escondido.

—Es vieja —se quejó Yusuf a Khalil.

—¡Vieja! —exclamó Khalil—. ¿Qué tiene que ver el amor con la edad? Y esta mujer te ama, aunque tú no paras de hacerla sufrir. ¿No te das cuenta de que le destrozas el corazón? ¿Acaso no tienes ojos? ¿No tienes sentimientos? Tú, estúpido *kifa urongo*, tú, pequeño cobardica. ¿Qué quieres decir con vieja? Fíjate en ese cuerpo, mira esas caderas... Hay un montón de promesas en él. Es perfecta para ti.

—Tiene el cabello gris.

—Eso se soluciona con un poco de henna —replicó Khalil—. Además, ¿qué te importa el cabello? La belleza no sólo está en la superficie de la persona sino muy dentro, en su alma.

—Tiene los dientes rojos de tanto mascar tabaco, como los viejos. ¿Por qué no le gusta uno de ellos?

—Cómprale un cepillo de dientes —sugirió Khalil.

—Tiene un vientre enorme —dijo Yusuf con tono quejumbroso, deseando que aquella broma acabase de una vez.

—Bah, bah —se burló Khalil—. A lo mejor un día llega a la tienda una esbelta y hermosa princesa de Persia y te invita a su palacio. Hermanito, esa gorda estupenda está enamorada de ti.

—¿Es rica? —preguntó Yusuf.

Khalil se echó a reír y le dio un repentino y cariñoso abrazo.

—No tanto como para sacarte de este agujero —contestó.

7.

Veían al tío Aziz por lo menos una vez al día, cuando, ya entrada la noche, iba a recoger la recaudación de la jornada. Después de ordenarles que se alejaran para someterlos a un atento escrutinio, cogía la bolsa de lona que Khalil le entregaba, echaba un vistazo al dinero que contenía y a continuación revisaba el cuaderno donde aquél anotaba los movimientos del día. En ocasiones lo veían más a menudo, pero sólo de pasada. Siempre estaba atareado, por la mañana pasaba andando por delante de la tienda camino de la ciudad con aire pensativo; cuando regresaba, su actitud era la misma, y la mayor parte de las veces daba la sensación de que asuntos muy importantes ocupaban su mente. Los ancianos de la terraza observaban con calma a aquel hombre atormentado por sus pensamientos. Yusuf ya sabía sus nombres: Ba, Tembo, Mzee Tamim, Ali Mafuta, pero seguía pensando en ellos como en un fenómeno. Imaginaba que si cerraba los ojos mientras estaban hablando sería incapaz de distinguir a uno de otro.

No conseguía llamar *seyyid* al tío Aziz, a pesar de que Khalil le pegaba cada vez que lo llamaba «tío».

—No es tu tío, estúpido chico *swahili*. Tarde o temprano aprenderás a besar el trasero de ese hombre. *Seyyid, seyyid*, no tío, tío. Anda, repítelo después de mí, *seyyid*.

Pero él no lo hacía. Si se veía obligado a hablar del tío Aziz, decía «él», o dejaba un vacío por colmar que Khalil llenaba con irritación.

Unos meses después de la llegada de Yusuf —que había aprendido a perder la cuenta, y a quien su éxito perverso le había hecho comprender que los días, cuando no se deseaban, podían ser tan largos como las semanas—, comenzaron a hacerse los preparativos para un viaje al interior. Por las noches, el tío Aziz mantenía largas conversaciones con Khalil, sentado en el banco de delante de la tienda que los ancianos ocupaban durante el día. El brillo intenso de una lámpara que había entre ellos alisaba sus rostros convirtiéndolos en máscaras de franqueza. Hablaban en árabe, y aunque Yusuf creía comprender algo de lo que decían, le traía sin cuidado. Repasaban el cuadernillo en el que Khalil anotaba los movimientos del día, pasaban las páginas hacia atrás y hacia adelante y añadían cifras. Yusuf permanecía cerca, en cuclillas, y en sus voces percibía un tono de ansiedad, como si temieran por su seguridad. Durante estas conversaciones Khalil se mostraba inquieto, hablaba con una intensidad que no podía reprimir y le brillaban febrilmente los ojos. En ocasiones el tío Aziz se echaba a reír inesperadamente, lo cual hacía que Khalil, consternado, se sobresaltase. En caso contrario escuchaba como era habitual en él, con actitud indiferente, impasible y vagamente absorto. Si hablaba lo hacía con voz tranquila que se endurecía sin ningún esfuerzo cuando era necesario.

Entonces los preparativos fueron en aumento y dieron origen al desorden. A cualquier hora del día se entregaban bultos y cargamentos que se llevaban a los almacenes que había al lado de la casa. En la tienda se apilaban sacos y paquetes atados. En los rincones de la explanada comenzaron a aparecer fardos de distintas formas y olores, cubiertos con arpillera y lona para evitar que se llenasen de polvo. Con los fardos llegaron unos criados silenciosos que se encargaron de vigilar, desplazando a los ancianos de su banco y echando a los niños y clientes que consideraban irresistible aquella misteriosa mercancía. Los criados se llamaban Wasomali y Wanyamwezi, e iban armados con cañas delgadas y látigos. Su silencio no

era total, pues se dirigían frases breves que sólo ellos comprendían. A Yusuf aquellos hombres le parecían feroces y depravados, preparados para la guerra. No se atrevía a mirarlos abiertamente y ellos, por su parte, no daban muestras de advertir su presencia. Khalil le explicó que el *mnyapara wa safari*, el jefe del viaje, iba a esperar a la expedición en algún lugar del interior. El *seyyid* era un mercader demasiado rico para organizarla y dirigirla personalmente. Por lo general, el *mnyapara* se encargaba de la expedición desde el principio, contratando portadores y reuniendo provisiones, pero en esta ocasión tenía que resolver un asunto. Khalil puso los ojos en blanco mientras lo decía. Desde luego, no se trataba de un asunto sencillo, o habría estado allí. Más bien debía de ser algo vergonzoso, como organizar contrabando, zanjar un ajuste de cuentas, amañar un trapicheo o alguna cosa por el estilo. Aquel hombre siempre estaba metido en asuntos turbios. Khalil, estremeciéndose de forma melodramática, dijo que el *mnyapara* se llamaba Mohammed Abdalla.

—¡Un demonio! —exclamó—. Un insensible manipulador de almas, sin cordura ni misericordia. Pero a pesar de todos sus vicios, el *seyyid* le tiene en gran consideración.

—¿Adónde van? —preguntó Yusuf.

—A comerciar con los salvajes —contestó Khalil—. Ésta es la vida del *seyyid*. Para esto está aquí. Va en busca de los salvajes, les vende todas estas mercancías, luego compra lo que ellos tengan para ofrecerle. Compra de todo... salvo esclavos, y eso antes incluso de que el gobierno dijese que había que terminar con ello. Comerciar con esclavos es un trabajo peligroso, y nada honroso.

—¿Cuánto tiempo estarán fuera?

—Meses, puede que años —respondió Khalil con una sonrisa de orgullo y admiración—. Esto es comerciar. Nunca dicen cuánto durará el viaje. Se limitan a coronar las montañas en todas las direcciones y sólo regresan cuando dan por concluido el negocio. El *seyyid* es un campeón y por consiguiente siempre hace buenos tratos y regresa rápidamente. No creo que éste sea un viaje largo; supongo que la idea es obtener un poco de dinero para gastos menudos.

Durante el día llegaban hombres en busca de trabajo y negociaban las condiciones con el tío Aziz. Algunos acudían con cartas de recomendación de su empleador anterior, entre ellos ancianos que cuando eran rechazados rogaban con expresión desesperada.

Y una mañana en que el caos que los rodeaba se había vuelto casi insoportable, se pusieron en camino. Un tambor, un cuerno y un tamboril tocados con alegría y entusiasmo irresistible, acompañaron a los hombres en su marcha. Detrás de los músicos, una fila de porteadores que cargaban con bultos y sacos mientras bromeaban entre ellos y con los curiosos que habían acudido a verlos marchar. A lo largo de la fila se paseaban los *Wasomali* y los *Wanyamwezi*, que con sus bastones y correas amenazadores mantenían a raya a los curiosos. Con una sonrisa divertida y amarga en el rostro, el tío Aziz observaba a los hombres que pasaban delante de él. Cuando la procesión prácticamente se había perdido de vista, se volvió hacia Khalil y Yusuf. Por un instante miró por encima del hombro —fue poco más que un gesto— en dirección a la lejana puerta que estaba en las profundidades del jardín, como si hubiera oído a alguien llamar. Luego se volvió hacia Yusuf, sonrió y le tendió la mano para que la besara. Cuando el muchacho se inclinó, zambulléndose en una bocanada de perfume e incienso, el tío Aziz alargó la otra mano y le acarició el cuello. Yusuf pensó en la moneda de diez annas, y los olores del gallinero y el depósito de madera volvieron a él. En el último momento, como si no le diese importancia, el tío Aziz prestó atención a la estridente despedida de Khalil. Le ofreció la mano a fin de que la besara y se volvió para marcharse.

Observaron la partida del amo hasta que desapareció de vista. Entonces Khalil miró alrededor, luego a Yusuf, y sonrió.

—Quizás a su regreso traiga otro niño. O una niña —dijo.

El frenesí de Khalil disminuyó visiblemente en ausencia del tío Aziz. Los ancianos regresaron a la terraza, y entre breves arrebatos de sabiduría mutuamente susurrada, siguieron tomándole el pelo a Khalil, que había vuelto a convertirse en el amo. Se hizo cargo de los asuntos relacionados con la casa y entraba en ella todos los días, pero se mostraba reservado ante las preguntas de Yusuf al respecto. Pagaba al anciano verdulero que acudía a diario y, cargando sobre los hombros los pesados cestos, franqueaba la

puerta del jardín. A veces, por la mañana, le daba dinero e instrucciones a uno de los chicos del vecindario y lo enviaba al mercado. El muchacho se llamaba Kisimamajongoo y mientras iba de un lado al otro haciendo recados para la gente, no paraba de tararear. Sus aires de duro eran una parodia grotesca que hacía reír a todo el mundo, porque era canijo y enfermizo, vestía harapos y a menudo en las calles otros muchachos le pegaban. Nadie sabía dónde dormía, pues no tenía casa. Khalil también lo llamaba *kifa urongo*.

—Otro. El original —decía.

Todas las mañanas, el viejo jardinero, Hamdani, iba a cuidar los árboles y arbustos secretos y a limpiar el estanque y los cauces de agua. Nunca hablaba con nadie y realizaba su trabajo sin sonreír, canturreando versos y casidas. A mediodía, realizaba sus abluciones y rezaba sus oraciones en el jardín, y poco después se marchaba silenciosamente. Los clientes decían de él que era un santo que sabía curar y tenía conocimientos secretos de medicina.

A las horas de comer, Khalil entraba en la casa y regresaba con dos platos de comida para ellos, luego devolvía los vacíos. Al final de la tarde llevaba a la casa la bolsa de lona con el dinero y el cuaderno de notas. A veces, ya entrada la noche, Yusuf oía unas voces chillonas procedentes de la casa. Sabía que se trataba de mujeres, y que siempre permanecían ocultas allí. Nunca se había asomado por encima del grifo que estaba contra la pared del jardín, pero desde allí había visto ropa tendida, túnicas de brillantes colores y sábanas, y se había preguntado cuándo irían a colgarlas las voces de la casa. Acudían mujeres de visita, envueltas de la cabeza a los pies en *buibui* negros. Cuando pasaban, saludaban a Khalil en árabe y hacían preguntas sobre Yusuf. Khalil contestaba sin mirarlas directamente. A veces, de debajo de los pliegues negros salía una mano pintada de henna y acariciaba la mejilla de Yusuf. Las mujeres despedían un perfume intenso que le recordaba el baúl de ropa de su madre. Decían que el perfume se llamaba *udi*, y le explicaron que era incienso hecho de aloe, ámbar y almizcle.

—¿Quién vive dentro? —acabó por preguntarle a Khalil.

Mientras el tío Aziz vivía allí había evitado hacer preguntas. No se le había ocurrido tener otros deseos que aquellos que la forma en que vivían requería, y esto había parecido accidental y susceptible de un cambio inesperado. El tío Aziz era el centro y el significado de esa vida, y todo giraba alrededor de él. Yusuf aún no tenía un modo de describir al tío Aziz fuera de ese contexto, y sólo ahora que estaba ausente, podía empezar a sentir de nuevo que era algo ajeno.

—¿Quién vive dentro? —preguntó.

Ya habían cerrado la tienda, pero todavía se encontraban en ella, midiendo y llenando conos de azúcar. Yusuf ponía el azúcar en la balanza mientras Khalil enrollaba los cucuruchos y los llenaba. Por un instante dio la impresión de que Khalil no había oído que Yusuf repetía la pregunta, pero luego se detuvo y lo miró con suspicacia. Yusuf se dio cuenta de que no debería haber preguntado aquello, y se puso tenso en espera de la bofetada que aún solía recibir cuando cometía un error, pero Khalil sonrió y apartó la mirada de los aprensivos ojos de Yusuf.

—El ama —respondió Khalil, y de inmediato se llevó un dedo a los labios a fin de evitar que Yusuf hiciera más preguntas. Miró la pared posterior de la tienda a modo de advertencia. Después hicieron los cucuruchos de azúcar en silencio.

Más tarde, se sentaron bajo el *sufi* que había en la explanada, en la cueva de luz que formaba el farol que llevaban. Los insectos se estrellaban contra el cristal y enloquecían ante su incapacidad de arrojarlos a las llamas.

—El ama está loca —dijo Khalil de pronto, y soltó una risilla al escuchar la leve exclamación de Yusuf—. Tu títa. ¿Por qué no la llamas títa? Es una vieja muy rica, pero está enferma. Si la saludas amablemente tal vez te deje todo su dinero. Cuando el *seyyid* se casó con ella, hace muchos años, se convirtió de la noche a la mañana en un hombre rico. Pero es muy fea. Tiene una enfermedad. Durante muchos años han venido médicos, eruditos *hakims* con largas barbas grises han rezado oraciones por ella y *mgangas* del otro lado de las montañas han traído medicinas, pero no ha servido de nada. Incluso han venido médicos de vacas y médicos de camellos. Su enfermedad es como una herida en el corazón. Y no se la ha

producido ninguna mano humana, ¿comprendes? Algo malo la ha alcanzado. Se esconde de la gente.

Khalil se detuvo, y no parecía dispuesto a continuar. Yusuf había percibido que a medida que hablaba su actitud burlona daba paso a la aflicción, y trató de pensar en algo que decir para alegrarlo. El que en la casa viviera una anciana loca no le sorprendía en absoluto. Era exactamente lo que solía ocurrir en las historias que le contaba su madre. En aquellas historias la locura era producto de un amor desdichado, o de un hechizo destinado a robar una herencia, o de una venganza no satisfecha. Y hasta que no se deshacía el maleficio la locura no podía curarse. Quería decírselo a Khalil. Decirle que no se preocupara demasiado, que antes de que la historia terminara todo se habría solucionado. Ya había decidido que si algún día se tropezaba con el ama, apartaría la mirada y rezaría una oración. No quería pensar en su madre, o en la forma en que solía contarle historias. La tristeza de Khalil le daba pena y dijo lo primero que le pasó por la cabeza, sólo para que volviera a hablar.

—¿Tu madre te contaba historias? —preguntó.

—¿Mi madre? —dijo Khalil, cogido por sorpresa.

Al cabo de un rato, como Khalil seguía sin añadir nada, Yusuf insistió:

—¿Te las contaba?

—No me hables de ella. Se ha marchado. Como todos los demás. Todos se han ido —dijo Khalil. Luego se puso a hablar deprisa, en árabe, y por un instante Yusuf temió que le pegase—. Se han ido, estúpido *kifa urongo*. Todos se han ido a Arabia. Me dejaron aquí. Mis hermanos, mi madre..., todos.

A Yusuf se le llenaron los ojos de lágrimas. Sentía nostalgia y se veía abandonado, pero hizo un esfuerzo para no llorar. Al cabo de un momento, Khalil dejó escapar un suspiro y tendió la mano para darle un coscorrón a Yusuf.

—Menos mi hermano menor —dijo, y a continuación se echó a reír cuando Yusuf lanzó un gemido de autoconmiseración.

Normalmente, los viernes por la tarde cerraban la tienda por un par de horas, pero en ausencia del tío Aziz, Yusuf le pidió a Khalil que le permitiera pasar toda la tarde en la ciudad. Había entrevisto el mar en el

calor del día y había oído hablar a los clientes de lo maravilloso que era el atardecer. Khalil le dijo que no conocía a nadie en la ciudad y que sólo había visto el puerto en dos ocasiones, la primera cuando desembarcó para ir a parar a los brazos del *seyyid*, y era noche cerrada.

Dijo que incluso después de todo aquel tiempo no conocía a nadie a quien visitar. No había estado en la casa de nadie. Cada *Idd* iba con el *seyyid* a la mezquita de Juma para las plegarias y en una ocasión lo había llevado a un funeral, pero no sabía de quién.

—Entonces podríamos ir y echar un vistazo —propuso Yusuf—. Podemos ir al puerto.

—Nos perderemos —objetó Khalil, riendo nerviosamente.

—No nos perderemos —dijo Yusuf con firmeza.

—*Shabab!* Qué hermanito más valiente eres —exclamó Khalil al tiempo que daba una palmada a Yusuf en la espalda—. ¿Verdad que cuidarás de mí?

Poco después de salir de la tienda se encontraron con algunos clientes, y los saludaron. Se unieron a la marea de cuerpos que llenaban las calles y que los arrastró hacia las plegarias de la mezquita de Juma. Yusuf no pudo evitar observar que Khalil no las tenía todas consigo en lo que a las palabras y gestos adecuados se refería. Después, caminaron hasta la orilla del mar para observar los *dhow*s y los barcos. Yusuf nunca antes había estado tan cerca del mar, y su inmensidad lo dejó sin habla. Había pensado que el aire en la orilla sería fresco e intenso, pero olía a excrementos, a tabaco y a madera verde. Percibió también un olor acre y corrosivo que, según descubrió más tarde, era de algas. En la playa había hileras de botes y, un poco más allá, los pescadores a quienes pertenecían descansaban ociosos bajo unos toldos y alrededor de unos fuegos. Decían que estaban esperando a que subiera la marea, lo cual ocurriría un par de horas antes de la puesta del sol. Les hicieron sitio y Khalil se instaló entre ellos sin mostrarse cohibido en absoluto, al tiempo que tiraba de Yusuf para que se sentara a su lado. La comida que estaban preparando en dos ollas ennegrecidas resultó ser arroz con espinacas. Lo sirvieron en una abollada fuente redonda de la que comieron todos.

—Yo vivía al sur de aquí, en una aldea de pescadores junto al mar — explicó Khalil cuando se marcharon.

Se pasaron la tarde vagando y riéndose de sus atrevimientos. Durante el paseo, compraron una barra de caña de azúcar y un cucurucho de nueces, luego se detuvieron a observar a unos muchachos que jugaban al *kipande*. Yusuf preguntó a Khalil si le parecía bien que se unieran a ellos, y éste asintió dándose importancia. No tenía una idea concreta de cómo se jugaba a aquello, pero unos minutos le bastaron para captar la idea general. Se recogió el *saruni* a manera de taparrabo y a continuación se lanzó tras el *kipande* como un loco. Los muchachos se echaron a reír y comenzaron a burlarse de él. A la primera oportunidad, cogió enérgicamente el bate y se lo pasó a Yusuf, quien acertó una y otra vez con la seguridad y la tranquilidad de un experto. Khalil aplaudió cada golpe y, cuando finalmente Yusuf fue alcanzado, lo sacó a hombros del campo de juego, a pesar de que forcejeaba para que lo bajase.

En el camino de regreso a casa, a última hora de la tarde, vieron unos perros que ya empezaban a merodear por las calles. Con luz, sus cuerpos parecían flacos y cubiertos de úlceras, y su pelo daba asco. Sus ojos, tan crueles a la luz de la luna, eran acuosos y estaban cargados de una materia blanca a la luz del día. Nubes de moscas zumbaban alrededor de las llagas rojas de sus cuerpos.

La actuación heroica de Yusuf en el partido de *kipande* fue cantada a los clientes. En cada relato Khalil exageraba aun más la hazaña, hasta que finalmente sonaba casi grotesca. De acuerdo con su actitud habitual con los clientes, intentaba en todo provocar la risa, especialmente si había por allí niñas o jovencitas. Así, para cuando Ma Ajuza acudió a escuchar la historia, el partido se había convertido en una carnicería y en una matanza de la cual Yusuf había salido triunfante, mientras el bufón brincaba junto a él cantando las alabanzas. ¡Yusuf *el Magnífico*, bendito de Dios, el nuevo Dhul Qurnain, asesino de Gog y Magog! Ma Ajuza gritaba y aplaudía cada vez que los enemigos imaginarios eran derribados uno tras otro por la reluciente espada de su amado. Cuando acabó el relato, Ma Ajuza, tal como Yusuf había imaginado, se puso a lanzar gritos de alegría y echó a correr tras él. Los clientes y los ancianos de la terraza ovacionaron y rieron,

animando a Ma Ajuza. No había escapatoria. Antes de que él consiguiera desasirse, lo capturó y lo arrastró hasta el *sufi*, presa de la pasión.

—¿Quiénes son todos esos *Majogs* que has nombrado a Ma Ajuza? ¿Cuál es la historia? —preguntó Yusuf más tarde.

Preocupado después de haber estado en la casa aquella tarde, Khalil eludió el asunto con un ademán de la mano. Al cabo de un rato dijo:

—Dhul Qurnain es un caballito que vuela. Si consigues cogerlo y asarlo sobre un fuego de madera de clavero, y comer un trozo de cada miembro, incluidas las alas, te proporciona poder sobre las brujas, los demonios y los espíritus necrófagos. Entonces, si lo deseas, puedes pedirle que vaya a China, Persia o India y traiga para ti una princesa hermosa y delgada. Pero el precio que pagas es convertirte en prisionero de Gog y Magog... de por vida.

Yusuf, incrédulo, esperó en silencio.

—Está bien, te contaré la verdad —prosiguió Khalil, sonriendo—. Ahora en serio. Dhul Qurnain significa «el de los dos cuernos». Iskander el Conquistador, que derrotó a todo el mundo en el campo de batalla. ¿Has oído hablar de Iskander el Conquistador? En una ocasión, mientras estaba conquistando el mundo, viajaba por los bordes de éste cuando se encontró con unas personas que le explicaron que al norte de donde ellas vivían moraban Gog y Magog, unas bestias que no tenían idioma y que no paraban de asolar las tierras de sus vecinos. Entonces Dhul Qurnain construyó una muralla que Gog y Magog no pudiesen trepar ni atravesar. Es la muralla que marca el borde del mundo. Al otro lado viven los bárbaros y los demonios.

—¿De qué fue hecha la muralla? Y Gog y Magog, ¿todavía están allí? —preguntó Yusuf.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —replicó Khalil, claramente irritado—. ¿Por qué no me dejas en paz? Lo único que quieres es que te cuenten historias. Anda, ahora déjame dormir un poco.

En ausencia del tío Aziz, Khalil se interesaba menos por la tienda. Iba a la casa cada vez más a menudo y no se enfadaba tanto cuando Yusuf se despistaba y entraba en el jardín. Fuera de la amplia puerta situada cerca de la terraza que había delante de la casa, el jardín estaba completamente cercado. Desde su llegada Yusuf se había sentido extasiado por el silencio y

el frescor del jardín, que podían percibirse incluso a distancia. Aprovechando la ausencia de su tío, franqueó el muro y descubrió que el jardín estaba dividido en cuartos, con un estanque en el centro y canales de agua que corrían en las cuatro direcciones. En los cuadrantes crecían árboles y arbustos, algunos en flor: lavanda, henna, romero y aloe. Entre los arbustos, en la zona abierta, había trébol, hierba y, dispersos, algunos macizos de lilas y lirios. Al otro lado del estanque, en dirección al extremo más lejano del jardín, la tierra se elevaba formando una terraza donde, desparramados semejando un crecimiento natural, florecían amapolas, rosas amarillas y jazmines. Yusuf soñaba que por la noche la fragancia se elevaba en el aire y lo mareaba. Era tal el arrobó que producía en él que creía oír música.

Aquí y allá había también naranjos y granados, y cuando Yusuf pasaba bajo su sombra se sentía como un intruso y olía sus flores con sentimiento de culpabilidad. En los troncos de los árboles había espejos colgados, pero estaban colocados demasiado alto, y Yusuf no podía mirarse en ellos. Cuando se tumbaban en la explanada de tierra que se extendía delante de la tienda, Khalil y él hablaban del jardín y de lo bello que era. Aunque no llegaba a expresarlo, cuando charlaban de aquella manera Yusuf sólo deseaba que lo desterraran por una larga temporada a la arboleda silenciosa. Khalil le dijo que la granada era la culminación de todos los frutos. Ni naranja, ni melocotón, ni albaricoque, tenía algo de todos ellos. Con su tronco y su fruto tan robustos y rollizos como la inminencia de la vida, el granado era el árbol de la fertilidad. Las semillas duras y sin zumo ofrecidas a Yusuf como confirmación de esta doctrina, extraídas de un fruto robado osadamente del jardín, no sabían en absoluto a naranja, que, por cierto, a Yusuf no le gustaban. En cuanto a los melocotones, nunca había oído hablar de ellos.

—¿Cómo son los albaricoques? —preguntó.

—No tan buenos como las granadas —contestó Khalil, molesto.

—En ese caso, no me gustan —dijo Yusuf con firmeza, pero Khalil no le hizo caso.

Sin embargo, no importaba que se pasara mucho tiempo en la casa. En cuanto podía, Yusuf se metía en el jardín, aunque sabía perfectamente

cuándo debía marcharse. Oía la voz quejumbrosa elevarse en el patio interior y tenía la certeza de que estaba destinada a sobrepasar los límites del muro para llegar hasta él. El ama.

—Te ha visto —le explicó Khalil—. Dice que eres hermoso. Cuando te paseas por el jardín observa tu imagen en los espejos de los árboles. ¿Has visto los espejos?

Yusuf suponía que Khalil estaba tomándole el pelo, como hacía con Ma Ajuza, pero se mostraba ceñudo y triste, preocupado.

—¿Es muy vieja? —preguntó con la intención de que Khalil se echara a reír—. El ama, ¿es muy vieja?

—Sí.

—¿Y fea?

—Sí.

—¿Y gorda?

—No.

—¿Está loca? —preguntó Yusuf mientras observaba fascinado que Khalil parecía cada vez más aturdido—. ¿Tiene criado? ¿Quién cocina?

Khalil le dio varias bofetadas y luego unos coscorrones. Lo obligó a meter la cabeza entre sus rodillas y la mantuvo allí pero al cabo de un momento lo apartó de repente.

—Tú eres su criado. Yo soy su criado. Somos esclavos. ¿Para qué te sirve la cabeza? Estúpido *swahili*, débil mental... Está enferma. ¿Para qué te sirven los ojos? Estarías mejor muerto que vivo. ¿Vas a dejar que siempre te venga todo dado? ¡Apártate de mí! —gritó Khalil; tenía espuma en las comisuras de los labios y temblaba a causa de la rabia contenida.

La ciudad de la montaña

1.

Su primer viaje al interior se produjo de forma inesperada. Estaba empezando a acostumbrarse a incidentes de esa clase. Cuando los preparativos ya llevaban un tiempo en marcha, Yusuf descubrió que también participaría en la expedición. En la parte trasera de la tienda y en la terraza habían ido acumulándose las provisiones para el viaje. En uno de los almacenes laterales se amontonaban fragantes sacos de dátiles y bolsas de frutos secos. Atraídas por el perfume y la humedad dulce que rezumaba de los sacos de paja entrelazada, las abejas y las avispas conseguían entrar por los resquicios de las ventanas atrancadas. Otros cargamentos, que olían a pezuñas y cuero, fueron transportados apresuradamente a la propia casa. Tenían una forma extraña y estaban cubiertos con arpillera. Según Khalil, aquello era *magendo*, contrabando para la frontera. Mucho dinero. Los clientes que presenciaban la llegada del cargamento cubierto de arpillera, enarcaban las cejas e intercambiaban conspiradoras miradas de satisfacción con los ancianos, quienes, aunque desplazados de su banco en la terraza, seguían observando tranquilamente bajo los árboles y asentían y sonreían como si formasen parte de todo lo que estaba ocurriendo. Cuando alguno de los ancianos acorralaba a Yusuf, éste tenía que escuchar narraciones tan pródigas como detalladas acerca de almorranas, evacuaciones intestinales y estreñimiento, dependiendo de quien lo apresara. Pero si tenía paciencia con las historias sobre las torturas que padecían los cuerpos en decadencia, podía escuchar relatos de otros viajes y advertía que en medio de la excitación que suscitaban aquellos otros preparativos, los ancianos se olvidaban de sí mismos.

Un aroma de otros lugares, cargado de ambiente viajero, llenaba el aire en el que resonaban las órdenes. A medida que se acercaba el día de la partida, la agitación disminuyó, aunque a desgana. La sonrisa tranquila y abstraída del tío Aziz, así como su rostro duro e impasible, exigían que todos se comportasen con dignidad. Al fin, la expedición emprendió la marcha en medio de una atmósfera de serenidad acompañada en su partida por la estridente melodía del cuerno y el ritmo de aprobación del tambor. La gente en la calle los vio pasar en silencio, sonriendo y saludando con aire melancólico. A nadie se le habría ocurrido negar que aquella expedición al interior era el motivo por el cual estaban allí y sabían la clase de palabras que podrían hacer que tales viajes pareciesen necesarios.

Yusuf había observado muchas partidas semejantes con anterioridad y había llegado a disfrutar con el apremio y el frenesí de los preparativos. Tanto a él como a Khalil se les pedía que echaran una mano a los portadores y a los guardias, que fueran a buscar cosas y ayudaran a cargarlas, a vigilar, a contar. El tío Aziz no participaba mucho en los preliminares. Quien se encargaba de los detalles era su *mnyapara*, Mohammed Abdalla. ¡El demonio! Cuando el tío Aziz había decidido emprender uno de sus largos viajes, mandaba a buscar al *mnyapara* a algún lugar del interior. Siempre acudía, pues el tío Aziz era un mercader con medios capaz de abastecer sus expediciones sin tener que pedir préstamos a un indio mukki. Trabajar para un hombre así suponía un honor. Era Mohammed Abdalla quien contrataba a los portadores y a los guardias y acordaba con ellos su participación en los beneficios. También era él quien los mantenía a raya. La mayoría era gente de la costa, de lugares tan lejanos como Kilifi, Lindi y Mrima. El *mnyapara*, inspiraba miedo a todos. Su aspecto ceñudo y gruñón, y el brillo despiadado de sus ojos, no prometían más que sufrimiento a cualquiera que lo contrariase. Realizaba el más simple y corriente de los gestos con el conocimiento y el deleite que su poder le proporcionaba. Era un hombre alto y fuerte que caminaba con los hombros echados hacia atrás, como anticipándose a cualquier reto. Su rostro, de pómulos salientes y piel granujienta, era la imagen misma de la ambición. Para darse importancia, llevaba una delgada caña de bambú que blandía cuando estaba exasperado o con la que azotaba un trasero indolente

cuando su cólera estaba encendida. Tenía fama de sodomita implacable y a menudo se lo veía acariciarse las caderas con aire distraído. Aquellos que Mohammed se había negado a contratar solían decir que cogía porteadores dispuestos a ponerse a gatas para él durante el viaje.

A veces miraba a Yusuf y le dirigía una sonrisa maligna al tiempo que le zarandeaba la cabeza con ligero deleite. «*Mashaallah*», susurraba. Una maravilla de Dios. En esas ocasiones, una expresión de placer suavizaba su mirada, y su boca se abría en una sonrisa desacostumbrada que dejaba al descubierto unos dientes manchados de tabaco. Cuando lo poseía esta angustia, lanzaba sonoros suspiros de lujuria y, sonriendo, susurraba fragmentos de una canción sobre la naturaleza de la belleza. Fue él quien, con ese tono que hacía que una simple orden sonase amenazadora, dijo a Yusuf que iría con ellos en la expedición.

Para Yusuf fue un modo inoportuno de interrumpir la ecuanimidad que a lo largo de los años había adquirido su vida de cautiverio. A pesar de todo, en la tienda del tío Aziz no había sido desgraciado. Había llegado a entender que estaba allí como rehén, a fin de asegurar que su padre saldara las deudas que tenía con el mercader. No resultaba difícil adivinar que durante años su padre había pedido prestado demasiado dinero, más incluso del que pudiera conseguir por la venta del hotel. O había tenido mala suerte. O había gastado estúpidamente un dinero que no tenía. Khalil le dijo que era el método del *seyyid*, que de ese modo, cuando precisaba algo había gente a quien podía recurrir para hacer lo que fuese necesario. Si el *seyyid* necesitaba dinero desesperadamente, sacrificaba a un puñado de acreedores para conseguirlo.

Tal vez algún día cuando su padre hubiese hecho algo por sí mismo, iría a redimirlo. Cuando podía, lloraba por su madre y por su padre. A veces se asustaba al pensar que sus imágenes estaban volviéndose casi imperceptibles en su memoria. Para tranquilizarlo, surgía el sonido de sus voces o una cualidad particular que poseyesen, como la risa de su madre o la sonrisa reacia de su padre. No era que suspirase por ellos, pues a pesar de todo aquel sentimiento era cada vez más extraño en él, pero aun así su separación era el acontecimiento más memorable de su existencia. Por consiguiente hacía hincapié en ello, y su pérdida lo entristecía. Pensaba en

cosas que debería haber sabido sobre ellos o habría podido preguntarles. Las enconadas peleas que lo habían asustado. Los nombres de los dos muchachos que se habían ahogado después de marcharse de Bagamoyo. Nombres de árboles. Si por lo menos se le hubiese ocurrido preguntarles sobre cosas así, quizá no se habría sentido tan ignorante y peligrosamente abandonado de todo. Llevaba a cabo el trabajo que le encargaban, cumplía las instrucciones que le daba Khalil, su «hermano», de quien había llegado a depender. Cuando se lo permitían, trabajaba en el jardín.

Su amor por el jardín había impresionado al anciano que acudía a cuidarlo por las mañanas hasta media tarde, Mzee Hamdani. El hombre rara vez hablaba, y se irritaba si alguien se dirigía a él y lo obligaba a dejar de entonar los versos de alabanza a Dios, algunos de los cuales eran de su autoría. Todas las mañanas ponía manos a la obra sin saludar a nadie; como si aparte de su jardín y su trabajo no existiese nada más, llenaba unos cubos y, caminando a lo largo de los senderos, sacaba el agua con la mano. Cuando el calor apretaba demasiado, se sentaba a la sombra de un árbol y, perdido en su estática adoración, se ponía a leer de un librito, susurrando y balanceándose ligeramente. Por la tarde, después de las plegarias, se lavaba los pies y se marchaba. Mzee Hamdani permitía a Yusuf que lo ayudase si así lo deseaba, pero no tanto encomendándole alguna tarea, sino sin echarlo de allí. Por la tarde, cuando el sol descendía, Yusuf tenía el jardín para él. Podaba, regaba y se paseaba bajo los árboles y entre los arbustos. Al otro lado del muro, la voz quejumbrosa seguía elevándose con la llegada de las primeras sombras para echarlo de allí, aunque otras veces también oía suspiros y fragmentos de una canción en la creciente penumbra. La voz lo llenaba de tristeza. En una ocasión oyó un grito prolongado de nostalgia que le recordó a su madre; temblando de miedo, se detuvo a escuchar junto al muro.

Yusuf había desistido de preguntar por el ama. Khalil se enfadaba.

—Esto no es asunto tuyo y no debes hacer preguntas inútiles. Traerás *kisirami*, mala suerte. Quieres que la desgracia caiga sobre nosotros.

Sabía que la ira de Khalil le exigía guardar silencio sobre ella; sin embargo, no podía evitar interceptar las miradas que los clientes intercambiaban cuando, como dictaba la educación, preguntaban por la

casa. Durante sus paseos vespertinos por la ciudad, Khalil y Yusuf habían visto las enormes casas silenciosas de lisas fachadas donde vivían las ricas familias omaníes.

—Sólo casan a sus hijos con los hijos de sus hermanos —les había explicado uno de los clientes—. En alguna de estas fortalezas enormes hay hijos enfermos encerrados bajo llave y de quienes no vuelve a hablarse nunca más. A veces se pueden ver los rostros de las pobres criaturas pegados a los barrotes de las ventanas en lo alto de las casas. Sólo Dios sabe con qué confusión observan nuestro miserable mundo. O tal vez comprenden que se trata del castigo de Dios por los pecados de sus padres.

Visitaban la ciudad todos los viernes para rezar en la mezquita de Juma y jugar al *kipande* y al fútbol en las calles. Algunos transeúntes lanzaban observaciones a Khalil, le decían que era casi padre y no debía jugar con niños. Gritaban que la gente hablaría de él y le pondría apodos soeces. Un día, una mujer se detuvo a mirarlos jugar por unos minutos, hasta que Khalil se acercó y entonces ella escupió en el suelo y se alejó. Al anochecer paseaban hasta la orilla del agua y charlaban con los pescadores que no habían salido al mar. Les ofrecían tabaco, que Khalil aceptaba al tiempo que prohibía a Yusuf hacer lo propio.

—Es demasiado guapo para fumar —decían los pescadores—. Sólo lo echaría a perder. Fumar es cosa del demonio. Un pecado. Pero ¿cómo, si no, puede vivir un hombre pobre?

Yusuf recordaba las historias trágicas que el mendigo Mohammed solía contarle acerca de cómo había perdido el amor de su madre y su tierra fértil al sur de Wizu, y sentía que prohibiéndole el tabaco no lo privaba de nada. Los pescadores les hablaban de sus aventuras y de las apariciones y tribulaciones que les acontecían en el mar. En una especie de tranquila ceremonia, hablaban de los demonios que, disfrazados de tormentas imprevistas, bajaban hasta ellos desde un cielo límpido, o por las noches surgían del mar en forma de gigantescos rayos luminosos. Indulgentes los unos con los otros, intercambiaban relatos de batallas memorables que habían librado contra enemigos poderosos y valientes.

Más tarde, Khalil y Yusuf se detenían a observar una partida de cartas en la terraza de un café o compraban comida y la tomaban en la calle. A

veces, a fin de señalar un cambio de estación o celebrar un buen golpe de fortuna, había bailes y conciertos al caer la noche. Yusuf se encontraba a gusto en la ciudad y habría querido ir más a menudo, pero presentía que su compañero no se hallaba cómodo allí. Khalil sólo parecía sentirse plenamente feliz detrás del mostrador de la tienda, bromeando con los clientes con su acento marcado. La felicidad que manifestaba en esas ocasiones no era fingida. Disfrutaba más que ellos riendo de las chanzas y bromas que hacían a su costa, y escuchaba con atención y simpatía lo que le contaban sobre sus apuros y sus dolores implacables. Ma Ajuza llegó a decirle que, de no haber estado comprometida con Yusuf, lo habría tomado en consideración a pesar de su cuerpo flacucho.

Una tarde fueron a la celebración de una boda india en el corazón de la parte vieja de la ciudad, no como invitados sino como parte de los espectadores que se congregaron para observar las demostraciones de prosperidad y afecto. Quedaron asombrados ante la elocuencia de las túnicas de brocados y los adornos de oro de los invitados, y aplaudieron los alegres turbantes que llevaban los hombres. El aire estaba impregnado de intensos aromas de procedencia antigua, y de unos recipientes de cobre situados en la calle, delante de la casa, se elevaba el humo denso del incienso. Mantenían a raya los olores de los canalones cubiertos que corrían por el centro de la calle. Dos hombres que portaban una enorme linterna verde, que semejaba un palacio en forma de cebolla y con muchas cúpulas, encabezaban el cortejo que acompañaba a la novia. Flanqueando a ésta, dos filas de hombres jóvenes que cantaban y rociaban con agua de rosas a la multitud que llenaba las calles. Daba la impresión de que algunos de esos jóvenes se sentían turbados. El gentío lo percibía y se burlaba y los insultaba para aumentar así su incomodidad. La novia parecía muy joven, una chiquilla casi. Iba cubierta de la cabeza a los pies con velos de seda salpicados de oro, que brillaba y centelleaba con cada uno de sus movimientos. En las muñecas y los tobillos llevaba unas pesadas ajorcas que relucían tenuemente, y sus largos pendientes revoloteaban como sombras luminosas detrás de ella. Cuando se volvió para entrar por la estrecha puerta de la casa del novio, el brillante resplandor de la linterna hizo que se destacase el perfil de su rostro, levemente inclinado.

Después, los espectadores fueron convidados con fuentes de comida que contenían *samosa*, *ladhoo* y *halwa badam*. Hubo música hasta entrada la noche, ejecutada con instrumentos de cuerda y percusión que acompañaban a unas voces que se elevaban con claridad y precisión absolutamente bellas. Ninguno de los curiosos que había fuera de la casa comprendía las palabras de aquellas canciones, pero aun así se quedaron a escuchar. A medida que la noche avanzaba, las melodías se volvieron más melancólicas. Hasta que al final la gente que llenaba la calle empezó a dispersarse en silencio, ahuyentada por la tristeza que auguraban las canciones.

2.

—*Kijana mzuri*. Muchacho hermoso —había dicho Mohammed Abdalla, después de detenerse al lado de Yusuf y cogerle la barbilla con una mano que parecía manchada y escamosa. Yusuf sacudió la cabeza para liberarse y sintió que le temblaba el mentón—. Nos acompaña. El *seyyid* quiere que por la mañana estés preparado. Vendrás, comerciarás con nosotros y aprenderás la diferencia entre las costumbres de la civilización y las costumbres salvajes. Es hora de que madures y veas cómo es el mundo... en lugar de jugar en tiendas sucias. —Una sonrisa apareció en su rostro mientras hablaba, una mueca depredadora que a Yusuf le recordó los perros que acechaban las sendas de sus pesadillas.

Khalil, a quien Yusuf se dirigió en busca de consuelo, no quiso compadecerse o lamentarse de su suerte. Rió y le dio un golpe en el brazo; aun cuando lo hizo en broma, a Yusuf le dolió.

—¿Quieres quedarte aquí y jugar en el jardín? ¿Y cantar casidas como el loco de Mzee Hamdani? Allí hay mucho jardín. Puedes pedirle al *seyyid* que te preste una azada. Llevará docenas para comerciar con los salvajes. Nadie sabe por qué, pero les encantan las azadas. También he oído que les gusta luchar. Pero tú ya sabes todo esto, no necesitas que te lo cuente. Eres parte de ese país salvaje. ¿De qué tienes miedo? Te lo pasarás muy bien. Diles, sencillamente, que eres uno de sus príncipes que regresa a casa para buscar una esposa.

Aquella noche Khalil evitó su presencia, anduvo ocupado en la tienda y no paró de conversar, claramente excitado, con los portadores. Cuando ya no pudo evitarlo por más tiempo, porque estaban echados en las esteras para dormir, se tomó a broma todas y cada una de las preguntas que Yusuf hacía.

—Tal vez en el viaje te encuentres con uno de tus abuelos. Será formidable... y todas esas visiones extrañas y los animales salvajes... ¿O tienes miedo de que en tu ausencia alguien te robe a Ma Ajuza? No te preocupes, hermanito *swahili*, es tuya de por vida. Le diré que antes de marcharte has llorado por ella porque tenías miedo de que entre los salvajes no hubiese nadie que estrujase tu *zub*. Te esperará y, cuando regreses, vendrá a cantar para ti. Pronto serás un rico mercader y te pondrás sedas y perfume como el *seyyid*, y llevarás bolsas de dinero alrededor de la barriga y un rosario en la muñeca.

—¿Qué te pasa? —preguntó Yusuf con voz temblorosa, exasperado y a la vez lamentándose de su suerte.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que llore? —preguntó Khalil, y soltó una carcajada.

—Me marcho mañana, de viaje con ese hombre y sus ladrones...

Khalil puso una mano sobre la boca de Yusuf. Estaban en la parte posterior de la tienda, donde dormían desde hacía tiempo porque la terraza había sido tomada por Mohammed Abdalla y sus hombres, quienes, además, habían convertido los arbustos que la rodeaban en letrinas. Khalil le puso un dedo sobre los labios y emitió un suave siseo de advertencia. Como Yusuf iba a añadir algo, le dio un puñetazo en el estómago que le hizo gemir de dolor. Se sentía como si estuviesen a punto de enviarlo al destierro acusado de una traición que no comprendía. Khalil lo atrajo hacia él y le dio un largo abrazo; luego lo soltó y dijo:

—Es mejor para ti.

A la mañana siguiente, los bultos cubiertos de arpillera fueron cargados en un viejo camión para que hiciesen solos el viaje al interior. La columna los alcanzaría más adelante. El conductor del camión era un hombre medio griego y medio indio llamado Bachus. Su cabello era negro y lo llevaba largo, y tenía un bigote recortado con esmero. Su padre era dueño de una pequeña fábrica de embotellado y helados en la ciudad, y a veces los

mercaderes contrataban los servicios tanto de su hijo como del camión. Bachus estaba en la cabina, con la puerta abierta, y su cuerpo redondo se hundía cómodamente en el asiento. De su boca salía un interminable chorro de obscenidades, lanzadas con voz suave y una expresión seria en el rostro. Entre maldición y maldición, cantaba fragmentos de canciones de amor y daba caladas a un cigarrillo indio.

—Por favor, sed buenos conmigo por una vez, folladores de cabras. Nada me gustaría más que quedarme aquí y pasarme el día acariciando vuestros culos, pero tengo que recoger más bultos, *bob*. De modo que ya podéis arrimar el hombro y dejar de oleros la mierda los unos a los otros.

*Cuando pienso en la verdad veo tu rostro,
Y los demás rostros no son más que una mentira.<
Cuando sueño con la felicidad siento tu caricia<
Y veo la envidia arder en los ojos de todos.*

—¡Ja, ja! —continuaba—. Si un maharajá me oyese cantar me ofrecería su trozo preferido de carne para una noche. Hay un olor extraño en este sitio. Debe de ser el perfume de nuestras podridas pollas, pero tal vez se trate de la comida que sirven aquí. ¡Eh, *baba*! ¿Qué te dan aquí? Hay mucha grasa en ese sudor que corre por vuestras espaldas. Allí adonde vais les gusta la carne grasienta, *bob*, así que mira dónde pones el culo. Venga, hermano, para de rascarte ahí. Deja que alguien lo haga por ti. De todas formas, no servirá de nada. Para estas heridas sólo hay una medicina. Ven detrás de ese muro y dame un masaje. Te ganarás cinco annas.

Los portadores vociferaban y se desternillaban de risa ante la boca deslenguada del conductor. ¡Utilizar ese lenguaje delante del mercader! Cuando titubeaba, ellos se mofaban de él con insultos sobre su madre y su padre, y algo más que insinuaciones sobre sus propios hijos.

—Ven y chúpame la polla —replicaba él al tiempo que se llevaba una mano a la entrepierna. Luego volvía a empezar.

El resto de las mercancías para el viaje serían llevadas a la estación en un *rikwama*, una carretilla larga conducida por los portadores. Sin perder la calma, el tío Aziz estuvo dando instrucciones hasta el último momento a

Khalil, quien asentía con nerviosismo. Los porteadores permanecían en grupos, hablando lánguidamente, discutiendo o soltando repentinas carcajadas que acompañaban con palmadas.

—*Haya*, llévanos al interior —dijo el tío Aziz por fin, mientras daba la señal de ponerse en marcha.

Los ejecutantes del tambor y del cuerno atacaron a la vez y se pusieron ansiosamente en marcha al frente de la columna. Mohammed Abdalla caminaba unos pasos detrás de ellos con la cabeza erguida y blandiendo la caña de bambú. Sin apartar la mirada de las ruedas de madera que podían aplastar unos pies imprudentes, Yusuf ayudó a arrastrar el carro y se unió al gruñido rítmico de los porteadores. Le había dado vergüenza ver a Khalil en el último momento babear sobre la mano del tío Aziz; por un instante pensó que de haber tenido oportunidad se la habría tragado entera. Siempre lo había hecho, pero aquella mañana Yusuf lo detestó aun más por ello. Oyó a Khalil gritar algo sobre el *swahili*, pero no se volvió.

El tío Aziz cerraba la marcha, parándose de vez en cuando para intercambiar palabras de despedida con sus conocidos más notables de entre los presentes en las calles.

3.

Los porteadores y los guardias, que viajaban en el vagón de tercera clase, se instalaron en los bancos de tablillas de madera como si el lugar les perteneciese. Yusuf estaba con ellos. Intimidados por el jaleo que armaban aquellos hombres toscos, los otros pasajeros se fueron a otros vagones o se retiraron a los rincones. Mohammed Abdalla fue a visitarlos desde otra parte del tren y cuando escuchó su vocerío frenético y su charla ignorante empezó a burlarse de ellos. En el vagón iban apretados y, además de estar oscuro, olía a tierra húmeda y a humo de madera. Cuando Yusuf cerró los ojos, acudió a su memoria el primer viaje en tren que hizo. Había durado dos días y una noche; se detenían a menudo y sólo en contadas ocasiones alcanzaban gran velocidad. Al principio la tierra estaba prácticamente asfixiada de palmeras y árboles frutales, y a través de la vegetación que

pasaba por su lado podían ver pequeñas granjas y plantaciones. Cuando el tren se detenía, los porteadores y los guardias salían al andén para no perderse nada. Algunos habían hecho aquella ruta antes y conocían a los ferroviarios o a los vendedores de los andenes, y no perdían tiempo haciendo nuevas amistades. Les daban mensajes y regalos para que los llevaran hasta estaciones más lejanas. En una de las paradas, a esa hora temprana de la tarde en que todo es silencio y calor, creyó oír el sonido de un salto de agua. A media tarde, el tren se detuvo en Kawa y él, tenso y en silencio, se sentó en el suelo del vagón por si alguien lo veía y ponía en un aprieto a sus padres. Más tarde, cuando el terreno empezó a empinarse y tomaron rumbo al este, los árboles y las granjas empezaron a escasear. Los prados se convertían intermitentemente en bosquecillos de árboles exuberantes.

Los porteadores y los guardias vociferaban y se daban golpes los unos a los otros. Hablaban mucho de comida, discutían sobre todos los platos maravillosos con que no podían contar en aquellos momentos y alababan las excelencias de la cocina de sus respectivas regiones. Una vez que habían conseguido sentir hambre y contagiarse el mal humor, se ponían a discutir acerca de otras cosas; por ejemplo, sobre el verdadero significado de las palabras, sobre la cuantía de la dote que recibió la hija de un mercader legendario, sobre el valor de un famoso capitán de barco, sobre la piel fina de los europeos. Durante una animada media hora, no pudieron ponerse de acuerdo sobre el peso de los testículos de diversos animales; toros, leones, gorilas, todos contaban con sus defensores. Riñeron por el espacio para dormir; cada uno consideraba que el suyo estaba siendo usurpado. Acompañándose de reniegos y gritos, se empujaron mutuamente para hacerse sitio. A medida que se encrespaban los ánimos, sus cuerpos empezaron a despedir un olor acre y almizcleño a orina y tabaco rancio. Las peleas no tardaron en empezar. Yusuf se cubrió la cabeza con los brazos, se apretó contra la pared del vagón y daba patadas con todas sus fuerzas cuando alguien se aproximaba a él. En lo más profundo de la noche oyó susurros y luego ligeros movimientos. Al cabo de un rato reconoció el sonido de caricias furtivas; después oyó una risa suave y apagados murmullos de placer.

Durante el día, estuvo observando los campos a través de la ventanilla, estudiando sus cambios. A la derecha, las lejanas montañas volvían a elevarse, oscuras y exuberantes. Sobre ellas el aire, como si ocultase una promesa, era denso y opaco. En la llanura reseca por la que se abría paso el tren, la luz era clara. Cuando el sol se levantó, el aire se llenó de polvo. Trozos de hierba muerta que las lluvias transformarían en una sabana florida cubrían todavía la agostada y seca llanura, oscurecida por afloramientos dispersos de roca negra y arbustos espinosos. De la tierra quemada se elevaban olas de calor y vapor que llenaban la boca de Yusuf y le obligaban a jadear en busca de aire. En una estación donde se detuvieron largo rato había un jacarandá en flor. Sobre el suelo, pétalos malva y lila formaban una alfombra iridiscente. Al lado del árbol había un almacén ferroviario dividido en dos estancias. De sus puertas colgaban unos enormes candados oxidados y sus paredes encaladas estaban manchadas de fango ferralítico.

Pensó varias veces en Khalil y se entristeció al recordar su amistad y la forma brusca y triste en que se había marchado. Pero su partida parecía haber alegrado a Khalil. Pensó en Kawa y en sus padres, que vivían allí, y se preguntó si habría podido actuar de forma diferente.

A última hora de la tarde se apearon en una ciudad que se hallaba al pie de una enorme montaña cubierta de nieve. El aire era fresco y agradable, y la luz, que tenía aquella suavidad del inicio del ocaso, se reflejaba en un agua sin límites. Al llegar, el tío Aziz saludó al jefe de estación, un hombre indio, como si de un viejo amigo se tratara.

—*Mohum Sidwa, hujambo bwana wangu.* Espero que tu salud sea buena y que tus hijos y la madre de tus hijos estén bien. *Alhamdulillah rabi-l alamin*, ¿qué más podemos pedir?

—*Karibu, Bwana Aziz.* Bienvenido, bienvenido. Espero que todos los de tu casa estén bien. ¿Qué noticias hay? ¿Cómo van los negocios? —dijo el rechoncho jefe de estación al tiempo que estrechaba vehementemente la mano del tío Aziz con una excitación y un placer apenas controlados.

—Damos gracias a Dios por todo con lo que ha tenido a bien bendecirnos, mi viejo amigo —dijo el tío Aziz—. Pero no hablemos más de

mí; cuéntame cómo ha ido todo por aquí. Espero que todos tus negocios prosperen.

Los dos hombres, sonriendo y charlando como si rivalizasen para prolongar las formalidades que la cortesía exigía antes de empezar a hablar de negocios, desaparecieron en un edificio bajo y con aspecto de cobertizo que en realidad era la oficina del jefe de estación. Una enorme bandera amarilla, que ondeaba y chasqueaba al viento, flotaba sobre el edificio y hacía que el pájaro amenazador que había en ella pareciese histérico de rabia. Los portadores se miraron y sonrieron, pues sabían que su *seyyid* había ido a negociar un soborno adecuado con el ferroviario a fin de que los gastos de transporte se redujesen. Al cabo de un momento apareció el ayudante del jefe de estación y se apoyó contra la pared con el aire despreocupado de un paseante que se detiene a observar la escena. Bajo, delgado y joven, también él era indio, y procuró no topar con la mirada de nadie. Los portadores contemplaban divertidos aquella actuación y hacían observaciones cómplices sobre él. Mientras tanto, bajo la mirada de Mohammed Abdalla y de los guardias, descargaron las mercancías y las apilaron en el andén.

—¡Moveos, fanfarrones desvergonzados! —exclamaba Mohammed Abdalla, que gritaba por el placer de hacerlo y blandía la caña de bambú con ademán amenazador. Sonreía su desprecio por cuantos lo rodeaban mientras, abstraídamente y con las piernas separadas, se frotaba a través de la tela del *kikoi*—. Os aviso, nada de robos. Si cojo a alguno, le haré pedazos el trasero. Luego os cantaré una nana, pero ahora espabilaos. Estamos en el país de los salvajes y ellos no están hechos del mismo cieno cobarde que vosotros. Si no tenéis la ropa bien sujeta al cuerpo, os lo robarán todo, incluida vuestra virilidad. *Haya, haya!* Están esperándonos.

Cuando todo estuvo preparado, partieron llevando lo que se les había asignado. A la cabeza marchaba su arrogante capitán, quien agitaba la caña de bambú y miraba con gesto airado a la gente que, asombrada, los miraba pasar. Se trataba de una ciudad pequeña, y aunque parecía vacía, la enorme montaña a cuyo pie se acurrucaba le daba un aire de misterio y melancolía, como si fuese la escena de terribles tragedias. Los adelantaron los guerreros que llevaban collares y cuyos cuerpos, brillantes, eran de color ocre. Sus

sandalias de cuero golpeaban el suelo al mismo tiempo que las lanzas que hacían oscilar, e iban con los cuerpos inclinados hacia adelante, tensos y porfiados. No miraban ni a derecha ni a izquierda y en sus ojos había una expresión de seguridad y firmeza que se habría dicho era producto de alguna clase de devoción. Llevaban el cabello recogido en trenzas apretadas y teñido de rojo como la tierra, del mismo color que los *shukas* de cuero mórbido que los cubría diagonalmente desde el hombro hasta la cadera para luego descender hasta las rodillas. Mohammed Abdalla se volvió para observar a los miembros de su columna con desprecio, luego señaló con la caña a los guerreros que pasaban caminando a grandes zancadas.

—Son salvajes —dijo—. Valen por diez de cualquiera de vosotros.

—¡Imaginaos que Dios hubiera creado criaturas como ésas! Parecen fruto del pecado —comentó uno de los porteadores, un hombre joven que siempre era el primero en hablar—. ¿No tienen aspecto de depravados?

—¿Cómo hacen para tener ese color rojo? —preguntó otro porteador—. Debe de ser de la sangre que beben. ¿Verdad que beben sangre?

—¡Fijaos en las hojas de sus lanzas!

—Y saben usarlas —dijo un guardia en voz baja, consciente de las miradas furiosas del capitán—. Pueden parecer cuchillos o simples palos, pero pueden hacer estragos con ellas. Experiencia no les falta. No hacen otra cosa que atacar a otros y cazar. Para convertirse en guerreros de verdad, tienen que cazar un león, matarlo y luego comerle el pene. Cada vez que comen un pene pueden casarse con otra mujer, y cuantos más penes comen, más importantes los considera su propia gente.

—*Yallah!* ¡Nos tomas el pelo! —exclamaron sus compañeros, que se burlaban de él y se negaban a creer semejantes historias.

—Es verdad —protestó el guardia—. Los he visto con mis propios ojos. Preguntad a cualquiera que haya viajado por esta zona. *Wallahi*, estoy diciendo la verdad, y cada vez que matan a un hombre le cortan un trozo del cuerpo y lo guardan en una bolsa especial.

—¿Para qué? —preguntó el joven porteador al que tanto le gustaba hablar.

—¿Vas a preguntarle a un salvaje para qué? —intervino Mohammed Abdalla con tono áspero, a la vez que se volvía para mirar al joven—.

Porque es un salvaje, por eso. Es lo que es. No se le pregunta a un tiburón o a una serpiente por qué ataca. Con un salvaje ocurre lo mismo. Eso es lo que es. Y vosotros haríais mejor si caminaseis más deprisa con esa carga y hablaseis un poco menos. No sois más que un puñado de mujeres quejicas.

—Está relacionado con su religión —añadió el guardia al cabo de un rato.

—Esta forma de vida no es honrosa —intervino el joven porteador, que se ganó una larga y amenazadora mirada por parte de Mohammed Abdalla.

—Aunque un salvaje se coma mil penes de león, un hombre civilizado siempre podrá vencerlo —dijo otro guardia, un hombre de Comoro—. Puede burlarlo con conocimientos y astucia.

La caravana no tardó mucho en llegar a su destino, que era una tienda situada al final de un sendero, cerca de la carretera que salía de la pequeña ciudad. Delante de la tienda había una explanada circular, bien cuidada y rodeada de árboles de pan. El tendero era un hombre bajo y rechoncho que iba vestido con una camisa blanca y unos pantalones bombachos. Tenía un bigote fino y atusado que, al igual que su cabello, estaba salpicado de gris. Tanto su aspecto como su forma de hablar lo definían como un hombre de la costa. Se movía afanosamente entre ellos impartiendo instrucciones con tono firme y autoritario, sin hacer caso de Mohammed Abdalla, que trataba de intervenir y repetía las órdenes.

4.

Al pie de la montaña el aire era penetrante y la luz tenía un tinte rojo violáceo que Yusuf no había visto antes. A primera hora de la mañana las nubes ocultaban la cima, pero desaparecían a medida que el sol adquiría intensidad, revelando el hielo que la cubría. A uno de los lados se extendía, a lo lejos, una llanura uniforme. Los que habían estado allí con anterioridad le contaron que, detrás de las montañas, vivían los guerreros indeseables, quienes criaban ganado vacuno y bebían la sangre de sus animales. Pensaban que era honroso y estaban orgullosos de su historia de violencia. La grandeza de sus líderes se medía por los animales que habían

conseguido en redadas a sus vecinos y por el número de mujeres que habían arrebatado a sus respectivos hombres. Cuando no estaban luchando, se dedicaban a adornar su cuerpo y su cabellera como si de reinas de burdel se tratase. Entre sus víctimas tradicionales estaban los campesinos que vivían en las faldas de la montaña, donde la lluvia empapaba la tierra. Estos campesinos acudían a la ciudad varias veces por semana para vender sus productos, y su aspecto no era el de quienes han recorrido grandes distancias desde su tierra natal, sino audaz y resuelto.

Un pastor luterano les había enseñado a utilizar el arado de hierro, así como la forma de construir la rueda. Les dijo que eran regalos de Dios, quien lo había enviado a aquella montaña para ofrecer a sus moradores la salvación de sus almas. Les anunció que el trabajo era el edicto divino de Dios, que a través de él permitía que los humanos expiasen su maldad. Fuera de las horas de culto su templo hacía las veces de escuela, donde enseñaba a su grey a leer y a escribir. Y como persistió, todos habían decidido adorar a un dios que tenía sacerdotes tan prácticos. El pastor les prohibió tener más de una esposa y los convenció de que el juramento al nuevo dios que él les había llevado era más comprometido que cualquier obligación para con las tradiciones de sus padres y madres. Les enseñó himnos y les contó historias sobre valles verdes que rebosaban de frutos y nata, bosques donde pululaban duendes y bestias salvajes, laderas de montañas cubiertas de nieve y pueblos enteros que patinaban sobre lagos helados. Los ganaderos tenían ahora otra razón para menospreciar a los granjeros a quienes habían atacado durante generaciones. No sólo cavaban la tierra como los animales o las mujeres, sino que, además, entonaban los tristes cánticos de los conquistadores, que profanaban la montaña.

En las polvorientas y fantasmagóricas tierras de la montaña cubierta de nieve, donde moraban los guerreros y la lluvia no era frecuente, vivía un europeo legendario. Se decía que era tan rico que su fortuna no podía calcularse. Había aprendido el lenguaje de los animales y no sólo podía conversar con ellos sino darles órdenes. Su reino abarcaba grandes extensiones de tierra, y vivía en un palacio de hierro sobre un acantilado. El palacio era también un imán poderoso, de modo que cuando los enemigos se acercaban a sus fortificaciones las armas les eran arrebatadas de sus

vainas y sus puños, siendo así desarmados y capturados. El europeo tenía poder sobre los jefes de las tribus salvajes, a quienes, sin embargo, admiraba por su crueldad y su implacabilidad. Para él, eran personas nobles, audaces y agraciadas, incluso guapas. Se decía que el europeo poseía un anillo con el cual podía llamar a los espíritus de la tierra para que lo sirviesen. Al norte de sus dominios merodeaban grupos de leones que tenían un ansia voraz por la carne humana, aun así jamás se acercaban al europeo a menos que éste los llamase.

El hombre de la costa, dueño de la tienda en que se había congregado la caravana y donde Yusuf se sentó con los hombres bajo los árboles del pan para escuchar estas historias, se llamaba Hamid Suleiman. Procedía de Kilifi, una pequeña ciudad situada al norte de Mombasa. Yusuf sabía que no estaba muy lejos de Witu, al sur, porque Mohammed, el mendigo, le había contado que en una ocasión estuvo a punto de ahogarse en Kilifi mientras cruzaba un profundo canal. Añadió que habría sido preferible perecer y verse así libre de la vergonzosa servidumbre de la marihuana. Pero mientras decía esto, sonreía a modo de disculpa enseñando los dientes rotos. Hamid Suleiman era simpático, bondadoso y trataba a Yusuf como a un miembro de su familia. El tío Aziz le dijo algo antes de marcharse. Yusuf lo había visto hablar con él y mirar en su dirección. No habían mediado explicaciones, sólo una palmada en la cabeza y la orden de quedarse allí con Hamid. Los observó marchar con sentimientos contradictorios. Era un alivio escapar a la amenaza de Mohammed Abdalla, pero un viaje a los lagos, en el interior profundo, que era hacia donde se encaminaba la expedición, había empezado a parecerle excitante. Y, sorprendentemente, se había sentido a gusto en compañía de los proscritos portadores, cuyas historias interminables y sus chistes groseros había encontrado emocionantes.

La esposa de Hamid, Maimuna, también era de la costa, de un lugar situado muy al norte de Mombasa, la isla de Lamu. Se expresaba de forma diferente y afirmaba que el *swahili* que se hablaba en Lamu era más puro que cualquier otro de la costa —«*swahili asli*, pregúntaselo a cualquiera»— y a sus ojos la propia Lamu rayaba la perfección. Al igual que su marido, era regordeta y simpática y parecía incapaz de permanecer en silencio si

había alguien al alcance de su voz. Tenía un montón de preguntas para Yusuf. ¿Dónde había nacido? ¿Dónde habían nacido su padre y su madre? ¿Dónde vivían sus otros parientes? ¿Sabían dónde se hallaba? ¿Cuándo los había visto por última vez? ¿Había visitado a sus otros parientes? ¿Nadie le había enseñado nunca lo importantes que eran estas cosas? ¿Estaba prometido? ¿Por qué no? ¿Cuándo tenía previsto casarse? ¿Sabía que si esperaba demasiado la gente pensaría que le ocurría algo malo? A ella le parecía suficientemente mayor, claro que el aspecto podía engañar. ¿Cuántos años tenía? Yusuf hizo lo imposible por evitar responder. En muchos casos lo mejor que podía hacer era encogerse de hombros, derrotado ante unas preguntas a las que nunca antes se había enfrentado, o bajar la mirada, avergonzado. Pensaba que se las arreglaba bastante bien. Maimuna gruñía con gesto de incredulidad ante sus evasivas y la expresión de sus ojos prometía que tarde o temprano él tendría que confesar.

Las obligaciones de Yusuf eran las mismas que en la otra tienda, salvo que aquí había menos trabajo porque el negocio era menos próspero. Además de las tareas en la tienda, tenía que barrer la explanada por la mañana y a última hora de la tarde. Recogía los frutos del árbol del pan que habían caído bajo los árboles y los metía en un cesto que un hombre del mercado iba a recoger todos los días. La fruta que se había echado a perder la dejaba en el patio posterior. Ellos nunca comían del fruto del árbol del pan.

Gracias a Dios todavía no somos tan pobres —decía Maimuna.

Hamid le explicó que el lugar había sido una parada de postas para las caravanas procedentes del interior. Aquello había sido antes de que ellos fuesen a vivir y a trabajar allí, cuando aún era un negocio próspero. La fruta del árbol del pan era para alimentar a los porteadores y a los esclavos, quienes después de las largas caminatas por la región salvaje comían lo que les diesen. No era que él tuviese nada en contra de esa fruta. De hecho, en su casa solían comerla, cocinada con salsa de coco y acompañada de sardinas fritas. Dios sabía que lo que ahora comían en lugar de esa fruta era bastante humilde, pero que Yusuf no pensase que había motivos para despreciar aquel fruto. Lo único que ocurría era que a la gente el fruto del árbol del pan le recordaba la esclavitud, sobre todo por aquella zona.

A Yusuf le adjudicaron una habitación pequeña en la casa y fue invitado a comer con la familia. Las lámparas de la casa ardían toda la noche y apenas oscurecía la puerta se atrancaba y se cerraban los postigos de las ventanas. Le explicaron que era para mantener alejados a animales y ladrones. Hamid criaba palomas, que vivían en cajas bajo los aleros de la casa. Algunas noches, un frenesí de aleteos rompía el incómodo silencio; por la mañana, el patio aparecía cubierto de plumas y sangre. Las palomas eran blancas, con la cola en forma de abanico. Cuando alguna tenía aspecto diferente, Hamid la mataba. Le gustaba hablar de pájaros y de las aves en cautiverio. Llamaba a las palomas las Aves del Paraíso. Como si la exhibición de su belleza fuese para ellas más importante que su seguridad, se pavoneaban sobre el tejado y en el patio con una ostentación y una arrogancia temerarias. Pero otras veces Yusuf creía ver en sus ojos un brillo que indicaba que se mofaban de sí mismas.

En ocasiones, cuando Yusuf decía algo marido y mujer intercambiaban miradas, lo cual le hizo pensar que sabían más sobre su vida que él mismo. Se preguntó qué les habría contado el tío Aziz. Si bien no le dijeron de qué se trataba, al principio pensaron que en su comportamiento había algo extraño. A menudo se mostraban suspicaces ante lo que decía, como si dudasen de sus intenciones. Cuando describió la tierra reseca que habían cruzado camino de la ciudad, ellos se irritaron, y él presintió que había hecho algo incorrecto o dicho algo delicado que había puesto en evidencia un trauma inevitable bajo el cual vivían.

—¿Por qué te sorprende? Esa tierra es completamente árida. ¿Acaso esperabas banales floridos y riachuelos? Pues bien, no es así —dijo Hamid—. Aquí, cerca de la montaña, por lo menos hace fresco y llueve un poco, aunque no tanto como en las laderas. Pero así es.

—Sí —fue la respuesta de Yusuf.

—No sé qué esperabas —prosiguió Hamid, que miraba al muchacho con el entrecejo fruncido—. Salvo un par de semanas al año, después de las lluvias, y en tierras altas como éstas, es así en todas partes. Pero deberías ver esas llanuras secas después de las lluvias. ¡Tendrías que verlas!

—Sí —repitió Yusuf.

—¿Sí, qué? —replicó Maimuna con tono de irritación—. ¿Sí, hiena? ¿Sí, animal? Llámalo tío.

—Pero junto al mar la vegetación era exuberante —dijo Yusuf al cabo de un momento—. La casa donde vivíamos tenía un jardín precioso, rodeado por un muro. Con palmeras y naranjos, e incluso granados, y canales de agua, un estanque y arbustos fragantes.

—¡Ay, ay, nosotros no podemos competir con esos mercaderes, esos señores! —exclamó Maimuna, subiendo mucho el tono de voz. No somos más que unos pobres tenderos. Tú tienes suerte, pero esta es la vida que Dios ha escogido para nosotros. Aquí vivimos como bestias a Sus órdenes. A ti Él te ha dado un jardín paradisíaco, mientras que a nosotros nos ha dado maleza y zarzales llenos de serpientes y animales salvajes. Y bien, ¿qué quieres que hagamos? ¿Que blasfememos? ¿Que nos quejemos por haber sido tratados injustamente?

—Tal vez sólo se trate de añoranza —intervino Hamid con una sonrisa apaciguadora.

Maimuna, lejos de aplacarse se puso a murmurar entre dientes, sus ojos llameaban y al parecer no había pronunciado la última palabra.

—Bien, todo tiene un precio —dijo—. Espero que no tarde en aprenderlo.

Yusuf no había pretendido hacer comparaciones con su jardín, pero guardó silencio. En lugar de la sombra y las flores que Mzee Hamdani había creado, y los estanques y los arbustos cargados de frutos, allí sólo había unos matorrales detrás del patio posterior que se utilizaban para arrojar la basura. Una vida secreta vibraba en aquel vertedero, que desprendía pestilentes vapores de putrefacción. El primer día le habían advertido que no se acercase a él porque había serpientes, y daba la sensación de que el aviso era una especie de profecía. Ellos esperaban que Yusuf dijese algo, que diese alguna explicación, pero como no se le ocurría nada que decir, permaneció mudo delante de ellos, que se mostraron ofendidos por su actitud.

—Por las tardes yo trabajaba en el jardín —dijo por fin.

Ellos rieron y Maimuna le cogió la cara y se la acarició.

—¿Quién puede molestarse con un muchacho tan guapo como tú? Estoy considerando deshacerme de mi gordo marido y casarme contigo. Pero mientras tanto, ¿por qué no nos haces un jardín? —dijo ella al tiempo que intercambiaba una rápida mirada con Hamid—. Durante su estancia podríamos intentar que realizara un trabajo de verdad.

—¿Hacer que crezcan naranjos, aquí? —preguntó Yusuf.

Ellos consideraron irónico el comentario, y volvieron a reír.

—Nos puedes construir fuentes y palacios de verano. El jardín estará lleno de toda clase de aves en cautiverio —dijo Maimuna, sin haber abandonado el tono burlón—. Pájaros cantores, no esas palomas quejumbrosas que Hamid tanto quiere. Y espero que también cuelgues espejos de los árboles, como en los jardines antiguos, para captar la luz y ver a los pájaros perder el conocimiento cuando miran su hermoso reflejo. Haznos un jardín así.

—Es una poetisa —dijo Hamid al tiempo que aplaudía en dirección a su esposa—. Como todas las mujeres de su familia. Y los hombres son todos unos holgazanes y unos comerciantes poco honrados.

—Que Dios te perdone las mentiras que cuentas. Como puedes ver, él es el chistoso. Vaya si lo es —dijo ella, sonriendo y señalando a Hamid—. Espera que empiece. Te olvidarás de comer y de dormir. Y cuando llegue el Ramadán te tendrá toda la noche en vela. Él es el bromista, no lo pongas en duda.

Al día siguiente, Hamid fue al borde de los matorrales con un machete y se puso a cortar las ramas a su alcance. Llamó a Yusuf a gritos para que recogiese las ramas cortadas, hiciese un montón con ellas y le prendiese fuego.

—Eres tú el que quiere un jardín —comentó de buen humor—. Pues bien, despejaré este terreno y así podrás hacernos uno. Arrima el hombro, muchacho. Vamos a quitar todos los matorrales hasta aquel arbusto de espino.

Al principio, los golpes salvajes que Hamid daba con el machete iban acompañados de gritos sanguinarios y canciones estridentes. Decía que era para asustar y ahuyentar a las serpientes. Pero su regocijo no tardó en

decaer y las alegres exclamaciones de ánimo y mofa de Maimuna hicieron que se detuviese irritado entre golpe y golpe.

—¿Dónde crees que estaríamos si lo hubiésemos dejado todo en manos de las mujeres? —dijo—. En las cavernas, te lo aseguro.

El sudor corría por su rostro. Al cabo de aproximadamente una hora, cuando los golpes dirigidos contra los matorrales empezaron a debilitarse, los gritos de guerra se convirtieron en gruñidos. Se detenía a menudo para recobrar el aliento y entretenerse dando instrucciones a Yusuf sobre la forma de disponer las ramas caídas. Renegaba contra la torpeza del muchacho y lo fulminó con la mirada cuando hizo una mueca de dolor a causa de una ramita puntiaguda que se le clavó en la palma de la mano. Finalmente, arrojó el machete al suelo con un quejido de desesperación y se metió en la casa echando pestes.

—¡No pienso matarme por culpa de ese bosque! —declaró cuando pasaba como un huracán junto a su mujer—. Al menos podrías habernos llevado una jarra de agua.

—No es un bosque sino unos cuantos matorrales, viejo debilucho —se burló ella, sonriendo y dándole palmadas para que desapareciese de su vista—. Estás acabado, Hamid Suleiman. Menos mal que he encontrado un nuevo marido.

—Espera y verás —exclamó él.

Maimuna rió con sorna.

—No asustes a los niños, *shabab*. Tú, deja en paz esa arma terrible —dijo cuando Yusuf cogió el machete del suelo—. No quiero tu sangre en nuestras cabezas. Ya tenemos suficientes problemas, y sólo faltaría que tus parientes cayeran sobre nosotros. Tendrás que acostumbrarte a los matorrales y a las serpientes, y dejar de soñar con tu jardín paradisíaco hasta que el mercader Aziz vuelva a buscarte. Llévale agua a tu tío.

5.

Tenía que estar al servicio de los dos. Le gritaban cuando lo necesitaban y, si tardaba en acudir, lo recibían con palabras de furia y miradas penetrantes.

Ve al pozo a buscar agua. Corta leña. Barre el patio. Cuando no se lo requería en la tienda, iba al mercado en busca de verduras y carne. Si lo mandaban a la ciudad, se tomaba su tiempo y se rezagaba en los espacios abiertos, observando a los pastores y granjeros que transitaban por allí. Las vacas dejaban caer enormes boñigas cuando pasaban tambaleándose y mugiendo. De vez en cuando, meneaban la húmeda cola y una rociada de excrementos volaba por el aire. Los pastores les silbaban y hacían gorgoritos, y, ocasionalmente, les daban golpecitos con la punta del bastón para mantenerlas en la fila. Yusuf veía a menudo a los guerreros pintados de rojo que pasaban por el lugar sin entretenerse, atrayendo las miradas de todos. En ocasiones, tratando de no recordar al decrepito verdulero que solía ir a casa del tío Aziz, iba a repartir el contenido de los cestos que llevaba en un yugo sobre los hombros a las viviendas de los mercaderes indios o griegos. A fin de adquirir provisiones y realizar sus misteriosos negocios, los granjeros europeos iban a la ciudad en camiones y carretas tiradas por bueyes. No miraban a nadie y hacían su camino con aire de repugnancia. Cuando regresaba a casa lo normal era que lo enviaran a buscar algo a los almacenes o bien a llevar a uno de los niños al retrete. Tenían tres hijos. La mayor era una adolescente que debía atender a los otros. Estaba demasiado absorta para hacerlo bien, demasiado ocupada con su propia vida interior, y deambulaba por la casa y el patio con una sonrisa en el rostro dirigida a sí misma, dando portazos. A veces tenía que cuidar de los más pequeños y llevarlos a un lugar o a otro. Ruidosos y pletóricos de energía, estaban acostumbrados a que les gritasen. Cuando estaba con ellos pensaba en el modo en que Khalil se comportaba con él y trataba de no perder la paciencia, aunque a menudo no lo conseguía.

Le habló a Hamid de Khalil y de las tareas que hacían juntos —ellos solos llevaban prácticamente el negocio—, en la esperanza de que le diese otro trabajo que no fuese hacer recados y correr de la tienda a los almacenes, pero aquél se limitó a sonreír. Dijo que en la tienda no había suficiente trabajo para que todos ellos estuviesen ocupados. Sin los viajeros y el comercio con el interior no habría suficiente para mantenerlos, de modo que tratara de inventarse algo que hacer.

—¿No haces bastante? ¿Para qué quieres más trabajo? Háblame del mercader, de tu tío Aziz. ¿Ha sido un buen patrón? —preguntó—. Es un hombre muy rico y muy bueno, ¿verdad? Su nombre le va que ni pintado. Podría contarte cosas asombrosas sobre él. Un día tengo que ir a su casa. Por todo lo que has contado sobre el jardín imagino que debe de ser como un palacio. ¿Celebra banquetes y fiestas? Tú y Khalil debéis de haber sido como principitos, más mimados que nadie.

En la casa había tres almacenes, pero a uno de ellos nunca lo mandaban y siempre permanecía cerrado. A veces Yusuf se demoraba delante de la puerta y creía percibir un olor animal, a cuero y pezuñas. *Magendo*, recordó. Mucho dinero. Hamid había comentado que el malhablado conductor del camión había entregado un cargamento —«era como una criatura que hubiese salido arrastrándose de una letrina», había dicho—, y Yusuf imaginaba que el lugar contenía la mercancía secreta que no había podido viajar con ellos en el tren. Los almacenes estaban en la parte posterior de la casa, dentro del patio cercado. Al otro lado de éste, pero dentro de los muros, estaban las dependencias, la cocina y el retrete. Su dormitorio también se encontraba en esa parte de la casa y, una noche, oyó a Hamid dentro del almacén prohibido. Al principio pensó que se trataba de un ladrón o de algo peor, pero luego oyó la voz de Hamid. Yusuf se sintió tentado de salir a mirar, e incluso llegó a descorrer procurando no hacer ruido, el cerrojo de la puerta de su habitación. Estaba oscuro. Cuando se hallaba junto a la puerta abierta, vio la luz de una lámpara por debajo de la puerta del almacén. Le llegó claramente el tono de los susurros de Hamid, y se detuvo. La voz de éste subía y bajaba de tono mientras susurraba ansioso, con expresión de súplica. En la casa silenciosa, aquella voz temblorosa resultaba extraña, trágica y amenazadora a la vez. Deseó no haber oído nada y pensó que debería haberse quedado en su estera. Cuando Hamid también dejó de escuchar, Yusuf deslizó de nuevo el cerrojo de su puerta de forma tan silenciosa como antes y volvió a tumbarse. Por la mañana no se comentó nada, si bien Yusuf captó algunas miradas con el rabillo del ojo.

Pasaban muchos comerciantes por la ciudad y, si eran de la costa, árabes o somalíes, se detenían en la casa de Hamid por un par de días, el tiempo necesario para resolver sus asuntos y descansar. Dormían en la explanada,

bajo los árboles del pan, y compartían la comida de la casa; luego correspondían a sus anfitriones con pequeños obsequios y detalles. En ocasiones, antes de reemprender la marcha comerciaban con parte de sus mercancías. Los viajeros traían noticias y contaban cosas increíbles acerca de osadías y gestos valientes en el transcurso de las expediciones. Unos pocos habitantes de la ciudad acudían a compartir su compañía y escuchar los relatos de los viajeros, entre ellos un mecánico indio que era amigo de Hamid. El mecánico indio siempre llevaba un turbante azul pálido y llegaba en una camioneta ruidosa, lo que a veces causaba consternación entre los comerciantes. Casi nunca hablaba, pero en ocasiones Yusuf lo veía reír a destiempo, entre dientes, con lo que se ganaba miradas de desagrado y consternación por parte de los demás. Tarde por la noche, temblando un poco a causa del frío de la montaña y rodeados por las lámparas encendidas, se sentaban en el claro que había delante de la casa y hablaban de otras noches en que animales y hombres habían rodeado sus campamentos con malas intenciones. De no haber estado bien armados, de haberles fallado los nervios o si Dios no hubiera velado por ellos, habrían ido a dar con sus huesos en alguna *nyika* perdida y polvorienta, donde los buitres y los gusanos los habrían devorado.

Desde hacía un tiempo, allá donde iban descubrían que los europeos ya habían estado antes que ellos y que, tras decir a la gente que habían ido a liberarlos de los enemigos que sólo buscaban convertirlos en salvajes, habían situado soldados y oficiales. A juzgar por sus palabras, parecía que no se hubiera oído hablar de otro comercio más que de ése. Los comerciantes, atemorizados por la ferocidad y la crueldad de los europeos, hablaban de ellos con asombro. Se apoderaban de la mejor tierra sin pagar un solo abalorio, obligaban a la gente a trabajar para ellos con engaños, comían lo que fuese, aunque estuviera duro o podrido. Como si de una plaga de langosta se tratase, su voracidad no tenía límite ni decencia. Imponían tributos para esto, tributos para aquello, prisión para el infractor, y en ocasiones el látigo y hasta la horca. Lo primero que construyen es un almacén, luego una iglesia, a continuación un cobertizo para el mercado a fin de poder controlar el comercio y gravarlo con un impuesto. Y todo esto aun antes de construirse un lugar donde vivir. ¿Había alguien oído nada

igual? Llevan ropa hecha de metal, pero que no irrita sus cuerpos, y pueden pasarse días sin dormir o beber. Su saliva es venenosa. *Wallahi*, os lo juro. Si te salpica, te quema la carne. La única forma de matar a uno de ellos es apuñalarlo bajo la axila izquierda; ningún otro sitio sirve, pero resulta casi imposible hacerlo, porque llevan ese punto fuertemente protegido.

Uno de los comerciantes juró haber visto caer muerto a un europeo y que otro acudía a insuflarle vida de nuevo. Había visto que las serpientes también lo hacían, y la saliva de las serpientes era igualmente venenosa. Mientras el cuerpo de un europeo no estuviese destruido, estropeado o hubiera empezado a pudrirse, otro europeo podía devolverlo a la vida. Si algún día le tocara ver a un europeo muerto, no le pondría una mano encima ni le sacaría nada, pues si volvía a levantarse lo acusaría.

—No blasfemes —dijo Hamid, y soltó una carcajada—. Sólo Dios puede dar la vida.

—Lo he visto con mis propios ojos. Que Alá me deje ciego si miento —insistió el comerciante al tiempo que miraba los rostros risueños de quienes lo rodeaban—. Había un hombre muerto y otro europeo estaba tumbado a su lado, respirándole en la boca, y el muerto se estremeció y despertó.

—Si puede dar la vida, debe ser Dios insistió Hamid.

—Que Dios me perdone —prosiguió el comerciante, sin poder contener su ira—. ¿Por qué lo dices? Yo no me refería a eso.

—Es un ignorante —comentó Hamid más tarde, cuando el hombre se hubo marchado para continuar el viaje—. Allí de donde viene son muy supersticiosos. A veces, demasiada religión tiene estos resultados. ¿Qué trataba de decir? ¿Que los europeos son en realidad serpientes disfrazadas?

Algunos de los viajeros se habían cruzado con la expedición del tío Aziz y podían informarle sobre él. La última noticia que se tenía era que estaba al otro lado de los lagos que hay más allá de las montañas Marungu, en el tramo superior de los grandes ríos paralelos al oeste. Estaba comerciando con el pueblo Manyema y haciendo buenos negocios. Se trataba de una región peligrosa, pero en ella era posible comerciar, Dios mediante, con resina, marfil e incluso un poco de oro. Llegaban mensajes del tío Aziz en los que pedía que se pagase en su nombre a los comerciantes que le habían vendido provisiones y mercancías, y en una oportunidad llegó

una consignación de resina a cargo de un mercader que ya regresaba a casa de su viaje. Las noticias sobre él eran frecuentes, y el optimismo de las mismas hacía que Hamid se mostrara generoso con los viajeros que las traían.

6.

En el mes de *Shaaban*, justo antes de la llegada del Ramadán y su riguroso régimen de ayuno y rezos, Hamid decidió visitar los poblados y colonias de las laderas de la montaña. Todos los años hacía el mismo viaje, que esperaba con ilusión, pero se había persuadido de que también era una forma de hacer negocios. Como los clientes no iban a él, él iría a ellos. Invitó a Yusuf a acompañarlo. Alquilaron una camioneta al mecánico sij de la ciudad, quien los visitaba por las noches para escuchar las historias de los viajeros. El sij, cuyo nombre era Harbans Singh pero a quien todo el mundo llamaba Kalasinga, conducía la camioneta. Por fortuna, ya que el vehículo se averiaba a menudo y los neumáticos se pinchaban cada pocos kilómetros. Estos contratiempos no desalentaban a Kalasinga, que echaba la culpa a los baches de la carretera y lo empinada que era. Se ponía a reparar la camioneta alegremente, mientras devolvía las burlas de Hamid con réplicas simpáticas y mantenía muchas en reserva. Se conocían desde hacía tiempo. Yusuf había estado varias veces en casa de Kalasinga para entregarle pedidos. Se defendían con entusiasmo, y disfrutaban de las réplicas y las riñas. Los dos eran bajos y gordos, y en cierto sentido se parecían. Pero mientras que Hamid sonreía cuando hablaba, Kalasinga conservaba una expresión seria aun en las circunstancias más inverosímiles.

—Si no fueras tan avaro, comprarías una nueva camioneta y evitarías a tus clientes todos estos contratiempos —comentó Hamid, cómodamente sentado en una roca mientras Kalasinga se afanaba con el motor averiado—. ¿Qué haces con todo el dinero que nos robas? ¿Lo envías a Bombay?

—No hagas chistes malos, hermano. Lo que quieres es que venga alguien y me mate. ¿De qué dinero hablas? Y ya sabes que no soy de Bombay, que es el país de esos banianos de mierda, esa escoria *Gujarati*,

que es quien tiene dinero, y sus hermanos, las sanguijuelas *Mukki-Yukki*, los *Bohras*. ¿Y sabes cómo hacen fortuna? Prestando dinero y timando a la gente. Préstamos al comerciante apremiado a interés compuesto y ejecución de la hipoteca a la mínima excusa. Ésa es su especialidad. ¡Escoria! Así que te lo ruego, un poco más de respeto y no me asocies con tales insectos.

—Pero ¿acaso no sois todos iguales? —preguntó Hamid—. Todos sois indios, todos banianos, tramposos y mentirosos.

—¡Si no fueras mi hermano desde hace tantos años, puedes estar seguro de que te pegaría por esto! —exclamó con expresión de tristeza—. Sé que intentas fastidiarme, así que controlaré mi ira. No te daré el placer de que me veas comportarme de manera indigna. Pero, por favor, amigo mío, no me saques de quicio. Es muy difícil para un sij aceptar insultos sin perder la calma.

—¿Ah sí? ¿Quién te pide que no la pierdas? He oído decir que a los *kalasingas* les crecen pelos largos en el culo. He oído que un *kalasinga* se arrancó uno y ató con él a alguien que estaba molestándolo.

—Amigo mío, soy un hombre paciente. Pero debo advertirte que una vez que mi ira se desencadena sólo la sangre la satisface —dijo Kalasinga con aire de abatimiento. Miró a Yusuf y sacudió la cabeza en busca de comprensión—. ¿Has oído cómo me pongo cuando pierdo los estribos? —le preguntó—. ¡Como un león salvaje!

Hamid se desternillaba de risa.

—No asustes al muchacho, kafir peludo. Vosotros los banianos no sois más que unos mentirosos. ¡Un león salvaje! Está bien, está bien, dejémoslo correr. No quiero que mis hijos queden huérfanos sólo por una broma. Pero dímelo sinceramente... somos viejos amigos. No hay secretos entre nosotros. ¿Qué haces con el dinero que ganas? Se lo das a alguna mujer, ¿verdad? Quiero decir, que no te lo gastas en nada. Tu casa son unos cuantos coches hechos pedazos. No tienes a nadie que te cuide. Todo lo tuyo parece propio de un indigente. Lo único que bebes es *pombe* barato o ese veneno que fabricas en tu taller. No juegas. Sí, debe de ser una mujer...

—¡Una mujer! No tengo ninguna mujer.

Hamid se puso a reír a carcajadas. Se contaban algunas historias sobre las hazañas de Kalasinga con mujeres, todas ellas iniciadas por el propio

Kalasinga pero embellecidas por otros. Según esos relatos, Kalasinga siempre tardaba en reaccionar, y con ello volvía locas a las mujeres. Pero una vez que había reaccionado, no había quien lo parara.

—Oye, chimpancé, ya que quieres saberlo, le envió algo a mis hermanos de Punjab. Una ayuda para cuidar la tierra de la familia. Es de lo único que te gusta hablar. ¿Qué haces con tu dinero? ¿Qué dinero? ¡Es asunto mío! —gritó Kalasinga a la vez que dejaba caer con vehemencia el capó de la camioneta.

Hamid se echó a reír y a punto estuvo de empezar de nuevo, pero Kalasinga subió al vehículo y puso en marcha el motor.

Al atardecer se detuvieron en una pequeña aldea situada en la parte alta de la colina, al pie de la montaña. Iban a comerciar allí al día siguiente, antes de ponerse nuevamente en marcha. Kalasinga aparcó la camioneta bajo una higuera, a la orilla de un río que bajaba de la montaña. La hierba verde y exuberante de las riberas llegaba hasta la rodilla. Yusuf se desnudó y se zambulló en el río. El agua fría le hizo gritar, pero perseveró todavía unos minutos. No tardó en notar que todo su cuerpo se entumecía. Kalasinga le explicó que el río se alimentaba de la nieve que cubría la cima de la montaña. En aquel lugar había árboles y vegetación abundante, y, cuando acamparon en la penumbra que proporcionaba la montaña, los trinos de los pájaros y el sonido de la corriente del agua llenaban el aire. Yusuf caminó a lo largo de la ribera y se subió a las enormes rocas esparcidas por el cauce. En la otra orilla, más allá de un prado, vio unos bosquecillos de bananos. No tardó en llegar a un salto de agua y se detuvo para contemplarlo. El lugar poseía una atmósfera de magia y misterio, pero él se sentía benigno y reconciliado consigo mismo. Vio unos helechos gigantes y unas cañas de bambú que se inclinaban hasta meterse en el agua. A través de la espuma observó que la roca que había detrás de la cascada tenía una oquedad profunda y oscura, e imaginó que tal vez fuese una cueva, el escondite de tesoros y príncipes desdichados que huían de crueles usurpadores. Se palpó el cuerpo; su ropa, incluida la interior, estaba empapada, pero le encantaba que el agua lo salpicara y sentirse envuelto por ella. Estaba seguro de que, si aguzaba el oído, percibiría, detrás del fragor de la cascada, un murmullo que subía y bajaba en intensidad, el sonido de la

respiración del dios del río. Permaneció allí en silencio largo rato. Por fin, cuando la luz empezó a debilitarse rápidamente y las sombras de los murciélagos y los pájaros nocturnos surcaban el cielo, vio a Hamid llamando desde lejos.

Yusuf echó a correr hacia él, saltando de roca en roca y chapoteando en el agua, pues quería hablarle de la belleza del rincón de la cascada. Cuando llegó adonde estaba Hamid, se detuvo, jadeando sin aliento y riendo de sí mismo.

—Estás mojado —dijo Hamid, quien también se echó a reír y le dio una palmada en la espalda—. Anda ven a comer y a instalarte, antes de que esté demasiado oscuro. Aquí arriba hace frío por la noche.

—¡La cascada! —exclamó Yusuf, resollando—. Es preciosa.

—Lo sé —dijo Hamid.

Un hombre surgió de las densas sombras que se extendían delante de ellos. Vestía jersey de cordoncillo azul oscuro con hombreras de cuero y pantalones cortos color caqui, el uniforme de los empleados europeos. Se acercaron y él, para que pudieran ver que iba armado, sacó una porra de detrás de la pierna. Cuando estuvieron suficientemente cerca como para percibir su olor, Yusuf advirtió que el hombre tenía las mejillas marcadas con sendas cicatrices delgadas que formaban una diagonal desde debajo de los ojos hasta las comisuras de los labios. Llevaba la ropa hecha jirones y olía a tabaco y excrementos de animal. Sus ojos arrojaban una luz espeluznante, que deslumbraba y causaba horror.

—*Salaam alaikum* —dijo Hamid, y levantó la mano a modo de saludo.

Como respuesta, el hombre soltó un gruñido y levantó la porra.

—¿Qué querer? —preguntó—. ¡Marchar!

—Hemos acampado allí —contestó Hamid, y Yusuf comprendió que estaba asustado—. No te preocupes, hermano. El muchacho ha ido a ver la cascada y ahora nos disponíamos a regresar al campamento.

—¿Para qué haber venido? A *bwana* no gustar vosotros aquí. No acampar, no mirar cascada. No gustar vosotros aquí —dijo el hombre categóricamente, con expresión de odio.

—*Bwana?* —preguntó Hamid.

El hombre señaló con la porra en la dirección de donde Yusuf había venido. Vieron entonces la forma de un edificio bajo, en el que una de las ventanas se iluminó de repente. El hombre los fulminó con la mirada a la espera de que se fuesen. Yusuf creyó detectar algo trágico en sus ojos, como si hubieran perdido la visión.

—Pero si hemos acampado bastante lejos de aquí —protestó Hamid—. Ni siquiera respiraremos el mismo aire.

—A *bwana* no gustar vosotros —repitió el hombre con brusquedad—. ¡Marchar!

—Escucha, amigo mío —dijo Hamid, adoptando sus modales de experto negociante—. No vamos a molestar a tu *bwana*. Anda, ven, te tomas una taza de té con nosotros y descansas un poco.

El hombre soltó de golpe una larga parrafada, con tono airado y en un idioma desconocido para Yusuf. Luego giró sobre sus talones y se introdujo a grandes zancadas en la oscuridad. Lo vieron partir y al cabo de un momento Hamid se encogió de hombros y dijo:

—Vamos. Su *bwana* debe de pensar que es el dueño de todo el mundo.

Cuando llegaron al lugar donde habían acampado, descubrieron que Kalasinga había cocido arroz y preparado una jarra de té. Hamid abrió un paquete de dátiles y repartió tiras de pescado seco que asaron en las brasas agonizantes. Le contaron a Kalasinga el incidente con el hombre de la porra.

—Mzungu vive ahí —explicó Kalasinga, a la vez que se tiraba un pedo con gusto y sin dar señales de sentirse avergonzado—. Un hombre europeo del sur que trabaja para el gobierno. En una ocasión reparé su generador. Era un trasto enorme y ruidoso, muy viejo. Le dije que podía conseguirle uno más nuevo, pero no le gustó la idea. Empezó a gritar y se puso rojo como un tomate, y decía que yo quería un soborno. Una pequeña comisión, quizá... ¿Qué tiene eso de malo? Es la costumbre. Me llamó sucio culí. Sucio culí, bastardo ladrón. Luego los perros se unieron a él. Muchos perros, enormes, peludos y con unos dientes enormes.

—¡Perros! —susurró Hamid, y Yusuf supo exactamente qué quería decir.

—¡Sí, perros grandes! —exclamó Kalasinga, para luego levantarse, abrir los brazos en cruz y ponerse a gruñir—. Con ojos amarillos y pelaje plateado. Adiestrados para cazar a los musulmanes. Si se puede entender su ladrido furioso, se sabe que significa: «Me gusta la carne de *Allah-wallahs*. Tráeme la carne del hombre musulmán».

Kalasinga se echó a reír de su propia broma y a darse palmadas en los muslos. Hamid empezó a insultarlo; infiel demente, bastardo ladrón, kafir peludo, lo llamaba, pero Kalasinga no se desalentó. Cada cinco minutos se ponía a ladrar y a gruñir, y luego se reía como si jamás hubiera oído nada más divertido.

—Basta ya de escándalo, sucio culí. Tentarás demasiado a la suerte y los perros europeos vendrán a por ti..., incluido el de dos piernas. ¡Para ya, baniano peludo! —dijo Hamid con tono de irritación cuando Kalasinga siguió con la broma.

—¡Baniano! ¡Te he advertido que no me llames baniano! —espetó el sij al tiempo que miraba alrededor en busca de un arma o un palo; por un instante pareció pensar en la posibilidad de coger la lata de te—. ¿Es acaso culpa mía que vosotros los musulmanes tengáis miedo de los perros? ¿Es una razón para denigrar mi sangre? Cada vez que pronuncias esa palabra insultas a toda mi familia. ¡Que sea la última vez!

Cuando la paz fue restablecida, se prepararon para dormir. Kalasinga extendió su estera cerca de la camioneta y Hamid se echó a poca distancia de él. Yusuf, por su parte, se tumbó donde pudiera ver el cielo, a unos metros de ellos a fin de estar fuera del alcance de las ventosidades de Kalasinga pero lo suficientemente cerca como para oír su conversación. Se echaron dejando escapar suspiros de cansancio y quejidos de satisfacción, y Yusuf se adormeció en medio de aquel silencio amistoso.

—¿No es agradable pensar que el Paraíso será así? —susurró Hamid; el rumor del agua llenaba el aire nocturno—. Cascadas más hermosas que cualquiera que podamos imaginar. Más bellas aun que ésta de aquí, por imposible que parezca, Yusuf. ¿Sabes que es allí donde se encuentra la fuente de todos los ríos de la tierra? Los cuatro ríos del Paraíso. Dividiendo el jardín de Dios en cuatro, corren en direcciones diferentes, norte, sur, este y oeste. Y hay agua por todas partes. Bajo los cobertizos junto a los huertos,

corriendo bancales abajo, a lo largo de los senderos, en la linde de los bosques.

—¿Dónde está ese jardín? —preguntó Kalasinga—. ¿En India? Allí he visto muchos jardines con cascadas. ¿Es éste tu Paraíso? ¿Es donde vive el Aga Khan?

—Dios ha creado siete Cielos —fue la respuesta de Hamid, que hizo caso omiso de Kalasinga y volvió la cabeza hacia un lado, como si sólo estuviera dirigiéndose a Yusuf. El tono de su voz era cada vez más suave—. El Paraíso es el séptimo nivel, y a su vez está dividido en siete niveles. El más alto es el *Jennet al Adn*, el Jardín del Edén. Allí no aceptan blasfemos peludos, aunque sean capaces de rugir como mil leones salvajes.

—En India tenemos jardines así, con siete, ocho niveles, y así sucesivamente —dijo Kalasinga—. Construidos por los bárbaros del Gran Mogol. Montaban orgías en las terrazas y tenían a los animales en el jardín para poder salir a cazar cuando les apetecía. De modo que esto debe de ser el Paraíso, y tu Paraíso está en India. India es un lugar muy espiritual.

—¿Tú crees que Dios está loco? —replicó Hamid—. ¡Poner el Paraíso en India!

—Sí, pero quizá no pudo encontrar ningún sitio mejor —dijo Kalasinga—. He oído decir que el jardín original todavía existe. Aquí en la tierra.

—¡Kafir! Tú crees en cuentos de niños —comentó Hamid.

—Lo he leído en un libro. Un libro espiritual. ¿Sabes leer, *duka-wallah*, musulmán carne de perro?

Hamid se echó a reír.

—He oído decir que en la época de Nabi Nuh Dios envió el Diluvio para cubrir la tierra, las aguas no alcanzaron al Jardín y éste se conservó intacto. Por consiguiente, es posible que el jardín original todavía exista, pero unas aguas ensordecedoras y un portal de fuego impide el paso a los hombres.

—¡Imagínate por un momento que sea cierto que el Jardín está en la tierra! —exclamó Kalasinga después de un largo silencio.

Hamid hizo una observación jocosa, pero su amigo no le prestó atención. Las aguas ensordecedoras y el portal de fuego eran detalles que implicaban responsabilidad. Había sido criado en un devoto hogar sij donde

los escritos del gran Guru ocupaban un puesto de honor en el altar familiar. Pero su padre era un hombre tolerante que también permitía que una estatua de bronce de Ganesh, un cuadro de Jesucristo el Redentor y un ejemplar en miniatura del Corán tuvieran un espacio detrás del altar. Kalasinga sabía que tales detalles tenían tanta fuerza como las aguas ensordecedoras y el portal de fuego.

—Bien, he oído decir a algunas personas que el Jardín está en la tierra, pero yo no me lo creo. Aunque esté aquí, nadie tiene acceso a él, y menos que nadie un baniano —dijo Hamid con firmeza.

7.

Tras cuatro días de viaje, durante el cual se detuvieron en todas las aldeas o pueblos que prometían buenos negocios, llegaron a Olmorog, la estación del gobierno situada en mitad de la ladera de la montaña. La camioneta se había averiado tan a menudo que el viaje había durado más de lo previsto. Durante las últimas etapas, Kalasinga no paraba de justificarse, pero Hamid estaba demasiado cansado para hacer bromas a su costa.

—Bah, bah, cállate de una vez y límitate a llevarnos hasta allí —dijo.

Olmorog era el destino final. Pasarían un día allí y luego emprenderían el regreso. En otro tiempo había sido el enclave del poblado de los ganaderos que se pintaban el cuerpo y el cabello con ocre. Esa era la razón por la cual habían instalado allí la estación agrícola. Se creía que el ejemplo de la estación persuadiría a los guerreros nómadas a renunciar a su amor por la sangre y acabarían por convertirse en granjeros. No sucedió nada parecido, tal vez a causa de la impaciencia del oficial que, autorizado por su gobierno, acudió a cambiar ese rincón del mundo. En cualquier caso, al pueblo no le importó dejar la estación agrícola librada a su suerte. Trasladaron sus viviendas un poco más lejos e iban a Olmorog a comerciar.

Por lo general Hamid se hospedaba en casa de un hombre de Zanzíbar llamado Hussein. Tenía una tienda que le proporcionaba lo suficiente para vivir. Justo al entrar en el local había una máquina para tejer a mano, con la cual confeccionaba *shukas* y batas para sus clientes. En el mostrador

situado contra la pared había bolsas de azúcar y cajas de té, así como otros pequeños artículos de artesanía. Hussein era un hombre delgado y alto que parecía acostumbrado a las dificultades, y tan frugal y sencillo como su negocio. Vivía solo en la trastienda, de modo que cuando llegaron les hizo sitio en el almacén y esperó con ilusión un poco de charla. A última hora se sentaron fuera de la tienda y escucharon a Hussein hablar de Zanzíbar. Al cabo de un rato, una vez satisfecho su deseo, conversaron de negocios y luego observaron en silencio la luz que iba hundiéndose en la montaña.

—¿Os habéis dado cuenta de lo verde que es la luz aquí arriba? —preguntó Hussein al cabo de un buen rato—. No vale la pena preguntárselo a Kalasinga. Él nunca se percató de nada a menos que tenga grasa y haga ruido. ¿En qué proyecto andas ahora, amigo mío? La última vez que viniste ibas a comprar un autobús y a crear una línea que llegase a los pueblos de la montaña. ¿Qué ha ocurrido con esa brillante idea?

Kalasinga se encogió de hombros pero no contestó, y ni siquiera se volvió. De un tazón de hojalata iba sorbiendo el licor casero que había llevado para el viaje. Delante de ellos sólo bebía de vez en cuando, pero Yusuf lo había visto hacerlo cuando pensaba que no había nadie a la vista, dando largos tragos de la ancha botella de piedra.

—¡Pero mira, Yusuf, jovencito! ¿Has observado la luz? —preguntó Hussein—. Algún día volverás locas a las muchachas con tu belleza. Regresa conmigo a Unguja y te casaré con mi hija. ¿Has observado la luz?

—Sí —contestó Yusuf.

La había visto cambiar cuando subían por la montaña y le agradaba charlar acerca de ello, tanto como de Zanzíbar. De pronto, mientras escuchaba a Hussein hablar de Zanzíbar, decidió que algún día iría a ver con sus propios ojos aquel lugar fabuloso.

—Ahora que le has prometido casarlo con tu hija, te dirá que sí a todo —dijo Hamid entre risas—. Pero has llegado demasiado tarde, lo hemos prometido a nuestra hija mayor. ¿No te lo había dicho, Hussein?

—Eres asqueroso. Sólo tiene diez años —replicó Hussein.

—Once —le corrigió Hamid—. Una buena edad para casarse.

Yusuf sabía que estaban tomándole el pelo, pero aun así la conversación le resultaba incómoda.

—¿Por qué es verde? Me refiero a la luz.

—Por la montaña —contestó Hussein—. Cuando en tus viajes llegues hasta los lagos, verás que el mundo está rodeado de montañas que proporcionan al cielo esa tonalidad verde. Las montañas que están al otro lado del lago son el extremo del mundo que percibimos. Más allá, el aire tiene el color de la plaga y la pestilencia, y sólo Dios conoce a los seres que allí viven. Sabemos del este y del norte, hasta la tierra de China, en el oriente más lejano, y las murallas de Gog y Magog, en el norte. Pero el oeste es la tierra de la oscuridad, la tierra de los genios y los monstruos. Dios envió al otro Yusuf en calidad de profeta a la tierra de los genios y los salvajes. Tal vez también te envíe a ti.

—¿Has estado en los lagos? —inquirió Yusuf.

—No —respondió Hussein.

—Pero ha estado en todos los demás sitios —intervino Hamid—. Puedes estar seguro de que a este hombre no le gusta quedarse en casa.

—¿Qué Yusuf? —preguntó Kalasinga. Había estado riéndose de forma afectada y entre dientes mientras Hussein describía la luz y los lagos —«la hora de los cuentos de hadas», había exclamado—, pero ellos sabían que no se resistía a los relatos sobre profetas y genios.

—El profeta Yusuf que salvó a Egipto del hambre —contestó Hussein—. ¿No lo conoces?

—¿Qué hay detrás de la oscuridad del oeste? —quiso saber Yusuf.

Esto hizo que Kalasinga se pusiera a murmurar por lo bajo con evidente gesto de irritación. Esperaba la historia de la carestía de Egipto, que por supuesto conocía pero que le habría gustado escuchar otra vez.

—Nadie sabe qué extensión tiene ese yermo —dijo Hussein—. Pero he oído decir que equivale a quinientos años de viaje a pie. Allí se encuentra la Fuente de la Vida, guardada por espíritus y serpientes tan grandes como islas.

—¿El Infierno también está allí? —preguntó Kalasinga, otra vez con su habitual tono burlón—. ¿Y las cámaras de tortura que promete vuestro Dios?

—Tú deberías saberlo —contestó Hamid—. Allí es adonde irás a parar.

—Voy a traducir el Corán —dijo Kalasinga de pronto. Cuando los demás dejaron de reír, añadió—: al *swahili*.

—Si ni siquiera sabes hablar *swahili* —le espetó Hamid—. ¡Imagínate leer árabe!

—Voy a traducirlo de la versión inglesa —explicó Kalasinga, con ceño.

—¿Por qué quieres hacerlo? —preguntó Hussein—. No creo haberte oído jamás sugerir algo más inútil. ¿Por qué quieres hacerlo?

—Para que vosotros, nativos estúpidos, escuchéis al Dios fanfarrón que adoráis —respondió Kalasinga—. Será mi cruzada. ¿Podéis entender lo que dice el libro en árabe? Tal vez un poco, pero la mayoría de vuestros estúpidos hermanos nativos no pueden. Esto es lo que hace que seáis todos unos nativos estúpidos. Pues bien, si lo entendierais tal vez vieseis lo intolerante que es vuestro Alá. Y en lugar de adorarlo, iríais a buscar algo mejor que hacer.

—*Wallahi!* —exclamó Hamid, que ya no estaba de broma—. Dudo que sea apropiado que alguien como tú hable de Él de esa forma imperdonable. Creo que la próxima vez que vengas a escuchar indiscretamente nuestras conversaciones en la tienda, les contaré a los nativos estúpidos lo que has dicho. No tardarán en prender fuego a tu culo peludo.

—A pesar de todo, traduciré el Corán —afirmó Kalasinga—. Porque me preocupo por mis hermanos, los seres humanos, aunque sólo sean *Allah-wallahs*. ¿Es para adultos esa religión? No sé lo que es Dios ni recuerdo sus miles de nombres y sus millones de promesas, pero sé que no puede ser ese gran tirano que adoráis.

En aquel momento entró una mujer en la tienda en busca de harina y sal. Lucía un trozo de tela alrededor de la cintura y un enorme collar de abalorios que le cubría el cuello y los hombros. Llevaba el pecho descubierto, lo que dejaba sus senos al aire. No prestó atención a Kalasinga cuando éste se acercó con aire provocativo, suspirando ávida y ruidosamente como si se muriera de deseo. Hussein habló a la mujer en su idioma y ella sonrió entusiasmada mientras respondía largo y tendido, a la vez que gesticulaba, se explicaba y se desternillaba de risa. Hussein, resoplando por la nariz en medio de susurros explosivos, rió con ella. Cuando se hubo marchado, Kalasinga continuó con su oda a la lujuria,

describiendo cómo cabalgaría y cabalgaría encima de ella hasta hacer que se rompiera.

—¡Ah, esas mujeres salvajes! ¿Habéis olido las boñigas? ¿Habéis visto sus pechos? ¡Tan regordetes que me han ofendido!

—Está dando de mamar. Hablaba de eso, de su nuevo hijo —explicó Hussein—. Nos tomas el pelo por la intolerancia de nuestro Dios y por lo estúpidos que somos al tenerle tanta paciencia, y luego vienes y llamas salvajes a la gente.

Kalasinga no hizo caso de la reprimenda. Incitado por Hamid, se puso a contar sus aventuras sexuales. Su vehemencia rayaba en lo ridículo. Les habló de aquella hermosa mujer que, después de complicadas estratagemas por parte de él, aceptó invitarlo a su casa, y luego resultó que era un hombre. O de la anciana con la que regateó tomándola por una alcahueta, cuando en realidad era ella la prostituta por la que estaba pagando. Y de un lío con una mujer casada por culpa de la cual había estado a punto de perder algo vital cuando oyeron que el marido cornudo llegaba inesperadamente. Lo representaba todo, y para ello bajaba la voz, relajaba el cuerpo, separaba los miembros. Entre un relato y otro, cuando volvía a ser él mismo y se convertía en un *janab* agresivo y resuelto en busca de acción, se le erizaba la barba y el turbante se le ponía tieso. Cuando ya no podía reprimirse, Hamid vociferaba y, llevándose las manos al vientre y sin aliento, se desternillaba de risa. Kalasinga, que repetía historias a las que Hamid había demostrado ser incapaz de resistirse, lo torturaba cuanto podía. Yusuf festejaba todo aquello con sentimiento de culpabilidad, porque advertía que Hussein no aprobaba las conversaciones sucias, pero la visión de Hamid retorciéndose de risa era demasiado para él.

Más tarde, cuando la noche comenzaba a dar paso a la madrugada, la conversación, acentuada por unos bostezos cada vez más largos y frecuentes, se suavizó y se volvió más melancólica.

—Tengo miedo de los tiempos que tenemos por delante —dijo Hussein en voz baja, y ello hizo que Hamid dejase escapar un débil suspiro—. Todo está alborotado. A esos europeos se los ve muy decididos y, mientras luchan por la prosperidad de la tierra, nos aniquilarán a todos. Habría que ser un estúpido para pensar que están aquí con el fin de hacer algo bueno. No es el

comercio lo que buscan, sino la tierra. Y todo lo que hay en ella..., incluidos nosotros.

—En India llevan siglos gobernando —intervino Kalasinga—. ¿Cómo pueden hacer lo mismo aquí, si no estáis civilizados? Aun en Sudáfrica, lo único que hace que merezca la pena matar a todos y apoderarse de la tierra son el oro y los diamantes. Pero ¿qué hay aquí? Discutirán y se pelearán, robarán esto y aquello, tal vez emprendan una tras otra algunas guerras insignificantes y, cuando se cansen, se marcharán a casa.

—Estás soñando, amigo mío —replicó Hussein—. Mira cómo se han repartido las mejores tierras de la montaña. Al norte de aquí, en la región montañosa, han conseguido echar a las tribus más feroces y les han quitado sus tierras. Los arrojaron de allí como si fuesen niños, sin dificultad alguna, y enterraron en vida a algunos de sus líderes. ¿No lo sabías? Sólo permitieron quedarse a aquellos que convirtieron en sirvientes. Un par de escaramuzas con sus armas y el asunto de la propiedad queda resuelto. ¿Acaso esto suena como si estuviesen aquí de visita? Quieren el mundo entero, y están resueltos a tomarlo.

—Aprended, entonces, quiénes son. ¿Qué sabéis de ellos, aparte de esas historias sobre serpientes y hombres que comen metal? ¿Sabéis su idioma, conocéis sus historias? ¿Cómo aprenderéis si no a hacerles frente? —dijo Kalasinga—. Quejarse y refunfuñar, ¿de qué sirve? Así, seguimos igual. Son nuestros enemigos. Esto es también lo que hace que sigamos igual. A sus ojos somos animales, y no podremos evitar que sigan pensando de esa forma estúpida durante mucho tiempo. ¿Sabéis por qué son tan poderosos? Porque llevan viviendo del mundo desde hace siglos. Vuestras quejas no van a detenerlos.

—Nada de lo que podamos aprender los detendrá —dijo Hussein con tono categórico.

—Lo que pasa es que les tienes miedo —replicó Kalasinga apaciblemente.

—Tengo miedo, estás en lo cierto..., pero no sólo de ellos. Lo perderemos todo, hasta nuestra forma de vida —dijo Hussein—. Y estos jóvenes perderán todavía más. Un día les harán escupir sobre todo lo que sabemos y les harán recitar sus leyes y su historia del mundo como si fuese

palabra sagrada. ¿Qué dirán cuando escriban sobre nosotros? Que éramos negreros.

—¡Aprenden entonces la forma de hacerles frente! —gritó Kalasinga—. Y si lo que dices sobre esos peligros futuros es cierto, ¿por qué te quedas aquí en la montaña a hablar de ello?

—¿Adónde debería ir a decirlo? —preguntó Hussein, con una sonrisa dirigida a la rabia de Kalasinga—. ¿A Zanzíbar? Allí, hasta los esclavos defienden la esclavitud.

—¿Por qué esta conversación tan triste? —protestó Hamid—. ¿Qué hay de maravilloso en la vida que llevamos? ¿No tenemos bastante opresión sin necesidad de predicciones amenazadoras? Dejémoslo todo en manos de Dios. Las cosas tal vez cambien, pero el sol seguirá saliendo por el este y poniéndose por el oeste. Acabemos ya con esta conversación tan triste.

Después de otro largo silencio, Hussein preguntó:

—Hamid, ¿qué está tramando últimamente ese dudoso socio tuyo? ¿En qué estupidez te ha metido ahora?

—¿Quién? —dijo Hamid, nervioso—. ¿De qué estás hablando?

—¡Quién! No tardarás en saber de quién se trata. ¡Tu socio! ¿No fue esto lo que dijiste la última vez? Cuando llegue el momento, ese hombre te desplumará tan minuciosamente que ni siquiera te quedará aguja e hilo para remendarte las camisas —repuso Hussein con tono desdeñoso—. Dijiste que te haría rico. Te aseguró que no había peligro. No cabe la menor duda. Si lo deseas, puedes encargarte ya las chaquetas de seda. Entonces, uno de estos días, surgirá el peligro y no podrás dar marcha atrás. Mala suerte, así son los negocios, ya lo sabes. ¿A cuántos ha arruinado ya? Te convence para que vivas por encima de tus posibilidades y, cuando no puedes pagar, te lo quita todo. Éste es su sistema, y sabes perfectamente de qué estoy hablando.

—¿Qué te pasa a ti hoy? —preguntó Hamid—. Esa luz verde de la montaña en que vives debe de haberte afectado.

Yusuf advirtió que Hamid estaba profundamente turbado y que empezaba a enojarse. Parecía sentirse triste y solo, y miró una vez en dirección a Yusuf.

—¿Sabes qué he oído sobre él, tu socio? —prosiguió Hussein—. Que si sus socios no pueden pagarle, se lleva a sus hijos e hijas como rehenes. Es como en los tiempos de la esclavitud. La gente honrada no debe comportarse de esa forma.

—Ya basta, Hussein —replicó Hamid enfadado, vuelto a medias hacia Yusuf. Kalasinga quiso intervenir, pero Hamid agitó repentinamente la mano para que guardase silencio—. Y deja que cometa todos los estúpidos errores que me venga en gana. ¿Crees que esto, lo que haces..., lo que hacemos..., es mejor? ¿En qué es mejor? Trabajamos, corremos toda clase de riesgos, vivimos alejados de nuestra gente..., y seguimos siendo tan pobres como un ratón, y estamos igualmente asustados.

—El Señor nos ha dicho... —empezó Hussein, que se disponía a repetir una cita del Corán.

—¡No me vengas con ésas! —lo interrumpió Hamid con tono amable, casi suplicante.

—Un día de éstos lo pescarán —insistió Hussein—. El contrabando y los negocios sucios no acaban bien, y te encontrarás metido en un buen lío.

—Escucha lo que te dice tu hermano, Hamid —intervino Kalasinga—. Tal vez no seamos ricos, pero por lo menos vivimos dentro de la ley y nos respetamos mutuamente.

Hamid se echó a reír.

—¡Vaya, qué nobles filósofos somos! ¿Cuándo has descubierto la ley, sinvergüenza? ¿De qué ley me hablas? ¿Llamas vivir dentro de la ley a lo que nos cobras por el más sencillo de los trabajos? —Mediante su actitud y su tono de voz trataba de indicar que el momento de tensión había pasado y que deseaba que la conversación tomase derroteros más jocosos—. En cualquier caso, lo que no queremos es que este joven se lleve una mala impresión de nosotros.

Yusuf tenía entonces dieciséis años y la palabra «joven» le sonó noble, tanto como que dijese que era alto o incluso filósofo. Procuró poner de manifiesto el placer que sentía, y se puso a hacer el payaso. Los tres hombres se rieron de sus bufonadas. Y la conversación dejó felizmente de lado el tema del hombre que fue obligado a dejar en prenda a su hijo a fin de satisfacer a sus acreedores. Pero Yusuf pensó que había comprendido

algo de lo que Hussein había dicho sobre Hamid. La desesperación con la que suspiraba por la prosperidad y su inquietud por el viaje del tío Aziz, hablaban de falta de confianza en sí mismo, de su miedo al fracaso. Yusuf recordó los susurros en el almacén prohibido y el olor a *magendo* que despedían los artículos allí almacenados. Las palabras de súplica de Hamid habían sido como plegarias.

8.

A los pocos días de haber regresado a la ciudad, el tío Aziz llegó de sus viajes. Como de costumbre, encabezaban la columna el tambor y el que tocaba el cuerno, detrás de los cuales iba Mohammed Abdalla. Aparecieron a última hora de la tarde, durante ese rato agradable en que el sol declina y la humedad de la brisa y de las hojas empieza a elevarse de nuevo. Yusuf fue quien los vio; al principio sólo un revuelo en el aire por encima de la silenciosa carretera junto a la cual se paseaba, luego una nube de polvo fino, el ruido sordo del tambor y el zumbido del cuerno. Le habría gustado esperar y observar lo que imaginaba sería una columna de viajeros que, cansados, llegaban arrastrando los pies, pero pensó que debía volver y avisar a los de la casa.

Les informaron que había sido un viaje duro, lleno de privaciones y peligros. Habían vivido momentos horribles, pero no se habían visto obligados a luchar. Dos hombres habían resultado heridos, uno por un león y el otro al ser mordido por una serpiente. Los habían dejado en un pueblecito junto al lago, al cuidado de una familia a quien el tío Aziz había pagado bien. Este último dijo que nunca había hecho negocios con esa gente, pero que confiaba en que cuidarían de los dos hombres. Muchos portadores y guardias habían caído enfermos en un momento u otro, nada grave o fuera de lo normal, gracias a Dios, sólo lo típico de un viaje al interior. Una noche, Mohammed Abdalla había caído por un barranco y se había hecho una herida bastante seria en un hombro. El tío Aziz dijo que estaba curándose, pero que aún le dolía, aunque trataba de ocultarlo. A pesar de los infortunios y de que en todo momento eran conscientes de lo

lejos que estaban de la costa, los negocios habían ido bien. El tío Aziz parecía tan tranquilo como siempre, si acaso más delgado y más sano que de costumbre. Cuando se hubo bañado, mudado de ropa y perfumado, resultaba difícil creer que llevaba meses en la carretera.

—El comercio fue excelente en la parte alta de los ríos —explicó el tío Aziz—. En realidad, no estuvimos mucho tiempo en el río. Regresaremos a Marungu el año que viene, antes de que los mercaderes vuelvan a inundar la zona. Los europeos, los belgas, no tardarán en cerrarla. He oído que cada vez están más cerca de los lagos. Son unos pobretones envidiosos que no sirven para nada y que no tienen ni idea de negocios. Me han hablado de ellos. Hasta los alemanes y los ingleses son mejores, si bien Dios sabe que todos son unos malísimos hombres de negocios. En esta ocasión hemos traído mercancías valiosas.

Todo ello era música para los oídos de Hamid, que, llevado por su deseo de afirmar su alianza con el tío Aziz, subrayaba el discurso con palabras en árabe. Cuando supervisó la carga de mercancías, todo eran sonrisas y exclamaciones de admiración. Los sacos de maíz que el tío Aziz había adquirido a un precio de ganga se los quedaría Hamid, pero la resina, el marfil y el oro serían transportados en tren hacia la costa. La resina, que había llegado antes, ya estaba vendida a un comerciante griego de la ciudad. Por la noche Hamid llevó al tío Aziz a los almacenes a fin de que inspeccionase el género, luego se instalaron con los libros y, hablando entre dientes, se pusieron a calcular los beneficios.

El tío Aziz no se quedó por mucho tiempo. Su intención era regresar a la costa antes de que empezase el Ramadán, para ayunar y descansar en su propia casa. Vender las mercancías antes de que acabase el mes le permitiría pagar a los porteadores antes del año nuevo, como había sido convenido, y los gastos del *Idd*. El día de la partida, la caravana se puso en marcha hacia la estación, aun cuando Mohammed Abdalla todavía no estaba recuperado por completo. Yusuf no fue invitado a unirse a ella. Un momento antes de partir, el tío Aziz lo llamó aparte y le entregó un puñado de dinero.

—Por si necesitas algo —dijo—. Volveré por aquí el año que viene. Lo has hecho muy bien.

El viaje al interior

1.

Hamid estaba contento después de la visita del tío Aziz. Los relatos sobre el viaje lo habían excitado y habían puesto a todos en contacto con aquel temible gran mundo que se extendía más allá del horizonte. Los números también habían tenido una lectura feliz y la mercancía que había quedado en el almacén de Hamid proporcionaba a éste cierta participación en la buena suerte que había acompañado a la empresa. Hamid no siempre esperaba la llegada de la noche para acudir a su depósito secreto y recrearse con el fruto de su éxito, a veces dejaba detrás de él la puerta abierta, a través de la cual se escapaba al patio un olor agobiante a piel de animal. Yusuf vio almacenados allí sacos de yute y de paja, entre los cuales reconoció los de maíz, procedentes de la expedición del tío Aziz, así como los bultos que el malhablado Bachus había transportado en camión. Vio a Hamid pasearse en torno al botín mientras contaba las bolsas y hablaba solo. Cuando vio a Yusuf en el umbral, una sombra de pánico, que se convirtió casi instantáneamente en alivio y recelo, cruzó por su rostro. Frunció el entrecejo en una mueca de concentración tan inexpresiva como profunda, luego se echó a reír de forma taimada y salió.

—¿Qué haces aquí? ¿No tienes nada que hacer? ¿Has limpiado el patio? ¿Y recogido la fruta del árbol del pan? En ese caso, quiero que vayas a la ciudad a hacer un recado. ¿Quién te ha dicho que mires lo que hago, eh? Quieres saber qué hay en las bolsas, ¿verdad? Algún día lo sabrás todo —dijo alegremente, mientras cerraba con candado la puerta del almacén—. Ha sido un buen viaje, damos gracias a Dios. Una buena cantidad de suerte para todos. ¿Quieres algo? ¿Por qué andas fisgando?

—Yo... —empezó a decir Yusuf, pero Hamid lo interrumpió y se alejó hacia la parte delantera, esperando que Yusuf lo siguiera.

—Está bien, tú no andas buscando nada, ¿verdad? Me gustaría oír qué diría Hussein si estuviese aquí. Sólo porque ha decidido vivir al día en mitad de la montaña se cree que quien trata de conseguir algo para sí, está pecando. ¡Eh, tú estabas allí! No es que quiera grandes riquezas, pero ya que vivo y comercio en este lugar, no veo nada de malo en tratar de sacar algo. Si él quiere comportarse como un hombre enfermo y soñador, es su problema. Ya has oído a ese gran idealista. ¿Verdad que lo has oído?

—Sí —respondió Yusuf, turbado ante la agresividad de Hamid.

Se preguntó qué habría realmente en los sacos. Pero no quería preguntarlo porque presentía que Hamid pensaba que ya lo sabía. Imaginó que contenían algo valioso, y que por eso Hamid lo guardaba en el almacén, fuera de la vista de la gente.

—¿Dónde está el pecado en conseguir una vida mejor para la familia? —preguntó Hamid que, llevado por el desprecio hacia Hussein, había elevado el tono de voz—. ¿O en hacer posible que vivan entre su propia gente? ¿Tan malo es eso? Te lo pregunto a ti. Todo lo que quiero es construir una casita para mi familia, encontrar buenos esposos y esposas para mis hijos y poder ir a una mezquita con personas civilizadas. No es mucho pedir. También me gustaría reunirme con los amigos y vecinos por la noche y beber una taza de té mientras charlamos amistosamente... ¡Eso es todo! ¿He dicho que quería matar a alguien? ¿O convertir a alguien en esclavo? ¿O robar a un hombre inocente? No soy más que un pequeño tendero que hace algo para él. Que hace algo muy pequeño para él, Dios lo sabe. Últimamente le ha dado por tomarla con los europeos. Que si van a despojarnos de todo. Que si han nacido asesinos sin una pizca de misericordia. Que si van a destruirnos a nosotros y todo aquello en lo que confiamos. Cuando se cansa de este tema, me dice lo que tengo que hacer. Podría contarte un par de cosas sobre él, pero lo único que quiero es vivir en paz. Sólo que esto no le basta a nuestro filósofo Hussein, que vive como un diablo, entre salvajes. ¿Quién le ha dicho que no puede hacer lo que quiera con su vida? Pero le digas lo que le digas, él empieza a soltarte un sermón y a recitar suras del Corán. ¡El Señor nos ha dicho...! Ya lo oíste.

Hamid reflexionó sobre sus propias palabras mientras resoplaba con cierta indignación. Murmuró «*Astaghfirullah*, Dios me perdone», y se estremeció al pensar que podía haber parecido irrespetuoso para con el Libro.

—No estoy diciendo que haya algo malo en hacer citas del Libro —continuó—, pero él no lo hace por piedad sino por despecho. Oh, no, no estoy diciendo que puede haber algo malo en la palabra de Dios. ¡Ese loco de Kalasinga traduciendo el Corán! Lo que hablaban allí eran unos espíritus caseros. Espero que Dios comprenda que es un loco y un salvaje y tenga piedad de él. —Hamid rió al recordar a su amigo—. El Corán es nuestra religión y contiene toda la sabiduría que necesitamos para vivir una vida buena y moral —añadió, mirando hacia arriba como si esperase ver algo allí. Yusuf también levantó la vista, pero Hamid reclamó su atención mediante un silbido irritante—. Pero eso no significa que debamos utilizarlo para avergonzar a los demás. Tiene que ser una fuente de orientación y conocimiento. El Corán debe leerse siempre que haya oportunidad, especialmente ahora que ha empezado el Ramadán. Durante este mes sagrado, todo acto bueno vale por el doble de la bendición que se obtendrá en otra época. El propio Todopoderoso se lo dijo al Profeta la noche de Miraj. Aquella noche nuestro Profeta fue llevado desde La Meca a Jerusalén en el caballo alado *Borakh*, y desde allí a la presencia del Todopoderoso, quien promulgó las leyes del islam. Se dio la orden de que el Ramadán fuese el mes del ayuno y la oración, un mes de sacrificio y expiación. ¿Cómo expresar mejor nuestra sumisión a Dios si no es renunciando a los placeres más necesarios de la existencia: comida, agua y gratificación sensual? Esto es lo que nos distingue de los salvajes y de los paganos, que no renuncian a nada. Y si durante este período lees el Corán, las palabras van directamente al Creador y te proporcionan una gran bendición. Mientras dura el Ramadán tienes que reservar una hora diaria para esto.

—Sí —dijo Yusuf, al tiempo que retrocedía.

Hacia el final del sermón, Hamid había empezado a adoptar un tono confidencial y a requerir, en su repentino acceso de devoción, la

complicidad de Yusuf. Este pensó en escapar antes de que el predicador le diese alcance, pero no fue lo bastante rápido.

—Ahora que pienso en ello, no te he visto leer muy a menudo —añadió Hamid con expresión severa y recelosa—. Con esto no se puede jugar. ¿Quieres ir al Infierno o qué? Hoy, después de que hayas rezado tus oraciones vespertinas, leeremos juntos.

Por la tarde, Yusuf se sentía débil a causa del hambre y el cansancio. Los tres primeros días de ayuno le parecieron los peores, y si lo hubiesen dejado se habría quedado la mayor parte del día tumbado a la sombra, en silencio. Al cabo de unos días su cuerpo se adaptó a estar horas interminables sin comida o agua y el sufrimiento que provocaba la luz diurna era, por lo menos, soportable. Había creído que en el aire más fresco de las montañas sería menos duro pasar por aquello, pero no era así. Con el calor de la costa había sido capaz de alcanzar una especie de disociación de su cuerpo entumecido, abandonándolo a su exhausto yo y alcanzando un estado de resignado aturdimiento. El aire más fresco lo sostenía, no lo debilitaba lo suficiente para permitirle deslizarse en un estupor susceptible de hipnotizarlo. Y sabía la humillación que lo esperaba cuando por la tarde se reuniese con Hamid.

—¿Qué quieres decir? ¿No sabes leer? —preguntó Hamid.

—Yo no he dicho eso —replicó Yusuf.

Lo que había dicho era que no había terminado de leer el Corán porque tuvo que marcharse de casa para trabajar con el tío Aziz. Su madre le había enseñado el alfabeto y a leer las tres suras simples. Cuando tenía siete años, lo enviaron al profesor de la ciudad, a la que acababan de mudarse, para que lo educase en la religión. El profesor no tenía prisa por ver a los niños completar sus estudios, ya que cuando uno de ellos había logrado leer el Corán desde el principio hasta el final, él se quedaba sin unos honorarios mensuales. Se suponía que un niño debía asistir a las clases durante cinco años para completar sus estudios. Esto era justo tanto para el profesor como para los alumnos. Los niños realizaban muchas tareas para el profesor; limpiaban su casa, recogían leña, hacían recados. Los muchachos hacían novillos cuando podían y a menudo recibían alguna que otra paliza. A las

niñas sólo se les pegaba en la palma de la mano y se les enseñaba a comportarse decorosamente.

—Respetaos a vosotros mismos y los otros acabarán por respetaros —les decía el profesor—. Esto vale para todos nosotros, pero sobre todo para las mujeres. Es el sentido del honor.

Según todos sabían o podían recordar, así había sido siempre, y los niños y las niñas se apiñaban en la estera del patio del profesor y recitaban sus lecciones con desgana y paciencia previsibles. A su debido tiempo, Yusuf se habría graduado y se habría vuelto honorable para con sus iguales y sus mayores. Pero lo obligaron a marchar.

Si bien Khalil le había enseñado los números, nunca había mencionado siquiera que uno u otro debiera leer el Libro. Cuando, durante sus excursiones a la ciudad, iban a la mezquita, Yusuf se defendía bastante bien. Dejaba vagar la imaginación durante las oraciones más largas y cuando tenía que recitar los pasajes del Libro que no le resultaban familiares, se limitaba a tararear y su voz se perdía entre las de los otros lectores, pero nunca había hecho el ridículo. Tampoco llegó a cometer jamás la grosería de acercarse demasiado a alguno de sus vecinos con el fin de comprobar si estaba pasando un apuro similar. Sabía que, cuando Hamid y él se sentasen juntos aquella tarde, no habría posibilidad de salir de aquel desagradable aprieto. Hamid sugirió que empezasen leyendo el *Ya Sin* en voz alta, turnándose. Yusuf abrió el Libro y, bajo la mirada recelosa de Hamid, se puso a pasar las páginas.

—¿No sabes dónde está el *Ya Sin*? —preguntó.

—No llegué a terminarlo —contestó el muchacho. *Sikuhitimu*—. No creo que sea capaz de leerlo.

—¿Qué quieres decir? ¿No sabes leer? —exclamó Hamid, asombrado y escandalizado. Se puso de pie y se apartó de Yusuf, sin temor, pero como si estuviese ante algo castrófico y vil—. *Maskini!* ¡Pobre muchacho! ¡No es justo! ¿En aquella casa no te enseñaron a leer? ¿Qué clase de gente es ésa?

Yusuf, avergonzado por aquella falta y aquel deshonor, dejó escapar un profundo suspiro. Como sentado en el suelo se sentía vulnerable, también se levantó. Tenía hambre, estaba cansado y le habría gustado no tener que

pasar por el drama que sabía vendría a continuación; sin embargo, estaba menos asustado por su vergüenza de lo que había temido.

—¡Maimuna! —gritó Hamid llamando a su mujer como si fuese presa de un gran dolor. Al principio Yusuf pensó que también Hamid sentiría los efectos del ayuno, y que entonces se sentaría y hablaría tranquilamente sobre lecciones y deberes. Pero de pronto se puso a gritar, presa de la histeria—. ¡Maimuna! ¡Ven, ven aquí! *Yallah!* ¡Ven enseguida!

Cuando Maimuna salió, todavía estaba poniéndose un vestido, y sus ojos, aun cuando todavía estaban borrosos a causa del sueño, reflejaban la ansiedad que producía en ella la llamada de Hamid.

—¡*Kimwana*, el chico no sabe leer el Corán! —exclamó Hamid al tiempo que se volvía hacia ella con una mirada enloquecida—. ¡No tiene padre ni madre y ni siquiera conoce la palabra de Dios!

Lo interrogaron minuciosamente, como si llevaran tiempo esperando la oportunidad de hacerlo. Él no trató de ocultar nada. ¿Qué había dicho el ama al respecto? ¿Cómo era ella? Él no sabía cómo era, nunca la había visto. ¿Acaso no se decía que era devota? Él nunca lo había oído. ¿El mercader no lo hacía ir a la mezquita? No, el mercader no se relacionaba con él, lo dejaba trabajar a su aire en la tienda. ¿No le había enseñado que sin oraciones aparecería desnudo ante su Creador? No, no le había enseñado esto, ni tampoco mucho sobre su Creador. Y ¿cómo podía rezar sin la palabra de Dios? Salvo los viernes, en que iban a la ciudad, no rezaba. ¡Qué horrible era todo aquello! Cuando sus gritos de aflicción subieron de tono, también los niños salieron a presenciar la escena: la mayor, Asha, que tenía casi doce años y era regordeta y alegre como su padre; el chico, Ali, que tenía los rizos y la tez lustrosa de su madre, y la pequeña, Suda, que se la pasaba gritando y a la que no le gustaba separarse de su hermana. Todos acudieron a unirse al trágico coro que lamentaba su vergüenza. Maimuna se llevó una mano a la sien como si quisiera acallar el martilleo que allí sentía. Hamid sacudía la cabeza con expresión de piedad.

—¡Pobre muchacho! ¡Pobre muchacho! ¡Qué tragedia nos has traído a esta casa! —exclamó—. ¿Quién habría imaginado una cosa así?

—No te culpes —dijo Maimuna, intercalando suaves quejidos entre las palabras—. ¿Cómo íbamos a saberlo?

—No te sientas mal —le dijo Hamid a Yusuf cuando el *crescendo* de su horror hubo alcanzado el punto máximo—. No es tu culpa. Dios considerará que somos nosotros los culpables por no habernos preocupado de saber si te habían enseñado. Hace meses que estás con nosotros...

—Pero ¿cómo ha podido tu tío dejarte en ese estado durante todos esos años? —preguntó Maimuna, en un intento de compartir la culpa con un tercero.

Para empezar, no era su tío, pensó Yusuf mientras recordaba a Khalil y hacía esfuerzos por reprimir una sonrisa. Le habría gustado poder marcharse de allí y dejarlos con sus lamentaciones, pero presintió que sería inadecuado y permaneció donde estaba. Le molestaba aquella exhibición de consternación y dolor. Le parecía una actuación calculada y ridícula.

—¿Sabes que quienes somos de la costa nos llamamos *waungwana* a nosotros mismos? —preguntó Hamid—. ¿Sabes qué significa? Significa gente de honor. Es así como nos llamamos, especialmente aquí arriba, entre enemigos y salvajes. ¿Por qué nos llamamos así? Es Dios quien nos da ese derecho. Somos honorables porque nos sometemos al Creador y comprendemos y nos adherimos a nuestras obligaciones para con Él. Si uno no sabe leer Su palabra o seguir Su ley, no es mejor que esos adoradores de rocas y de árboles. Poco más que una bestia.

—Sí —dijo Yusuf, y se avergonzó al oír la risa de los niños.

—¿Has cumplido ya los quince años? —inquirió Hamid, bajando mucho la voz.

—Cumplí dieciséis el último *Rajab*. Antes de que fuéramos a las montañas —contestó Yusuf.

—Entonces no hay tiempo que perder. Para el Todopoderoso ya eres un hombre hecho y derecho y sujeto por completo a Su ley —dijo Hamid, que interpretaba ahora el papel de redentor. Cerró los ojos y rezó en susurros una larga oración—. Hijos, miradlo. Aprended de la imagen que nos ofrece —añadió al final, tendiendo un brazo para señalar a Yusuf. «Huye de la mala hierba, te lo ruego. Aprende de mi terrible ejemplo».

—Deja que vaya a la escuela del Corán con los niños —sugirió Maimuna de forma categórica a la vez que miraba a Hamid directamente a

los ojos—. No tienes por qué ensañarte con él como si hubiera matado a alguien.

2.

Fue la afrenta a la cual lo sometieron. Todas las tardes, durante el mes del Ramadán, Yusuf iba con los niños a la casa del profesor para tomar lecciones. Era, con mucha diferencia, el mayor de los alumnos, y los otros niños se burlaban de él con una persistencia maníaca. Parecía que estuvieran obligados a ello y que no tuviesen más remedio que hacer ese papel. El profesor, que era imán en la única mezquita de la ciudad, lo trataba con compasión y amabilidad. Yusuf aprendía rápidamente, y para ello también estudiaba en casa cada día. Al principio fue la vergüenza lo que lo empujó a hacerlo, pero luego empezó a encontrar placer en su creciente destreza. El profesor lo animaba, aunque sin entusiasmo, como si no hubiera esperado menos de él. Yusuf iba a la mezquita a diario y se sometía y humillaba ante el Dios que durante tanto tiempo había descuidado. El imán lo enviaba a hacer pequeños encargos delante de los otros feligreses, como una muestra de su confianza y aprobación. Le pedía que fuese en busca de un libro que quería leer a su congregación, del rosario o del incensario. A veces, lo acribillaba a preguntas animándolo a demostrar lo que había aprendido, y en una ocasión le dijo que subiese a la azotea a llamar a los fieles a la oración. Al principio, Hamid estaba encantado, les contaba a los demás la milagrosa conversión y afirmaba que Dios no podía haber ignorado el papel que él y su mujer habían desempeñado en la redención. El ardor de Yusuf no cedió ni siquiera una vez finalizado el Ramadán. Al cabo de dos meses había leído el Corán desde el principio hasta el final y estaba preparado para empezar de nuevo. El imán lo invitó a ayudarlo en un funeral y en una ceremonia de nacimiento. Yusuf descuidó sus obligaciones en la casa y en la tienda para ir a la escuela y a la mezquita, y por la noche se ponía a estudiar los libros que le había dado el imán. Al cabo de un tiempo, Hamid empezó a preocuparse por aquella

devoción recientemente adquirida. La consideraba obsesiva y abyecta. No era necesario tomarse las cosas tan a pecho.

Kalasinga, a quien en ocasiones, cuando aparecía por allí para charlar un rato, le confiaba estos pensamientos, no era de la misma opinión.

—Deja que el muchacho alcance tanta virtud como pueda —decía—. Estos sentimientos no nos duran mucho. El mundo nos tienta demasiado pronto a pecar y caer en la obscenidad. Sin embargo, la religión es algo hermoso, puro y verdadero. Vosotros seguramente no conocéis esta clase de cosas espirituales, pero nosotros, los del este, somos expertos en ello. Tú no eres más que un estúpido comerciante que besa el suelo cinco veces al día y se muere de hambre durante el Ramadán. No entiendes nada de meditación o trascendencia. Es bueno que el muchacho piense que en su vida hay otras cosas que merecen su atención aparte de sacos de arroz y cestos de fruta, pero es una pena que sólo pueda inclinarse por las enseñanzas de Alá.

—Pero ¿no es demasiado para el muchacho? —dijo Hamid, sin hacer caso de la provocación de Kalasinga.

—Ya no es tan pequeño. De hecho, es casi un hombrecito. Tú quieres echarlo a perder, ya veo. Con lo guapo que es, podrías convertirlo en un maldito enclenque.

—Es un chico atractivo —aceptó Hamid al cabo de un momento—. Pero varonil. Cuando alguien habla de su belleza, él se aleja o cambia de tema. ¡Es tan inocente! Pero bueno, ¿eso es todo lo que tenías que decir sobre religión y virtud? Si yo no sé de estas cosas, ¿qué puede saber un mono grasiento como tú? Tú adoras a gorilas y vacas, y cuentas historias infantiles sobre la creación del mundo. No eres mejor que esos paganos que vienen por aquí. A veces, Kalasinga, cuando pienso en tu culo peludo chisporroteando en el fuego del Infierno después del día del Juicio, siento pena por ti.

—Mientras tu Dios del desierto esté torturándote por todos tus pecados, yo estaré en el Paraíso jodiendo todo lo que se me ponga por delante —replicó Kalasinga alegremente—. Para ese Dios tuyo casi todo es pecado. En cualquier caso, tal vez ese jovencito sólo quiera aprender. Está harto de sentirse enjaulado entre las cuatro paredes de tu casa. Si tiene cerebro, ya se le debe de estar reduciendo a pulpa. Lo único que le pides es que escuche

tus falsas historias o recoja esa fruta inútil del árbol del pan para el mercado. Hasta un mono se volvería religioso bajo esa clase de tortura. Envíamelo y le enseñaré a leer el alfabeto inglés y lo adiestraré en el oficio de mecánico. Por lo menos hará algo provechoso en lugar de pasarse todo el día en esta tienda.

Hamid hizo cuanto estaba en su mano para distraer a Yusuf con trabajo, e incluso desenterró la idea del jardín en el patio, pero también le comentó la oferta que había hecho Kalasinga. Y así fue como Yusuf empezó a pasar varias tardes por semana en el taller de Kalasinga; se sentaba sobre unos neumáticos viejos con una tabla en el regazo y aprendía a leer y a escribir en rumí. Por la mañana trabajaba en la casa, por la tarde estaba con Kalasinga y al atardecer iba a la mezquita hasta las plegarias *isha*. Al principio estaba encantado con esa nueva vida tan ajetreada, pero al cabo de unas semanas comenzó a contar mentiras sobre la mezquita y a quedarse más tiempo con Kalasinga. Para entonces, podía escribir lentamente en la tabla y, si bien las palabras no significaban nada para él, leer el libro que el mecánico le había dado. También aprendió muchas otras cosas. A cambiar neumáticos y limpiar coches. A cargar una batería y eliminar el óxido frotando. Kalasinga le explicó los misterios del motor; Yusuf comprendía bastante, pero se sentía más a gusto observándolo cuando, con mucha paciencia, lograba dar vida a la maraña de tubos y de tornillos. Oyó hablar de la India, adonde Kalasinga no regresaba desde hacía muchos años, aunque soñaba con hacerlo, de Sudáfrica, donde había vivido siendo niño.

—El sur es una casa de locos. Allí se han hecho realidad toda clase de fantasías crueles. Y deja que te diga algo sobre esos afrikaners. Están locos. No quiero decir que sean sencillamente salvajes y sanguinarios, sino mucho más que eso. El ardiente sol ha convertido su cerebro holandés en sopa.

Yusuf ayudaba a empujar los coches y aprendió a preparar té en una vieja lata sobre un hornillo. Iba a la tienda de suministros en busca de piezas de recambio, y a menudo, cuando regresaba, descubría que Kalasinga había aprovechado la oportunidad para darle a la botella. Cuando estaba de humor, el mecánico le contaba relatos acerca de santos, batallas, dioses llenos de amor, héroes esculturales y villanos bigotudos, mientras Yusuf lo escuchaba sentado sobre una caja y aplaudía. Escenificaba las

distintas historias y a veces le pedía a Yusuf que representase a un príncipe silencioso o a un ofensor amilanado. A menudo no podía recordar detalles importantes, y entonces adaptaba y desvirtuaba el relato, con lo que producía un efecto divertidísimo.

Por las noches, Yusuf se sentaba en la terraza con Hamid y los amigos o invitados que hubieran ido a visitarlo. Tenía obligación de estar allí, para servir café e ir por vasos de agua, y en ocasiones para ser el blanco de sus bromas. Se sentaban sobre esteras en torno a la lámpara colocada en el suelo. Cuando las noches de la montaña eran frías, llevaba un montón de chales para los invitados. Yusuf, algo apartado del grupo, como correspondía a su edad y condición, escuchaba sus relatos sobre Mrima y Bagamoyo, la isla Mafia y Lumu, Ajemi y Shams, y otros cientos de lugares mágicos. En ocasiones bajaban la voz y se inclinaban a fin de aproximarse los unos a los otros, y mandaban a Yusuf a otra parte si éste se las había ingeniado para ubicarse demasiado cerca. Entonces veía que los ojos de los oyentes se dilataban debido a la excitación y la sorpresa, y que finalmente sus rostros parecían estallar en una carcajada.

Una noche, se unió a ellos un hombre de Mombasa que les contó una historia acerca de un tío suyo que había regresado recientemente después de pasar quince años en el país de los rusos, una gente de la cual nadie había oído hablar hasta entonces. Había ido sirviendo a las órdenes de un oficial alemán que había estado destinado en Witu hasta que los ingleses echaron a los alemanes de allí. El oficial había regresado entonces a Europa como diplomático, destinado a la embajada de su país en una ciudad llamada Petersburgo, en el país de esos rusos. Lo que contaba el mercader sobre su tío resultaba increíble. Decía que en esa ciudad de Petersburgo el sol brillaba hasta medianoche. Cuando hacía frío, el agua se convertía en hielo; y el hielo que se formaba sobre los ríos y los lagos era tan grueso que se podía conducir sobre él un carro muy cargado. El viento soplaba constantemente, y en ocasiones se convertía en tormentas de hielo y piedras tan violentas como repentinas. Por la noche se oían en el viento los gritos de los enemigos y de los genios, y sus voces sonaban como lamentos de mujeres o de niños. Todo aquel que se atrevía a salir en su ayuda jamás regresaba. En las semanas más rigurosas del invierno hasta el mar se

helaba, y los perros salvajes y los lobos iban por las calles de la ciudad causando destrozos y comiéndose todo aquello que encontraban, personas, caballos, cualquier cosa. Su tío decía que, a diferencia de los alemanes, los rusos no eran personas civilizadas. Un día, cuando estaban viajando por aquellas tierras, llegaron a un pueblecito y se encontraron con que todos — hombres, mujeres y niños— estaban borrachos. *Sikufanyieni maskhara*, trompas perdidos. Su ferocidad hizo que su tío sospechase que se hallaba en el país de Gog y Magog, cuyos márgenes formaban el límite de la tierra del islam. Pero hete aquí que le esperaba una sorpresa, tal vez la mayor de todas. ¡Muchos de los que vivían en el país de los rusos eran musulmanes! ¡En todas las ciudades! ¡En Tartaria, en Kirgisia, en Uzbekia! ¿Quién había oído esos nombres? Sin embargo, aquella gente compartió la sorpresa de su tío, pues era la primera vez que oían que hubiera musulmanes entre la población negra de África.

Mashaallah! Estaban maravillados y apremiaron al mercader de Mombasa para que les ofreciera más detalles. Pues bien, su tío visitó las ciudades de Bukhara, Tashkent y Herat, viejas poblaciones donde sus habitantes habían construido mezquitas de inimaginable belleza y jardines que parecían el paraíso terrenal. Durmió en los jardines más hermosos de Herat y por la noche escuchó una música tan perfecta que a punto estuvo de perder la razón. Era otoño, por todas partes había matricaria en flor y los racimos de parras llenas de uva dulce estaban en sazón; era una uva tan dulce que uno no podía imaginar que creciese en la tierra que pisamos. De hecho, la tierra era allí tan pura y brillante que la gente no enfermaba ni envejecía.

—Estás tomándonos el pelo —exclamaron—. No puede ser que existan lugares semejantes.

—Es verdad —afirmó el mercader.

—¿Puede ser cierto? —preguntaron los demás, ansiosos por creérselo—. Lo estás inventando. Quieres confundir nuestros sentidos con tus cuentos de hadas.

—Lo mismo le dije a mi tío —replicó el mercader—. Aunque de una forma más educada. ¿Cómo puede ser verdad lo que cuentas?

—¿Qué contestó tu tío?

—Lo juro, respondió.

—En ese caso, esos lugares deben de existir —dijeron con un suspiro.

El mercader añadió que, en una etapa más avanzada del viaje, cruzaron un río enfurecido con unas olas enormes que se llamaba Caspio. Al otro lado vio chorros de aceite negro que salían a borbotones del suelo y torres de metal que estaban dentro del agua semejantes a centinelas del reino de Satán. El cielo estaba lleno de columnas de espuma de fuego, como postales en llamas. Desde allí, cruzaron montañas y valles hasta llegar a un país que era el más hermoso que habían visto a lo largo de sus viajes, más incluso que Herat. Estaba cubierto de huertos, jardines y ríos caudalosos, y lo habitaban unas gentes eruditas y civilizadas a las que, por naturaleza, les gustaba obsesivamente la guerra y la intriga. Por consiguiente, en sus países nunca había paz.

—¿Cómo se llamaba esta tierra? —preguntaron.

El mercader hizo una larga pausa.

—Kaskas —respondió al final, con un ligero titubeo.

Luego su tío bajó hasta la tierra de los Shams y regresaron a Mombasa, explicó rápidamente, antes de que alguien siguiera preguntándole nombres.

3.

Yusuf les contaba a los niños las historias que por la noche había oído a los hombres. Cuando estaban cansados de jugar, iban a una habitación y físgaban por donde les apetecía. Como se había visto obligado a ir con ellos a la escuela del imán, ellos, habían perdido toda inhibición que pudieran sentir con respecto a él. Al principio, Yusuf disfrutaba con la intimidad que le ofrecía su cuarto, pero cuando el aislamiento se hizo cada vez mayor, empezó a considerarlo una prisión y a pensar con nostalgia en Khalil y en la época que habían pasado juntos. A veces los pequeños reñían sobre su estera y lanzaban gritos de excitación, o se arrojaban sobre Yusuf simulando batallas. Fue Asha quien lo impulsó, observando atentamente su rostro mientras hablaba, a contarles historias. Los otros se apoyaban contra él o le cogían la mano, pero Asha se sentaba donde pudiera verlo. Si la llamaban,

insistía para que no continuase hasta su regreso. Una tarde se presentó, sola, para escuchar el final de una historia que el día anterior se había perdido. Se sentó frente a él en la estera y escuchó con la mayor atención.

—¡Estás mintiendo! —exclamó con lágrimas en los ojos cuando él hubo terminado.

Yusuf, confuso ante aquella reacción, no atinó a replicar, y ella se inclinó de pronto y le dio un golpe en el hombro. Él la sujetó brutalmente, esperando que luchase y se debatiera para liberarse, como hacían las otras, pero ella se dejó caer en sus brazos sin oponer resistencia. Se acurrucó contra él al tiempo que dejaba escapar un largo suspiro, y Yusuf notó en el pecho el calor de su respiración. Cuando el pánico se desvaneció, sintió que el cuerpo regordete de la muchacha también se relajaba y permanecieron tumbados por varios minutos, el uno contra el otro. Él advirtió que se excitaba, y le dio vergüenza pensar que Asha pudiera notarlo.

—Puede venir alguien —dijo por fin.

Ella se apartó de él de un salto y se echó a reír. Yusuf pensó que, a fin de cuentas, no era más que una niña. A Asha nunca le había ocurrido nada parecido. ¿Quién iba a pensar mal de aquello? Tenía que cuidar de los niños, y al fin y al cabo era uno de ellos. Por consiguiente, Yusuf volvió a abrir los brazos y la muchacha se arrojó a ellos lanzando un grito de placer.

—Cuéntame otra vez lo de los jardines de aquella ciudad —pidió.

—¿Qué ciudad? —preguntó él, temeroso de moverse.

—Esa en que por la noche surgía la música —respondió Asha, que reía sin apartar los ojos de él. Luego se contoneó y Yusuf volvió a sentir que se excitaba.

—Herat —dijo—. Por la noche, en el jardín, el viajero escuchó a una mujer cantar y se le nubló el sentido.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

—No lo sé. Tal vez porque su voz era bonita. O porque no estaba acostumbrado al sonido del canto de una mujer.

—¿Cómo se llamaba él?

—Era un mercader —contestó Yusuf.

—Ya, pero dime cuál era su nombre —pidió ella, a la vez que se restregaba contra Yusuf mientras él le acariciaba la espalda, que era suave y rolliza.

—Se llamaba Abdulrazak. En realidad no fue el tío quien pronunció esas palabras. El tío estaba citando a un poeta que había vivido en Herat hacía muchos siglos y escrito versos sobre su belleza.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo dijo su sobrino.

—¿Por qué tenemos tantos tíos? —preguntó ella.

—No son nuestros tíos —dijo él, y soltó una carcajada mientras la estrechaba aun más.

—¿Tú serás mercader? —inquirió ella, y su voz se elevó peligrosamente hasta convertirse en una risa escandalosa.

Siempre que acudía sola, se tumbaba en sus brazos de esa forma, y él al principio la estrechaba en silencio, temeroso de moverse súbitamente o tocarla de un modo que pudiese asustarla. Su fuerte olor a mantequilla le daba un poco de asco, pero era incapaz de resistirse al suave calor de su cuerpo al restregarse contra el de él. Cuando estaba tumbada a su lado le besaba las manos y a veces le chupaba las puntas de los dedos. Él movía las piernas para que ella no advirtiese lo mucho que lo excitaba, pero no estaba seguro de que se diera cuenta o comprendiese lo que estaban haciendo. Durante las muchas horas silenciosas con que contaba, se odiaba a sí mismo y tenía miedo de lo que le pasaría si llegaban a descubrirlos. Ensayaba maneras de poner fin a aquellas visitas, pero cuando llegaba el momento no conseguía decir nada.

Maimuna fue la primera que sospechó algo. Asha insistía demasiado en echar a sus hermanos de la habitación de Yusuf, y los niños fueron a quejarse a su madre. Cayó sobre ellos sin previo aviso y ordenó a Asha que se fuera. A Yusuf no le dijo nada, pero, de pie en el vano de la puerta, permaneció mirándolo largo rato, con expresión de enfado. Después de esto, su actitud se volvió fría y distante, y cada vez que él estaba cerca de los niños, se mostraba alerta. Asha bajaba la mirada en su presencia y nunca más se presentó en su habitación. Hamid exigió a Yusuf que estuviese más a menudo a su lado, pero no parecía tan escandalizado como lo había estado

Maimuna. Se preguntaba qué le habría dicho a Hamid, pero por las observaciones capciosas que éste hacía imaginó con aprensión que había empezado a considerar seriamente la idea del matrimonio.

4.

Al cabo de poco tiempo y en el momento acordado, un año después de su viaje anterior, el tío Aziz llegó con una expedición nueva. Comparada con la anterior, ésta era enorme. Entre los portadores y los guardias sumaban cuarenta y cinco; si bien no era mucho en comparación con las grandes caravanas del siglo pasado, que parecían como pueblos itinerantes y viajaban con sus propios príncipes de poca monta, aun así constituía un esfuerzo importante para el mercader. A fin de conseguir que lo acompañasen tantos portadores, el tío Aziz había tenido que hipotecar una parte de sus beneficios. Llevaban gran cantidad de mercancías, de modo que se había visto obligado, contra su costumbre, a pedir prestada una cantidad considerable de dinero a unos acreedores indios de la costa. El cargamento estaba constituido por herramientas de hierro, tales como: azadas y hachas de la India, navajas americanas y candados alemanes, así como por telas de diferentes clases: percal, *kaniki*, algodón blanco, *bafta*, muselina, *kikoi*. También botones, abalorios, espejos y otras bagatelas que se usarían como obsequios. Cuando Hamid vio la columna y oyó lo de los acreedores, pilló un fuerte resfriado. Casi al mismo tiempo, le empezaron a llorar los ojos y se le congestionaron los senos nasales. Un martilleo persistente fue vaciando su cabeza de todo salvo de sus propios y sonoros ecos. Seguía siendo socio de la empresa y si ésta fracasaba sus mercancías y todas sus posesiones pasarían a manos de los acreedores.

Mohammed Abdalla aún era el jefe de la expedición. Su hombro derecho no se había curado del todo, a pesar de que un famoso *mganga* había vuelto a encajárselo. El dolor le impedía agitar la caña con su acostumbrada y grandiosa libertad, y, a causa de ello, su paso había perdido parte de su arrogancia y su altanería. La excesiva inclinación de la cabeza y los hombros echados hacia atrás, parecían una exageración y, por

consiguiente, le daban un aire afectado y ridículo. Si antes su agresividad producía la sensación de ser maldad indiscriminada, ahora parecía la actitud de un hombre vanidoso. Hasta la forma en que hablaba había cambiado un poco, y a veces tenía el aspecto de un hombre agobiado y preocupado. El tío Aziz le hablaba con amabilidad, cuando antes no le hacía caso y lo dejaba solo con su trabajo.

Al aumentar el número de portadores, Mohammed Abdalla se había visto en la obligación de contratar un supervisor que lo ayudase. Se trataba de un hombre alto y fuerte procedente de Morogoro. Su nombre era Mwene y durante los primeros días que siguieron a su incorporación a la expedición habló poco. Debido a su fama de tipo feroz se había ganado el apodo Simba Mwene, León Mwene, y como si quisiera mostrar que el nombre era bien merecido se paseaba entre los hombres fulminándolos con la mirada. En esta ocasión, Yusuf iba a participar en el viaje. El propio tío Aziz había hablado con él y, animado y sin dejar de sonreír, le había explicado que necesitaba tener a su lado a alguien en quien poder confiar.

—Eres demasiado mayor para quedarte aquí —dijo—. No harías más que travesuras y te juntarías con malas compañías. Necesito a alguien con una mente espabilada que cuide de mis asuntos.

A Yusuf le desconcertó el cumplido, pero comprendió que Hamid le había pedido que se lo llevase en la expedición. Le había oído hablar de él. Se había perdido debido a que el tío Aziz tenía la costumbre de hablar en árabe y Hamid se esforzaba por imitarlo. Pero en la terraza había oído que éste le decía al mercader que era un muchacho nervioso y difícil que necesitaba ver algo de mundo.

—Un muchacho nervioso y difícil —había repetido—. O te lo llevas en el viaje o le buscas una esposa. Ya es lo bastante mayor; el mes pasado cumplió diecisiete. Y mira qué crecido está. Aquí no hay nada que pueda hacer.

En vísperas de la partida se desató una tormenta. Empezó por la mañana, con un viento fortísimo que levantó nubes de polvo y arrastró matojos secos por los caminos y los espacios abiertos. A mediodía, el polvo era tan denso que oscurecía la luz del sol y lo cubría todo con una capa de arenisca. A última hora de la tarde el viento amainó de repente y los

envolvió un gran silencio, ya que una gruesa capa de polvo amortiguaba los sonidos más fuertes. Cuando hablaban, la boca se les llenaba de arenilla. Luego volvió a soplar el viento, en esta ocasión trayendo consigo ráfagas de lluvia que azotaban las casas y los árboles, y acometían contra todo aquel que estuviera aún al aire libre.

Al cabo de unos minutos, la lluvia se convirtió en diluvio, cuyo fragor era interrumpido a intervalos por el crujido de un árbol roto o el retumbar de un trueno lejano. Porteadores y mercancías quedaron desperdigados y, a juzgar por los gritos y las llamadas de socorro, era probable que alguien hubiese resultado herido. Cuando se hizo la oscuridad en pleno día, los porteadores empezaron a llamar quejumbrosamente a Dios y a rogar para que se apiadase de ellos, lo que sacó a Mohammed Abdalla de sus casillas.

—¿Por qué iba a apiadarse Dios de unos animales ignorantes como vosotros? —gritó, aunque sólo los que estaban más cerca de él podían oír sus palabras—. No es más que una tormenta. ¿Por qué os comportáis así? ¡Oh, una serpiente se ha comido el sol! —remedó al tiempo que movía las caderas en una parodia de afeminamiento—. ¡Oh, qué mala suerte! ¡Un presagio de desastre! ¡Oh, nuestra ruta estará plagada de demonios! ¿Por qué no cantáis una canción para ahuyentar la magia nociva? ¿O tomáis unos polvos asquerosos que algún mago os haya preparado? ¿No sabéis de ningún hechizo? ¿Por qué no sacrificáis una cabra y leéis su estómago? Os decís hombres de honor y os dais aires cuando no estáis más que obsesionados con demonios y presagios. Venga, entonad una canción que ahuyente la magia nociva.

—¡Yo confío en Dios! —exclamó Simba Mwene—. No todos los que estamos aquí tenemos miedo.

Mohammed Abdalla, de pie bajo la lluvia, le dirigió una larga mirada. Parecía estar asimilando minuciosamente lo que había dicho Simba Mwene y el aspecto que tenía al pronunciar aquellas palabras. Luego sonrió con una expresión de estudiada maldad y asintió con la cabeza. Como Mohammed Abdalla disfrutaba enfrentándose al caos, durante la tormenta se comportaba como si volviese a ser el de antes.

—*Haya, haya* —decía a voz en cuello a los porteadores—. Si no queréis que os dé unos cuantos golpes en el culo con mi caña, será mejor que

empecéis a calmaros, y mucho. Fijaos en el *seyyid*. Tiene más que perder que cualquiera de vosotros. No poseéis otra cosa que vuestra miserable vida, que a nadie sirve. Él tiene su fortuna, y la fortuna que otros le han confiado. Tiene que preocuparse tanto de su bienestar como del vuestro. Dios ha puesto en sus manos un don especial para los negocios. A su regreso le espera una casa hermosa. Tiene todas esas cosas que perder, y sin embargo, ¿lo veis chillar por el patio como un pollo preñado? ¡Demonios! ¡Ya os daré yo cien demonios y mil monstruos si no ponéis fin a este alboroto y comenzáis a asegurar todos los bultos y provisiones. *Haya!*

La lluvia no remitió hasta bien entrada la noche, y para entonces la furia de la tormenta había derrumbado muchas casas y arrastrado muchos animales que murieron ahogados en los charcos. El tejado del retrete fue arrancado por el viento y uno de los árboles del pan de la explanada fue derribado y yacía en el suelo. Hamid dijo que era un milagro que ninguno de los palomares hubiese sufrido daños. A fin de que los porteadores y los guardias repararan lo que pudiesen, los faroles del patio permanecieron encendidos hasta el amanecer. Estuvieron charlando alegremente, intercambiándose burlas e insultos de viva voz. Aunque mostraban consternación ante el caos y la destrucción que los rodeaba, no parecían angustiados.

Por la mañana, cuando todo estuvo listo, el tío Aziz dio la señal:

—*Haya* —dijo—. Llévanos al interior.

El *mnyapara* se cuadró a pesar del dolor de su hombro e, irguiendo la cabeza con la arrogancia desafiante de los de buena raza, se puso al frente de la columna. Era consciente de lo mucho que le costaba transmitir la misma dignidad de antes, pero rezó para que la gentuza contratada y los sucios salvajes por delante de los que pasaban lo encontrasen lo bastante majestuoso. Como signo de la gran distinción de aquel viaje, acompañaban al tambor y al *siwa* dos intérpretes de cuerno, una pequeña orquesta. Fue el *siwa* quien empezó a tocar, y las notas de su instrumento, largas y venerables, hicieron que una íntima nostalgia se apoderase de todos y animaron a los viajeros que se encaminaban hacia el interior. A continuación, se unieron a él los demás instrumentos.

Asustado y ansioso, Hamid los vio marchar desde la terraza. Yusuf recordó lo que Hussein había dicho acerca de que Hamid se había metido en honduras y se preguntó si éste no estaría pensando lo mismo. Imaginó al ermitaño observando desde lo alto de la montaña y meneando la cabeza ante los desatinos que veía. Los dos hijos menores de Hamid estaban junto a él, pero no así Asha y Maimuna. Tampoco Kalasinga, de quien Yusuf había esperado que diese señales de vida para verlos marchar. Había ido a decirle lo del viaje y él había ensalzado el valor que se necesitaba para emprender aquellas travesías, y le había dado un consejo por demás extraño para que lo acompañase.

—No olvides ponerte una gota de aceite en los oídos una vez por semana para impedir que los insectos y los gusanos pongan huevos ahí.

Yusuf se lo imaginó, hasta el último momento, traqueteando dramáticamente por la carretera fangosa en dirección a él y luego saltando de la camioneta para saludar cuando pasaran. En los momentos importantes, Kalasinga siempre saludaba. Y tal vez fuera sensato mantenerse alejado, pensó Yusuf al recordar que los porteadores se habían reído de su turbante y su barba trenzada.

Satisfechos por haber conseguido finalmente salir de la ciudad, no llegaron muy lejos aquel primer día de viaje. Los porteadores refunfuñaban por lo cansados que estaban después de una noche tan agitada, pero Mohammed Abdalla los hizo seguir mediante gritos y amenazas. A media tarde acamparon, pues había que hacer balance de la situación y recobrarse para lo que les esperaba. La tormenta había mojado y asentado la tierra y el paisaje aparecía rebosante y lleno de savia. Los arbustos y árboles relucían a la nítida luz y de los matorrales llegaban ruidos de crujidos furtivos y rápidas carreras, como si la tierra misma estuviese despertando a la vida. Acamparon cerca de un lago pequeño cuya orilla aparecía cubierta de huellas de animales.

Al principio, por razones que ni él mismo comprendía, Yusuf trató de ocultarse entre los porteadores y mantenerse a cierta distancia del tío Aziz. Pero cuando no hacía mucho que se habían puesto en camino, Mohammed Abdalla lo buscó y lo envió a la parte posterior de la columna, donde el mercader lo recibió con una palmada en el cuello y una amable sonrisa. No

tardó en darse cuenta, por los encargos que el tío Aziz le hizo, que su sitio iba a estar allí. Cuando se detuvieron aquella primera tarde, atendió a las necesidades del mercader. Le extendió la estera, fue a buscarle agua y luego se quedó cerca, esperando a que la comida estuviese lista. El tío Aziz parecía ajeno a la ruidosa animación de los miembros de la caravana, y sus ojos miraban tranquilamente el campo, como si todos y cada uno de los detalles del paisaje estuviesen allí para que él les prestase atención y los examinase.

Una vez instalado el campamento, el *mnyapara* fue a reunirse con el tío Aziz y se sentó frente a él, en la estera.

—Cuando uno mira esta tierra —empezó el mercader al tiempo que apartaba de mala gana la vista del paisaje—, lo embarga la nostalgia. Es tan pura y luminosa. Dan ganas de pensar que sus habitantes no conocen ni la enfermedad ni la vejez, y que ocupan sus días siendo felices y buscando la sabiduría.

Mohammed Abdalla rió entre dientes.

—Si hay un paraíso en la tierra, está aquí, está aquí, está aquí —canturreó satíricamente y con ello arrancó una sonrisa al tío Aziz.

No tardaron en ponerse a hablar en árabe y a señalar con los brazos en distintas direcciones, según debatían las virtudes de las diferentes rutas. Yusuf se dedicó a recorrer el campamento, pasó por delante de las pilas de mercancías ordenadamente dispuestas y de los grupos de hombres reunidos en torno a pequeñas hogueras, junto a sus pertenencias. En las pocas horas que llevaban allí, el campamento había adquirido el aspecto de un pueblecito. Algunos hombres lo llamaron para invitarlo a que compartiera el té o a algo menos cortés. El grupo más numeroso rodeaba a Simba Mwene, quien permanecía recostado contra unos sacos mientras los hombres se inclinaban para escuchar sus historias acerca de los alemanes. Hablaba con admiración de la serenidad y la implacabilidad de éstos. Contaba que por mucho que la víctima pidiese misericordia o prometiera enmendarse, toda infracción era castigada.

—A nosotros nos cuesta castigar a un culpable cuando muestra arrepentimiento, sobre todo si la sentencia es severa. La gente acude a rogar e interceder por él, y a todos nos gustan los que lloran. Pero con los

alemanes ocurre lo contrario. Cuanto más severo es el castigo, más firmes e implacables son. Creo que encuentran placer en castigar. Una vez han decidido tu sentencia, ya puedes rogar hasta que se te hinche la lengua, que los alemanes seguirán frente a ti con una expresión serena en el rostro y sin sentir la menor lástima. Cuando se cansan de ti, sabes que no te queda más remedio que recibir el castigo que te han impuesto. Es así como pueden hacer todas las cosas que les vemos hacer. No dejan que nada los distraiga.

Cuando se hizo oscuro, los bramidos y los rugidos de los animales que se acercaban al agua para comer y beber llenaron el aire. Trastornado por el miedo y la incomodidad, a Yusuf le costó conciliar el sueño. Resultaba increíble que estuviesen en una ladera helada en plena noche, mientras unos animales hambrientos gruñían y rebuznaban a pocos pasos de distancia. Sin embargo, todo el mundo a excepción de los guardias, que estaban parapetados detrás de las pilas de mercancías, parecían dormir. Yusuf pensó que tal vez no durmiesen, sino que permanecían tumbados en medio de un inquieto silencio.

5.

A medida que fueron bajando de la zona de alta montaña, el paisaje cambiaba día a día. La tierra era cada vez más seca y los núcleos de población más dispersos. Al cabo de unas jornadas habían llegado a la meseta, y la columna levantaba en su avance nubes de polvo y arenilla. Como si vivir fuera una tortura, la maleza, desperdigada, adquiría formas nudosas y retorcidas. Cuando los portadores contemplaron los rigores de la tierra en que se adentraban, sus canciones se acallaron y cierto abatimiento se apoderó de su ánimo. Al ver a lo lejos enormes rebaños de animales, parecieron revivir, pero pronto se pusieron a discutir acaloradamente sobre su identidad. Durante estos primeros días, Yusuf tenía el estómago revuelto y estaba tan agotado y febril que le dolía todo el cuerpo. Sus tobillos y brazos estaban llenos de arañazos y tenía la piel cubierta de picaduras de insectos. Le maravillaba que se pudiera sobrevivir en una tierra tan terriblemente severa. Por las noches, los gritos de los animales lo

sobresaltaban y su sueño se convertía en pesadillas, hasta tal punto que, a menudo, por la mañana no sabía si había dormido toda la noche o sencillamente había yacido muerto de miedo. Sin embargo, en la llanura encontraron gente y pueblos. La gente tenía un aspecto tan marchito como la maleza misma, y sus cuerpos eran el fiel reflejo de las privaciones que sufrían. A fin de congraciarse con ellos y obtener información, el tío Aziz ordenó que en cada aldea por la que pasaban se entregase un pequeño regalo.

Yusuf empezó a comprender por qué llamaban *seyyid* al tío Aziz. Ocurriera lo que ocurriese, él siempre conseguía parecer imperturbable, rezaba sus oraciones cinco veces diarias a las horas convenidas y casi nunca abandonaba aquel aspecto indiferente pero satisfecho. Como mucho fruncía el entrecejo ante los retrasos o se crispaba de impaciencia mientras se solucionaba algún contratiempo. No hablaba mucho y normalmente sólo con Mohammed Abdalla, con quien mantenía largas charlas al final de cada jornada. Pero Yusuf presentía que no se le escapaba nada importante que sucediese durante el viaje. De vez en cuando lo veía reír mientras observaba las payasadas de los porteadores, y en una ocasión, después de las oraciones vespertinas, lo llamó a su estera y le puso una mano en el hombro.

—¿Piensas en tu padre? —preguntó.

Yusuf se quedó sin habla. El tío Aziz esperó un momento y contestó a su silencio esbozando lentamente una sonrisa.

El *mnyapara* tomó a Yusuf bajo su protección. Lo llamaba cuando encontraba algo que, según él, debía ver y le explicaba las añazagas y los encantos de la tierra que atravesaban. Los porteadores le dijeron a Yusuf que el *mnyapara* lo haría suyo antes de que el viaje estuviese mucho más avanzado.

—Le gustas, pero ¿a quién no le gustaría un chico guapo? A tu madre debió de visitarla un ángel.

—¡Has encontrado un marido, y uno bueno! —exclamó Mwene, y se echó a reír mientras, para regocijo de los presentes, ponía cara de embelesado—. ¿Y qué hemos de hacer los demás? Eres demasiado guapo para ese feo monstruo; ven a verme entrada la noche para darme un masaje, yo te enseñaré lo que es el amor.

Era la primera vez que Simba Mwene le hablaba de aquella forma, y Yusuf, sorprendido, frunció el entrecejo.

Simba Mwene se había vuelto popular entre los porteadores y los guardias y, a modo de corte, siempre tenía un pequeño grupo de hombres alrededor de él. El principal cortesano era un hombre bajo y rechoncho llamado Nyundo. Elogiaba a Simba Mwene, le festejaba todas las gracias y lo seguía fielmente siempre que podía. Cuando Mohammed Abdalla y Simba Mwene estaban juntos, él se situaba donde el *mnyapara* no pudiese verlo y lo imitaba, lo que desencadenaba las risas de los otros porteadores; sin embargo, fulminaba con la mirada a aquellos que no encontraban divertidas sus payasadas. Yusuf sabía que Mohammed Abdalla observaba a Simba Mwene y le hablaba de él al tío Aziz. Le pidieron a Yusuf que se sentase en la estera con ellos mientras celebraban sus conferencias vespertinas, pero él se escabullía siempre que podía y se iba a escuchar qué se contaban los porteadores. A Mohammed Abdalla le molestaba que Yusuf no entendiese árabe, pero le hacía un resumen traducido de lo más interesante de la conversación.

—Fíjate bien en aquel bocazas —dijo una noche cuando estaba observando a un grupo ruidoso sentado alrededor de Simba Mwene—. Lo tengo bien cogido y, como se le ocurra hacer una trastada, se las verá conmigo. Se ha unido a la expedición porque ha matado a un hombre. Para ganar lo suficiente y compensar a las personas a quienes tanto daño ha hecho, o para perecer si así lo quiere Dios. Fue gracias a mi intercesión que le dieron la oportunidad de redimirse. De no haber sido por mí, los parientes del muerto lo habrían entregado a los alemanes para vengarse. Y los alemanes lo habrían colgado antes de que dijese esta boca es mía. Les gustan estas cosas. Les llevas un asesino y sus ojos se iluminan de regocijo mientras preparan la horca. Fue a verme, me contó su historia y acepté contratarlo. Fíjate bien en él. Tengo un presentimiento con ese Simba Mwene. En sus ojos hay violencia, locura. Busca meterse en problemas. Da la impresión de ser una especie de hambre o un ansia de hacer cosas, pero creo que él echa de menos el sufrimiento. El viaje ya se lo estimulará. No hay nada como unos cuantos meses entre los salvajes para que salgan a la luz las debilidades de un hombre.

Mohammed Abdalla también le adiestró en el trabajo que estaban realizando.

—Para hacer esto estamos en esta tierra —le explicó—. Para comerciar. Vamos a los desiertos más áridos y a las selvas más oscuras, y nos da igual comerciar con un rey o con un salvaje, o si vivimos o morimos. En algunos lugares por los que pasaremos verás que el comercio aún no ha entrado en la vida de sus gentes, que viven como insectos paralizados. No hay personas más listas, por no decir más nobles, que los comerciantes. Es lo que nos da vida.

Añadió que los productos con que más comerciaban eran tejidos y hierro. *Kaniki*, *marekani*, *bafta*, toda clase de tejidos. Cualquiera de ellos era mejor que la apestosa piel de cabra con que se cubrían los salvajes cuando se los dejaba a su suerte. Eso si se cubrían con algo, pues Dios hizo a los paganos sin pudor a fin de que los creyentes pudieran reconocerlos y decidir la forma de tratarlos. En aquel lado del lago el mercado de tejidos estaba saturado, mientras que aún había demanda de hierro, sobre todo entre los granjeros. En realidad, su destino era la orilla opuesta del lago, el país de los Manyema, en las profundidades de la oscura y verde zona montañosa. Allí, las telas seguían siendo el artículo de intercambio más corriente. Los salvajes no comerciaban por dinero. ¿Qué podían hacer con él? También llevaban prendas de vestir, agujas de coser, palas de azadas y navajas, tabaco y bien escondida, una provisión de pólvora y balas como regalos especiales para los sultanes difíciles.

—Todo lo demás puede fallar, pero la pólvora y las balas nunca —aseguró el *mnyapara*.

Iban en dirección suroeste hasta llegar al lago, una zona que los mercaderes conocían bien pero que ya estaba bajo la sombra del poder europeo. Aunque había muy pocos de esos perros por allí y la gente vivía tal y como deseaba, se sabía que los europeos llegarían cualquier día de esos.

—No cabe duda de que estos europeos son sorprendentes —comentó Mohammed Abdalla al tiempo que miraba al tío Aziz en busca de confirmación.

—Confía en Dios —dijo el mercader con tono tranquilizador y un brillo de diversión en la mirada ante la vehemencia del *mnyapara*.

—¡Hay que ver lo que se cuenta de ellos! La batalla que han librado en el sur, los magníficos sables y las estupendas y precisas armas que fabrican. Nos han contado que pueden comer metal y que tienen poderes sobre la tierra, pero yo no me lo creo. Si pueden comer metal, ¿por qué no iban a poder comernos a nosotros y a toda la tierra? Sus barcos han navegado más allá de todos los mares conocidos y, a veces, son tan grandes como un pueblo. ¿Has visto alguna vez sus barcos, *seyyid*? Yo vi uno en Mombasa hace unos años. ¿Quién les ha enseñado a hacer estas cosas? Me han dicho que sus casas están construidas con unos suelos de mármol que brillan y relucen de tal modo que a unos metros la gente se siente tentada de quitarse la ropa por temor a que ésta se le moje. Sin embargo, ellos parecen reptiles despellejados y tienen el cabello dorado, como mujeres o como un payaso muy malo. La primera vez que vi a uno, estaba sentado en una silla bajo un árbol, en medio de la selva. Susurré el nombre del Todopoderoso, pues pensé que me hallaba en presencia del demonio. Luego, al cabo de un instante, supe que aquel ser fantasmagórico era uno de los famosos destructores de naciones.

—¿Dijo algo? —preguntó Yusuf.

—Ninguna palabra que resulte familiar al oído humano —contestó Mohammed Abdalla—. Tal vez fuesen ruidos sordos lo que emitía. Vi salir humo de su boca. Es probable que se tratara de genios, pues Dios los hizo a partir del fuego.

Yusuf comprendió que el *mnyapara* estaba tomándole el pelo, y vio que el tío Aziz esbozaba una sonrisa.

—Si los genios levantaron las pirámides, ¿por qué no iban a ser capaces de construir barcos tan grandes como pueblos? —preguntó el mercader.

—Pero ¿quién puede decirnos por qué han venido hasta aquí? —replicó Mohammed Abdalla—. Es como si la mismísima tierra se hubiera abierto de repente y los hubiera arrojado fuera. A lo mejor, cuando hayan acabado con nosotros el suelo vuelva a abrirse para succionarlos y llevarlos de regreso a su tierra, al otro lado del mundo.

—Empiezas a hablar como una vieja, Mohammed Abdalla —dijo el mercader mientras se echaba en la estera como preámbulo de la siesta—. Están aquí por la misma razón que tú y que yo.

6.

Siempre que podían, acampaban cerca de un poblado a fin de conseguir comida mediante el trueque y no tener que consumir sus provisiones. Cuanto más se adentraban en el país, más tenían que pagar por la harina o la carne. Al octavo día de viaje, acamparon cerca de un bosquecillo. Por primera vez desde que se habían puesto en camino, se ordenó construir una empalizada por temor a los animales. Los porteadores, refunfuñaron y protestaron diciendo que el bosque estaba plagado de serpientes, tal como hacían siempre que al final de la jornada se les ordenaba que realizaran algún trabajo. Simba Mwene, machete en mano, abrió un sendero en el denso bosque y, avergonzando de ese modo a los demás, los instó a que siguieran su ejemplo. Cortaron arbustos y arrastraron ramas secas para construir una barrera de aproximadamente un metro y medio de altura. Ya estaban cerca del pueblo de Mkata, situado en el lugar por donde se cruzaba el río, justo delante de ellos. El mercader había oído rumores sobre una caravana que había sido atacada por los aldeanos cerca del río, y no quería correr riesgos. Por la mañana, mandó a dos hombres por delante de la columna con obsequios para el sultán de Mkata. El mercader dio el tratamiento de sultán al anciano más humilde de la aldea, y lo trató con deferencia.

Sus regalos, seis paños y dos azadas, le fueron devueltos junto con el mensaje de que el sultán de Mkata quería que el mercader pusiera a su disposición todas las mercancías que poseía. Luego, él mismo seleccionaría los regalos adecuados, sobre todo, si los regalos suponían un tributo para solicitar que se les concediese el favor de cruzar sus tierras. El tío Aziz se rió de la exigencia del sultán y dobló el número de regalos. Para entonces, la caravana se había detenido a poco más de medio kilómetro de la aldea y los niños, curiosos, los observaban a cierta distancia. Los mensajeros

regresaron diciendo que el sultán de Mkata seguía sin estar satisfecho. Les había dicho que transmitieran que él era un hombre pobre y no quería verse obligado a emprender unas acciones de las que luego pudiera arrepentirse. El mercader volvió a doblar el número de regalos.

—Decidle al sultán que aquí todos somos pobres —indicó—. Pero recordadle que la mayoría de los inquilinos del Cielo también lo son mientras que la mayoría de los ocupantes del Infierno son codiciosos.

El resto del día transcurrió en medio de ese intercambio de mensajes, hasta que el honor y la avaricia quedaron satisfechos. Debido a ello no llegaron al río hasta el atardecer, y estaban en el campo raso junto a la ribera cuando vieron que un cocodrilo atacaba a una mujer que se había metido en el agua. Tanto los aldeanos como los viajeros corrieron hacia el lugar donde el agua se revolvía cada vez más, pero no pudieron hacer nada para salvarla. Los lugareños dieron muestras de lamentar profundamente la muerte de la mujer, llorando en el bajío y en la orilla sin dejar de gesticular furiosamente en dirección a la otra ribera, donde se había refugiado el cocodrilo. Llevados por el dolor, los parientes de la muerta se arrojaron al agua y los demás, algunos de los cuales estaban observando cautelosamente el agua por si había más cocodrilos, tuvieron que sacarlos.

A su paso por Mkata, el río era ancho pero poco profundo. Sus orillas amplias y cenagosas atraían a manadas de animales y bandadas de pájaros. Durante la noche oyeron ruidos en el agua y en los matorrales, y algunos porteadores se asustaron mutuamente gritando como si hubieran sido atacados. El sultán de Mkata sacrificó dos cabras e invitó al mercader, y compañía, a cenar con él. En el transcurso de la comida estuvo sombrío y no hizo esfuerzo alguno por mostrarse hospitalario, se sirvió lo que le apeteció y dejó a sus invitados libres de comer o no, según desearan. El sultán era un hombre delgado, de cabello corto y canoso, y a la luz del fuego sus ojos se veían rojos y surcados de venas. Hablaba *swahili* con dificultad y con un acento confuso, pero Yusuf comprendía mucho de lo que decía si prestaba atención.

—Nos habéis traído desgracia —dijo—. La mujer que hoy fue devorada por el animal estaba protegida contra el agua y contra los cocodrilos. En todos los años de mi vida, jamás había ocurrido que una persona como ella

fuese devorada. Tampoco he oído de algo así en los tiempos anteriores a nosotros.

No paró de hablar de la mujer mientras su mirada se iba posando sobre ellos bajo la vacilante luz. Ninguno de los otros aldeanos les dirigía la palabra, si bien se oían sus voces subir y bajar de tono al otro lado de la barrera de luz. Yusuf observó que mientras el sultán hablaba el tío Aziz se inclinaba hacia adelante y que de vez en cuando a fin de mostrar su simpatía o su acuerdo, asentía con la cabeza.

—Por aquí ha pasado mucha gente rumbo al paso del río —prosiguió el sultán—. Pero sólo vosotros nos habéis traído esta maldición. Si no os la lleváis cuando os marchéis, nuestras vidas empezarán a ir a la deriva y no tendrán razón de ser.

—Confía en Dios —recomendó el mercader con amabilidad.

—Mañana veremos qué se puede hacer para remediar el mal que habéis hecho —añadió el sultán a modo de despedida.

—¡Bastardo salvaje y asqueroso! —exclamó Mohammed Abdalla. Dos hombres que portaban antorchas flanqueaban el grupo y todos parecían apesadumbrados—. Mantente alerta o antes de que se haga de día acabarás sin tu *zub*. Nuestro querido anfitrión quiere ofrecer un sacrificio a sus inmundos espíritus, y es muy probable que se le haya ocurrido arrojar un puñado de tus hombres a los cocodrilos en plena noche. Que Dios nos proteja del mal.

—Tal vez eso sea tan bueno como cualquier otro remedio —comentó más tarde el tío Aziz a Yusuf, sonriendo para ver el modo en que éste reaccionaba ante la blasfemia.

Aquella noche, Yusuf soñó que volvía a visitarlo el enorme perro de sus pesadillas. Mientras abría el largo morro en una amplia sonrisa y dejaba al descubierto sus dientes amarillos, se dirigió a él hablándole con claridad. Luego se montó a horcajadas sobre su vientre abierto en busca de sus secretos más profundos.

Al amanecer, unos gritos y unos quejidos desesperados despertaron al campamento, y descubrieron que las hienas habían atacado a uno de los portadores mientras dormía y le habían arrancado buena parte del rostro. De la herida manaba sangre y un repugnante líquido viscoso. El hombre,

completamente fuera de sí, se debatía en el suelo presa de dolores inimaginables. La gente salió precipitadamente de todas partes para mirar, entre ellos niños que se abrían paso con furia para observar desde más cerca. El sultán también acudió; luego se alejó unos minutos antes de volver y anunciar, satisfecho, que la profanación había sido enmendada. Aquellos animales habían sido enviados con el objetivo de ahuyentar la maldición que la caravana había llevado a su pueblo el día anterior, y los viajeros ya podían marcharse. Miró a Yusuf y dijo que había pensado que el elegido sería el muchacho. El sultán añadió que sería la contrapartida adecuada a la pérdida de la mujer en el agua, pues se trataba de una persona muy querida.

Los aldeanos vadearon la caravana a través del río mientras dos hombres que no paraban de llorar se sentaron junto al porteador herido y lo sujetaron a fin de inmovilizarlo. Cuando llegó el momento de cruzar al hombre herido, el sultán se negó a dejarlo marchar. El mercader le ofreció un regalo tras otro, pero no consiguió apaciguarlo. El herido les pertenecía. La tierra se lo había dado a ellos.

El hombre murió repentinamente por la urde, en medio de interminables gemidos y con la herida cubierta por una sustancia que había rezumado de su cerebro. Lo enterraron sin demora en un lugar algo apartado del pueblo. El sultán dijo que era allí donde enterraban a sus propios muertos, a los que no querían o a los malvados, a aquellos de quienes no deseaban que sus espíritus incansables rondasen por sus vidas. Cuando, al anochecer, el último de los viajeros cruzaba el río, el sultán y los aldeanos congregados bajo los árboles junto a la orilla, aceleraban ruidosamente su marcha. Asomando ligeramente del agua, había ya ojos de hipopótamos y de cocodrilos al acecho y, de la otra orilla, ahora completamente sumida en las sombras, llegaba el canto salvaje de los pájaros.

Para infundir valor a los hombres, aquella noche se dispusieron más centinelas y se encendieron enormes hogueras. El mercader permaneció largo rato en su estera rezando en silencio por el porteador que habían perdido. A la luz de una lámpara que colgaba de la rama de un árbol, sacó de su bolsa un pequeño Corán y leyó el *Ya Sin* para el muerto. El *mnyapara* y Simba Mwene estaban con los hombres, hablándoles bruscamente a ratos y tratando de sacudirles el pánico que se les había metido en el cuerpo.

Yusuf se fue a dormir de inmediato, pero lo asaltaron las pesadillas. Por dos veces despertó con un grito en los labios y miró la oscuridad que lo rodeaba para ver si alguien lo había advertido. Con las primeras luces del día y el *mnyapara* gritándole a todo el mundo que espabilase, la columna estuvo lista para ponerse en camino.

—¿Te ha mordido una serpiente esta noche? —le preguntó a Yusuf en voz baja—. ¿O has tenido sueños sucios? Despierta, muchacho. Ya no eres un niño.

Mientras ayudaba al tío Aziz a prepararse para la marcha, éste lo retuvo con una tosecilla.

—Ayer por la noche volviste a trastornarte —dijo—. ¿Te afectaron las palabras del sultán?

La sorpresa dejó a Yusuf sin habla. ¡Otra vez! Se sintió como si hubieran descubierto que poseía una debilidad irremediable. ¿Sabían todos lo de los perros, las bestias y los vacíos informes que le arrebataban el ser durante la noche? Quizá gritaba a menudo y los hombres se reían de él.

—Confía en Dios —añadió el mercader—. Te ha dado un don.

Al otro lado del río, la tierra era fértil y estaba más poblada. Al principio la aparición del paisaje verde los animó. Los pájaros, cuyos agudos e incansables trinos rasgaban las horas más frescas del día, hacían que los arbustos se agitaran y estremeciesen. Unos árboles altos y antiguos filtraban la luz tenue que caía sobre los matorrales que, abajo, formaban emparrados. Pero los arbustos lustrosos escondían enredaderas de púas y plantas trepadoras venenosas; las serpientes acechaban en las sombras más tentadoras. Día y noche los insectos los picaban. Las espinas desgarraban la ropa y la carne de los hombres, que comenzaron a sufrir extrañas indisposiciones. Y ahora, casi todos los días se veían obligados a pagar a los sultanes tributos cada vez más elevados para que les permitiesen pasar por sus tierras. Siempre que podía, el mercader se mantenía al margen de las negociaciones y esperaba a solas y en tenso silencio a que Mohammed Abdalla y Simba Mwene regateasen el monto del tributo. En ocasiones daba la sensación de que, hasta que se dignaban llegar a un acuerdo, los sultanes disfrutaban provocando sobremanera al *mnyapara* y a su capataz. A Yusuf

le parecía que aquella gente estaba ansiosa por mostrar su aversión por los visitantes.

El pueblo de Tayari, su primer destino, estaba a pocos días de viaje, y allí los lugareños sabían el trastorno que podían causar mediante algunas molestias bien escogidas y, por consiguiente, esperaban que su buena voluntad fuese debidamente recompensada. Había comida en abundancia, pero había que pagar por ella un precio exorbitante. El mercader compró pollo y fruta todos los días, consciente de que si no lo hacía los porteadores se lo robarían a los aldeanos y ello sólo conduciría a discusiones y peleas.

Los guerreros que vivían al otro lado de la montaña hacían incursiones por allí, para ejercitarse con sus lanzas y *simis*, y capturar ganado y mujeres. Al séptimo día de viaje desde el río, llegaron a un pueblo que había sido atacado dos días antes. Antes de llegar presintieron algo anormal, y pronto vieron columnas de humo en pleno día y pájaros negros que revoloteaban en el cielo. Cuando llegaron a la aldea destruida, sólo encontraron a unos cuantos supervivientes heridos y mutilados agrupados a la sombra de los árboles. Los techados de las chozas habían sido incendiados. Los supervivientes lloraban la pérdida de sus seres queridos, muchos de ellos raptados por los asaltantes. Algunos jóvenes habían huido durante el ataque llevándose consigo a unos cuantos niños. ¿Quién sabía si podrían volver algún día? Yusuf no soportaba mirar el horror increíble de las heridas, ahora hinchadas a causa de la infección. A la vista de semejante dolor, quería poner fin a la vida. Jamás había presenciado o siquiera imaginado nada parecido. Encontraron cuerpos por todas partes, en las chozas quemadas, cerca de los arbustos, bajo los árboles.

Por temor a las infecciones o a que los atacantes regresaran, Mohammed Abdalla quería que se marcharan sin pérdida de tiempo. Simba Mwene se dirigió al mercader y, después de que éste hubiera dado un paso atrás ante su excesiva proximidad, le dijo que deberían enterrar a los muertos.

—Los que quedan no pueden hacerlo en su estado —añadió Simba Mwene.

—¡Entonces déjaselos a los animales! —exclamó Mohammed Abdalla, que apenas si podía controlar su furia—. Esto no nos incumbe. La mayoría

de los cuerpos están podridos y medio devorados...

—No deberíamos dejarlos así —insistió Simba Mwene en voz baja.

—Podemos coger enfermedades —insistió Mohammed Abdalla mirando fijamente al mercader—. Que vengan sus hermanos y hagan ese trabajo repugnante. Seguro que están escondidos en los arbustos. Cuando regresen se volverán contra nosotros con sus supersticiones y dirán que hemos profanado a sus muertos. ¿Qué tiene esto que ver con nosotros?

—Somos sus hermanos, de la sangre del mismo Adán, que es el padre de todos nosotros —añadió Simba Mwene.

Mohammed Abdalla sonrió, sorprendido, pero no dijo nada.

—¿Por qué te preocupa? —preguntó el tío Aziz.

—Por la decencia de la muerte —contestó airado Simba Mwene.

El mercader se echó a reír.

—Muy bien —dijo—. Enterradlos.

—¡Que Dios me arroje mierda de hiena a los ojos! —exclamó el *mnyapara*—. ¡Y que me corte en mil pedacitos si esto no es peligroso y, además, una mala idea! Puesto que es tu deseo, *seyyid*..., pero no puedo entender por qué debemos hacerlo.

—¿Desde cuándo temes a las supersticiones, Mohammed Abdalla? —preguntó el tío Aziz con tono amable.

El *mnyapara* lanzó al mercader una mirada rápida, pero bastó para advertir que había herido sus sentimientos.

—Está bien, daos prisa —le dijo a Simba Mwene—. Y nada de riesgos o heroicidades. Son salvajes, y no paran de hacerse cosas como ésta entre ellos. Y no hemos venido aquí para jugar a ser santos.

—Yusuf, ve con ellos y fíjate en lo despreciable y necia que es la naturaleza humana —dijo el tío Aziz.

Sin dejar de maldecir el destino que había decretado que asistieran a aquella ceremonia macabra, cavaron un foso poco profundo en el linde de la aldea. Los aldeanos los observaban trabajar y, de vez en cuando, como el que no quiere la cosa y sin ánimo de ofender, escupían en su dirección. Entonces llegó el momento que tanto temían, cuando levantaron y arrojaron los cuerpos mutilados dentro del foso. Mientras éste se llenaba, los lamentos de los aldeanos se elevaron, inconsolables. Una vez terminada la

tarea, Simba Mwene permaneció de pie junto a la tumba y lanzó a los lugareños una mirada de repugnancia.

Los portales de fuego

1.

Tres días después, la columna llegó al río que corría a las afueras de Tayari. Ya desde lejos Yusuf advirtió que se trataba de una ciudad relativamente grande. Los hombres se liberaron de sus fardos y se lanzaron al río en medio de gritos histéricos. Se salpicaron mutuamente y, al igual que niños, jugaron a pelearse. Para algunos el viaje terminaba allí, y la ilusión que sentían por marcharse contagió a los demás. Tras refrescarse y lavarse, los porteadores volvieron a sus fardos sin abandonar la sonrisa. ¡Ya no faltaba mucho! El *mnyapara* y Simba Mwene recorrían la columna enderezando bultos e intimidando a los hombres para que mantuviesen el orden. Los encargados de tocar el tambor y el cuerno empezaron a probar sus instrumentos con unos compases cortos y desafinados que los músicos del *siwa* marcaban con graves réplicas que eran señales de protesta. Su interpretación se volvió más acompañada a medida que fueron restableciendo el ritmo, de modo que cuando entraron en el pueblo los viajeros andaban a grandes pasos siguiendo el grave y ascendente ritmo de la marcha. A los lados del camino había ociosos y transeúntes. Algunos saludaban, aplaudían o gritaban palabras incomprensibles haciendo bocina con las manos. La tierra que rodeaba el pueblo estaba reseca, a la espera de las lluvias. El tío Aziz, en la retaguardia de la columna como era su costumbre, no prestaba atención a los curiosos. De vez en cuando se llevaba el pañuelo a la nariz para protegerse del polvo y, mientras caminaban el uno junto al otro detrás de la enorme y sofocante nube que levantaban los hombres, se puso a hablar con Yusuf.

—Mira qué felices son —empezó, con expresión seria—. Como una manada de bestias cretinas acercándose al agua. Todos somos así; seres de

miras estrechas engañados por nuestra ignorancia. ¿Qué los excita tanto? ¿Tú lo sabes?

Yusuf pensó que lo sabía, porque él mismo sentía algo parecido, pero guardó silencio. Más tarde, después de alquilar una casa con un patio donde los hombres pudieran dormir y donde guardar las mercancías a buen recaudo, el tío Aziz le dijo a Yusuf:

—Cuando empecé a venir a este pueblo, lo gobernaban los árabes del sultán de Zanzíbar. Eran omaníes, o si no lo eran, dependían de ellos. Gente talentosa, esos omaníes. Muy capaces. Vinieron aquí para crear un pequeño reino. ¡Desde Zanzíbar hasta aquí! Y algunos llegaron incluso más lejos, a lo más profundo de la selva que se extiende al otro lado de Marungu, cerca del gran río. Y allí también crearon sus reinos. Bueno, la distancia no significaba nada. En los años que duró la vida de ellos, su noble príncipe había hecho todo el camino desde Mascate para convertirse en el señor de Zanzíbar, ¿y por qué ellos no? Su sultán Said se hizo rico con el fruto de aquellas islas. Construyó palacios que llenó de caballos, pavos reales y rarezas hermosas adquiridas en todas partes del mundo... desde la India hasta Marruecos y desde Albania hasta Sofala. Envió en busca de mujeres de todas partes y pagó bien por ellas. Se dice que le dieron cien hijos. Me asombraría que él mismo supiera el número exacto. ¿Te imaginas lo fastidioso que debe de ser mantener a raya semejante prole? Todos esos principitos tuvieron que darle muchos quebraderos de cabeza cuando aparecieron un día exigiendo un trozo de carne a la que hincarle el diente. Él tenía las manos manchadas con la sangre de uno o dos parientes asesinados. Si su sultán podía hacer todo eso y no recibir más que honores como recompensa, ¿por qué ellos no?

»Los señores que vinieron aquí dividieron esta ciudad en distritos y se repartieron el poder. El primero era Kanyenye, que pertenecía a un árabe llamado Mushina bin Seleman El Urubi. El nombre de la segunda parte de la ciudad era Bahareni, y pertenecía al árabe Said bin Ali. La tercera tenía por nombre Lufita, y el poder sobre ella lo ostentaba un tal Mwenye Mlenda, un hombre de la costa, de Mrima. La cuarta parte era Mkowani, de otro árabe llamado Said bin Habib Al Afif. La quinta se llamaba Bomani y el nombre del árabe, Seti bin Juma. La sexta, Mbugani, y el árabe a que

pertenecía era Salim bin Ali. La séptima parte, Chemchem, pertenecía a un indio cuyo nombre era Juba bin Dina. La octava parte era N'gambo, y el nombre del árabe Muhammad bin Nassor. La novena, Mbirani, de un árabe llamado Ali bin Sultán. La décima parte era Malolo, también de un árabe, cuyo nombre era Rashid bin Salim. La undécima era Kwihara, y su propietario era un árabe llamado Abdalla bin Nasibu. La duodécima parte, Gange, estaba bajo el poder del árabe Thani bin Abdalla. La decimotercera era Miemba; pertenecía a Farhani bin Othman, el ex esclavo de un árabe. Y otra parte se llamaba Ituru, de un árabe cuyo nombre era Muhammad bin Juma, el padre de Hamed bin Muhammad, también llamado Tipu Tip. Supongo que has oído hablar de él.

»Ahora se dice que los alemanes van a prolongar la vía férrea para que llegue hasta aquí. Actualmente son ellos quienes hacen la ley y mandan, aunque en realidad ha sido así desde la época de Amir Pasha y Prinzi. Pero antes de la llegada de los alemanes, nadie viajaba a los lagos sin pasar por esta ciudad.

El mercader hizo una pausa para ver si Yusuf decía algo, pero como no abrió la boca, prosiguió:

—Debes de estar pensando cómo llegaron a haber tantos árabes aquí en tan corto espacio de tiempo. Cuando empezaron a venir, comprar esclavos de esta zona era como coger fruta de un árbol. Ni siquiera tenían que capturar a sus víctimas, si bien algunos lo hacían porque disfrutaban con ello. Había mucha gente deseosa de vender a sus primos y a sus vecinos por unas cuantas baratijas. Y los mercados estaban abiertos en todas partes, abajo, en el sur, y en las islas del océano donde los europeos se dedicaban al cultivo del azúcar, en Arabia y Persia, en las nuevas plantaciones de claveros del sultán de Zanzíbar. Se podía ganar mucho dinero. Los mercaderes indios prestaron dinero a esos árabes para que comerciasen con marfil y esclavos. Los indios *mukki* eran hombres de negocios. Mientras sacasen provecho prestaban dinero para cualquier cosa. Como hacían los otros extranjeros, pero éstos dejaban que los *mukki* actuaran por ellos. En cualquier caso, los árabes robaron el dinero y compraron esclavos a uno de los sultanes salvajes de las inmediaciones e hicieron que aquéllos trabajasen

en los campos y les construyesen casas cómodas. Así es como fue creciendo esta ciudad.

—Escucha lo que está diciendo tu tío —intervino Mohammed Abdalla como si Yusuf hubiese dejado de prestar atención. Se había reunido con ellos durante el relato del tío Aziz y su apasionada interrupción marcó un cambio en la forma de expresarse del mercader. «No es mi tío», pensó el muchacho.

—¿Por qué lo llamaban Tipu Tip? —preguntó Yusuf.

—No lo sé —contestó el tío Aziz a la vez que se encogía de hombros con gesto de indiferencia—. Pero, en fin, cuando el alemán Amir Pasha vino por aquí, fue a ver al sultán de Tayari. He olvidado el nombre del sultán. Fueron los árabes quienes lo nombraron sultán, alguien en quien podían influir y gobernar. Amir Pasha lo trató con absoluto desprecio, deliberadamente, para provocarlo a iniciar una guerra. Era su sistema. Pidió al sultán que izase la bandera de los alemanes, que jurase lealtad al sultán alemán y que entregara todas las armas y cañones que tuviera en su poder, porque, antes que nada, estaba seguro de que estos últimos habían sido robados a los alemanes. El sultán de Tayari hizo lo imposible para impedir una contienda. Por lo general le gustaba mucho pelear y siempre estaba en guerra con sus vecinos. Sus aliados árabes lo apoyaban cuando les convenía, pero todos habían oído que los europeos hacían la guerra de forma despiadada. Tal como le habían pedido, el sultán de Tayari izó la bandera de los alemanes, juró lealtad al sultán de éstos y envió regalos y alimentos al campamento de Amir Pasha, pero se negó a entregar las armas. Para entonces, los árabes, que comprendieron que los había traicionado, le habían retirado su apoyo. Había cedido demasiado. Y, cuando Amir Pasha se marchó, empezaron a intrigar para destituirlo.

»No hubo que esperar mucho. Después de Amir Pasha llegó Prinzi, el comandante alemán, e inició la guerra sin mayor dilación; mató al sultán, a sus hijos y a todo aquel de los suyos que consiguió encontrar. Primero puso a los árabes bajo su yugo, luego los echó de allí. Los extranjeros los humillaron de tal forma que ya ni siquiera podían obligar a sus esclavos a trabajar en las granjas. Éstos se escondieron o huyeron. Los árabes se quedaron sin comida y sin comodidades y no les quedó más remedio que

marcharse. Unos se fueron a Ruanda, otros a Uganda y los hubo que regresaron a Zanzíbar, donde estaba su sultán. Algunos no supieron qué hacer y se quedaron. Ahora han tomado el poder los indios, pero los alemanes son sus señores y los salvajes están a su merced.

—¡Nunca te fíes de los indios! —exclamó Mohammed Abdalla con tono airado—. Son capaces de vender a su propia madre si con ello pueden beneficiarse. Cuando los ves, parecen timoratos y débiles, pero irían al fin del mundo y harían cualquier cosa por dinero.

El tío Aziz amonestó al *mnyapara* por su impetuosidad, sacudiendo la cabeza.

—Los indios saben cómo tratar a los europeos —dijo—. No nos queda otro remedio que trabajar con ellos.

2.

No permanecieron mucho tiempo en Tayari. La ciudad era un laberinto desconcertante de callejuelas angostas que, de repente, desembocaban en pequeños y despejados patios y plazas. En las calles oscuras el aire estaba viciado y olía a encierro, como esas habitaciones interiores abarrotadas de gente. Por delante de las puertas de las casas corrían arroyos de aguas residuales. Durante la noche, mientras dormían en el patio de la casa que habían alquilado, ratas y cucarachas corrían por encima de sus cuerpos y les mordían los callosos dedos de los pies, además de acometer contra los sacos de provisiones. El *mnyapara* contrató a nuevos porteadores para reemplazar a aquellos que, según lo convenido, se quedaban allí, y al cabo de unos días volvieron a ponerse en camino. Tras marcharse de Tayari aligeraron mucho. Una lluvia fina aceleró su paso e hizo que los hombres se pusieran a cantar a medida que notaban los efectos del frescor. Incluso los que habían enfermado a causa del esfuerzo del viaje recuperaron sus fuerzas. Había algunos cuya enfermedad había llegado a apoderarse de tal forma de sus cuerpos que ni las canciones ni las bromas hacían más llevaderas sus frecuentes carreras a los arbustos, pero sus compañeros, en lugar de guardar silencio, ahora sonreían pesarosos ante sus gritos de dolor.

Al cabo de unos días, supieron que estaban cerca del lago. La luz que tenían delante parecía más intensa y aun así suave a causa del peso del agua que había debajo. La perspectiva de llegar al lago alegró a todo el mundo. Por los pueblecitos y aldeas que pasaban, la gente se paraba a mirarlos con sonrisas sagaces, que se petrificaban a la vista de tanto alborozo. Algunos de los hombres se extralimitaron persiguiendo a las mujeres en las aldeas; uno de ellos fue gravemente golpeado, y el mercader tuvo que intervenir con regalos a fin de restablecer la buena disposición de ánimo. Por las noches, después de acampar y construir un parapeto de arbustos a fin de evitar el ataque de los animales, los hombres se sentaban en grupos y se ponían a contar historias. El *mnyapara* advirtió a Yusuf que no se sentara con los hombres, que a su tío no le gustaba.

—Te enseñarán cosas malas —dijo Mohammed Abdalla.

Pero el muchacho no le hizo caso. Tenía la sensación de que con cada día de marcha maduraba y se fortalecía. Los hombres seguían metiéndose con él, pero su camaradería se acrecentaba. Cuando por la noche se sentaba con ellos, le hacían sitio y lo incluían en la conversación. A veces una mano le acariciaba el muslo, pero él sabía evitarlo y a partir de ese momento se apartaba de ella. Si los músicos no estaban muy cansados, comenzaban a tocar sus melodías estridentes y agudas y los hombres cantaban y daban palmadas al unísono.

Una noche, llevado por la alegría que se había apoderado del campamento, el *mnyapara* se metió de un salto dentro del círculo que formaba la luz del fuego y se puso a bailar. Dos pasos hacia adelante, una reverencia garbosa, luego dos pasos hacia atrás, y mientras tanto hacía revolotear la caña por encima de su cabeza. El intérprete del cuerno añadió una floritura, una frase en una nota aguda que dio la sensación de un repentino grito de júbilo y que hizo que Simba Mwena levantase el rostro hacia el cielo nocturno y se echase a reír. En medio de la hilaridad de los hombres, Mohammed Abdalla giró al ritmo de la nueva frase musical y se detuvo en una pose heroica.

Yusuf vio la mueca del *mnyapara* cuando el baile llegó a su fin, y supo que no había sido el único en percatarse de ello. Pero la sonrisa no abandonó el rostro empapado de sudor de Mohammed Abdalla.

—Deberíais haberme visto antes —exclamó jadeando ligeramente y blandiendo la caña en dirección a los hombres—. Éramos cuarenta, cincuenta hombres bailando a la vez; pero nada de palos en la mano, sino espadas desenfundadas.

Se acarició brevemente antes de apartarse del círculo de luz, provocando los gritos y los abucheos de los hombres. Apenas había dado unos pasos, cuando Nyundo se puso en pie de un salto, bastón en ristre, y empezó a imitar el baile del *mnyapara*. Los músicos se pusieron a tocar de nuevo alegremente mientras Nyundo saltaba a la luz del fuego, dos pasos hacia adelante, dos pasos, vacilantes, hacia atrás, luego una reverencia exagerada que rayaba lo obsceno. Después de algunas vueltas rápidas y de hacer girar frenéticamente la caña varias veces, se detuvo de repente con las piernas abiertas y empezó a acariciarse lentamente la entrepierna.

—¿A quién le gustaría ver algo bueno? No es lo que era, pero sigue estando bastante bien. ¡Y aún funciona! —exclamó.

Mientras todos se reían de la satírica exhibición, el *mnyapara* estaba al amparo de las sombras, observándolos.

3.

Una luz violeta de una suavidad increíble, con un tono carmesí procedente de los elevados acantilados y las colinas que formaban las orillas, envolvía el pueblo que se alzaba junto al lago. Al borde del agua había barcas y una hilera de casitas marrones. El lago se extendía en todas direcciones, lo cual hacía que los hombres bajasen la voz con la sensación de que el paisaje se mezclaba con ellos. Como de costumbre, los viajeros esperaron a las afueras del poblado hasta obtener permiso para entrar. En las inmediaciones había un sepulcro rodeado de culebras, pitones y animales salvajes. Una persona sólo podía llegar allí sana y salva y marcharse en paz si el espíritu lo permitía. Se lo contó Mohammed Abdalla durante la espera, al tiempo que señalaba una tumba no muy alejada del lugar donde descansaban.

—Ahí vive su Dios. Los salvajes creen en cualquier cosa si es lo bastante descabellada —explicó—. No conviene decirles que esto o aquello

es infantil. No se puede discutir con ellos. No hacen más que contarte historias interminables sobre sus supersticiones.

Añadió que en su último viaje habían pasado por aquel poblado y que desde allí habían cruzado al otro lado. Asimismo, era en ese lugar donde en su viaje de regreso habían dejado dos hombres heridos. Cuando se detuvieron la vez anterior era el peor período de la sequía y habían pensado que era preferible dejarlos allí en lugar de llevárselos hasta Tayari en un viaje plagado de moscas. Yusuf pensó que, en la terraza de Hamid, aquellas palabras habían sonado solícitas y civilizadas. Recordó que el tío Aziz había dicho que habían dejado a los dos hombres en un pueblo junto al lago, al cuidado de unas personas con las que nunca antes había comerciado pero de las que confiaba se ocuparían de ellos. La dispersa hilera de casas que había a lo largo de la orilla y el hedor empalagoso a pescado podrido que llegaba hasta ellos aun cuando estaban fuera del pueblo, daba a aquella explicación un sentido diferente. Cuando Yusuf miró al *mnyapara* y observó sus ojos calculadores y alerta, supo, avergonzado pero con certeza, que aquellos dos hombres habían sido, sencillamente, abandonados.

Nyundo había sido enviado al poblado en calidad de mensajero porque afirmó conocer el idioma de aquella gente. El tío Aziz dijo que recordaba que el sultán hablaba *swahili*, pero convino en que sería más cortés dirigirse a él en su propia lengua. Nyundo regresó con palabras de bienvenida por parte del sultán. Informó de que éste estaba contento con los regalos, pero nada le gustaría más que ver de nuevo a sus viejos amigos. Sin embargo, antes de que entrasen quería hacerlos partícipes de una gran desgracia que les había acaecido a todos ellos. Dos noches antes había muerto su esposa.

El mercader expresó su pesar y pidió que hiciesen llegar al sultán sus condolencias y las de todos los integrantes de la caravana. También envió más regalos con el mensajero y pidió que le fuera permitido darle el pésame en persona. Mientras aguardaban, los hombres se pusieron a charlar sobre costumbres a la hora de honrar a los muertos, en especial si éstos resultaban ser esposas de sultanes.

—Para empezar, no siempre entierran a sus muertos —dijo uno de los hombres—. A veces los arrojan a las zarzas cuando aún están con vida para que las bestias salvajes se apoderen de ellos. Los llevan hasta los bosques y

los dejan para que las hienas y los leopardos se los lleven. Creen que trae mala suerte tocar un cadáver, aunque se trate del de la madre de uno. En algunos lugares, cuando algo así ocurre matan a todos los forasteros. Imaginaos que el sultán esté demasiado abatido para hacer negocios. ¿Quién sabe qué rituales, magias y sacrificios llevan a cabo? Algunos de ellos no entierran a los muertos hasta que transcurren semanas. Los meten en barriles o los ponen bajo un árbol.

Los hombres dirigieron la vista hacia la arboleda cercana.

—Seguramente han llevado allí el maloliente cadáver —dijo uno de ellos.

Por fin llegó Nyundo con la autorización para entrar en el poblado. El mercader ordenó que los hombres marchasen en silencio, sin música ni ruido, en señal de respeto por el luto del sultán. Era un poblado pequeño, dos o tres docenas de cabañas apiñadas en grupos de tres o cuatro. El olor a pescado podrido impregnaba el aire. Al borde del agua había plataformas de madera montadas sobre pilotes y cubiertas con toldos de paja. Sobre algunas de las plataformas había trozos de lona y de estera extendidos y, a la sombra de aquéllas, grandes canoas que habían sido arrastradas fuera del agua. Unos niños que jugaban en la sombra corrieron a observar a la columna que entraba silenciosamente.

Los hombres se reunieron donde les habían indicado y esperaron a que el mercader completase las negociaciones. Al cabo de un rato, algunos empezaron a alejarse en busca de los lugareños, quienes estaba claro que querían mantenerse fuera de la vista. En medio del silencio, sus saludos a viva voz cuando topaban con alguien llegaban al grupo sin dificultad, lo cual hizo que otros hombres se marchasen. El sultán envió un nuevo mensaje, anunciando que recibiría al mercader y a quienes con él iban, pero el anciano de aspecto antipático que fue a comunicárselo les indicó que sólo se admitiría ante el sultán la presencia de cuatro personas. Debido a lo afligido que estaba no podía soportar la visión ni el ruido de un montón de gente. El *mnyapara* y Nyundo, así como Yusuf, acompañaron al tío Aziz a la residencia del sultán.

—Traed al aprendiz para que sepa cómo presentarse ante los dueños de la tierra —dijo el tío Aziz.

Se acercaron a un grupo de cabañas que se alzaba cerca del agua y era mayor que cualquiera de los otros, y fueron conducidos a un edificio grande con un porche cubierto. El interior estaba en penumbra y lleno de humo, procedente de un fuego encendido cerca de la puerta. La única luz era la que entraba por la puerta principal y, cuando se hicieron a un lado, la estancia se iluminó un poco. El sultán era un hombre alto y llevaba un trozo de tela marrón sujeto en torno a la cintura mediante una tira de paja entrelazada. En la parte superior de su cuerpo brillaban unos rollos contundentes. Estaba sentado en un escabel, con los codos apoyados en los muslos y en las manos un grueso y labrado bastón plantado entre sus piernas separadas. Aquella postura hacía que pareciese ansioso y atento. De pie a los lados había sendas mujeres jóvenes, desnudas de cintura para arriba, cada una de las cuales sostenía una calabaza para beber. Detrás de él, otra mujer, también medio desnuda, daba aire a la espalda del sultán agitando un abanico de madera. Más allá, en la profundidad de las sombras, un joven permanecía de pie. A cada lado del sultán había también seis ancianos sentados en el suelo sobre estereras, algunos con el pecho descubierto. A Yusuf le costaba respirar debido al humo que llenaba la estancia; notó que se le humedecían los ojos y se preguntó cómo podían el sultán y sus acompañantes soportar aquello tan fácilmente.

—Dice que te da la bienvenida —tradujo Nyundo después de que el sultán hubiera pronunciado, sonriendo, algunas palabras—. Dice que has llegado en un mal momento, pero que un amigo siempre será bienvenido a su casa.

A una señal del sultán, la mujer que estaba a su derecha le puso la calabaza en los labios y él dio varios tragos profundos. La mujer avanzó hacia el mercader y Yusuf observó que unas cicatrices pequeñas marcaban sus pechos. Percibió el aroma familiar y excitante a tabaco y sudor.

—Dice que ahora bebas tú un poco de cerveza —tradujo Nyundo dirigiéndose al mercader, sin poder ocultar una sonrisa.

—Muchas gracias, pero no puedo aceptar —fue la respuesta del tío Aziz.

—Pregunta por qué —dijo Nyundo sin dejar de sonreír—. Es una buena cerveza. ¿Es porque piensas que contiene veneno? Él ya la ha probado por

ti. ¿No te fías de él?

El sultán añadió entonces algo y los ancianos se miraron y rieron jubilosamente. El mercader miró a Nyundo, quien movió la cabeza. Era un ademán ambiguo; tal vez no había entendido o consideraba preferible no traducir.

—Soy un comerciante —declaró el tío Aziz mirando al sultán—. Y un forastero en tu pueblo. Si bebo cerveza empezaré a gritar y a meterme en líos, y un forastero no debe comportarse así cuando está haciendo negocios.

—Dice que es porque tu dios no te lo permite. Lo sabe —dijo Nyundo, mientras el sultán y su gente volvían a reír. Nyundo tardó bastante en traducir la siguiente observación del sultán. La sonrisa había desaparecido de su rostro y habló cautelosamente a fin de dar la impresión de que estaba esforzándose para transmitir fielmente el mensaje—. Dice que debe de ser un dios cruel si no permite que los hombres beban cerveza.

—Dile que es un Dios exigente pero justo —se apresuró a replicar al mercader.

—Dice que muy bien, muy bien. A lo mejor bebes cerveza a escondidas. Ahora dame noticias —tradujo Nyundo al tiempo que el sultán señalaba unas esteras dispuestas en el suelo para los visitantes—. ¿Has hecho buenos negocios? ¿Qué has traído en esta ocasión? Dice que, como habrás visto, no ha pedido tributo. Ha oído que el gran hombre ha dicho que ya no está permitido pedir tributos. Por consiguiente, no quiere cometer el error de solicitar algo y que luego llegue a oídos del gran hombre y éste venga a castigarlo. Pregunta si sabes de qué gran hombre está hablando. — Al preguntarlo, el cuerpo del sultán se estremeció con sofocados espasmos de risa—. El alemán; él es el gran hombre. Por lo que ha oído ése es ahora el nuevo rey. Estuvo por las inmediaciones no hace mucho y le dijo a todo el mundo quién era. Han oído que el alemán tiene la cabeza de hierro. ¿Es cierto? Y tiene unas armas que pueden destruir todo un pueblo de un soplo. Mi gente, dice, quiere comerciar y vivir en paz, no crearse problemas por el alemán.

El sultán añadió algo que hizo reír de nuevo a sus acompañantes.

—¿Podemos contar con tu ayuda para cruzar? —preguntó el mercader cuando se le presentó la oportunidad.

—Pregunta a quién vas a ver al otro lado del agua —dijo Nyundo.

El sultán estaba inclinado hacia adelante con expresión grave, como si esperara que la respuesta demostrase que el mercader era estúpido o imprudente.

—A Chatu, un sultán de Marungu —contestó el tío Aziz.

El sultán se echó hacia atrás y dejó escapar un ruido bajo, semejante a un bufido.

—Dice que conoce a Chatu —prosiguió Nyundo. Miraron al sultán, que pedía más cerveza con un gesto—. Dice que te ha contado que su esposa ha fallecido hace poco. Dice que todavía no ha podido enterrarla y que el desasosiego embarga su corazón.

Al cabo de un momento, el sultán prosiguió. Dijo que no podía enterrar a su esposa sin un sudario. Desde que ella había muerto el entusiasmo lo había abandonado, y no se le ocurría dónde podía encontrar uno.

—Dice que le des un sudario —tradujo Nyundo.

—¿Le negarías a un hombre un sudario para enterrar a su esposa? —exclamó el joven que había permanecido detrás, en la sombra.

Avanzó hasta ponerse delante del mercader y se dirigió a él directamente, sin necesidad de Nyundo. Tenía la pierna izquierda enferma; estaba hinchada y la arrastraba al andar. En su cara no había arrugas y un brillo de ardor y entendimiento apareció en sus ojos. Yusuf consiguió separar al fin el olor peculiar a carne viva y putrefacta de la austeridad de la choza llena de humo. Varios ancianos se pusieron a hablar después del joven, gesticulando con exageradas muecas de incredulidad. Las mujeres se chupaban los labios y murmuraban con evidentes muestras de disgusto.

—Por supuesto yo no negaría un sudario a nadie —respondió el tío Aziz, para después indicarle a Yusuf que fuese a buscar cinco piezas de algodón blanco *bafta*.

—¡Cinco! —exclamó el joven, que había tomado el mando de las negociaciones. Uno de los ancianos se puso de pie, consternado, y escupió en dirección al mercader. A Yusuf le salpicó un poco en el brazo desnudo—. Cinco piezas de tela para un sultán tan importante como él. Así no cruzaréis el lago. ¿Le darás cinco piezas a tu sultán para que entierre a su

esposa? ¡Deja de hacer el tonto! Su gente lo quiere, y con tu actitud lo ofendes.

El sultán y los ancianos se echaron a reír cuando se les tradujo lo anterior. La intensidad de su regocijo era tal, que el sultán tembló y se estremeció.

—Es su hijo —susurró Nyundo dirigiéndose al mercader—. Se lo he oído decir.

—¿No te ríes, mercader? —preguntó el joven—. ¿O acaso tu dios tampoco te lo permite? Será mejor que rías mientras puedas, porque no creo que le arranques muchas bromas a Chatu.

Acordaron ciento veinte piezas de tela. El sultán pidió también armas y oro, pero el tío Aziz sonrió y dijo que ellos no comerciaban con esa clase de mercancía.

—Ya no —replicó el joven.

Al final, el sultán dio autorización para que el mercader hablase con los barqueros y negociase el precio con ellos.

—Acaban de robarnos —murmuró furioso, Mohammed Abdalla.

—Cuando estuvimos aquí el año pasado, dejamos a dos de nuestros hombres con vosotros —añadió el mercader, sonriendo—. Estaban enfermos y aceptasteis cuidarlos hasta que se restableciesen. ¿Cómo se encuentran? ¿Cómo van? ¿Están bien?

—Se marcharon —contestó el joven con calma, aunque su rostro expresaba desprecio y desafío.

—¿Adónde fueron? —preguntó el tío Aziz con voz afable.

—¿Acaso soy yo el tío de ellos? Se marcharon —fue la irritada respuesta—. Ve y búscalos fuera de aquí. ¿Crees que no conozco a tu gente?

—Los dejé al cuidado del sultán —prosiguió el tío Aziz.

Por el tono de voz, Yusuf pensó que el mercader ya había dado por perdidos a los dos hombres.

—¿Queréis ir a Marungu o no? —preguntó el joven.

El barquero al que fueron remitidos se llamaba Kakanyaga. Era un hombre bajo y vigoroso que mientras escuchaba tranquilamente lo que necesitaban y preguntaba sobre cantidades y peso, apartó la vista de ellos para dirigirla hacia el agua. Para que pudiera juzgar por sí mismo, volvieron

con él al lugar donde aguardaban las mercancías y los portadores. Dijo que cruzarían en cuatro canoas grandes. Luego estableció el precio para él y sus barqueros y empezó a alejarse despacio a fin de darles tiempo para considerarlo. Pero como el precio era muy razonable y Mohammed Abdalla deseaba marcharse, llamaron al barquero cuando éste apenas había dado unos cuantos pasos.

El hombre dijo que se pondrían en marcha por la mañana; debían entregarle los artículos convenidos antes de partir.

—¿Por qué no nos vamos enseguida? —preguntó Mohammed Abdalla.

La cantidad de cerveza que había visto consumir al sultán lo había puesto nervioso. ¿Quién sabe qué se le puede ocurrir a un salvaje borracho?

—Mis hombres tienen que prepararse —contestó el barquero—. ¿Tanta prisa tenéis para ir a ver a Chatu? Si nos marchamos ahora, tendremos que viajar de noche. A ciertas horas no es seguro estar en el agua.

—¿Por la noche hay espíritus malos? —preguntó el *mnyapara*.

El barquero percibió la burla, pero no replicó. Repitió que se marcharían por la mañana.

—Hablas muy bien nuestro idioma —dijo el tío Aziz, sonriendo cortésmente—. Y el hijo del sultán también.

—Muchos de nosotros trabajamos para un mercader *swahili*, Hamidi Matanga, quien venía mucho por esta zona e incluso por el otro lado —explicó el barquero a regañadientes; luego no quiso añadir nada más, a pesar de la invitación del tío Aziz.

—Recuerdo que la última vez que estuvimos aquí tu sultán hablaba un poco de *swahili*, sin embargo parece haberlo olvidado —prosiguió el mercader sin dejar de sonreír—. El tiempo nos hace a todos esas malas pasadas. Dime, aquellos dos hombres heridos que dejamos cuando vinimos el año pasado..., ¿qué les ha ocurrido? ¿Mejoraron? —Mientras hablaba, le pasó al barquero un paquetito de tabaco y una bolsa de clavos que Yusuf había ido a buscar por orden suya.

El barquero esperó un momento antes de contestar, mirando al mercader, luego al *mnyapara* y a Simba Mwene, ahora con ellos, y finalmente a Yusuf. Sus ojos, que no dejaban entrever nada bueno, brillaron ligeramente antes de hablar.

—Se fueron. No creo que se pusieran mejor. Estaban aquí, en aquella cabaña, y olían mal. Nos trajeron enfermedades. Murieron animales y los peces se marcharon. Entonces murió un muchacho sin razón aparente. Era de su edad —añadió mirando a Yusuf—. Eso fue el colmo. La gente dijo que los hombres debían abandonar el poblado.

Cuando el barquero se hubo marchado, Simba Mwene dijo:

—Aquí hacen magia.

—No blasfemes —replicó Mohammed Abdalla con aspereza—. No son más que unos salvajes ignorantes que creen en sus pesadillas pueriles.

—No deberíamos haber permitido que se quedasen. Yo era el responsable, me equivoqué —dijo el tío Aziz—. Pero ser consciente de ello no es de mucha ayuda ahora para ellos o para sus parientes.

—¿De qué hacía falta ser consciente, *seyyid*, para adivinar que estas bestias iban a sacrificar cualquier cosa con tal de mantener su ignorante modo de vida? Yo habría hecho lo mismo. ¿Por qué no les pides que hagan magia y nos devuelvan a los dos hombres? —preguntó el *mnyapara* con tono de desdén.

Simba Mwene hizo una mueca de consternación.

—Sería preferible que vigilásemos al jovencito —intervino mirando fijamente a Yusuf—. Eso es lo que quería decir. Tened cuidado de que no le pase nada. ¿Recordáis lo que dijeron de él en Mkata y cómo lo ha mirado el barquero?

—¿Qué van a hacer? ¿Arrojarlo a sus demonios hambrientos para que les sirva de alimento? Creo que te tomas demasiado en serio a estos pescadores —exclamó Mohammed Abdalla al tiempo que agitaba con furia su caña—. ¿En qué estás pensando? Azotaré a esos bastardos hasta el umbral del Infierno. Vomitaré sobre ellos. ¡Ya les daré magia a sus culos malolientes, salvajes asquerosos!

—Mohammed Abdalla... —dijo el tío Aziz con severidad.

—Todos tienen aire de circunstancias —prosiguió el *mnyapara* sin dar señal de haber oído al mercader pero aun así bajando el tono de voz—. Simba, háblales a los hombres de la magia y de las enfermedades malignas. Sabes cómo hacerlo. Sabes algo de eso. Y diles que no se adentren en el bosque cuando la naturaleza se lo exija, pues pueden llevarse un mordisco

en el trasero, de un espíritu o de una serpiente mágica. Y diles también que se mantengan alejados de las mujeres. Jovencito, no te separes del *seyyid* ni por un instante, y no te preocupes.

—Mohammed Abdalla, te indigestarás con todo ese discurso —dijo el tío Aziz.

—*Seyyid*, éste es un lugar maldito —replicó el *mnyapara*—. Vayámonos de aquí.

4.

Al día siguiente, antes de marcharse, hubo una pelea entre dos porteadores. Uno de ellos había sustraído una azada de las mercancías destinadas al comercio para pagarse la compañía de una mujer. El otro había denunciado este robo al *mnyapara*, quien comunicó, delante de todos, que del primer dinero del viaje que le tocase percibir se deduciría el valor de dos azadas. El *mnyapara* utilizó muchas palabrotas para expresar lo anterior. No era la primera vez que aquel porteador robaba para comprar los favores de una mujer y Mohammed Abdalla fingió que debía hacer un esfuerzo para no azotarlo con la caña. Los otros hombres hicieron que el porteador se sintiese aun más humillado añadiendo reproches insultantes de su propia cosecha. En cuanto le fue posible, apenas terminó la ceremonia de escarnio, el porteador insultado se lanzó sobre el confidente y a los dos hombres se les brindó tanto el espacio como el aliento para pegarse a conciencia. Un nutrido grupo se formó a la orilla del lago para seguir la pelea, y expresaba a gritos su excitación y su regocijo. Al final, el mercader envió a Simba Mwene para poner fin a aquello.

—Debemos ocuparnos de nuestros negocios —dijo.

Avanzada la mañana, todos estuvieron listos para partir. A medida que se acercaba el momento de embarcar, la animación contenía un punto de ansiedad. El barquero, Kakanyaga, dispuso personalmente los bultos y ordenó al tío Aziz y a Yusuf que fueran en su barca.

—El muchacho nos traerá suerte —explicó.

Los barqueros remaban de forma regular en medio del creciente calor, y sus espaldas y brazos empezaron a relucir. Mantenían las canoas en formación cerrada, lo bastante próximas para que los ocupantes intercambiasen canciones y se rieran de las réplicas. Turbados por la inmensidad del agua y por los hombres forzudos en cuyas manos estaban sus vidas, la mayoría de los viajeros guardaba silencio. Aunque sus casas estuvieran junto al mar, prácticamente ninguno sabía nadar. Sus pies podían recorrer durante toda una vida montañas y llanuras, pero seguían apartándose a toda prisa de las mareas siseantes que bañaban sus costas.

Cuando llevaban viajando casi dos horas, el cielo se oscureció de repente y comenzó a soplar un viento muy fuerte de origen desconocido.

Yusuf oyó que el mercader decía en voz baja:

—*Yallah!*

Kakanyaga llamó al viento por su nombre y se puso a llamar a voz en cuello a los hombres que estaban con él y a los que estaban en las otras canoas. Todos supieron por los gritos de los barqueros y la intensidad de los golpes de remo, que se encontraban en peligro. Las olas, que se habían vuelto más altas, azotaban las frágiles embarcaciones y empapaban las mercancías y a los hombres, quienes se quejaban nerviosamente, como si en esos momentos lo más importante para ellos fuese mantenerse secos. Algunos de los porteadores empezaron a llorar y a rezar a Dios que cambiase el tiempo. Kakanyaga, en la primera barca, cambió de dirección, y las otras canoas lo siguieron. Los barqueros remaban con furia y se daban ánimos mutuamente, aunque en sus gritos había una nota de pánico. En aquellos momentos las olas eran tan fuertes que levantaban las embarcaciones para luego dejarlas caer nuevamente en el agua. De pronto Yusuf advirtió que eran unas canoas muy frágiles y que, como una astilla en un arroyo, podían volcar en aquellas aguas agitadas. Amortiguados por el rugido del viento, se elevaban a intervalos plegarias y llantos. Llevados por el terror, algunos hombres vomitaron encima de ellos mismos. A pesar de todo, Kakanyaga, empapado de agua y sudor, guardaba silencio salvo por algunos gruñidos que se le escapaban mientras remaba con esfuerzo apoyado sobre una rodilla. Al cabo de un rato vieron por fin una isla a lo lejos.

—El altar. Allí podremos hacer una ofrenda —exclamó el mercader.

A la vista de la isla, los hombres se pusieron a remar de forma todavía más frenética, en medio de los histéricos gritos de ánimo de sus pasajeros. Cuando supieron que estaban a salvo, los barqueros prorrumpieron en exclamaciones de triunfo y agradecimiento. Sus pasajeros no empezaron a sonreír hasta que las canoas estuvieron en la orilla y toda la mercancía fue descargada, tras lo cual, dejando escapar profundos suspiros y murmurando acerca de lo afortunados que habían sido, fueron a protegerse del viento y se desperdigaron detrás de los arbustos y las rocas.

Kakanyaga pidió al mercader una tela negra, una tela blanca, algunas cuentas rojas y un saquito de harina. También sería bien recibida cualquier otra cosa que el mercader tuviera a bien entregarle, siempre y cuando no se tratase de un objeto de metal.

—El metal abrasa la mano del espíritu de ese altar —explicó Kakanyaga—. Tú también tendrás que venir —añadió—. La oración es por ti y tu viaje. Y trae al chico contigo. El espíritu de este altar es Pembe, y le gusta la juventud. Cuando entremos en el santuario repetid su nombre en silencio, y no lo pronunciéis en voz alta a menos que oigáis que yo lo hago.

Acompañados por el *mnyapara* y algunos barqueros, caminaron un corto trecho a través de arbustos de hojas afiladas y tierra cubierta de hierba. En un claro rodeado de matorrales oscuros y árboles altos, vieron una canoa pequeña apuntalada con piedras. Dentro había regalos de otros viajeros que habían hecho ofrendas. Kakanyaga les hizo repetir después de él unas palabras que les tradujo.

—Te hemos traído estos presentes. Te rogamos que nos otorgues paz en este viaje para que podamos ir y regresar sanos y salvos.

A continuación puso los regalos en la canoa y rodeó ésta una vez en una dirección y otra vez en la otra. El mercader le dio a Kakanyaga la bolsa de tabaco que había llevado con él y el barquero la puso también en el altar. Cuando regresaron junto a las canoas, el viento había amainado.

—Parece magia —dijo Simba Mwene con una sonrisa, dirigiéndose al *mnyapara*.

Mohammed Abdalla le lanzó una mirada hostil y sacudió la cabeza con expresión de incredulidad.

—Podía haber sido peor. Podían haber querido que comiésemos algo asqueroso o que copulásemos con animales —dijo—. *Haya*, embarquemos.

Cuando divisaron la otra orilla, el sol se ponía y sus rayos oblicuos iluminaban los peñascos rojos de forma que parecían una pared de llamas. Cuando llegaron a la playa era casi medianoche y las nubes blanqueaban el cielo nocturno. Sacaron las canoas del agua, pero Kakanyaga no permitió que nadie durmiese en tierra.

—Nadie sabe qué puede haber en ella por la noche —dijo.

5.

Al día siguiente Kakanyaga y sus remeros se marcharon al alba, tan pronto como descargaron las canoas y dejaron a los viajeros y a sus bultos en la playa. No tardó en aparecer gente que empezó a hacerles preguntas: ¿Quién los había llevado hasta allí? ¿De dónde venían? ¿Adónde se dirigían? ¿Qué buscaban? Yusuf y Simba Mwene fueron enviados en busca de los jefes del pueblo, que parecía mayor que el que habían dejado atrás, al otro lado del lago. Les señalaron la casa de un hombre llamado Marimbo, que acababa de levantarse cuando lo encontraron. Era un anciano delgado de rostro surcado de profundas arrugas y piel flácida. Su casa tenía el mismo aspecto que las otras de las inmediaciones, y la mujer que los había acompañado hasta allí se encaminó hacia la puerta y llamó con los nudillos sin titubeos, deferencias o ceremonias. Al verlos, Marimbo se mostró contento, curioso y hospitalario. Yusuf vio que, a pesar de su buen humor, estaba alerta, e imaginó que por sus manos habían pasado muchos asuntos vitales. Nyundo los acompañaba para hacer de traductor, pero no fue necesario.

—¡Chatu! —exclamó Marimbo, y se le escapó una risita de complicidad antes de poder reprimirla cautelosamente—. Chatu es un hombre difícil. Espero que tengáis intención de hacer negocios. No es alguien con quien se pueda jugar. Su poblado está a pocos días de aquí, pero nosotros nunca vamos si él no nos llama. Puede ser feroz si piensa que se le agravia, pero es un padre que se preocupa de su gente. ¡Ay!, detestaría vivir allí. Dejad

que os lo diga, amigos míos, en el pueblo de Chatu no les gustan los forasteros.

—Se diría que es un payaso —comentó Simba Mwene. Marimbo, compartiendo la broma, se echó a reír.

—¿Comercia? —preguntó Simba Mwene. Marimbo se encogió de hombros.

—Tiene marfil. Comerciará si le viene en gana.

Aceptó proporcionarles un guía y guardarles hasta que regresaran las mercancías que quisieran.

—He tratado con mercaderes muchas veces en mi vida —añadió—. No me des ninguna de tus telas. ¿En qué quedaría tu negocio sin ellas? Así es como has comprado tu paso por esta tierra. Dame dos fusiles, así podré enviar a mis hijos de caza en busca de marfil. ¿Tienes seda? Dame seda. El guía que os proporcionaré conoce bien la zona. Ahora que han llegado las lluvias no es una buena época, pero si le pagas bien, puedes confiar en él por completo.

En aquella orilla la tierra estaba densamente poblada de árboles y ascendía abruptamente. En la aldea de Marimbo había más gente, pero casi todos parecían estar enfermos. Por la noche, los hombres fueron atacados por nubes de mosquitos, que los picaban con tal violencia que algunos de aquellos gritaban de dolor y exasperación. Una vez concluido el acuerdo con Marimbo, nada los retenía en la aldea. Aquél, a cambio de cuidarles las mercancías, se quedó con cuchillos, azadas y un paquete de tela de algodón blanco. A su regreso llegarían a arreglos definitivos con él. Las frenéticas atenciones de los mosquitos hicieron que todo el mundo estuviera encantado de marcharse. También el tío Aziz estaba ansioso por irse de allí. Las mercancías se habían visto seriamente mermadas después de todos los tributos que habían tenido que pagar durante el viaje, y apenas habían hecho negocios. Pero quedaba lo suficiente para que valiese la pena, decía el mercader. Para eso habían viajado hasta allí, a aquellas tierras de Marungu, detrás de los peñascos rojos.

Al día siguiente, por la mañana temprano, se pusieron en camino hacia las tierras de Chatu. El guía que Marimbo les había asignado era un hombre tranquilo y de elevada estatura. Mientras ellos terminaban de preparar los

bultos, él no habló ni sonrió siquiera; se limitó a quedarse a un lado y esperar. Viajaron por estrechos senderos, ascendiendo con dificultad a través de una vegetación exuberante. Unas plantas extrañas se abatían sobre ellos dándoles latigazos que les laceraban el rostro y los pies. Nubes de insectos pululaban alrededor de sus cabezas. Cuando se detuvieron para descansar, los insectos aterrizaron sobre ellos en busca de orificios y de carne tierna. Al final de su primer día en Marungu, varios hombres habían enfermado. Era tal la cantidad de insectos que los atormentaban, que por la mañana sus caras aparecieron ensangrentadas y cubiertas de picaduras. Al día siguiente, deseosos de salir de aquella selva espantosa, forzaron la marcha. Durante toda la noche habían oído ruidos y gruñidos entre los arbustos, y se habían apretado unos contra otros por temor a los búfalos y a las serpientes.

—No os alejéis demasiado para mear —bromeó Simba Mwene.

El *mnyapara*, agitando su bastón ante los rezagados y atravesando el alboroto de la selva con sus palabrotas, conminaba a los hombres a resistir. Lo empinado del terreno dificultaba el avance. Simba Mwene y Nyundo se quedaron con el guía y avisaban a voz en cuello cuando se acercaban nuevos horrores. Nyundo era el único capaz de entender lo que el guía decía, y creó tanta confusión como le fue posible en este asunto, lo cual irritó al *mnyapara* e hizo reír a los demás. El guía hablaba poco y, al acabar la jornada se sentaba al lado de Nyundo.

Al tercer día, algunos hombres estaban desesperadamente enfermos, mientras otros empezaban a mostrar signos de debilidad. Los que se encontraban peor no podían comer ni dejar de evacuar. Sus compañeros, que en la medida de lo posible hacían caso omiso de sus gemidos delirantes y trataban de evitar la sangre negra que rezumaban, se turnaban para llevar sus malolientes cuerpos. En las cuestas escarpadas los hombres arrastraban los bultos con las manos y las rodillas, pero sólo conseguían avanzar unos centímetros cada vez. Al cuarto día, murieron dos hombres. Se apresuraron a enterrarlos y aguardaron una hora, a que el mercader rezase en silencio un sura del Corán. Todos padecían ahora de llagas purulentas que los insectos perforaban profundamente para dejar sus huevos y sacar sangre fresca. Aterrorizados, los hombres estaban convencidos de que el guía los estaba

conduciendo hacia la muerte, y lo observaban todo lo bien que les permitía su abatimiento. El *mnyapara* amonestaba al guía con frecuencia y miraba a Nyundo con abierta repugnancia mientras éste llevaba a cabo la traducción. Aquél no era el mismo camino del año anterior. ¿Adónde estaba llevándolos?

—Deja de hacer payasadas y hazle las preguntas como es debido.

—Después de las lluvias la otra ruta no es segura —tradujo Nyundo.

Cuando a la quinta mañana aparecieron muertos dos hombres más, las miradas se volvieron hacia el guía, que estaba esperando al lado de Nyundo para ponerse en marcha. Mohammed Abdalla se acercó a él, lo obligó a arrastrarse a sus pies y, en medio del júbilo y de los gritos de aliento de los porteadores y los guardias, lo azotó una y otra vez con su caña. El hombre se acobardó bajo los golpes y pidió clemencia. Nyundo intervino, pero se retiró gritando alarmado cuando Mohammed Abdalla le cruzó la cara con dos rápidos bastonazos.

—¡Mis ojos! —exclamó.

El *mnyapara* se concentró de nuevo en el guía, que acabó rodando por el suelo, gritando y gimiendo a cada nuevo golpe que le laceraba la carne desnuda. El *mnyapara* siguió azotándolo mientras otros hombres empezaron a acercarse con palos y correas en las manos.

Simba Mwene llegó a la carrera, sujetó a Mohammed Abdalla del brazo y luego se interpuso a modo de escudo entre éste y el guía.

—¡Ya ha tenido bastante! Acaba con esto —imploró.

Mohammed Abdalla, sin aliento y con el rostro y los brazos cubiertos de sudor, se debatía alrededor del cuerpo de Simba Mwene y seguía lanzando golpes.

—¡Déjame azotar a ese perro! —gritó—. Está intentando acabar con nosotros.

—Ha dicho un día más. Mañana habremos salido de este infierno —dijo Simba Mwene mientras se llevaba al *mnyapara* de allí.

—Es un salvaje mentiroso. Y ese payaso de Nyundo, en lugar de atarlo corto... Ese hombre ha estado mintiéndonos desde el principio. El año pasado no pasamos por aquí —replicó Mohammed Abdalla.

De pronto, se soltó de Simba Mwene y regresó hasta el hombre que yacía en el suelo para darle otra tanda de frenéticos azotes. Cuando Simba Mwene corrió de nuevo hacia él, Mohammed Abdalla se volvió con ojos relucientes.

—Lo que estás haciendo no es justo —le recriminó Simba Mwene al tiempo que se apartaba.

El *mnyapara*, cuyo rostro estaba bañado en sudor, lo miró fijamente y en silencio. El mercader se separó del grupo de hombres y, después de sujetar a Mohammed Abdalla por el brazo, le susurró unas palabras. A continuación hizo que Yusuf se acercase y le indicó que dispusiese lo necesario para proceder al entierro de los dos hombres que habían muerto aquella mañana.

—Y leedles el *Ya Sin* —añadió.

Mientras se debatían para abrirse paso por la selva, que era cada vez menos densa, estuvieron oyendo durante todo el día los gemidos del guía, que iba delante de ellos. Nyundo, que resoplaba airadamente por los golpes recibidos, forcejeaba en silencio detrás de aquél. Los hombres se carcajeaban y sacudían la cabeza, azorados ante su propia risa pero incapaces de resistirse al dolor de aquel hombre.

—¡Cómo le ha sacudido el *mnyapara*! —decían—. Ese Mohammed Abdalla es un animal, ¡un asesino! En cuanto a Nyundo, debería haber sabido que un día el *mnyapara* le daría una buena.

A media mañana del sexto día llegaron a campo abierto. Descansaron hasta la tarde y luego se pusieron en camino hacia el poblado de Chatu. A medida que la columna cruzaba por campos labrados y dejaba atrás pequeños graneros, observaron que la gente salía huyendo. A pesar de que estaban exhaustos, los músicos dejaron oír sus melodías para anunciar la llegada de la caravana, y todos los hombres se pusieron a caminar tan erguidos como pudieron. Mohammed Abdalla, por si había gente observando desde los matorrales, montó su número habitual y empezó a pavonearse detrás de los músicos.

Los recibió una delegación de los ancianos del sultán, acompañada de un montón de gente que no paraba de reír. Los ancianos los condujeron a una enorme explanada rodeada de casas largas y bajas con techo de paja.

—La casa grande que hay detrás de los muros de barro es la residencia de Chatu —explicaron los ancianos—. Descansad aquí y la gente vendrá a venderos comida.

—Pregunta si se nos permitirá saludar al sultán —le dijo el mercader a Nyundo.

—Pregunta que para qué —dijo Nyundo después de haber hablado con el jefe de los ancianos.

Se trataba de un hombre de baja estatura y cabello entrecano cuyos ojos estudiaban el rostro herido de Nyundo conforme conversaban. Hablaba con una dignidad agresiva y amenazadora, y con un inconfundible tono de desagrado. Nyundo le informó al mercader que el anciano se llamaba Mfipo.

—La última vez que estuvimos en estas tierras pasamos cerca de tu pueblo y oímos hablar muy bien de tu sultán. Hemos regresado para traerle regalos y comerciar con él y su gente —dijo el tío Aziz.

Nyundo tuvo dificultades para traducir aquellas palabras, y pidió ayuda al guía. La gente se apretujó en torno a ellos para oír la conversación, pero se apartó cuando Mfipo los fulminó con la mirada.

—Mfipo pregunta qué le has traído —dijo Nyundo después de deliberar por un momento—. Será mejor que se trate de unos presentes importantes, porque Chatu es un soberano noble. Dice que no quiere ninguna de tus baratijas. —Nyundo sonrió, con lo cual dejó claro que Mfipo había dicho más cosas.

—Nos gustaría presentarle nuestros obsequios —contestó el mercader después de una larga y silenciosa mirada—. Nos complacería muchísimo.

Mfipo miró al mercader con desdén y luego dejó escapar una breve risita. Habló lentamente, para darle tiempo a Nyundo.

—Dice que no necesitamos negocios sino descanso y medicinas. Nos enviará al curandero. Deja que el muchacho lleve los regalos a Chatu. Se refiere a él, a Yusuf. Quiere que sea él quien vaya a ver a Chatu. Si éste queda satisfecho tal vez te haga llamar. Creo que esto es lo que ha dicho.

—Todos quieren a Yusuf —dijo el tío Aziz con una sonrisa.

Mfipo hizo caso omiso de posteriores intentos de dirigirse a él, y se alejó caminando. Tras dar unos pocos pasos, se volvió y llamó al guía. El

mercader y el *mnyapara* intercambiaron rápidas miradas. Los aldeanos llevaron comida para comerciar con los viajeros y se instalaron cómodamente entre ellos haciéndoles preguntas y bromeando. A menos que Nyundo estuviese a mano y quisiera traducir, nadie entendía sus palabras, pero aun así conseguían entenderse bastante bien. Hablaban del tamaño de su poblado y del poder de su soberano.

—Si habéis venido aquí con malas intenciones —decían—, lo lamentaréis.

—¿Malas intenciones? —preguntaban los hombres—. Somos mercaderes. Hombres de paz. Sólo vivimos para comerciar. Dejamos los problemas para los locos y los perezosos.

Mohammed Abdalla llevó maderas y paja con el fin de construir un cobertizo provisional para los enfermos y las mercancías. Supervisó las tareas a pesar de la luz cada vez más débil e hizo reír a los que allí estaban con sus gritos y sus bufonadas. Después ordenó que se apilasen ordenadamente todos los bultos en medio del cobertizo y que su vigilancia fuese constante.

Una vez que se hubo lavado y hubo rezado sus plegarias, el mercader llamó a Yusuf y le dio instrucciones referentes a los regalos que debía llevar a Chatu.

—Si conseguimos hacer un buen negocio aquí, el viaje habrá valido la pena —dijo.

Mohammed Abdalla consideró que debían esperar hasta el día siguiente, disponer una guardia de hombres sanos y resistentes para la noche y mantenerse todos juntos. Sólo dos armas estaban cargadas, de modo que tal vez fuese conveniente que dispusieran un par más de las que tenían guardadas. El mercader sacudió la cabeza. Quería hacerle llegar los presentes antes de que anoheciera, pues temía que el sultán se ofendiese por su falta de cortesía. Yusuf advirtió que el tío Aziz estaba inquieto o quizá un poco excitado.

—Veamos si ese Mfipo ladraba por él o por su señor —dijo.

Simba Mwene, que iría con Yusuf, se apresuró a reunir la mercancía y a seleccionar cinco porteadores para cruzar la explanada hasta la residencia de Chatu. Nyundo también tendría que ir en calidad de intérprete. La

importancia de su misión hizo que su humor mejorara, pero los hombres le tomaban el pelo diciendo que se inventaba las traducciones según las circunstancias. Notaba a menudo los verdugones de su rostro y se acariciaba distraídamente la carne desgarrada.

Entraron en el patio cercado de la residencia de Chatu sin que nadie les pusiera impedimentos. Una vez dentro, esperaron a que alguien se acercara y se dirigiese a ellos, y no tardaron en llegar dos jóvenes que dijeron ser los hijos de Chatu. Había gente sentada fuera de las casas y algunos los miraron sin demostrar mayor interés. Corrían por allí unos niños absortos en sus juegos.

—Hemos venido a traerle regalos al sultán —explicó Yusuf.

—Y saludos del *seyyid*. Díselo también —añadió Simba Mwene con firmeza, como si estuviera reprendiendo al muchacho.

Los dos jóvenes los escoltaron hasta una de las casas, que se distinguía de las otras por la amplia terraza que tenía delante. Había en ésta varios hombres sentados en unos bancos bajos. Mfipo y los otros ancianos estaban entre ellos. Según se acercaban, se levantó de uno de los bancos un hombre delgado que permaneció de pie con una sonrisa en los labios. Cuando estuvieron más cerca, abandonó la terraza y fue a su encuentro con la mano tendida y palabras de bienvenida. Parecía alegrarse de verlos. La amabilidad y la simpatía natural no eran precisamente lo que Yusuf había esperado después de todo lo que había oído acerca de Chatu. Los acompañó a la terraza y, con expresión de sentirse algo turbado, escuchó los obsequiosos saludos del mercader que Simba Mwene transmitió a través de Nyundo. A ratos se mostraba sorprendido de lo que éste decía, incluso escéptico.

—Dice que lo honráis en demasía —prosiguió Nyundo—. En cuanto a los regalos, me agradece la generosidad. Ahora dice que por favor toméis asiento y os quedéis tranquilos. Quiere que yo le cuente las novedades.

—No seas estúpido —gruñó Simba Mwene—. No hemos venido aquí para jugar. Limitate a transmitirnos lo que dice y déjate de bromas.

—Dice que os sentéis —repitió Nyundo con tono desafiante—. Y no me grites o tendrás que hablar tú con él. En cualquier caso, quiere saber qué nos ha traído hasta aquí.

—El comercio —contestó Simba Mwene, y luego miró a Yusuf para invitarlo a colaborar.

Chatu dirigió su risueña mirada hacia Yusuf y retrocedió unos pasos a fin de observarlo mejor. El muchacho, atrapado por aquel escrutinio llevado a cabo sin recato alguno, quedó sin habla por un instante. Trató de devolver la sonrisa, pero su rostro se resistió y supo que debía de parecer estúpido y asustado. Chatu dejó escapar una risita y la luz del atardecer hizo brillar sus ojos.

—Nuestro mercader te contará lo que tiene para comerciar —dijo Yusuf por fin, y una sensación de ansiedad le oprimió el pecho—. Sólo nos ha enviado para presentarte sus respetos y pedirte que le permitas visitarte mañana.

Chatu rió de buena gana cuando oyó la traducción de estas palabras.

—Dice que hablas muy bien —le transmitió Nyundo imitando la actitud relajada de Chatu—. He cambiado todas las palabras para que parezcas más listo de lo que eres, pero no hace falta que me des las gracias. En cuanto al mercader, dice que todo el mundo puede visitarlo cuando le plazca. No es más que un sirviente de su gente, dice. Quiere saber si eres un sirviente del mercader o si eres su hijo.

—Un sirviente —contestó Yusuf, presintiendo la humillación.

Chatu llamó aparte a Simba Mwene y estuvo hablándole por unos minutos. Nyundo se vio en ciertas dificultades, y convirtió los minutos de Chatu en unos momentos.

—Verá al mercader mañana, si no hay nada que lo impida. El guía le ha contado el viaje por la selva. Espera que nuestros compañeros se recuperen cuanto antes, dice. Oh, y ahora escuchad lo que está diciendo. Cuidad de este hermoso muchacho. Eso dice. Cuidad de este hermoso muchacho. ¿Quieres que le pregunte si tiene una hija a la que desee prometer? O quizá te quiera para él. Simba, tendremos suerte si conseguimos que éste llegue a la costa sin que alguien nos lo robe.

Simba Mwene ofreció al mercader un informe entusiasta y le contagió su optimismo, así como al *mnyapara*. Era muy amable, y muy razonable.

—Aquí haremos negocios —afirmó el tío Aziz—. He oído que tienen mucho marfil para vender.

Casi todos los hombres estaban tumbados en el suelo, exhaustos. No transcurrió mucho tiempo antes de que el campamento quedase sumido en el silencio y que los guardias se instalaran cómodamente apoyados contra cualquier cosa que les sirviese para ello. Yusuf se quedó dormido al instante, pero despertó de repente en medio de un clamor y de unas luces deslumbrantes. Bajo la amenaza de unas rocas salientes y de unas bestias al acecho, había estado subiendo con dificultad por una montaña escarpada. Cuando logró salvar el borde del acantilado, vio delante de él unas cascadas estruendosas y, al otro lado de éstas, un muro alto con un portal de fuego. La luz tenía el color de una plaga y el trino era una profecía de pestilencia. A su lado apareció una figura oscura, que dijo con tono amable:

—Te has desenvuelto muy bien.

Por lo menos no había un perro baboso revolviendo dentro de él, pensó con ironía, consciente de los temblores de terror que persistían en su interior. Se sentía avergonzado del miedo que lo asaltaba a aquellas horas silenciosas de sus viajes y, mirando alrededor los hombres dormidos, intentó no recordar que estaban muy cerca de los límites del mundo conocido.

Había vuelto a dormirse cuando la gente de Chatu cayó sobre ellos desde todos lados. Lo primero que hicieron fue matar a los guardias y apoderarse de sus armas; luego despertaron a golpes a los hombres dormidos. Tan absoluta fue la sorpresa, que no hubo resistencia. Unos hombres vociferantes y jubilosos obligaron a los viajeros a reunirse en el centro de la explanada. Encendieron antorchas y las sostuvieron en alto sobre el apiñado grupo de cautivos, a quienes hicieron poner en cuclillas con las manos en la cabeza. Hombres y mujeres, sin dejar de reír, llevaron hasta la oscuridad los bultos que los viajeros habían cargado sobre los hombros. Con gran regocijo, burlándose de sus víctimas y golpeando a algunas, los atacantes estuvieron hasta el alba dando vueltas alrededor de ellas.

Los viajeros se dirigieron unos a otros palabras de aliento, y la voz de Mohammed Abdalla, que gritaba a sus hombres y los instaba a mantenerse firmes, se elevaba por encima de gemidos y lamentos. Algunos hombres lloraban. Cuatro habían sido asesinados y había varios heridos. Yusuf

advirtió gracias a la luz que el *mnyapara* había sido alcanzado. Un lado del rostro y su ropa estaban cubiertos de sangre húmeda.

—Tapad a los muertos —dijo Mohammed Abdalla—. Adecentadlos, que Dios se apiade de ellos. —Cuando vio a Yusuf sonrió—. Por lo menos nuestro muchacho todavía está con nosotros. Perderlo sólo nos habría traído mala suerte.

—¡La suerte del Demonio! —gritó alguien—. Fijaos cuánta suerte nos ha traído hasta ahora. Todo se nos ha puesto en contra. Lo hemos perdido todo.

—¡Nos matarán! —exclamó otro hombre.

—Confiad en Dios —intervino el mercader. Yusuf se acercó arrastrándose a él, que sonrió y le dio unas palmaditas en la espalda—. No tengas miedo —dijo.

Cuando empezó a clarear, fueron llegando los lugareños que, riendo y arrojándoles piedras, iban a ver a los cautivos. Sin atender a sus asuntos y sin dejar de observar la maraña de hombres apiñados como si esperasen de ellos que hicieran algo extraño o inesperado, estuvieron vigilándolos toda la mañana. Los niños y los perros empezaron a alborotar cuando los prisioneros se vieron obligados a hacer sus necesidades allí donde estuvieran sentados. A última hora de la mañana, llegó Mfipo para acompañar al mercader ante Chatu. Hablaba en voz alta y con tono de desprecio.

—Quiere que él también vaya —tradujo Nyundo al tiempo que señalaba al *mnyapara*—. Y los dos que fueron anoche.

También esta vez Chatu estaba sentado en la terraza, rodeado de los ancianos. En el patio había mucha gente, que sonreía de júbilo. Chatu se puso de pie pero no se acercó a los prisioneros. Su expresión era solemne. Llamó a Nyundo, quien se acercó a regañadientes.

—Dice que hablará despacio para que pueda comprender todo lo que me diga —anunció Nyundo a los demás—. Haré lo que pueda, hermanos, pero perdonadme si me equivoco.

—Confía en Dios —dijo el mercader en tono amable.

—Esto es lo que dice —empezó Nyundo, que se detenía después de unas pocas palabras hasta que Chatu volvía a empezar—. No os hemos

pedido que vinierais y no sois bien recibidos. Vuestras intenciones no son generosas, y vuestra visita sólo nos ha traído desgracia y calamidad. Habéis venido para hacernos daño. Hemos padecido con otros como vosotros que os han precedido, y no tenemos intención de volver a soportarlo. Estuvieron con nuestros vecinos, los capturaron y se los llevaron. Después de su primera visita a nuestra tierra no nos han ocurrido más que desgracias. Y vuestra llegada supone una más. Nuestros cultivos no crecen, los niños nacen cojos y enfermos, nuestros animales mueren de males desconocidos. Desde que estáis entre nosotros han sucedido hechos inexplicables. Habéis venido y habéis traído la desgracia a nuestro mundo. Esto dice.

—Sólo hemos venido para comerciar —replicó el mercader, pero Chatu no esperó a que le tradujesen sus palabras.

—No quiere escucharte *bwana tajiri* —se apresuró a explicar Nyundo, sin dejar de esforzarse por seguir el parlamento de Chatu—. No vamos a esperar a que nos convirtáis en esclavos y destrocéis nuestro mundo, dice. La primera vez que vuestros semejantes llegaron a esta tierra estaban hambrientos y desnudos, y nosotros los alimentamos. Algunos estaban enfermos y nosotros los cuidamos hasta que se curaron. Entonces nos mentisteis y nos engañasteis. Éstas son sus palabras. ¡Escuchadlo! ¿Quién cuenta mentiras ahora? ¿Creéis que somos unas bestias que deberíamos seguir aceptando que nos traten así?, dice. Todos esos artículos que traéis con vosotros nos pertenecen, porque todo lo que produce la tierra es nuestro. Por eso vamos a quitároslos. Esto dice.

—Entonces estaréis robándonos —replicó el mercader—. Díselo antes de que prosiga. Todo lo que traemos es nuestro con justicia y hemos venido a trocar estos artículos por marfil, oro y cualquier cosa de valor.

Chatu lo interrumpió para exigir la traducción, que fue recibida con carcajadas por parte de los congregados. Luego, con expresión de furia y desdén, Chatu volvió a hablar.

—Dice que ahora sólo nos pertenecen nuestras vidas —tradujo Nyundo.

—Le agradecemos que nos las deje —replicó el mercader con una sonrisa.

Nyundo no tradujo esto. Chatu señaló el cinturón donde el mercader llevaba el dinero y ordenó que se lo sacara.

Cuando Chatu fulminó al mercader con la mirada, de la gente que se había reunido se elevó un suspiro. Al cabo de un instante empezó a hablar de nuevo, lenta y amenazadoramente, dejando que la rabia y el odio llenasen su boca.

—Dice que ya han caído demasiadas calamidades sobre ellos. No quiere nuestra sangre en su tierra. De no ser así, se habría asegurado de que no causáramos daño a nadie más en este mundo. Pero añade que, antes de que podamos marcharnos, quiere enseñarle modales a uno de tus hombres. Esto es lo que dice.

A una señal de Chatu, el guía que los había conducido por la selva se apartó del grupo y tocó en el pecho a Mohammed Abdalla, quien hizo una mueca involuntaria de repugnancia. A otra señal de Chatu, dos hombres sujetaron al *mnyapara* y otros empezaron a pegarle con palos. Brotó sangre de su nariz y su cuerpo se sacudió bajo la fuerza de los golpes. El júbilo de la gente ahogaba los ruidos que emitía el *mnyapara*, de modo que sus convulsiones semejabán una actuación muda. Siguieron azotándolo incluso después de que hubiera caído al suelo y quedase tumbado en silencio. Cuando pararon, su cuerpo se sacudía espasmódicamente.

Yusuf vio lágrimas en el rostro del tío Aziz.

Chatu volvió a hablar. La gente se quejó, decepcionada, y algunos ancianos sacudieron la cabeza en señal de desacuerdo. Chatu elevó el tono de voz para contrarrestar el murmullo de disenso. Mientras hablaba, tenía la mirada puesta en Nyundo, pero señalaba al mercader.

—Ahora coge tu maldita caravana, dice, y márchate de aquí —tradujo Nyundo—. A su gente no le gusta esto, pero dice que no quiere traer más calamidades a la tierra. Dice que cuando ve gente joven como él espera que no todos podamos ser unos malvados secuestradores y unos cazadores de carne... y hace que sienta misericordia. Marchaos enseguida, dice, antes de que cambie de opinión y se arrepienta de su gesto bondadoso. Al final el muchacho nos ha traído suerte.

—La misericordia es potestad de Dios —dijo el mercader—. Díselo. Díselo con cuidado. La misericordia es potestad de Dios. A él no le corresponde dar o quitar. Díselo con cuidado.

Mientras los ancianos y quienes estaban lo bastante cerca para oír las palabras que Nyundo transmitía en voz baja reían y se mofaban, Chatu miraba al mercader con expresión de incredulidad.

—Dice que tienes una lengua muy valiente. Te lo repite, por si se hubiera movido sin tu consentimiento. Coge a tus hombres y márchate. Esto dice, *bwana*. Y creo que se está enfadando de nuevo.

—No sin nuestras mercancías —replicó el mercader—. Dile que si lo que quiere son nuestras vidas, puede tomarlas. No valen nada. Pero si vamos a quedarnos con nuestras vidas exigimos también nuestras mercancías. ¿Hasta dónde llegaríamos si no pudiéramos comerciar? Dile que no nos marcharemos sin lo que nos pertenece.

6.

El mercader explicó a los hombres lo que había sucedido en el palacio del sultán, lo mal que Chatu había hablado de ellos, la paliza a Mohammed Abdalla, la confiscación de todas sus mercancías, la expulsión del poblado y su negativa a abandonarlo. Invitó a marcharse a todo aquel que así lo deseara. Los hombres gritaron, juraron lealtad al mercader y se comprometieron a aceptar el destino que Dios les deparase. Simba Mwene les contó que la juventud de Yusuf los había librado de lo peor, y ello provocó vítores y comentarios obscenos. Luego permanecieron sentados y tranquilos, como les habían ordenado sus captores, y se vieron obligados a meditar acerca de sus estómagos vacíos y sus compañeros enfermos. No había sombra para ocultarse del sol y, a medida que avanzaba el día los lamentos iban en aumento. Valiéndose de prendas de vestir que sostuvieron en alto mediante palos y cuerdas, improvisaron toldillas para los heridos. El *mnyapara* había recobrado el conocimiento, pero estaba débil, y temblaba a causa de una fiebre incipiente. Permanecía tumbado en el suelo y murmuraba palabras que nadie se preocupaba por escuchar. De vez en cuando abría los párpados y miraba alrededor con ojos acuosos como si no supiera dónde se hallaba. Los hombres esperaban que el mercader tomase una decisión, pero sin dejar de discutir entre ellos sobre qué sería más

aconsejable. ¿Debían marcharse mientras aún estuvieran a salvo? ¿Quién podía prever el siguiente paso de Chatu? ¿Qué iban a hacer ahora? Si se quedaban en el pueblo morirían de hambre, si se marchaban sin sus pertenencias morirían de hambre, o, con toda probabilidad, serían capturados.

—Fíjate lo estúpido que es el cuerpo humano —le dijo a Yusuf el tío Aziz, cuya sonrisa distante e imperturbable comenzaba a esbozarse de nuevo en las comisuras de sus labios—. Fíjate en nuestro *bin Abdalla* y en la forma en que su cuerpo se vuelve absurdamente frágil y vulnerable. Un hombre más débil jamás se recuperaría de semejante paliza, pero él sí. Sólo las sustancias corporales son peores que esto, pues nuestra naturaleza también es despreciable y engañosa. Si mis noticias no hubiesen sido diferentes, habría creído las afirmaciones de ese sultán furioso. Ve en nosotros algo que desea destruir y nos cuenta esas historias para que accedamos a gratificarlo. Ojalá pudiéramos dejar nuestros cuerpos a su propio albedrío y tener la certeza de que sabrían mirar por su bienestar y su placer. ¿Oyes cómo se quejan los hombres, Yusuf? Tal vez hayas tenido un sueño por la noche y puedas interpretarlo para nuestra salvación, como hizo el otro Yusuf —concluyó el tío Aziz con una sonrisa.

El muchacho, incapaz de decir que no albergaba esperanza alguna, sacudió la cabeza.

—En ese caso es preferible que nos quedemos aquí y nos muramos de hambre. ¿Hará eso que el sultán se avergüence de su crueldad? —dijo el mercader, e hizo que una mueca de compasión se dibujase en el rostro de Yusuf. A continuación llamó a Simba, y cuando éste se acercó, le preguntó —: ¿Qué piensas? ¿Debemos marcharnos sin la mercancía o quedarnos hasta que la recuperemos?

—Deberíamos irnos y luego volver para declararles la guerra —propuso Simba Mwene sin pensarlo dos veces.

—¿Sin armas ni medios para comprarlas? —replicó el tío Aziz—. ¿Y cómo terminaría una guerra semejante?

Por la tarde, Chatu les hizo llegar unos plátanos maduros, ñame hervido y carne seca de caza. Algunos lugareños les llevaron agua para que bebieran y se lavasen. Más tarde, Chatu mandó a buscar al mercader, quien acudió

acompañado de Nyundo, Simba Mwene y Yusuf. En esta ocasión el patio de Chatu se encontraba vacío; sólo los ancianos seguían en la terraza, pero habían abandonado sus posturas ceremoniosas y estaban sentados relajadamente. Yusuf pensó que tal vez siempre estarían allí, como los ancianos en la tienda que atendía con Khalil. Chatu se puso hablar despacio, como si eligiese las palabras tras una larga reflexión.

—Dice que hace dos años pasó por aquí un grupo de gente nuestra —tradujo Nyundo sin dejar de inclinarse hacia adelante a fin de oír las palabras que el sultán susurraba—. Algunos eran de piel clara, como tú, *bwana tajiri*, y otros más oscuros. Habían venido a comerciar, dijeron. Al igual que has hecho tú. Dice que les dio oro, marfil y algo de cuero fino. Su mercader explicó que no tenían suficiente mercancía para pagar y que se marchaban en busca del resto. Desde entonces no ha vuelto a verlos. Ese mercader es nuestro hermano, dice. Por consiguiente, nuestras mercancías saldarán ahora su deuda. Eso es lo que ha dicho.

El tío Aziz intentó intervenir, pero Chatu empezó a hablar de nuevo y con ello obligó a Nyundo a prestar atención.

—Dice que no quiere saber tu opinión al respecto. Ya ha perdido mucho tiempo contigo. ¿Lo tomas por un *khoikhoi*? Un *khoikhoi* dejaría que los forasteros le robasen mientras él baila a la luz de la luna. Lo único que quiere es que te marches antes de que ocurra algo malo. No todos los de aquí están satisfechos con esta solución, dice, pero quiere poner fin a este asunto. Así lo ha decidido tras pensar detenidamente en ello. Te dará algunas mercancías para comerciar, las suficientes para que salgamos de sus tierras. Ahora quiere saber si tienes algo que decir en contra.

El mercader permaneció en silencio por un instante. Al fin, dijo:

—Dile que su decisión pone en evidencia que es un gobernante sabio, pero su fallo no es justo.

Al oír la traducción, Chatu sonrió.

—¿Qué te ha traído hasta aquí desde tu casa? ¿La búsqueda de justicia?, pregunta. Si es así, dice, la has encontrado. Quiere que sepas que coge tus mercancías para compensar a su gente por las que ha perdido a manos de tu hermano, y de ese modo hacer justicia. Ahora vete, dice, busca a ese

hermano tuyo que me robó y haz justicia con él. Creo que éstas han sido sus palabras.

Al día siguiente volvieron a reunirse para discutir sobre la cantidad de artículos que el mercader podría llevarse, el valor de lo que había sido arrebatado y lo que le pertenecía a Chatu. Los ancianos los rodeaban y les ofrecían consejos, que Chatu pasaba por alto afablemente. Los más jóvenes querían que les diesen de inmediato las tres armas que habían quitado a los guardias, para ir de cacería, pero el sultán tampoco les hizo caso. Ninguna de las mujeres se acercó, si bien Yusuf las veía rondar por el patio ocupadas en sus propias tareas. Nyundo se esforzaba por transmitir las palabras de todos, y las dos partes lo miraban con expresión suspicaz. El mercader preguntó si, mientras siguieran retenidos en el poblado, y hasta que los hombres se hubieran recuperado lo suficiente para reemprender el viaje, podían moverse libremente e incluso hacer algún trabajo para los lugareños a cambio de comida. Chatu accedió a condición de que Yusuf se quedara con él en calidad de rehén. Aquella noche, mientras el muchacho dormía en la terraza de una de las casas del patio de Chatu, dos de los viajeros lograron escapar en busca de ayuda.

En casa de Chatu trataron bien a Yusuf. El propio sultán estuvo hablando con él, pero Yusuf no entendió más que unas pocas palabras. O eso creyó, ya que muchos términos le resultaban familiares. A juzgar por la expresión de Chatu y por las palabras que él entendía, imaginó la naturaleza de las preguntas y contestó de acuerdo con ello: ¿desde dónde venían?, ¿cuánta gente vivía en su tierra?, ¿con qué finalidad habían recorrido tales distancias? Yusuf habló solemnemente sobre estos temas, pero ni el sultán ni ninguno de sus ancianos parecía entender qué estaba diciendo. Cuando al día siguiente el mercader regresó para otra ronda de regateo, buscó ansiosamente al muchacho, y, al verlo, sonrió.

—Estoy bien —dijo Yusuf.

—Te has comportado estupendamente —replicó el tío Aziz, sin dejar de sonreír—. Ven y siéntate conmigo para escuchar lo que el sultán tenga que contarnos sobre ti.

A menos que se lo indicasen expresamente, Yusuf no podía salir del patio cercado, ni tampoco debía acercarse a la terraza, donde Chatu y los

ancianos se pasaban la mayor parte del día. ¿Acaso los ancianos no tenían ningún trabajo que les agradase, granjas que atender o aun que contemplar, con admiración y placer? Quizá la presencia de la caravana en su pueblo los hubiese obligado a dejar todo lo demás. También Yusuf se pasaba el día a la sombra, esperando que pasaran las horas y observando a las mujeres concentradas en su trabajo. Un forastero podía tener la impresión de que todo lo que hacían con sus días era permanecer sentados a la sombra, con la vista fija al frente.

Las mujeres bromeaban con él lanzándole observaciones acompañadas de amplias sonrisas, aunque ni las observaciones ni las sonrisas parecían del todo amistosas. Le mandaban a las muchachas más jóvenes con regalitos y proposiciones. En cualquier caso, Yusuf las tomaba por proposiciones, y las traducía en silencio a fin de pasar el rato. Ven a verme esta tarde mientras mi marido esté durmiendo la siesta. ¿Quieres que te dé un baño con mis manos? ¿Tienes algún comezón que quieras que te rasque? En ocasiones se desternillaban de risa cuando lo increpaban y una de las ancianas le lanzaba besos y meneaba el trasero cuando pasaba por delante de él. La muchacha que le llevaba la comida lo miraba descaradamente y, mientras él comía, permanecía sentada a pocos centímetros de distancia. De vez en cuando le dirigía la palabra, con expresión ceñuda y penetrante. Yusuf apartaba la mirada del pecho apenas cubierto de la muchacha. Ella llamaba su atención alzando ligeramente los abalorios que llevaba al cuello para que él los admirase.

—Abalorios. Los conozco —decía Yusuf—. No comprendo por qué a la gente le gustan tanto. En algunos lugares por los que hemos pasado, la gente ofrece un cordero entero a cambio de un puñado de abalorios. No son más que baratijas. ¿Qué se puede hacer con abalorios?

Otro día, él le preguntó cómo se llamaba, pero no consiguió hacerse entender.

La consideraba encantadora, su rostro era fino y ovalado y sus ojos risueños. A menudo la muchacha se sentaba cerca de él sin hablar y Yusuf tenía la sensación de que debería mostrarse más varonil, pero no quería faltarle al respeto. Cuando él indicaba que necesitaba algo, era ella quien

acudía. Hasta Chatu empezó a hacer bromas a su costa cuando el tío Aziz iba a negociar.

—Dice que ha oído que nuestro jovencito ya se ha casado con una de sus muchachas y que tendremos que añadir esto a nuestra deuda —tradujo Nyundo al tiempo que miraba a Yusuf y sonreía—. No has perdido el tiempo, demonio asqueroso. Déjalo con nosotros, dice, y que le dé hijos a Bati. ¿Por qué ha de dedicarse a comerciar un joven sano como él? Dice que dejes que se quede aquí, que Bati le enseñará lo que tenga que saber acerca de la vida.

Bati, así se llamaba. Yusuf advirtió que cada vez que Bati se acercaba a él, la gente que los miraba intercambiaba miradas y sonrisas. Era la cuarta noche que pasaba en el patio de Chatu y la muchacha fue a verlo después del anochecer. Se sentó al lado de la estera y se puso a canturrear en voz baja mientras le pasaba una mano por el rostro y el cabello. Él la acarició en silencio, y el placer y el bienestar que le proporcionaban esas caricias hicieron que se sintiese confuso. Ella no se quedó mucho rato; de hecho, se marchó de repente, como si hubiera recordado algo. Al día siguiente, Yusuf no pudo dejar de pensar ni por un instante en la muchacha. Y cada vez que la vislumbraba sonreía sin poder evitarlo. Cuando los veían, las mujeres aplaudían y lanzaban exclamaciones, riéndose de aquella comedia.

El tío Aziz volvió a visitar a Chatu aquel día y procuró tener una conversación con Yusuf.

—Mantente alerta —le dijo—. Nos marcharemos dentro de poco, una de estas noches. Intentaremos recuperar nuestras mercancías y luego huir. Hay peligro.

Aquella noche, la muchacha regresó y se sentó junto a Yusuf como había hecho con anterioridad. Se acariciaron y luego se tumbaron en el suelo. Ella suspiró de placer, pero se incorporó casi al instante, dispuesta a marcharse.

—Quédate —le pidió él.

Ella, después de ponerle la palma de la mano sobre la boca, murmuró algo. Llevado por su regocijo, él había levantado la voz, y la vio sonreír en la oscuridad. Alguien tosió en una casa próxima y Bati echó a correr y desapareció entre las sombras. Yusuf permaneció despierto largo rato, se

puso a revivir los breves instantes de placer y a desear que llegase la mañana para verla de nuevo. Se sorprendió de lo anhelante que se había mostrado su cuerpo y de lo mucho que sufría por la repentina partida. Pensó en Chatu y en el mercader e imaginó que si se enteraran de lo que estaba haciendo se enfadarían. Esto lo llenó de inquietud, pero se calmó dando rienda suelta a la pasión que Bati había desencadenado. Luego se volvió de lado a fin de conciliar el sueño.

Por la mañana vio que ella salía del patio con algunas mujeres, camino de las granjas. Lo miró por encima del hombro y las mujeres rieron ante esta prueba del extremo a que había llegado la relación entre ellos.

—¡Es amor! —exclamaban—. ¿Cuándo será la boda?

O por lo menos eso fue lo que imaginó Yusuf que decían.

7.

A media mañana, una columna de hombres entró en el pueblo. Al mando de los recién llegados iba un europeo, que los condujo directamente al claro que había delante de la residencia de Chatu. Montaron de inmediato una amplia tienda de campaña y levantaron un asta de bandera. El europeo, un hombre alto de calvicie incipiente, vestía camisa y pantalones y se abanicaba con un sombrero de ala ancha. Se sentó detrás de una mesa que habían instalado sus hombres y sin más dilación se puso a escribir en un libro. Su columna se componía de docenas de *askaris* y porteadores, todos vestidos con pantalones cortos y camisas holgadas. Empezó a congregarse gente alrededor del campamento, pero los *askaris*, que iban bien armados, mantuvieron a todo el mundo a raya. Cuando el mercader se enteró de la llegada de la columna, se apresuró a ir al encuentro del europeo y, si bien los guardias se lo impidieron, procuró que aquél se percatara de su presencia. Cuando el europeo terminó de escribir, miró al hombre vestido con un vaporoso *kanzu* y le indicó con un gesto que se acercara. El jefe de los *askaris*, que hablaba *swahili* con soltura, se adelantó para traducir. El mercader le contó rápidamente lo que le había ocurrido y suplicó que le fueran devueltos los artículos robados. Tras escuchar el relato, el europeo

bostezó y dijo que se iba a descansar un rato. Cuando despertara quería que llevaran a Chatu a su presencia.

El mercader y el sultán esperaron en el claro a que el europeo despertase.

—Ahora el gran hombre está aquí —se burlaba el tío Aziz de Chatu—. Te hará comer mierda, ladrón.

Chatu le preguntó a Nyundo si había visto europeos con anterioridad. Había oído que eran capaces de comer metal. ¿Era cierto? De todas formas, él había acudido en cuanto lo llamaron, pues no quería causarle más quebraderos de cabeza.

—Pregunta si sabes qué clase de gente es —le dijo Nyundo al mercader.

—Dile que no tardaré en saberlo —replicó el mercader—. Pero antes de que acabe el día me devolverá lo que me pertenece.

Yusuf estaba con sus compañeros los viajeros, que le tomaban alegremente el pelo por las vacaciones que se había pasado en casa del sultán. Por fin, con el rostro colorado y señales de haber dormido, el europeo salió de la tienda de campaña. Se lavó minuciosamente, como si en lugar de estar rodeado por cientos de personas se encontrase solo. Luego se sentó a la mesa y procedió a dar cuenta de la comida que su criado le había puesto delante. Cuando terminó, indicó al mercader y a Chatu que se acercasen.

—¿Eres Chatu? —preguntó.

El jefe de los *askaris* traducía para el sultán las palabras del europeo, y Nyundo, a su vez, traducía para el mercader lo que decía el *askari* Chatu asintió con la cabeza en dirección al intérprete y volvió rápidamente la mirada hacia el europeo. Más tarde diría que jamás había visto algo de aspecto tan extraño como aquel hombre de color rojo brillante al que le sobresalían pelos de las orejas.

—Tú, Chatu. ¿Te has convertido en un gran hombre? ¿Eso es lo que te crees? —preguntó el intérprete después de que el europeo hubiera hablado de nuevo—. ¿Cómo es que le robas a la gente sus pertenencias? ¿No tienes miedo de la ley del gobierno?

—¿Qué gobierno? ¿De qué estás hablando? —dijo Chatu al intérprete, levantando la voz.

—¿Que qué gobierno? ¿Quieres saber qué gobierno? Y te aconsejo que no grites cuando me hables, amigo. ¿Acaso no has oído que a otros charlatanes como tú el gobierno los obligó a cerrar el pico y los encadenó? —replicó el intérprete con aspereza.

Nyundo tradujo estas palabras a voz en cuello, y los hombres del mercader prorrumpieron en vítores.

—¿Ha venido a buscar esclavos? —preguntó Chatu, furioso—. Ese gran hombre tuyo, ¿ha venido por esclavos?

El europeo, cuyo rostro se enrojeció de indignación, habló con impaciencia.

—Basta de charla inútil —dijo el intérprete—. El gobierno no hace tráfico de esclavos. Es esta gente la que ha estado comprando esclavos, y el gran hombre ha venido a detenerlos. Ve y trae las mercancías de esta gente antes de que haya problemas.

—He tenido un motivo para coger sus cosas. Uno de sus hermanos se llevó mi marfil y mi oro —se quejó Chatu, cuya voz volvió a elevarse, quejumbrosa.

—Ya ha escuchado todo esto —dijo el intérprete, que había tomado por completo las riendas del asunto—. Y no quiere volver a oír hablar de ello. Trae todos los artículos que pertenecen a esta gente. Esto es lo que dice el gran hombre... o te vas a enterar de lo que puede hacer el gobierno.

Chatu, indeciso, miró alrededor. De pronto, el europeo se levantó y se desperezó.

—¿Puede comer metal? —preguntó Chatu.

—Puede hacer cualquier cosa que le venga en gana —contestó el intérprete—. Pero en estos momentos, si no haces lo que dice, te hará comer mierda.

Los hombres del mercader, que estallaron en gritos de júbilo y mofa, insultaron a Chatu y pidieron que Dios lo condenase a él y a su pueblo. Sacaron las mercancías que todavía quedaban. El europeo ordenó que el mercader y sus hombres se marcharan de inmediato y regresaran al lugar del que habían venido, pero que dejaran allí las tres armas. Desde que el gobierno había llevado el orden a la nación, ya no hacían falta. Sólo servían para provocar guerras y capturar personas.

—Ahora marchaos, el gran hombre tiene asuntos que resolver con este jefe —dijo el intérprete.

El mercader habría preferido registrar las casas en busca de los artículos que faltaban, pero no discutió. Alegres y triunfantes por sentirse nuevamente libres, se pusieron a disponer los bultos a toda prisa. Durante estos apresurados preparativos, Yusuf no dejó de escudriñar entre la gente en la esperanza de ver a Bati por última vez. Antes de que anocheciese ya estaban en campo abierto. Volvieron a repetir el penoso viaje hasta el pueblo de Marimbo, junto al lago. Lo hicieron rodando por los escarpados senderos con una precipitación que rozaba el pánico y confiando en que Simba Mwene recordase el camino que habían hecho a la ida. Era el único para quien su primer viaje a través de la jungla no se había convertido en una pesadilla febril.

Los hombres se inventaron una canción sobre Chatu, la serpiente pitón tragada por un espíritu europeo al que le sobresalían pelos de las orejas, pero la selva acallaba sus voces impidiendo que resonasen. El mercader lamentaba que no hubieran logrado entenderse con el sultán.

—Ahora que los europeos han llegado allí, se apoderarán de toda la tierra.

Permanecieron en la aldea de Marimbo varias semanas. Se dedicaron a descansar y a hacer tantos negocios como les fue posible, sin perder la esperanza de ver aparecer a los dos hombres que habían huido del pueblo de Chatu. Nadie tenía mucho que hacer. Al principio, felices de haber conseguido escapar, los hombres holgazaneaban alegremente y pagaban por bailes, celebraciones y orgías de comida. Por la noche jugaban a cartas y contaban historias, sin dejar de espantar con la mano las nubes de mosquitos que flotaban en el aire para atormentarlos. Algunos perseguían a las mujeres de la aldea. Compraban cerveza a la gente del lugar y la bebían en secreto por la noche, pero en su embriaguez recorrían las calles llorando y lamentándose, maldiciendo el destino que los había llevado a su miserable estado. El *mnyapara* se recobró de la paliza, a excepción de una herida en la pantorrilla que no se había curado, pero el dolor y la humillación lo habían debilitado y sumido en el silencio, y no hacía nada para controlar a los hombres. Simba Mwene se apartó de ellos y se puso a trabajar como

jornalero en una barca de pesca. No tardaron en estallar disputas entre los hombres. Intercambiaban amenazas y relucían los cuchillos. Marimbo se quejó al mercader del extraño comportamiento de su gente, pero aceptó otro obsequio a cambio de seguir mostrándose paciente. Yusuf observó que el tío Aziz estaba cada vez más abatido. Caminaba con los hombros hundidos y permanecía sentado durante horas sin hablar. Bajo la luz menguante de un atardecer, a Yusuf le pareció de pronto como un animalito blando que hubiera perdido su concha y estuviese ahora desamparado, al aire libre, y le diese miedo moverse. Cuando le hablaba, su voz seguía siendo amable y simpática, pero sus palabras carecían de agudeza e ingenio. Al muchacho empezó a darle miedo aquel abandono en que estaban sumidos, allí en medio de ninguna parte. En ocasiones, cuando por las tardes el sol poniente brillaba sobre ellos, él tenía la sensación de estar ardiendo.

Un día, Yusuf le preguntó al *mnyapara*:

—¿No es hora de que nos pongamos en camino?

Estaban sentados en una estera, y el muchacho procuraba apartar la vista de la brillante herida de la pierna de Mohammed Abdalla. Alzó la vista al cielo y se mareó ante la enorme cantidad de estrellas relucientes. Parecían un muro de rocas brillantes que se desplomase encima de ellos.

—Habla con el *seyyid* —contestó Mohammed Abdalla—. A mí ya no me escucha. Le he dicho que debíamos marcharnos antes de pudrirnos en este infierno, pero tiene un gran peso sobre los hombros. No me escucha.

—¿Qué puedo decirle? No me atrevo a hablar con él —repuso Yusuf, aunque sabía que sí se atrevería.

—En su corazón hay un espacio para ti. Háblale y escucha sus observaciones. Pero luego dile que tenemos que marcharnos. Ya no eres un niño —dijo Mohammed Abdalla con aspereza—. ¿Sabes por qué te tiene cariño? Porque eres tranquilo e inquebrantable y por la noche gimoteas ante unas visiones que ninguno de nosotros es capaz de ver. A lo mejor piensa que estás bendecido.

La ironía del *mnyapara* hizo sonreír a Yusuf. «Bendecido» era, según él, el término cortés para referirse a «loco». Mohammed Abdalla, contento de que hubiera comprendido su chiste, le devolvió la sonrisa. Al cabo de un momento, tendió la mano y le dio un suave apretón en el muslo.

—Cuánto has crecido en este viaje —dijo al tiempo que apartaba la mirada.

Yusuf advirtió que, bajo la ropa, Mohammed Abdalla tenía una erección, y se levantó de un salto para marcharse. Oyó que el *mnyapara* se reía entre dientes y luego se aclaraba la garganta. El muchacho se dirigió hacia la orilla del lago y una vez allí se puso a observar a los pescadores que traían su última captura.

Esperó hasta media mañana, cuando el aire se había calentado y la carga de la jornada aún no los agobiaba.

—¿Ha llegado el momento de marcharnos, tío Aziz? —preguntó a la vez que se sentaba a cierta distancia y se inclinaba hacia adelante en señal de respeto.

¡Para empezar no era su tío! Desde que se había convertido en esclavo, era la primera vez que lo llamaba tío, pero las circunstancias eran excepcionales.

—Sí, hace días que deberíamos habernos marchado —contestó el mercader, y luego sonrió—. ¿Estás preocupado? Te he visto vigilarme. Lo que me retiene aquí es una especie de pesadez. Indolencia o fatiga... Me han dicho que esos perros nuestros están portándose mal, por consiguiente tal vez sea hora de sacarlos de aquí. Dentro de un rato llamaremos al *mnyapara* y a Simba, pero ahora siéntate aquí conmigo y cuéntame un poco lo que piensas.

Guardaron silencio por unos minutos. Yusuf tuvo la sensación de que el carrito de su vida rodaba por su mano y dejó que la bobina se soltase sin oponer resistencia. Luego se puso de pie y se alejó. Paralizado por un sentimiento de culpabilidad al haber sido incapaz de mantener fresco el recuerdo de sus padres, permaneció largo rato sentado y en silencio, sumido en sus pensamientos. Se preguntó si sus padres pensarían todavía en él, si seguirían vivos, y se dio cuenta de que prefería no saberlo. En aquella situación no podría soportar otros recuerdos, y las imágenes de su abandono acudieron como un torrente. Todos le echaban en cara su indiferencia. Las circunstancias habían guiado sus días y, tras escoger ignorar lo que tenía por delante en lugar de conocerlo, había mantenido la cabeza por encima de los

escombros y posado los ojos en el horizonte inmediato. No se le ocurría nada que pudiera hacer para verse libre de la servidumbre en que vivía.

Para empezar no era su tío. Se acordó de Khalil, y a pesar de la melancolía y la repentina sensación de autocompasión que se apoderaron de él, esbozó una sonrisa. Así era como acabaría él, si antes no perdía el juicio. Como Khalil. Nervioso y combativo, encerrado por todas partes y dependiente. Dejado de la mano de Dios en medio de un lugar perdido. Recordó las incesantes bromas con los clientes y aquella alegría increíble y comprendió que eso sólo disfracaba heridas ocultas. Como Kalasinga, a miles de kilómetros de casa. Al igual que todos ellos, metidos en algún que otro lugar apestoso, invadidos por la nostalgia y reconfortados por visiones de integridad perdida.

8.

El mercader dijo que había que olvidarse de obtener algún beneficio del viaje y que la única forma de no perder dinero era seguir una ruta diferente a través de zonas más pobladas. Había tantos enfermos entre ellos que sería un viaje lento, pero de todas formas la prisa era lo que menos les preocupaba. Ya habían perdido casi una cuarta parte de los hombres y, entre tributos y lo que Chatu había robado, casi la mitad de las mercancías.

Se dirigieron hacia el sur, rodeando la orilla meridional del lago. El *mnyapara* volvió a tomar el mando, pero su antiguo vigor había desaparecido. Tanto él como el mercader delegaban en Simba Mwene más responsabilidades que antes. Si bien en las tierras que cruzaban se comerciaba mucho, los artículos que llevaban no valían gran cosa allí y los productos de la zona no eran tan valiosos como el marfil. En algunos lugares pudieron comprar cuernos de rinoceronte, pero la mayor parte de las veces tenían que conformarse con pieles y resinas. Al cabo de unos días, conforme daban vueltas y más vueltas para comerciar, apartándose de su camino en busca de enclaves y pueblos, empezó a crearse una pauta fija. Las imágenes que habían maravillado y asustado a Yusuf durante el viaje de ida se habían convertido ahora en una mancha alucinadora de polvo y

fatiga. Los insectos los picaban y los espinos y zarzales rozaban y herían sus carnes. Una noche cayó sobre ellos una manada de babuinos que cogieron todo lo que pudieron llevarse. En adelante, cada vez que se detenían para acampar levantaban una empalizada, pues temían ataques nocturnos incluso peores por parte de los animales que los acechaban, y, además, no contaban con armas. Allí donde llegaban les contaban cosas acerca de los alemanes, quienes habían prohibido que se pidieran tributos e incluso habían colgado a más de uno por motivos que nadie comprendía. Simba Mwene procuraba mantenerlos a distancia de todos los enclaves donde se supiera que había alemanes.

Como tuvieron que desplazarse despacio y en ocasiones trabajar en granjas para conseguir alimentos, tardaron cinco meses en hacer el viaje de vuelta. En el pueblo de Mkalikali, al norte de un río muy grande, se vieron obligados a quedarse ocho días, hasta que terminaron de construir un establo para el ganado del sultán. Fue la condición que éste les impuso antes de aceptar venderles comida para el viaje.

—Despedios de vuestra caravana comercial —dijo el sultán de Mkalikali—. ¡Esos *Mdachi*! Son despiadados. Nos han dicho que no quieren que estéis aquí porque vais a cogernos como esclavos. Repliqué que nadie iba a hacernos algo así. ¡Nadie! En más de una ocasión vendimos esclavos a esa gente de la costa. Los conocemos y no nos dan miedo.

—Ahora los europeos y los indios se lo llevarán todo —comentó el mercader, y ello hizo sonreír al sultán.

En Kigango tuvieron que trabajar en las granjas de los ancianos antes de poder vender las azadas. Durante su estancia allí, el mercader cayó enfermo. No quiso que cargasen con él y, al cabo de tres días en Kigango, insistió en reemprender la marcha. Dijo que no podía soportar la idea de permanecer por más tiempo entre unos ladrones que cada día les sacaban mucho a cambio de muy poco. Como no se encontraba bien, tenían que detenerse a menudo, y Yusuf caminaba a su lado para ayudarlo cuando se cansaba. Al llegar a Mpweli supieron que estaban acercándose a la costa. Descansaron en el pueblo varios días, y el tío Aziz visitó a un viejo amigo que tenía una tienda allí, quien escuchó con lágrimas en los ojos el relato de las peripecias y la mala suerte del mercader.

—¿Has hecho lo suficiente para devolverle el dinero al indio? — preguntó el tendero.

El tío Aziz se encogió de hombros.

Tras abandonar Mpweli se dirigieron sin demoras hacia la costa, y al cabo de seis días llegaron a las afueras de su ciudad. El cansancio y el fracaso que pesaba sobre ellos moderaban la alegría de los hombres. La ropa que llevaban estaba hecha harapos y, a causa del hambre, sus rostros tenían un aspecto demacrado y trágico. Acamparon al borde de una charca y se lavaron lo mejor que pudieron; luego, el mercader dirigió los rezos, durante los cuales pidió a Dios que los perdonase por todo lo malo que hubieran podido hacer. Al día siguiente, por la mañana, entraron en la ciudad precedidos por los intérpretes de cuerno, que insistieron en tocar a pesar de todo. La música era triste y estridente, a pesar de todos sus intentos para que sonase melodiosa.

El bosque del deseo

1.

Posteriormente, Yusuf no conseguiría recordar el momento de la llegada. Los días que siguieron se destacaron por la cantidad de gente que anduvo rondando la casa y la explanada y que clamaba por ser escuchada. Los portadores y los guardias, que aguardaban el momento de recibir su paga, también estaban allí, relatando la forma en que habían sobrevivido y lamentándose de su mala suerte. En el enorme patio que había junto a la casa del mercader, se levantó un poblado de tiendas y hogueras que los curiosos y los vendedores ambulantes que ofrecían comida y café visitaban tanto de día como de noche. Al borde de la carretera aparecieron tenderetes desvencijados, y los olores a carne a la parrilla y pescado frito que desprendían atraían a la gente, que acudía en grupos. Había personas que abandonaban sus asuntos y merodeaban por los árboles cercanos en busca de comida, incansablemente al acecho de un bocado desatendido. Los bordes del campamento estaban repletos de montones de basura de los cuales, a medida que pasaban los días, empezaron a rezumar unos arroyuelos de fango que avanzaban lentamente.

En la terraza que había delante de la tienda el mercader recibía a una larga fila de visitantes. Los ancianos que solían sentarse allí hacían sitio en los bancos pero se resistían en silencio a ser desalojados. También ellos querían permanecer cerca del drama que suponía el regreso del mercader. Los visitantes se mostraban solícitos con éste y se pasaban con él muchas horas muertas escuchando el relato del viaje con repentinas exclamaciones o grititos de conmiseración. Mientras charlaban y bebían café, alrededor de ellos pululaban grupos de gente alborotada. A veces, algún visitante apuntaba algo en una libreta o se daba una vuelta por los almacenes que se

alzaban a un lado de la casa. Mohammed Abdalla, que aún estaba recuperándose del agotamiento y la fiebre y sufría extraños dolores desde la paliza que había recibido en el poblado de Chatu, se había instalado en uno de los almacenes. Un pedazo de tela, que se agitaba lánguidamente cuando soplaba un poco de brisa, colgaba de la puerta abierta que daba a su habitación. Los visitantes se detenían y, antes de ir a echar un vistazo a los otros depósitos, lo saludaban y le transmitían sus buenos deseos.

—Han venido por los huesos del *seyyid* —le dijo Khalil a Yusuf.

En su cabello había hebras grises y su delgado rostro parecía más puntiagudo de lo que Yusuf recordaba. La alegría de Khalil había resultado abrumadora, pues los había recibido con un entusiasmo y un alborozo frenéticos, se había puesto a dar saltos alrededor de Yusuf y había empezado a achucharlo y darle palmadas en la espalda.

—Ha vuelto —decía a los clientes—. Mi hermanito ha vuelto. ¡Fijaos cómo ha crecido!

Durante los días que siguieron al caos inicial, hacía que Yusuf entrase en la tienda y le pedía con insistencia que fuese y que, para cambiar, hiciera un trabajo de verdad. La sonrisa indulgente del tío Aziz le hizo comprender a Yusuf que él también lo deseaba. Al mercader le gustaba tenerlo al alcance de la mano y lo llamaba a menudo para que realizase pequeños favores a sus huéspedes, que luego recompensaba con desenfadadas muestras de aprobación. Khalil no paraba de hablarle al muchacho, pero se interrumpía para atender a los clientes e invitaba a éstos a admirar al viajero que acababa de regresar.

—¡Fijaos en estos músculos! ¿Quién iba a pensar que aquel enclenque *kifa urongo* se convertiría en esto? No sé con qué lo alimentaban allí, detrás de las montañas, pero ha engordado y cualquiera de vuestras hijas lo encontrará apuesto.

Por la noche, mientras el campamento se llenaba de actividad, murmullos y carcajadas o canciones, ellos extendían sus esteras en un rincón de la terraza. Cada noche Khalil decía:

—Bueno y ahora háganme del viaje. Quiero saberlo todo.

A Yusuf le parecía estar despertando de una pesadilla. Le dijo a Khalil que muchas veces durante el viaje se había sentido como una especie de

animal de carne blanda que se hubiera quedado sin su concha y de pronto se encontrase al aire libre, un animal vil y grotesco que se abría paso ciegamente entre escombros y espinos. Imaginaba que todos se sentían así, como si anduviesen a tientas por un lugar en medio de la nada. Dijo que el terror que se había apoderado de él no era lo mismo que el miedo. Era como si no contara con una existencia real, como si estuviera viviendo en un sueño, al borde de la extinción. Lo obligaba a preguntarse qué era lo que tanto deseaban aquellas personas, capaces de superar aquel terror en busca de comercio. No todo era terror, por supuesto, agregó, pero el terror era lo que daba forma a todo. Y había tenido unas visiones que jamás podría haber predicho.

—En la montaña la luz es verde —explicó—. Nunca había imaginado una luz así. Es como si hubiesen limpiado el aire. Por la mañana, cuando el sol alcanza la cima nevada, uno tiene la impresión de que aquel momento nunca cambiará, de que es eterno. Y, cerca del agua, a última hora de la tarde, el sonido de una voz se eleva intensamente en el cielo. Una tarde, cuando estábamos ascendiendo por la montaña, nos detuvimos al lado de una cascada. Era hermoso, como si todo estuviese concluido. Nunca he visto nada tan bonito como aquello. Se podía oír la respiración de Dios. Pero llegó un hombre y quiso echarnos de allí. Día y noche, todos los lugares vibraban, zumbaban y se estremecían ruidosamente. Otra tarde, cerca de un lago, vi dos pigargos posados tranquilamente en la rama de un gomero. De pronto, los dos se pusieron a chillar enérgicamente; con el cuello echado hacia atrás, el pico abierto apuntando al cielo, las alas ahuecas y el cuerpo tensamente estirado, lanzaron dos o tres gritos fortísimos. Al cabo de un instante, del otro lado del lago llegó una débil respuesta. Unos minutos después, del pájaro macho se desprendió una pluma blanca que, en medio de aquel gran silencio, fue cayendo despacio al suelo.

Khalil escuchaba en silencio, sólo de vez en cuando carraspeaba a modo de aprobación. Pero cuando Yusuf se detenía, porque pensaba que su amigo se había quedado dormido, una pregunta surgía de la oscuridad incitándolo a seguir. A veces, el propio Yusuf se quedaba sin habla al recordar aquella

enorme tierra roja que bullía de gente y animales y la imagen de los acantilados que sobresalían del lago como muros de fuego.

—Como los portales del Paraíso —comentó Yusuf. Khalil lanzó una leve exclamación de incredulidad—. ¿Y quién vive en ese Paraíso? Salvajes y ladrones que roban a mercaderes inocentes y venden a sus propios hermanos por unas chucherías —dijo—. No tienen ni Dios ni religión, ni siquiera un poco de misericordia corriente y moliente. Exactamente como las bestias salvajes que viven allí con ellos.

Yusuf sabía que era así como los hombres se incitaban mutuamente para contar la historia una y otra vez, pero guardó silencio. Siempre que evocaba los días que habían pasado en el poblado de Chatu se acordaba también de Bati y de la sensación de su cálido aliento en el cuello. Le daba vergüenza sólo de pensar lo mucho que se reiría Khalil de él si llegaba a enterarse.

—¿Cómo estaba ese demonio de Mohammed Abdalla? El sultán de los salvajes le dio una buena lección, ¿verdad? ¡Tú estabas allí! Pero antes de eso... ¿qué hizo antes de eso? —preguntó Khalil—. Después de cada viaje la gente viene con historias terribles. Supongo que conoces la fama que tiene entre los hombres.

—Ha sido bondadoso conmigo —respondió Yusuf al cabo de unos segundos.

Mientras se mantenía en silencio había visto al *mnyapara* bailar a la luz del fuego, rebotante de vanagloria y arrogancia y tratando de ocultar el dolor del hombro.

—No deberías ser tan confiado —dijo Khalil con tono de irritación—. Es un hombre peligroso. Pero dejemos eso. ¿Has visto hombres lobo? Seguro que sí. ¿No? Tal vez acechan donde la selva es más densa. Sé que en aquella región son muy conocidos. ¿Has visto animales extraños?

—No he visto hombres lobo —contestó Yusuf—. Probablemente se escondieran de las extrañas bestias salvajes que merodeaban por aquellas tierras.

Khalil se echó a reír.

—Así que ya no tienes miedo de los hombres lobo. ¡Cómo has crecido! Ahora deberías buscarte una esposa. Ma Ajuza sigue esperándote y, crecido

o no, la próxima vez que te vea volverá a olfatear tu *zub*. Ha estado bebiendo los vientos por ti todos estos años.

Ma Ajuza quedó boquiabierta cuando lo vio en la tienda, con una melodramática expresión de asombro. Sin palabras y sin atinar a hacer nada, permaneció en silencio por un instante. Luego esbozó lentamente una sonrisa de placer. Él vio que se movía pesadamente y que su rostro tenía un aspecto cansado.

—Ah, mi marido ha regresado a mí —dijo—. ¡Gracias, Dios mío! Y qué guapo está. Ahora tendré que vigilar a las otras muchachas.

Sin embargo sus bromas carecían de entusiasmo y en su voz se adivinaba un tono de disculpa y respeto, como si temiera que él se disgustase con ella.

—Eres tú quien está guapa, Ma Ajuza —intervino Khalil—. No este jovencito debilucho que no sabe reconocer el verdadero amor cuando lo ve. ¿Por qué no me has elegido a mí, *zuward*? Yo te habría dado todo el tabaco que quisieses para inhalar. ¿Cómo estás hoy? ¿Y la familia?

—Todos estamos como estamos. Damos gracias a Dios de que sea esto lo que nos ha deparado —contestó ella con tono de autocompasión—. Nos haga pobres, nos haga ricos, débiles o fuertes, todo lo que podemos decir es *alhamdulillah*. Te damos gracias. Si Él no sabe qué es lo que más nos conviene, ¿quién lo sabrá entonces? Pero bueno, ahora cállate. Déjame hablar con mi marido. Espero que durante el viaje no hayas estado coqueteando con otras mujeres. ¿Cuándo vendrás a casa a vivir conmigo? Te tengo preparada una fiesta.

—No lo provoques, Ma Ajuza —dijo Khalil—. Ahora es un hombre lobo. Irá a tu casa y te comerá.

Ella reaccionó lanzando un gritito que Khalil contestó con un movimiento de caderas lleno de lasciva alegría. Yusuf advirtió que Khalil le daba a Ma Ajuza medidas generosas de todo cuanto pedía, y vio también que añadía un pequeño cucurucho de azúcar.

—¿Te veré entonces esta noche a la hora de siempre? —preguntó Khalil—. Necesito un masaje.

—Primero me evitas y luego quieres entrometerte en mi vida —exclamó Ma Ajuza—. Apártate de mí, *mtato wa shetani*.

—¿Lo ves? Sigue enamorada sólo de ti —le dijo Khalil a Yusuf al tiempo que le daba una palmada en la espalda con el fin de infundirle valor.

2.

Debido a la cantidad de extraños que había por las inmediaciones, la puerta que había en el muro que rodeaba el jardín permanecía cerrada y sólo la utilizaban Khalil, el tío Aziz y también el anciano jardinero, Mzee Hamdani. Yusuf veía las copas de los árboles más altos por encima del muro, oía los trinos al amanecer y deseaba volver a pasearse por el bosque del deseo. Por las mañanas, observaba al jardinero abrirse paso con dificultad por la explanada, para lo cual sorteaba tiendas de campaña y montones de basura, aparentemente sin fijarse en nada. No miraba ni a derecha ni a izquierda y se dirigía directamente hacia la puerta del muro del jardín. Por la tarde, se marchaba de forma igualmente silenciosa. A Yusuf le llevó varios días encontrar el valor suficiente para colocarse de manera que Mzee Hamdani no pudiera esquivarlo. El anciano no dio señales de verlo. En el primer momento Yusuf se ofendió, pero luego sonrió para sí y se apartó.

Los hombres que ocupaban la explanada fueron marchándose uno a uno. El tío Aziz seguía negociando con acreedores y mercaderes, pero los hombres estaban empezando a dar la lata e importunar. Acudían a él con sus cuentas, donde aparecían por escrito los términos del contrato original firmado con el mercader. Mientras éste escribía en su libro mayor, Mohammed Abdalla y Simba Mwene actuaban de testigos. Los hombres aceptaban lo que el mercader les daba y anotaban de nuevo lo que dejaba de deberles. El tío Aziz le explicaba a cada uno que el porcentaje sobre las ganancias que les había prometido era agua pasada. Tal y como estaban las cosas, incluso era probable que para pagar a sus acreedores tuviera que buscar dinero en alguna parte. Los hombres no le creían, pero sólo lo decían entre ellos. Los grandes mercaderes tenían fama de defraudar a quienes trabajaban para ellos. Se quejaban ante el mercader, lo engatusaban y solicitaban más. Nyundo pidió que se tuvieran en cuenta sus valiosos

servicios como intérprete, el mercader asintió y se modificó la nota de gastos. Una vez que los hombres firmaban en el libro mayor como prueba de que les habían pagado, Mohammed Abdalla y Simba Mwene, que no sabían escribir, marcaban sus notas. Algunos hombres se negaban a aceptar su liquidación y se reservaban disputas para más adelante, pero al final todos tenían que avenirse a lo que les ofrecía el mercader o marcharse con las manos vacías. A las familias de quienes habían muerto durante el viaje, se les envió lo que hubieran recibido sus parientes fallecidos. Aunque el cuerpo estuviese enterrado a cientos de kilómetros de distancia, el tío Aziz les mandaba suficiente algodón blanco para un sudario y añadía algo de su bolsillo.

—Para las oraciones del funeral —le decía al hombre a quien le confiaba el dinero.

El mercader guardó el dinero correspondiente a los dos hombres que habían escapado del poblado de Chatu y no habían vuelto a aparecer. Si enviaba el dinero a sus familias y luego aquéllos daban señales de vida, podría haber disputas de por vida. Si no lo hacía, tarde o temprano aparecería un pariente a reclamar la parte y a maldecirlo por traidor. Pero esto último era el mal menor, decía el mercader.

A medida que los hombres se marchaban, lo mismo hacían los vendedores ambulantes y los tenderetes de comida, y pronto sólo quedaron los cuervos para husmear en la basura que había quedado atrás.

—No nos olvides para el próximo viaje —le pedían los hombres a Mohammed Abdalla al marcharse. Lo decían por amabilidad, pues era evidente que el *mnyapara* estaba enfermo, cansado y agobiado por la debilidad—. ¿Acaso no hemos trabajado bien? Lo único que ha ocurrido es que Dios no ha bendecido nuestro viaje. De modo que no nos olvides, *mnyapara*.

—¿En qué próximo viaje queréis participar? No habrá próximo viaje —contestaba el *mnyapara*, con una expresión de mofa y malicia en su rostro cruel y altanero—. Los europeos se han apoderado de todo.

Los últimos en recibir su paga fueron Mohammed Abdalla y Simba Mwene. Aceptaron su parte con murmullos de gratitud y sin apenas mirar lo que se les daba. Luego se sentaron cortésmente con el mercader en la

terrazza, sin saber si aún podían serle de alguna utilidad, pero sin querer irse demasiado deprisa por temor a ofenderlo. Cuando se levantaron para marcharse, el mercader tendió una mano y retuvo a Simba Mwene. Mohammed Abdalla permaneció por un instante completamente inmóvil, mirando el suelo. Luego se alejó a paso lento.

Khalil le dio un codazo a Yusuf cuando observaron que Mohammed Abdalla era destituido. Una expresión triunfante iluminó el rostro del primero, como si él personalmente hubiese urdido aquello.

—Esto nos libra de ese perro asqueroso —susurró—. Ahora tendrá que volver a su estado salvaje y torturar a sus animales. ¡Vete de aquí, perro!

A Yusuf le sorprendió la intensidad de la animadversión de Khalil y lo miró a la espera de una aclaración. Pero Khalil se volvió y empezó a ordenar las cajas de arroz y de judías que había sobre el mostrador de la tienda. No paraba de parpadear y apretó con fuerza los labios, como si estuviera haciendo un esfuerzo para controlarse. Se le hincharon las venas del rostro y, con ello, adquirió aspecto vulnerable. Dirigió una mirada ansiosa a Yusuf y trató de sonreír. Yusuf hizo de nuevo un gesto interrogante, pero Khalil simuló no darse cuenta. Luego se puso a cantar y a dar suaves palmadas, como si estuviera vigilando despreocupadamente la carretera, al acecho de clientes.

Aquella misma tarde, Mohammed Abdalla fue a sentarse a la terraza con su equipaje junto a él, listo para salir de viaje. Estaba esperando a que el mercader se levantara de la siesta. Yusuf estaba solo en la tienda, detrás del mostrador. Khalil había ido a echarse por un rato. Mohammed Abdalla lo llamó y lo invitó a sentarse a su lado, en el banco.

—¿Qué va a ser de ti? —preguntó ásperamente. Yusuf guardó silencio, a la espera de escuchar lo que Mohammed Abdalla quería decirle. Al cabo de un momento, éste dejó escapar un bufido burlón y sacudió la cabeza—. ¡Pesadillas! ¡Gimoteando en la oscuridad como un niño enfermo! ¿Qué veías por las noches que fuese peor que el infierno que estábamos viviendo? Aparte de esto, para ser un muchacho tan guapo te comportaste bien. Lo soportaste todo, mantuviste los ojos abiertos e hiciste cuanto se te pidió. Con otro viaje te habrías vuelto tan fuerte como el metal. Pero ahora que los perros europeos están en todas partes ya no habrá más viajes. Cuando hayan

terminado con nosotros nos habrán jodido por todos y cada uno de los agujeros de nuestro cuerpo. Nos joderán hasta que quedemos irreconocibles. Estaremos peor que la mierda que nos harán comer. Todos los demonios serán nuestros, gente de nuestra sangre, tanto que hasta los salvajes desnudos podrán despreciarnos. Ya lo verás.

Yusuf no había apartado la vista de Mohammed Abdalla pero presintió que Khalil había salido de la trastienda.

—El *seyyid*... es un campeón, a pesar de este viaje —prosiguió el hombre—. Deberías haberlo visto la última vez que estuvimos allí, en Manyema. No le importa arriesgarse y no tiene miedo a nada. ¡Nada! Pero lo suyo no es insensatez, porque ve el mundo tal como es. Y es un lugar cruel y malo, ya lo sabes. ¡Aprende de él! Vigila, vigila... y no dejes que te conviertan en un tendero como aquel estúpido regordete con quien estuviste viviendo. ¡El Hamid ese del enorme trasero y la tienda vacía! *Muungwana*, dice de sí mismo, un hombre de honor, cuando no es más que un bollito gordinflón que va pavoneándose como sus rechonchas palomas blancas. No le quedará mucho honor cuando el *seyyid* haya acabado con él. O aquella niña de allí. Aquélla. No dejes que te conviertan en algo como él.

Mohammed Abdalla levantó la caña y señaló hacia el mostrador de la tienda, desde donde Khalil los observaba. Fulminó a éste con la mirada, como si lo desafiara a protestar. Al ver que no añadía nada más, Yusuf se levantó para marcharse.

—Vigila —dijo Mohammed Abdalla con una sonrisa.

3.

Simba Mwene acompañó al tío Aziz a la ciudad, adonde éste se dirigió para hablar con los acreedores y llegar a arreglos a fin de hacer frente a los pagos. Si bien no fue admitido en las conversaciones, Simba dijo haber comprendido algo de lo que estaba pasando. Cuando estuvo de regreso, contó a Khalil y a Yusuf lo que sabía acerca del negocio del mercader. Las pérdidas habían sido exorbitantes y todos los acreedores tenían que correr

con una parte de ellas, pero sobre el mercader recaía aún un peso importante.

—Aun así, es demasiado listo para soportar toda la carga el solo, y el indio también ha perdido mucho dinero, de modo que no le queda más remedio que ayudar. Tenemos que hacer otro viaje, esta vez en tren. A un lugar donde nuestro *bwana* tiene mercancías valiosas. Pero sólo iremos el *bwana* y yo —explicó Simba Mwene con aire satisfecho, dirigiendo una sonrisa a Yusuf.

—¿Adónde? ¿Qué mercancías valiosas? ¿En la tienda de Hamid? —preguntó Yusuf.

—No sabe nada —dijo Khalil. Desde que los hombres se habían marchado, Simba Mwene había perdido algo de sus aires intimidatorios y a veces se le hacía difícil aguantar la euforia de Khalil—. Habla por hablar, eso es todo. Está acostumbrado a presumir delante de portadores ignorantes y de aquella gente salvaje y se cree que puede tomarnos el pelo. ¿Tú crees que el *seyyid* va a confiarle algo de valor?

—Creo que conoces el sitio, Yusuf. ¿Sabes qué mercancía valiosa tiene en aquel almacén de la tienda de Hamid? Si no lo sabes, será mejor que no preguntes —dijo Simba Mwene sonriendo entre dientes y sin hacer caso de Khalil.

—¿De qué mercancía hablas? —preguntó Yusuf a la vez que fruncía el ceño para mostrar ignorancia y asombro y así animar a Simba Mwene a hablar—. Allí sólo había sacos de maíz seco.

—Tal vez haya un sótano secreto donde un genio ha guardado oro y joyas para el *seyyid* —intervino Khalil—. Y ahora nuestro fanfarrón Simba irá en busca del tesoro y así salvará los negocios del *seyyid*. Sólo él tiene el anillo mágico, sólo él conoce las palabras mágicas que abrirán las pesadas puertas de cobre.

Simba Mwene se echó a reír.

—¿Recuerdas la historia que Nyundo nos contó en el viaje? Un genio raptó a una hermosa princesa la noche de sus esponsales... ¿La recuerdas? Y la ocultó en un escondite subterráneo en medio de la selva, que llenó de oro, joyas y toda clase de alimentos exquisitos y comodidades. Cada diez días, el genio iba a visitar a la princesa y se pasaba la noche con ella, luego

se marchaba para ocuparse de los asuntos propios de un genio. La princesa vivió allí abajo durante años. Un día, un leñador se enganchó un dedo del pie en la manija de la trampa que daba al escondite. Abrió la puerta, bajó por las escaleras y allí encontró a la princesa. Se enamoraron al instante, y ella le contó que llevaba muchos años encerrada. Él observó el gran lujo en que vivía y ella le mostró el hermoso jarrón que tenía que frotar si necesitaba que el genio acudiera urgentemente. Después de quedarse cuatro días y cuatro noches con la princesa, el leñador trató de convencerla de que se fuera con él, pero ella se echó a reír y le dijo que no había forma de escapar del genio, que la había raptado de su casa cuando tenía diez años y sabría encontrarla allá donde estuviera. El leñador ardía de amor y lo comían los celos y, en un acceso de rabia, cogió el jarrón y lo arrojó contra la pared.

»Al cabo de un instante el genio estaba ante ellos, con la espada desenvainada en la mano. En medio de la confusión, el leñador escapó escaleras arriba pero se dejó las sandalias y el hacha. El genio comprendió en aquel momento que su princesa había estado complaciendo a otro hombre y, de un tajo, le cercenó la cabeza.

—¿Y el leñador? —preguntó Khalil ansiosamente—. ¿Qué le pasó al leñador? Sigue.

—Como tenía sus sandalias y su hacha, al genio no le costó encontrarlo. Se las enseñó a la gente de un pueblo cercano, diciendo que eran de un amigo, y lo acompañaron hasta la casa del leñador. ¿Sabéis lo que le hizo? Se lo llevó a la cima de una montaña árida y enorme y lo convirtió en un mono —dijo Simba Mwene, encantado—. ¿Por qué no podía limitarse a visitar a la princesa durante los nueve días en que el genio no estaba allí? ¿Podéis contestar a esto?

—Porque era su destino —respondió Khalil sin titubear.

—De modo que el tío Aziz tiene un escondite secreto en casa de Hamid... —empezó a decir Yusuf, deseoso de retomar la conversación sobre el contrabando oculto en el almacén de Hamid. Advirtió que una expresión de sorpresa cruzaba por el rostro de Khalil. Para empezar no era su tío. Intentó hacer un esfuerzo para pronunciar la palabra *seyyid*, pero no

pudo—. Ahora dime, ¿qué es esa mercancía valiosa que hay en el almacén de Hamid?

—*Vipusa* —susurró Simba Mwene—. Cuerno de rinoceronte. Pero como os vayáis de la lengua tendremos problemas. El gobierno de Mdachi ha prohibido comerciar con *vipusa* para ser el único en sacarle provecho. Por eso el precio es tan elevado y nuestro *bwana* está tranquilamente sentado a la espera de venderle la mercancía al indio. Traeremos los *vipusa* aquí. Ése es mi trabajo, llevarlo a través de las montañas hasta la frontera, *juu kwa juu*, y entregarlo a cierto indio cerca de Mombasa. Nuestro *bwana* tiene diversos asuntos que atender y me ha encargado que me ocupe de éste yo solo.

Simba Mwene dijo todo esto dándose aires, como si fuese poseedor de secretos. Miró a los dos muchachos alternativamente a fin de comprobar el efecto de sus palabras. Yusuf observó la mirada de admiración de Khalil y supo que estaba burlándose de Simba Mwene.

—A decir verdad, el *seyyid* ha escogido a un hombre valiente para el trabajo, un verdadero león —dijo Khalil.

—Es una ruta peligrosa —prosiguió Simba Mwene, sonriendo y tomándose con calma la mofa de Khalil—. Sobre todo a lo largo de la frontera. Y más ahora que se habla de una guerra entre los ingleses y los alemanes.

—¿Por qué valen tanto los *vipusa*? —quiso saber Yusuf—. ¿Para qué los usan?

Simba Mwene reflexionó por unos segundos y luego renunció a la posibilidad de encontrar una respuesta.

—No lo sé —contestó—. Medicinas, a lo mejor. ¿Quién sabe cómo funciona el mundo? Lo único que sé es que el indio los compra, y no me importa qué hace con ellos después. Es posible que se los coma. Creo que debe de tratarse de una medicina.

Cuando Simba Mwene los dejó para regresar a la habitación del almacén que ocupaba desde que Mohammed Abdalla se había marchado, Khalil dijo:

—El *seyyid* llamará a quienes tengan deudas con él, para que le paguen. Siempre se guarda una carta. Es su forma de actuar. Incluso cuando parece

que sus asuntos marchan mal, se va de viaje aquí, se va de viaje allá, y las cosas no tardan en ir viento en popa otra vez. Es posible incluso que llame a tu padre. Llegarán a un acuerdo y dejarás de ser un rehén. Tu padre pagará sus deudas y el *seyyid* las tuyas; después, serás libre. ¿Qué harás entonces? ¿Regresarás y vivirás en las montañas como el ermitaño de Zanzíbar? Pero no creo que pase nada de esto. Es probable que ahora tu padre sea pobre del todo, exactamente como le ocurrió a mi *marehemu* padre, y no pueda saldar su deuda ni en este mundo ni en el siguiente. De modo que nada de retirarte a las montañas... Pero no creo que el *seyyid* llegue siquiera a pedirselo. Te aprecia. ¡Fíjate en ese escandaloso Simba y en los aires que se da! El *seyyid* lo ha enviado a hacer ese trabajo tan peligroso porque le importa un bledo lo que pueda pasarle... De lo contrario te habría mandado a ti.

—O a ti —dijo Yusuf, por amistad y lealtad.

Khalil sonrió, luego sacudió la cabeza. Fue un gesto triste, como si lamentase la ignorancia de Yusuf.

—El ama —dijo—. ¿Cómo hablarás con ella si no sabes árabe? Y si piensas que voy a abandonar la tienda para que tú arruines... Si el *seyyid* no consigue pagar todas sus deudas esta tienda puede ser su sustento. Te encontrará alguna otra cosa. Te aprecia.

Yusuf se estremeció.

—Pero sigue sin ser tu tío —añadió Khalil a la vez que intentaba darle a Yusuf un golpe detrás de la cabeza. Yusuf lo esquivó fácilmente.

La víspera de su viaje de regreso al interior, el tío Aziz los invitó a comer. A la hora convenida, inmediatamente después de las plegarias del ocaso, Khalil condujo a Simba Mwene y a Yusuf al jardín. La penumbra y el silencio eran serenos, apenas trastornados por el sonido del agua. El aire estaba lleno de perfume y de una música que arrebatava los sentidos. En el extremo más alejado del jardín, unas luces que colgaban de unos postes iluminaban la terraza y creaban un pabellón dorado que sobresalía de la creciente oscuridad. El reflejo convertía los canales de agua en senderos de metal mate. En la terraza había alfombras diseminadas de las que se elevaban vapores de sándalo y de ámbar.

En cuanto se sentaron apareció el mercader, procedente del patio; iba vestido con el más fino de los algodones, que se agitaba y ondulaba

mientras él caminaba hacia ellos. Llevaba un gorro bordado con seda dorada. Todos se pusieron de pie para saludarlo, pero él les indicó sonriendo que no lo hicieran, y se sentó entre ellos. Yusuf advirtió que volvía a ser el *seyyid*, el hombre que lo había apartado de sus padres y de su casa como la cosa más natural del mundo y que había cruzado aquellas tierras duras hasta los lagos con una sonrisa de ecuanimidad. Incluso en los peores momentos, en el poblado de Chatu, se había desprendido de él una seguridad airosa e invencible que los había envuelto a todos. Durante el viaje de regreso, y después, la ansiedad había dispersado aquel aire y lo había expuesto a las pendencias y exigencias de los hombres que lo habían acompañado. Pero volvía a ser el *seyyid*, tranquilo e impasible, con una sonrisa de regocijo magnánimo apenas perceptible.

Empezó a evocar la travesía, pero casi como si no hubiera tomado parte en ella y estuviera rememorando el relato de otra persona. Mediante gestos y miradas, invitaba a Simba Mwene a confirmar los detalles y cuando el recuerdo salía a la luz asentía con una gratificadora expresión de gratitud. Yusuf imaginó que Simba Mwene comprendía lo que estaba ocurriendo pero, por su risa encantada y por la forma en que el tono de su voz bajaba y subía, supo que los halagos del mercader le resultaban irresistibles. Al cabo de un rato, Simba Mwene no necesitaba más que un poco de aliento para pasar de una historia a otra, como si estuviesen de nuevo alrededor de una hoguera en el corazón del país.

La puerta del patio se entreabrió y Khalil se levantó lentamente, como si de una señal se tratara. Desapareció por la puerta y al cabo de un momento salió con una fuente de arroz. Repetidos viajes dieron lugar a fuentes de pescado, de carnes cocidas, de verduras, de pan y a una gran cesta de fruta. La primera aparición de la comida interrumpió la conversación y todos esperaron, observando un silencio cortés, a que Khalil diese por finalizadas sus idas y venidas. Yusuf hizo un esfuerzo por no mirar aquellos manjares, pero no pudo apartar la vista del arroz, que brillaba a causa de la mantequilla clarificada de búfala y estaba salpicado de pasas de Esmirna y nueces. En medio del silencio, Yusuf oyó la voz que solía echarlo del jardín y, al darse cuenta, el recuerdo hizo que se sintiese más animado. Al final salió Khalil con una jarra de cobre y un cuenco, así como con una toalla

sobre el antebrazo. Les sirvió agua uno a uno para que se lavasen las manos. Simba Mwene se enjuagó también la boca y escupió ruidosamente el agua al jardín.

—*Bismillah* —dijo el tío Aziz invitándolos a empezar.

Simba Mwene fue desinhibiéndose a medida que comían y empezó a dirigirse al mercader con libertad. Dijo que según él el culpable de que el viaje hubiese fracasado había sido el *mnyapara*.

—Si no hubiera pegado a aquel hombre en la selva, la actitud de Chatu con nosotros no habría sido tan negativa —dijo con tono cada vez más duro—. Trataba a todo el mundo como si fueran sirvientes o esclavos. Es posible que esa forma de actuar funcionase bien antes, pero ahora nadie está dispuesto a tolerarla. ¿Qué podía haber pensado Chatu? Debió de tomarnos por secuestradores y traficantes de carne humana. No deberías haber permitido que tuviera tanta libertad, *bwana*. Era un hombre cruel, sin una pizca de piedad en su alma. Pero creo que Chatu era más cruel aún.

El tío Aziz asentía en silencio y no lo contradecía. Simba Mwene siguió hablando y su voz, cada vez más alta, ahogaba el suave susurro de los arbustos y los árboles y llenaba el jardín de ruido. Yusuf se asombró de que no se oyese hablar, pero Simba continuó como si estuviese borracho. Los ojos del mercader, implacables, estaban fijos en él, y Yusuf comprendió que estaba sopesando a Simba Mwene con relación a los *vipusa* escondidos en el almacén de Hamid. Al final, el tío Aziz se dirigió en árabe a Khalil, que empezó a llevar los platos vacíos al interior, no sin antes inclinarse ante cada uno de los huéspedes.

—¿Has visto la expresión del *seyyid* cuando ese fanfarrón ha escupido el agua en el jardín? ¿Y cuando hablaba de los fallos en el viaje? —susurró Khalil más tarde, a la vez que reía entre dientes con regocijo. Estaban acostados, con las cabezas juntas en sus respectivas esteras, en la terraza que había delante de la tienda—. Sabe que no puede confiar en él, pero no tiene otra elección. ¡Cuántos problemas para tu tío! Y ese Simba Mwene vociferando como una hiena ciega.

—No es tonto —replicó Yusuf—. Había momentos durante el viaje en que era el único que conservaba la cabeza sobre los hombros.

—Conservaba la cabeza sobre los hombros —repitió Khalil, y soltó una carcajada—. ¿Qué manera de hablar es ésa? ¿Dónde has aprendido a hablar así? Debe de ser por alternar con la nobleza durante tus viajes. Aun podrías acabar convertido en un *hakim* cuando seas mayor. Dices que no es tonto. Entonces ¿por qué se comporta como si lo fuese? A menos que esté tramando algo, claro. A menos que pretenda sembrar discordia y quiera que el *seyyid* lo sepa. En los viejos tiempos el *seyyid* y Mohammed Abdalla habrían envuelto a ese Simba en hojas de espinacas y se lo habrían comido para almorzar. Pero ahora Mohammed Abdalla está acabado y el *seyyid* te tiene a ti, y tú haces que sienta que se comporta mal. Creo que, además, lo haces sentir algo diferente. No paras de mirarlo. En cualquier caso, hasta que no sepa que esos apestosos cuernos de rinoceronte están a salvo, tu tío se pasará varias noches sin dormir tranquilo —concluyó contento de su resumen.

—¿Qué es eso de que... no paro de mirarlo? —preguntó Yusuf, con el entrecejo airadamente fruncido—. ¿Por qué no iba a mirarlo? A ti te miro, ¿verdad?

—Miras a todo el mundo, lo miras todo —dijo Khalil, sin una pizca de desafío en su voz—. ¿Quién no lo sabe? Y todo el mundo ve que tus ojos tristes están abiertos y que no haces nada para apartarlos. Pues si yo puedo ver esto, ¿qué crees que ve un hombre inteligente como el *seyyid*? Ay, hermano mío, él tiene la sensación de que lo traspasas con la mirada. ¿No te das cuenta? ¡Qué es eso de que lo miro! No olvides que te he visto cagarte por unos perros raquíticos que se asustaban de las moscas y en los que creías ver algo. Hombres lobo, quizá. Pero bueno, ¿has oído a ese bestia hablar del maldito Mohammed Abdalla? ¡Esos días horribles se han acabado! ¡Qué fanfarrón! Y ¿has visto cuánta comida se ha guardado?

Por la mañana, Khalil se despidió del tío Aziz besándole respetuosamente la mano y luego, mientras escuchaba las instrucciones finales, permaneció a su lado asintiendo con rápidos movimientos de la cabeza. El mercader hizo llamar a Yusuf y le pidió que lo acompañase un trecho en su camino hasta la estación. Indicó a Simba Mwene que iniciase la marcha y él lo siguió a unos metros de distancia.

—Hablares a mi regreso —le dijo el tío Aziz a Yusuf—. Has crecido satisfactoriamente y ahora hemos de encontrar algo con sentido que puedas hacer. Aquí, conmigo, tienes un hogar. Lo sabes, creo. Considera este lugar tu casa y ya hablares cuando vuelva.

—Gracias —contestó Yusuf, e hizo un esfuerzo por reprimir el temblor que empezaba a apoderarse de él.

—Creo que Hamid tenía razón. Tal vez haya llegado el momento de que te busquemos una esposa —prosiguió el tío Aziz al tiempo que sonreía y escudriñaba el rostro del muchacho—. Mantendré los ojos bien abiertos durante mis viajes y volveré con todas las historias sobre mujeres bellas que me cuenten. —Hizo una pausa, y añadió—: No pongas esa cara de susto.

Luego tendió la mano hacia Yusuf para que se la besara.

4.

Fueron a la ciudad en cuanto se les presentó la ocasión. Khalil quería volver a todos los lugares que conocían de sus excursiones anteriores. Confesó que durante todos los años que Yusuf estuvo ausente no había ido a la ciudad, pero que cada viernes pensaba en las escapadas que solían hacer juntos.

—¿Adónde podía ir yo solo? No conozco a nadie —dijo.

En la mezquita, Yusuf no pudo resistir la tentación de demostrar sus conocimientos del Corán y, más tarde, le contó a Khalil la vergüenza que había pasado cuando descubrió que no sabía leerlo.

—Conocer el Corán siempre te ayudará —le dijo Khalil—. Aunque estés perdido en lo más profundo de los sótanos o en la más oscura de las selvas. Aunque no puedas comprender las palabras.

Yusuf le habló de Kalasinga y de la idea de éste de traducir el Corán para que Waswahili se diese cuenta de lo cruel que era el Dios que veneraban. Khalil preguntó furioso cómo había podido Yusuf permanecer tranquilamente sentado y escuchar semejante blasfemia por parte de un escéptico. ¿Qué debería haber hecho? ¿Lapidarlo hasta darle muerte? Pasaron por la calle donde habían visto la procesión de la boda india y habían oído al hombre cantar para los invitados. A ratos jugaban como dos

niños, se arrojaban fruta podrida el uno al otro y pasaban corriendo entre grupos de extraños. Cuando llegaron a la playa ya era de noche, pero el mar brillaba con una luminiscencia plateada y se encrespaba espumoso cuando corría en busca de sus pies. De regreso, se detuvieron en un café y pidieron cordero, judías, un montón de pan y cantidades de té dulce, todo para ellos. Convinieron en que ninguno de los dos había probado jamás unas judías tan exquisitas como las que habían compartido en aquel café.

Con Mzee Hamdani, Yusuf esperaba el momento oportuno. El jardinero no parecía más anciano que antes, pero Yusuf observó que caminaba con mayor lentitud y evitaba la compañía con un ahínco más acusado incluso que en el pasado. Esperó hasta que un día muy caluroso lo vio transportar con gran esfuerzo los cubos de agua y, sólo entonces, se acercó para ayudar. Mzee Hamdani quedó demasiado sorprendido para protestar y tal vez, después de todos los viajes que ya había hecho del grifo al jardín bajo aquel calor sofocante, se sentía incluso un poco aliviado de contar con un respiro. Y cuando el muchacho esbozó una sonrisa tímida y triunfante por el pequeño éxito de su estratagema, el anciano jardinero no pareció desconcertado. Todas las mañanas Yusuf llenaba de agua los dos cubos de Mzee Hamdani y los colocaba en la parte interior del muro para que los utilizase. A la luz del día comprobó lo mucho que había crecido el jardín. Los jóvenes naranjos que se alineaban en el muro más alejado se habían estirado y ensanchado, y los granados y las palmeras se veían tan redondos y robustos como si fueran a estar allí eternamente. El verde cerezo, que había crecido y cuya copa tenía ahora una forma esférica, se hallaba cubierto de flores blancas. Entre el trébol y la hierba vio ortigas altas y matas de espinacas salvajes, y las flores de lavanda se debatían para asomar entre las lilas y los lirios manchados de barro. El borde del estanque donde desembocaban los canales estaba medio oculto por un manto de algas espumosas, y el cieno frenaba el paso del agua. Habían quitado todos los espejos de los árboles.

Iba al jardín a primera hora de la mañana, a menudo antes de que llegase Mzee Hamdani. Arrancaba las malas hierbas, podaba las lilas y empezó a limpiar los canales. El anciano jardinero se acostumbró a su presencia, y sólo cuando cometía algún error se acercaba para corregirlo.

con tono irritado. Yusuf se percató de que Mzee Hamdani dedicaba más tiempo que antes a sus plegarias. Sus cánticos se habían vuelto lúgubres y lastimeros, las notas compungidas quedaban sostenidas largo rato en lugar de subir y bajar con el éxtasis solemne de sus viejas casidas.

Khalil lo llamaba cuando necesitaba ayuda o cuando Ma Ajuza acudía a la tienda. Aparte de esto, consideraba el deseo de Yusuf por el jardín como una diversión tolerable. Si lo desanimaba era sólo por el modo en que a veces se burlaba de él ante los clientes. Si cuando caía la tarde Yusuf todavía estaba en el jardín, se impacientaba e iba a buscarlo.

—Sudo la gota gorda para llenarte la barriga de comida, ignorante swahili, y tú todo lo que quieres es pasarte el día jugando en el jardín. Ven y barre la terraza y échame una mano con los sacos. Todos los que vienen me preguntan por ti. Los ancianos quieren saberlo todo sobre el viaje. Los clientes quieren saludarte. ¿Dónde está tu hermanito?, preguntan. ¡Hermanito! Ese patán está jugando en el jardín, les digo. Se cree que es el sobrino de un acaudalado mercader y le gusta tumbarse bajo los naranjos y soñar con el Paraíso.

Pero Yusuf pensaba que el ama no quería que él estuviera en el jardín cuando empezaba a anochecer. Tal vez, le dijo, ése fuera el momento en que a ella le gustaba ir al jardín, y su presencia allí se lo impedía.

Un día, a última hora de la tarde, cuando se tomó un descanso tras ensanchar uno de los cuatro canales que iban al estanque, vio que de la orilla baja cuya superficie había recortado sobresalía una piedrecita oscura. Sin darle mayor importancia, se inclinó para cogerla y advirtió entonces que no se trataba de una piedra sino de una diminuta bolsita de cuero. Estaba deshilachada, se había vuelto áspera de estar en la tierra y el agua había oscurecido la piel, pero aparecía lo bastante intacta para comprobar que era un *hirizi*, un amuleto de brazo que sin duda contenía versículos para provecho de su portador. Las puntadas estaban rotas en una esquinita y a través de la grieta vio el pequeño cofre de metal; eso significaba que lo que contuviese todavía debía de estar firme y no se había estropeado bajo tierra. Con la ayuda de una ramita rascó la mugre que cubría la grieta y vio lo que quizá fuese el dibujo del cofrecito metálico. Recordó historias sobre los poderes mágicos de los amuletos, y que si se frotaban los genios acudían

procedentes de sus moradas, allá en los aires superiores. Intentó introducir la punta carnosa del meñique en la grieta para ver si podía tocar el metal. Una voz le hizo levantar la vista y advirtió que la puerta que daba al patio, por la que Khalil había entrado y salido la noche en que cenaron con el tío Aziz, estaba entreabierta. A pesar de las sombras del crepúsculo, distinguió en la abertura la forma de un pie. La voz volvió a elevarse y, en esta ocasión reconoció la del ama. La figura se apartó y una rendija de luz apareció en el umbral: luego, la puerta se cerró.

Aquella noche, cuando Khalil entró en la casa en busca de su comida, tardó mucho en salir. Yusuf imaginó que el ama estaría reprendiéndolo airadamente por haber permanecido él en el jardín más tiempo del convenido. Si ella no quería que él estuviera en el jardín a cierta hora, todo lo que tenía que hacer era decírselo. No quiero que esté en el jardín a tal y tal hora. Eso era todo, y podía estar segura de que él no estaría allí. Los secretos y los cuchicheos hacían que se sintiese como un niño. Le irritaba que creyera que pretendía faltarle al respeto mancillando su honor con su mirada pecaminosa. Se preguntó qué terribles prohibiciones traería consigo Khalil. ¿Lo echarían del jardín? ¿Qué otra cosa podía ella decretar contra él? Su dedo había estado hurgando en la grieta del amuleto y ahora se veía un trocito más del cofre metálico. Notó su tacto frío y se preguntó si debía llamar al genio para que acudiese en su ayuda o reservarlo para otra catástrofe que le deparase el futuro. Por alguna razón visualizó a Chatu como el genio gruñón, y la idea le hizo gracia. Acudió a su mente el recuerdo del patio donde había pasado aquellos días de cautiverio y volvió a evocar el cálido aliento de la muchacha en su cuello.

Cuando salió, Khalil parecía enfadado. Colocó los platos de arroz frío y espinacas delante de ellos y se puso a comer en silencio. Comían a la luz de la tienda, que todavía estaba abierta. Después Khalil lavó su plato y se metió en la tienda para contar la recaudación del día y empezar a reponer género en las estanterías. Cuando terminó de comer, Yusuf lavó también su plato y entró en la tienda para ayudarlo. Khalil sólo estaba esperando que terminase, pues cogió los platos y se encaminó hacia la casa. Parecía tan agobiado y desorientado que Yusuf no pronunció las palabras airadas que tenía en la punta de la lengua: ¿A qué viene todo este jaleo?

Ya estaba echado en la estera, a oscuras, cuando salió Khalil a la terraza y se tumbó en su sitio habitual muy cerca de él. Después de un largo silencio, dijo en voz baja:

—El ama se ha vuelto loca.

—¿Porque me he quedado hasta demasiado tarde en el jardín? —preguntó Yusuf, haciendo que el tono de incredulidad de su voz expresase parte del fastidio que sentía.

Khalil se echó a reír de repente.

—¡El jardín! ¡No piensas más que en el jardín! Tú también te estás volviendo loco —dijo entre risas—. Tendrías que buscar alguna otra cosa en que emplear tus energías. ¿Por qué no persigues a las mujeres o te conviertes en un hombre santo? En cambio, quieres volverte como Mzee Hamdani. ¿Por qué no vas detrás de las mujeres? Es un pasatiempo agradable. Con lo apuesto que eres, puedes tener lo que quieras. Y si no lo consigues, ahí está Ma Ajuza, que te esperará siempre...

—No empieces otra vez —replicó Yusuf con aspereza—. Ma Ajuza es una mujer vieja y se merece más respeto...

—¡Vieja! ¡Quién lo dice! Yo he estado con ella y te aseguro que no lo es. Porque he estado con ella, te lo juro —dijo Khalil. En medio del silencio, Yusuf oyó a Khalil respirar suavemente y luego lo oyó resoplar de pronto, con desprecio—. Te parece repugnante, ¿verdad? Pero yo no me siento ni asqueado ni avergonzado. Fui en su busca porque tenía una necesidad y pagué para usar su cuerpo. Ella también tiene sus necesidades. Puede parecer cruel, pero ninguno de nosotros tenía elección. ¿Qué quieres que haga? ¿Esperar a que una princesa se enamore de mí cuando entre en la tienda a comprar una pastilla de jabón? ¿O que una hermosa genio me rapte en la noche de mis esponsales y me tenga en un escondite como su esclavo sexual?

Yusuf no contestó y, al cabo de un breve silencio, Khalil dejó escapar un suspiro.

—No hagas caso, consérvate puro para tu princesa. Escucha, el ama quiere verte —dijo.

—¡Oh, no! —Yusuf suspiró débilmente—. Esto está yendo demasiado lejos. ¿Para qué? Dile sencillamente que si no quiere que vaya al jardín, no

iré.

—Ya estás otra vez a vueltas con el jardín —dijo Khalil, irritado. Bostezó por dos veces y añadió—: ¡No tiene nada que ver con esto! No en el sentido que tú crees.

—No lo entenderé —dijo Yusuf al cabo de un momento.

Khalil se echó a reír.

—No, no lo entenderás. Sin embargo, no quiere hablar contigo, quiere verte. Te dije que solía mirarte cuando estabas en el jardín. Ya te lo he contado. Ahora quiere verte más de cerca. Quiere tenerte delante de ella. Mañana.

—¿Para qué? ¿Por qué? —preguntó Yusuf.

Estaba confuso, tanto por las palabras de Khalil como por la manera en que las había pronunciado. En ellas había ansiedad y un sentimiento de derrota, conformismo ante dificultades amenazadoras e inevitables. Cuéntamelo, estuvo Yusuf tentado de gritar. ¿Qué es todo esto? No soy un niño. ¿Qué estáis tramando contra mí?

Khalil bostezó y se acercó a Yusuf como si fuera a decirle algo cariñoso. Luego volvió a bostezar, una y otra vez, y empezó a apartarse.

—Es una larga historia, de verdad, y ahora estoy muy cansado. Mañana es viernes. Te la contaré mañana cuando vayamos a la ciudad —dijo.

5.

—Escucha —empezó Khalil. Habían asistido a las plegarias de Juma, se habían paseado en silencio por el mercado y estaban sentados en el rompeolas, cerca del puerto—. Has tenido mucha paciencia. No sé si estás al corriente del asunto, lo que te han contado o lo que has entendido, de modo que te lo explicaré desde el principio. Ya no eres un niño y no es justo que no haya que contarte estas cosas. Somos exactamente como todos esos secretos. Hace casi doce años el *seyyid* se casó con el ama. Él era un pequeño mercader que hacía la ruta entre esta ciudad y Zanzíbar. Traía tejidos, herramientas, tabaco y pejepalo, y se llevaba para allí ganado y troncos. Ella había enviudado hacía poco y era rica. Su marido había sido

dueño de varios *dhow*s que navegaban a lo largo de la costa llevando toda clase de cargamentos; grano y arroz de Pemba, esclavos del sur, especias y sésamo de Zanzíbar. Aunque la dama ya no era joven, su fortuna atrajo a hombres ambiciosos que querían formar una familia. Durante casi un año los rechazó a todos, y empezó a adquirir cierta fama. Ya sabes qué ocurre cuando las mujeres rechazan proposiciones de matrimonio. Algo debe de pasarles a las mujeres. Algunos decían que estaba enferma o que el dolor la había vuelto loca. Otros rumores aseguraban que era estéril y que prefería a las de su mismo sexo. Las mujeres que le transmitían las proposiciones al ama y luego llevaban la respuesta de ésta a las familias de los hombres, decían que era demasiado fea para darse tantos aires.

»A través de los chismorreos de algunos mercaderes, oyó hablar del *seyyid*, que era muchos años más joven. En aquella época todo el mundo hablaba bien del *seyyid*, de manera que, a pesar de todos los pretendientes de buena posición que tenía, lo escogió a él. Le enviaron una nota para animarlo, se intercambiaron algunos regalos y al cabo de unas semanas se casaron. No tengo idea de los acuerdos a los que llegaron pero él tomó las riendas del negocio y lo hizo prosperar. Dejó el comercio con los *dhow*s y vendió todos los barcos. Fue entonces cuando se convirtió en el *seyyid* que conocemos, el que viaja al interior del país para comerciar.

»Mi padre tenía una tiendecita en un pueblo de la costa de Mrima, al sur de Bagamoyo. Ya te lo he contado. Mi madre estaba allí, así como mis dos hermanos mayores y una hermana. Vivíamos pobremente y mis hermanos a veces se marchaban para trabajar en los barcos. No recuerdo que el *seyyid* fuese a visitarnos antes, pero quizá yo fuese demasiado pequeño. Sé que un día lo vi. Mi padre estaba hablando con él de una forma que yo nunca lo había visto hablar con nadie. Nadie me dijo nada, yo no era más que un chiquillo, pero escuché cómo hablaban de él cuando se hubo marchado. Mi madre dijo que era el hijo de un Demonio y que ahora estaba poseído por la hija de *iblis*, o *afreet* o una peor. Que era un perro y el hijo de un perro... que hacía magia y otras cosas. Toda clase de comentarios disparatados. Cuando, varios meses después, el *seyyid* regresó, estuvo dos días con nosotros. Me llevó un regalo, un gorro con una cinta bordado con un dibujo de plantas de jazmín y lunas crecientes. Todavía lo tengo. Pero, por todo lo

que había estado escuchando a hurtadillas, sabía que mi padre le debía dinero al *seyyid*, quien se lo había pedido prestado para que mi hermano mayor comprase una parte de un pequeño negocio que al final fracasó. Mi hermano y sus amigos compraron una barca de pesca en Mikokoni, pero se estrelló contra un arrecife. Y nuestra tienda era demasiado pobre para reunir el dinero adeudado. El *seyyid* se marchó al cabo de dos días. Vi a mi padre besarle la mano varias veces cuando se despidieron, y luego el *seyyid* se acercó a mí y me dio una moneda. Supongo que la gratitud de mi padre significaba que el *seyyid* había aceptado concederle más tiempo, pero no creo que entonces yo lo entendiese. En aquel momento no se me dijo nada. Resultaba imposible no darse cuenta de que mi padre estaba cada vez más triste y malhumorado. Nos gritaba a todos y se pasaba horas rezando sobre su estera. En una ocasión pegó a mi hermano mayor con un tronco y nadie pudo detenerlo porque, cuando mi madre y mi otro hermano se acercaron, él gritaba angustiado y con lágrimas en los ojos. Mientras pegaba a su hijo lloraba avergonzado.

»Más tarde, un día apareció ese maldito Mohammed Abdalla, nos cogió a mi hermana y a mí y nos trajo aquí. Nos retendrían como rehenes hasta que nuestro padre pudiese saldar la deuda. Mi pobre padre murió poco después y mi madre y mis hermanos regresaron a Arabia y nos dejaron aquí. Como lo oyes, se fueron y nos dejaron aquí.

Khalil permaneció en silencio mirando el mar y Yusuf notó que la brisa salada que soplaba sobre el agua hacía que le escociesen los ojos. Luego Khalil asintió varias veces con la cabeza y continuó.

—Hace nueve años que estoy con el *seyyid*. Cuando llegamos aquí había otro hombre en la tienda. Tenía aproximadamente la edad que tengo ahora, y me enseñó a hacer el trabajo. Se llamaba Mohammed. Por la noche, después de cerrar la tienda, se tomaba varias barritas de hachís y luego salía en busca de sexo. Mi hermana debía servir al ama. Tenía siete años y el ama le daba miedo. —Khalil se echó de pronto a reír al tiempo que se golpeaba el muslo con la mano—. *Mashaallah*, lloraba tanto que tenían que llamarme para que hablase con ella y la calmase. Por eso dormía en la casa, en el patio. Cuando llovía, dormía en la despensa. Después de cerrar la tienda y de que Mohammed se fuese para dedicarse a sus sucios

asuntos, yo entraba para dormir. El ama estaba loca, ya en aquella época. Tiene una enfermedad, una marca enorme en el rostro, que le baja desde la mejilla izquierda hasta el cuello. Cuando yo estaba cerca se cubría el rostro con un chal, pero me lo contó. Mi hermana... decía que el ama se miraba a menudo en el espejo y lloraba. Cuando yo estaba tumbado en el patio, ella venía y me miraba, pero yo fingía dormir. Caminaba alrededor de mí, rezando, rogándole a Dios que la librase de su dolor. Cuando el *seyyid* estaba en casa, ella se calmaba y dirigía su desgracia contra Amina y contra mí. Nos echaba la culpa de todo y nos insultaba con palabras obscenas. Cuando el *seyyid* se marchaba, se volvía loca de nuevo y deambulaba en la oscuridad.

»Entonces llegaste tú. —Khalil, sonriendo, cogió a Yusuf por la barbilla y le hizo volver la cabeza de lado a lado.

—¿Qué fue de Mohammed? —preguntó Yusuf.

—Se fue un día en que el *seyyid* levantó una mano para pegarle porque los números no cuadraban. Se levantó y se marchó, así de sencillo. No sé si tenía parientes... A excepción de la tienda, nunca hablaba de nada. El *seyyid* se fue por unos días y regresó contigo, pobre muchachito swahili del desierto, cuyo padre era tan estúpido como había sido el mío. Creo que quería que alguien aprendiese a llevar la tienda para cuando yo no quisiera trabajar más para él. De modo que llegaste y te convertiste en mi hermanito —dijo Khalil. Luego intentó de nuevo coger de la barbilla a Yusuf, pero éste lo evitó con un golpe.

—Para ya con eso —dijo.

—El ama se esconde de la gente. Nunca sale. Las únicas mujeres que la visitan son parientes o personas a las que no puede rechazar. Me hizo colocar aquellos espejos en los árboles para poder contemplar el jardín sin necesidad de salir. Así es cómo te vio. Cada vez que ibas a trabajar al jardín te miraba en los espejos. Hiciste que se volviera más loca incluso de lo que estaba. Decía que te había enviado Dios. Para curarla.

Yusuf reflexionó acerca de esto por unos minutos, sin saber si sentir temor o echarse a reír.

—¿Cómo? —preguntó al cabo de un rato.

—Al principio dijo que si rezabas por ella, se curaría. Luego insistió en que tenías que escupirle. Decía que la saliva de los favorecidos por Dios tenían cualidades poderosas. Un día te vio sostener una rosa en la palma de la mano y aseguró que el roce de tus dedos la curaría. Decía que si sostenías su rostro como sostenías aquella rosa su enfermedad desaparecería. Intenté impedir que fueses allí, pero estabas obsesionado con ese jardín. Cuando el *seyyid* regresó, ella no fue capaz de guardarse su locura para sí misma por más tiempo y se lo contó. Si ese hermoso muchacho me toca, se curará la herida de mi corazón. Fue cuando el *seyyid* te llevó con él y te dejó en las montañas. ¿No sospechabas nada? Amina me contó que el ama solía ponerse al otro lado del muro cuando tú estabas en el jardín y te llamaba para que te apiadaras de ella. ¿No la oías decir nada?

Yusuf asintió con un gesto de la cabeza.

—Oía una voz. Pensaba que estaba regañándome, que quería que me marchase. A veces cantaba.

—Jamás canta —replicó Khalil con ceño—. Creo que nunca la he oído cantar.

—Debo de haberlo imaginado. Hay veces que, por la noche, me parece oír música procedente del jardín, y esto no puede ser. Uno de los viajeros que pasó por la casa de Hamid contó una historia acerca de un jardín en Herat; según parece era tan hermoso que quienes lo visitaban oían una música que arrebatava los sentidos. Así es cómo lo describió un poeta. A lo mejor por eso me viene la idea a la cabeza.

—El aire de la montaña debe de haberte vuelto loco también a ti —exclamó Khalil, exasperado—. Como si no hubiera bastante con tus sueños escandalosos, ahora también oyes música. Tengo dos locos en mis manos, qué suerte la mía. Al *seyyid* le preocupaba dejarte aquí con ella, pero no quería que tomases parte en el viaje. Tal vez iba a ver a tu padre y no quería escenas violentas. O quizá no quiere que sepas hasta qué punto es un campeón cortando cabezas. Por lo menos, todavía no. Y ahora el ama te quiere, maldito afortunado. No ha podido verte porque el *seyyid* me ordenó que, cuando te hubieras ido con él, sacase todos los espejos. Pero te oye.

—Ayer estaba mirando desde la puerta —dijo Yusuf.

Khalil frunció el ceño.

—No lo creo. No lo dijo. Pero te vio durante la comida que tuvimos con el *seyyid*. Ahora le ha dado una nueva manía, que es muy peligrosa. Peligrosa para ti. Escucha, dice que ya eres un hombre y que la herida se le curará si coges su corazón en tus manos. ¿Comprendes? No puedo decir en voz alta lo que tiene en la cabeza, pero espero que entiendas el camino que pretende seguir. ¿Comprendes? ¿O eres demasiado joven y puro de pensamiento?

Yusuf asintió con la cabeza. A Khalil no pareció convencerlo esta respuesta, pero al cabo de un instante también asintió.

—Ha pedido verte. Ha ordenado, suplicado y vociferado que te llevemos ante ella. Si no lo hago, ha dicho, saldrá y te cogerá ella misma. Debemos hacer lo que podamos para mantenerla tranquila hasta que regrese el *seyyid*. Él sabrá cómo tratarla. He prometido que hoy te llevaría a verla. Manténlo lo más lejos de ella que te sea posible. Diga lo que diga o haga lo que haga, no la toques. Quédate cerca de mí y, si se acerca, procura que yo esté en medio. No tengo ni idea de qué hará el *seyyid* cuando regrese, pero sé que si descubre que has tocado o deshonrado al ama, tu vida no será nada fácil. No tendría elección.

—¿Por qué no puedo, sencillamente, negarme a ver...? —empezó a decir Yusuf.

—Porque en ese caso no sé cómo reaccionaría —lo interrumpió Khalil, cuya voz contenía un leve tono de súplica—. Podría hacer algo peor. Mi hermana está con ella. Permaneceré a tu lado todo el rato.

—¿Por qué no me has contado esto antes?

—Era preferible que no lo supieras —respondió Khalil—. Así quedaba claro que tú no tenías la culpa de nada.

Tras guardar silencio por un instante, Yusuf dijo:

—La que ayer estaba mirando en la puerta era tu hermana. Pensé que había algo extraño. Debió de ser la voz, que venía de un sitio distinto. Cuando hablabas de tu hermana yo pensaba en una niña, pero ahora me doy cuenta de que debió ser ella a quien vi...

—Es una mujer casada —explicó brevemente Khalil.

Yusuf, incrédulo, sintió que le daba un vuelco el corazón.

—¿Tío Aziz? —preguntó al cabo de unos segundos. Khalil soltó una risita.

—¿No piensas parar nunca con eso del tío? Sí, tu tío Aziz se casó con ella el año pasado. De modo que ahora también es hermano mío, además de tío tuyo, y somos una familia feliz en un jardín del Paraíso. Ella es el pago de la deuda de mi padre. Cuando la tomó perdonó la deuda.

—Entonces eres libre de marcharte —dijo Yusuf.

—¿Marcharme adónde? No tengo ningún sitio adonde ir —contestó Khalil con tono tranquilo—. Y mi hermana todavía está aquí.

6.

Esperaba que lo recibiese una mujer vociferadora y desaliñada que se lanzaría sobre él con exigencias incomprensibles. El ama los aguardaba en una habitación grande cuyas ventanas daban a un patio interior. Unas gruesas y decoradas alfombras cubrían el suelo y dispuestos a lo largo de las paredes a corta distancia uno de otro había grandes cojines bordados. De las paredes enjalbegadas colgaban tablillas enmarcadas del Corán y una copia de Kaaba. Ella estaba sentada muy erguida y apoyada contra la pared más larga, que era la que daba a la puerta. A su lado había una bandeja lacada con un incensario y un vaporizador de agua de rosas. El perfume a resina aromática impregnaba el aire. Khalil la saludó y se sentó cerca de ella. Yusuf lo hizo junto a él.

Un chal negro cubría parcialmente el rostro de la mujer, pero él vio que la piel tenía el color del cobre mate y que los ojos, fijos en ellos, le brillaban. Khalil fue el primero en hablar y, al cabo de un instante, ella contestó. En la habitación su voz sonaba más profunda, con una modulación sosegada que le confería autoridad y seguridad. Se ajustó ligeramente el chal mientras hablaba y el muchacho vio que las líneas de su rostro estaban finamente cinceladas, lo cual le daba un aspecto de sagacidad y determinación que él no había esperado. Cuando Khalil empezó a hablar de nuevo, la mujer lo interrumpió con amabilidad y dirigió la vista hacia

Yusuf, quien apartó la mirada antes de que sus ojos se encontrasen con los de ella.

—Pregunta si estás bien y se alegra de que hayas regresado a casa —dijo Khalil, medio vuelto hacia él.

El ama volvió a hablar.

—Espera que tus padres se encuentren bien y que Dios siga velando por ellos —tradujo Khalil—. Y que seas tan amable de saludarlos de su parte la próxima vez que los veas. Y que todos tus proyectos sean bendecidos y todos tus deseos se hagan realidad... y más frases así. Dice que Dios te dé muchos hijos.

Yusuf asintió con la cabeza pero, en esta ocasión, no fue lo bastante rápido y no pudo evitar encontrarse con la mirada de ella. Sus ojos, que lo calibraban, estaban alerta y eran intensos, y observó que se abrían al no apartar él la vista. Yusuf bajó la mirada apenas ella empezó a hablar de nuevo, lo que hizo por espacio de unos momentos con una voz que, en un intento de desplegar sus encantos, subía y bajaba de tono.

—Ya empezamos, hermanito —dijo Khalil al tiempo que se preparaba dejando escapar un leve suspiro—. Quiere que sepas que te ha visto trabajar en el jardín y que ha visto que cuentas con... una bendición, un don de Dios. Todo lo que tocas florece. Dice que Dios te ha dado el aspecto de un ángel y que te ha enviado a este lugar para que lleves a cabo una obra buena. Esto no es blasfemia, dice. Sería peor si dejases de hacer el trabajo para el que has sido enviado. Dice más cosas que las que te he traducido, pero todas son por el estilo.

Yusuf no levantó la vista y oyó que el ama se ponía a hablar de nuevo. Una nota de súplica empezó a aparecer en su voz, y oyó que nombraba a Dios varias veces. A medida que hablaba fue recuperando su tono ecuánime, y acabó con la misma calma modulada con que los había saludado.

—Dice que tiene que sobrellevar el peso de una cruel enfermedad. Lo ha dicho varias veces, pero también ha dicho que no quiere quejarse. Esto también lo ha repetido varias veces. Tiene que sobrellevar el peso de una enfermedad, pero no quiere quejarse, y así sucesivamente. Ni las medicinas ni las oraciones han curado esta enfermedad, porque las personas a quienes

ha acudido no están bendecidas. Ahora pregunta si la curarás. Te recompensará por ello en este mundo y rezará para que recibas las recompensas más nobles en el otro. ¡No digas nada!

De pronto el ama se quitó el chal. Llevaba el cabello recogido; su rostro era hermoso, de rasgos angulosos. Una mancha morada ensuciaba la parte izquierda de la cara, lo que hacía que pareciese amenazadoramente torcida. Miró a Yusuf con serenidad, a la espera de percibir horror en sus ojos. El muchacho no sintió horror y le dio mucha pena que el ama esperase tanto de él. Al cabo de un instante ella se cubrió el rostro y pronunció unas pocas palabras en voz baja.

—Dice que es su... —Khalil se detuvo para encontrar la palabra, al tiempo que dejaba escapar un bufido de impaciencia consigo mismo.

—Cruz —dijo otra voz, a sus espaldas.

Con el rabillo del ojo, Yusuf vio una figura detrás de él. Había presentido aquella otra presencia, pero no había mirado. Ahora se volvió en aquella dirección y vio que se trataba de una joven que iba vestida con una larga túnica marrón bordada con hebras plateadas. Ella también llevaba un chal, pero se lo echó hacia atrás dejando al descubierto su rostro y parte del cabello. Debía de ser Amina, pensó él, y no pudo evitar sonreír. Antes de volverse, le llamó la atención lo poco que se parecía a Khalil; tenía unos rasgos más redondos y era más oscura que él. En la habitación, a la luz de las lámparas su piel parecía luminosa. Cuando se volvió hacia el ama, Yusuf seguía sonriendo, si bien no era consciente de ello. El ama se refugió todavía más en el chal y él sólo pudo ver de ella la forma del rostro y sus ojos vigilantes. Khalil se dirigió a ella y luego tradujo a Yusuf lo que acababa de decir.

—Le he dicho que has escuchado lo que quería que oyeses y que has visto lo que quería mostrarte. Que lamentas el dolor que siente. Que tú no entiendes nada de enfermedades y que no hay posibilidad de que puedas hacer nada para ayudarla. ¿Quieres añadir algo? Haz que suene áspero.

Yusuf sacudió la cabeza.

Cuando Khalil guardó silencio, el ama se puso a hablar acaloradamente y, por espacio de unos minutos, intercambió con Khalil observaciones airadas que éste no se molestó en traducir.

—Dice que no la curarán tus conocimientos sino tu don. Quiere que reces una plegaria y... y... que la toques. ¡No lo hagas! ¡Diga lo que diga, no lo hagas! Reza una plegaria si sabes alguna, pero no te acerques. Dice que quiere que le toques el corazón y que le cures la herida que hay en él. Tú reza una plegaria y luego nos vamos. Si no conoces ninguna, finge que rezas.

Yusuf bajó la cabeza por un instante y luego empezó a murmurar lo que podía recordar de las oraciones que le había enseñado el imán de la mezquita. Se sentía estúpido. Cuando dijo *Amin*, Khalil repitió la bendición en voz baja, al igual que el ama y Amina. Khalil se puso de pie e hizo otro tanto con Yusuf. Antes de que se marcharan, el ama le pidió a Amina que rociase las manos de los muchachos con agua de rosas y que pasara el incensario por delante de ellos. Yusuf se olvidó de bajar la mirada cuando Amina se acercó y, antes de hacerlo, percibió la curiosidad que se ocultaba en sus ojos.

7.

—No se lo cuentes a nadie —le advirtió Khalil.

Al día siguiente volvieron a llamarlos, pero sólo fue Khalil.

—¡Oh no, nada de eso! —exclamó.

La discusión duró un buen rato, por lo menos una hora. Regresó taciturno y frustrado.

—Le he prometido que mañana irás a rezar una plegaria. El *seyyid* me matará.

—Está bien, iré, rezaré una plegaria breve y luego nos marcharemos —dijo Yusuf—. No puedes dejar desatendida a esa pobre mujer enferma cuando tenemos la curación al alcance de la mano. Pondré mucha fuerza en la plegaria de mañana. En cualquier caso, era una de las más poderosas del imán...

—No seas estúpido —exclamó Khalil, enfadado—. ¿Dónde está la gracia? Como no te andes con cuidado, dentro de poco te reirás por el culo.

—¿Qué te pasa? Si quiere una plegaria, se la daremos —replicó Yusuf con tono jovial—. ¿Le negarías el regalo que le ha enviado Dios?

—No me gusta la forma frívola en que te tomas este asunto —dijo Khalil—. Es serio, o podría serlo. Sobre todo para ti. Me asusta lo que tiene en la cabeza.

—¿Qué es? —preguntó Yusuf, todavía sonriendo pero turbado ante la ansiedad de Khalil.

—Quién puede saber exactamente qué tiene esa mujer en la cabeza, pero imagino lo peor. Su aparente despreocupación, la ausencia de miedo ante lo que emprende. Y todas esas alabanzas disparatadas..., un ángel de Dios. Esto es algo más que palabras insensatas. Tú no eres un ángel. Tú no tienes un don. Y será una buena idea que no olvides estar asustado por todo este asunto.

Cuando se presentaron al día siguiente, el ama sonrió. Era ya última hora de la tarde y el patio interior palpitaba suavemente de calor. En la estancia donde los recibió, el sol se filtraba a través de unas finas cortinas, que permanecían corridas, y en el incensario humeaban y ardían sin llama diminutos fragmentos de *udi*. Un poco arrellanada en los cojines, parecía menos ansiosa que con ocasión de la primera visita, si bien sus brillantes ojos seguían alerta. Amina se sentó en el mismo lugar que la vez anterior y también sonrió cuando Yusuf miró en su dirección. A fin de iniciar la plegaria, éste bajó la vista hasta sus manos, ahuecadas sobre el regazo, y notó que un profundo silencio invadía la estancia. Oyó un trino sordo procedente del jardín y un ligero borboteo de agua. Tras reprimir una sonrisa, alargó el silencio tanto como pudo y al fin empezó a murmurar como si estuviera formando una cadencia. Su *Amin* fue repetido en voz alta y, cuando miró al ama, que empezó a hablar poco después, vio que sus ojos resplandecían de placer.

—Dice que se sintió mejor después de tu primera plegaria —tradujo Khalil con el ceño fruncido. El ama había hablado más que eso. Era tan evidente que Khalil había hecho una traducción cortésima que el ama volvió la mirada hacia Amina con gesto interrogante—. Quiere que vuelvas a rezar plegarias —continuó Khalil a regañadientes—. Y que comamos en la casa... los dos. Dice que comemos fuera como perros o vagabundos sin

hogar. Quiere que comas aquí todos los días. Creo que esto constituye un problema. Debes decirle que te es imposible... que si no... que si no tu don se vería afectado.

—Díselo —repuso Yusuf.

—Ya lo he hecho, pero ella quiere oírlo de tu boca, luego yo traduciré. Di cualquier cosa, pero mueve la cabeza varias veces como si estuvieras diciendo que no. Uno o dos movimientos firmes de cabeza bastarán.

—Dile por favor que esta absurda conversación sobre comer en la casa hace que me sienta ridículo —prosiguió Yusuf, y creyó notar que, detrás de él, Amina sonreía. O esperaba que así fuera. Khalil lo fulminó con la mirada.

Regresaron al día siguiente, y al otro. Mientras trabajaban en la tienda apenas hablaban del ama, pero cuando volvían de rezar las plegarias por su herida, Khalil hablaba de ello un poco más. Yusuf se burlaba de él e intentaba calmar su ansiedad, pero Khalil no paraba de mostrarse preocupado y soltar discursos rimbombantes. Acusaba a Yusuf de disfrutar de la adulación de la perturbada y de no darse cuenta del peligro que corría.

—El *seyyid* me acusará de haber actuado mal —decía—. Me echará la culpa a mí. ¿No comprendes lo que puede hacer el *seyyid*?

Yusuf tardó unos días en volver a trabajar en el jardín. Khalil le había pedido que dejase aquello, pero al cabo de unos días Yusuf hizo caso omiso y entró, lo cual fue causa de un profundo ceño en el rostro de Khalil.

—¿Por qué tienes que regresar allí? —preguntó—. ¿No puedes hacerte tu propio jardín aquí?

Al principio, cuando descubrió todos aquellos chismorreos y secretos, y la parte que desempeñaba en ellos, Yusuf se había sentido turbado. Le daba aprensión la idea de que el ama estuviese inventando fantasías mientras lo miraba trabajar. Mzee Hamdani no se había percatado de su ausencia y así se lo hizo notar, pero sus cánticos de devoción se elevaban más quejumbrosos que antes a la sombra de la palmera. Una tarde, había tan poco trabajo en la tienda y Khalil estaba tan inquieto que Yusuf hizo abstracción de todo y se fue al jardín. Mzee Hamdani lo recibió en silencio, y él se quedó más tiempo de lo habitual. Limpió el estanque y arrancó malas hierbas, mientras tarareaba en voz baja una de las canciones que

había aprendido durante el viaje. Trató de vencer la tentación de mirar hacia la puerta del patio para ver si había alguien allí, pero le resultó imposible, y esperó con ilusión a que llegase la hora de su visita a la casa.

—Dice que hoy te ha oído trabajar en el jardín —tradujo Khalil—. Deberías trabajar en él más a menudo. Dice que vayas cuando quieras.

El ama habló largo rato.

—Dice una y otra vez que tienes un don. No para de repetirlo. Tienes un don —interpretó con tono vacilante, como si estuviera buscando las palabras adecuadas—. Si el jardín te gusta... bien... eso supone...

—Una dicha para ella —intervino Amina.

A pesar de que hablaba muy poco —sólo cuando Khalil no encontraba una palabra—, Yusuf percibía todo el rato su presencia por encima del hombro derecho.

—Y le gusta que cantes —prosiguió Khalil, a la vez que sacudía la cabeza, incrédulo—. No puedo creer que esté aquí haciendo este trabajo. No sonrías. ¿Te crees que esto es una broma? Dice que tu voz es un bálsamo para su corazón, que Dios debe de haberte enseñado a cantar y enviado en calidad de ángel para curarla.

Yusuf sonreía porque le hacía gracia lo incómodo que Khalil se sentía. Cuando miró al ama descubrió que ella también estaba sonriendo y que el placer había transfigurado su rostro. De pronto ella le hizo una seña de que se acercase; fue un gesto tan preciso y simple que Yusuf no tuvo forma de negarse. Se puso de pie y se aproximó. Cuando estuvo más cerca, ella se bajó el chal hasta los codos y él vio que llevaba una blusa color azul brillante, de escote cuadrado con un bordado hecho de chapitas plateadas en el borde. Se tocó la marca de la mejilla y luego la señaló con el dedo, invitando a Yusuf a poner su mano sobre ella. Su sonrisa se volvió más amplia y amable, y el muchacho sintió que la temeridad se apoderaba de él. Supo que su mano se movía pesadamente. Khalil hablaba muy bajo, decía no, no. El ama se puso lentamente el chal sobre el rostro y murmuró *alhamdulillah*. Yusuf dio un paso atrás, apartándose de ella, a sus espaldas Khalil dejaba escapar un suave suspiro.

—No vuelvas a acercarte a ella —dijo Khalil más tarde—. ¿No tienes miedo? ¿No comprendes lo que podría pasar? Y mantente alejado de ese

jardín. Y no cantes.

Pero él no se mantuvo alejado. Khalil lo observaba, sus sospechas iban en aumento y discutía furiosamente con él para disuadirlo de que volviese. Pero Yusuf pasaba más tiempo que nunca en el jardín, con la mirada y los oídos alerta para percibir cualquier ruido o movimiento procedente de la casa. Mzee Hamdani empezó a dejarle tareas que hacer y pasaba más tiempo a la sombra entonando sus alegres casidas de alabanza a Dios. A veces Yusuf oía cantar a Amina, y esto excitaba en su cuerpo una pasión que no buscaba pero a la que tampoco se resistía. En ocasiones una sombra quedaba suspendida en la puerta entornada, y él creía comprender el gozo del amor secreto. Cuando llegaba la tarde, y a pesar de que Khalil se mostraba cada vez más reacio e incómodo, él esperaba ansioso el momento de que solicitasen su presencia en la casa. Un día, la exasperación de Khalil llegó a tal punto que se negó a acudir cuando los llamaron.

—¡Que se vaya a paseo! No iremos. Hasta aquí hemos llegado —exclamó—. Si alguien se enterase de estos tejemanejes nos convertiríamos en blanco de bromas o en algo peor. Pensarían que estamos locos. Tan locos como ese vegetal demente de ahí dentro. ¡Piensa en la vergüenza del *seyyid*!

—Pues iré solo —anunció Yusuf.

—¿Por qué? ¿Acaso no sabes qué está pasando? —preguntó Khalil, al tiempo que se ponía de pie; su voz se elevó hasta convertirse en un grito doloroso. Para hacer entrar en razón a Yusuf, parecía incluso dispuesto a pegarle—. Hará cosas repugnantes y luego te echará la culpa. No me gusta que creas que esto es un juego. Has sobrevivido a los hombres lobo y al desierto. ¿Por qué quieres quedar marcado con una vergüenza perpetua?

—No hay nada vergonzoso —replicó Yusuf con tono tranquilo—. No puede hacerme daño alguno.

Khalil se llevó la mano izquierda a la frente e inclinó la cabeza. Tras permanecer ambos varios minutos en silencio, Khalil alzó el rostro y observó a Yusuf de forma extraña; de pronto, lo entendió todo, y una expresión de horror apareció en su mirada. Tenía los ojos rojos de rabia y de pena y le temblaban las comisuras de los labios. Se sentó nuevamente en la estera, sin hablar, con la vista fija al frente. Cuando Yusuf se levantó para marcharse hacia la casa, Khalil lo miró.

—Siéntate, hermanito. No vayas —dijo con dulzura, justo cuando el muchacho salía de la terraza en dirección al jardín—. Siéntate y hablemos de todo esto. No dejes que la vergüenza caiga sobre ti. No sé qué piensas de todo este asunto, pero acabará mal. Esto no es un cuento de hadas. Todavía hay cosas que no comprendes.

—Pues explícamelas —dijo Yusuf, que aunque hablaba en voz baja se mantenía en sus trece.

Khalil, exasperado, sacudió la cabeza.

—Hay cosas que no se pueden contar así de pronto. Siéntate y empezaremos. Si vas, perderás tu honra y nos deshonrarás a todos.

Yusuf giró sobre sus talones para dirigirse hacia el jardín sin añadir nada ni hacer caso de Khalil, que con gritos frenéticos le pedía que volviese.

8.

—Se llama Zulekha. Quiere estar segura de que sabes su nombre —dijo Amina.

Estaba sentada a la derecha del muchacho, delante de él pero apartada del ama. Con el pretexto de escuchar, Yusuf estudiaba su rostro. Su cara era todavía más redonda de lo que sus miradas precipitadas lo habían inducido a creer y en sus ojos observó un regocijo despreocupado comparable a la alegría. Él hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y la vio sonreír, pero presintió que el ama lo miraba fijamente e hizo un esfuerzo para no devolver la sonrisa.

—Khalil no siempre te traducía todas sus palabras —prosiguió Amina—. Ella lo sabía. Sólo decía lo que quería. Y quizás, a veces, cuando ella utilizaba un lenguaje difícil, no atinaba a encontrar el modo de expresar la idea.

—Tú hablas mejor que él. Se lo diré. ¿Cómo es eso? ¿Qué era lo que no me decía? —preguntó Yusuf.

Amina hizo caso omiso de las preguntas y se volvió hacia su señora a la espera de sus palabras. El ama habló brevemente, con un tono tan suave como las caricias, luego apartó la vista de Amina para mirarlo a él.

—Khalil no te explicó que la herida de su corazón no es sólo fruto del dolor sino también de la vergüenza. Dice que el dolor le proporciona felicidad incluso cuando le retuerce los tendones. Creo que tus plegarias la han aliviado. Al menos eso dice.

Yusuf quiso protestar. No hagas caso de toda esta patraña, pensó. Miró al ama y vio un brillo de humedad en sus ojos. Se apresuró a agachar la cabeza para rezar las oraciones, convencido de pronto de que se estaba metiendo en honduras.

—Quiere que por la noche cenes dentro. E incluso que duermas en el patio si quieres —dijo Amina, ahora sonriendo abiertamente—. Pero Khalil no te dejará dormir en la casa. Armará un gran alboroto y la detendrá. Aun así, ella quiere que vengas siempre que lo desees y que no esperes a ser invitado.

—Dale las gracias, por favor —dijo Yusuf.

—No es necesario dar las gracias —replicó Amina con tono tranquilo, hablando por boca del ama—. Tu presencia la hace feliz y, por consiguiente, es ella la que debería sentirse agradecida. Quiere que hables, que le cuentes más cosas sobre el lugar de donde procedes y sobre donde has estado, así podrá conocerte. A cambio, si hay algo que pueda hacer para que tu vida aquí sea más agradable, debes decírselo.

—¿Ha dicho todo esto en esas pocas palabras? —quiso saber Yusuf.

—Ha dicho esto y más, pero Khalil no te lo contó —contestó Amina—. Sus palabras lo asustaban.

—¿A ti no te asustan?

Amina esbozó una sonrisa, pero no respondió. El ama preguntó algo y ella se volvió sin dejar de sonreír. Lo que dijo hizo que el ama también sonriese y, mientras las miraba, Yusuf se estremeció involuntariamente y se sintió extrañamente vulnerable. Se puso de pie, dispuesto a marcharse. Como la vez anterior, el ama le indicó que se acercara y se bajó el chal para dejar su rostro al descubierto. El tendió la mano y tocó la marca lívida, que notó caliente. Sabía que si ella se lo pedía de nuevo, volvería a hacerlo. Ella soltó un suave gruñido y dio gracias a Dios. Oyó que Amina suspiraba y se ponía de pie. Lo acompañó hasta la entrada que daba al jardín y, como ella no cerró la puerta inmediatamente detrás de él, se volvió y le habló. No

podía ver su rostro, pero la luz de la luna naciente perfilaba claramente su forma.

—Para ser hermanos, Khalil y tú no os parecéis mucho —comentó.

No le importaba en absoluto que no se pareciesen, pero deseaba retenerla cuanto fuese posible.

Amina no contestó y, como permanecía tan quieta, él pensó que no tenía intención de hacerlo. Al cabo de un momento se volvió y empezó a alejarse por el oscuro jardín para ver si también ella trataba de retenerlo.

—A veces te miro desde aquí —dijo Amina.

Yusuf se detuvo y se volvió, luego empezó a avanzar lentamente hacia ella.

—Haces que... ese trabajo parezca alegre —añadió la muchacha con tono desenfadado, pues había eliminado deliberadamente todo énfasis o intensidad de sus palabras—. Y cuando te miro siento envidia de ti. Conforme te veía excavar los canales de agua pensaba que parecía muy agradable. De noche, cuando él no está, a veces me paseo por el jardín. En una ocasión encontraste un amuleto...

—Sí —dijo él a la vez que lo palpaba a través de la camisa, pues lo llevaba colgado del cuello con una cuerda—. He descubierto que, si lo froto, puedo llamar a un genio bueno, que hará lo que yo le ordene.

Ella rió suavemente, luego volvió a suspirar.

—¿Qué te ha dado tu genio bueno? —preguntó.

—Aún no le he pedido nada. Todavía estoy elaborando mis planes. No tiene sentido sacar al genio de su vida atareada para pedirle una tontería —contestó él—. Y si le pido algo trivial podría ofenderse y no volver nunca más.

—Cuando llegué a esta casa tenía un amuleto, pero un día lo arrojé por encima del muro —le contó ella.

—Quizá sea éste.

—Si contiene un genio bueno, no —replicó Amina.

—¿Por qué te deshiciste de él? —preguntó Yusuf.

—Me habían dicho que me protegería del mal, y no fue así. Espero que tu amuleto contenga más virtudes que el que tiré, y que te proteja mejor que a mí.

—Nada puede protegernos del mal —dijo él.

Luego echó a andar hacia las sombras de la entrada. Cuando sólo se hubo alejado unos pasos, Amina retrocedió y cerró la puerta.

Al llegar a la tienda, la encontró cerrada y no había rastro de Khalil por ninguna parte. Las esteras estaban dispuestas para dormir, y Yusuf se tumbó mientras pensaba en las preguntas que tenía preparadas para cuando Khalil regresase. Contento de tener más tiempo de lo previsto para sí mismo, esperó a su amigo pacientemente. Pero al alargarse la espera, empezó a preocuparse por él. ¿Dónde podía haber ido? En el cielo brillaba ya una enorme luna en cuarto menguante; parecía tan cercana y pesada que le resultaba opresivo mirarla. Alrededor de su halo unas nubes de borde oscuro se alborotaban y retorcían modelando sombras deformes. Detrás de él, el cielo estaba cubierto de negros nubarrones que ocultaban las estrellas.

Despertó de repente azotado por los cálidos embates de la tormenta. Una intensa lluvia, que el viento, cada vez más fuerte, introducía violentamente en la terraza, caía a raudales en torno a él. La luna había desaparecido, pero el gris resplandor del agua alumbraba las oscuras siluetas de los arbustos y los árboles como si fueran rocas enormes en el fondo del mar.

Un coágulo de sangre

1.

—Que hable ella —dijo Khalil cuando Yusuf le preguntó por Amina.

Había regresado al amanecer, después de la tormenta; parecía cansado e iba desaliñado, y en el cabello enredado se veían trocitos de ramas y hierba seca. Abrió la tienda poniendo mucha atención, evitó el drama pero no dio explicaciones sobre su ausencia. Sin dar señales de hostilidad, se distanció de Yusuf y estuvo todo el día rechazando sin aspavientos los intentos de acercamiento, con lo cual volvieron a esa muda y jocosa cortesía que empleaban los primeros años en que estuvieron juntos. Cuando Yusuf le preguntó cómo había conseguido no mojarse con el aguacero, Khalil no contestó, como si no lo hubiese oído. Yusuf hizo otros intentos por calmar a Khalil, pero al final, cansado, lo dejó con su dolor.

Por la noche, Khalil fue a buscar los platos de comida y volvió con una sonrisa hermética y fingida que no conseguía disimular su pena y su enfado.

—¿Por qué no quieres hablar? —preguntó Yusuf.

Pero Khalil señaló los platos y se puso a comer. Lo hicieron en silencio y, después, Yusuf se levantó para devolver los platos y visitar al ama y a Amina. Pensó que Khalil debía de haber dicho algo mientras estaba dentro, que las había obligado a hablar del asunto y que había lanzado prohibiciones y amenazas. Pensó que Khalil intentaría detenerlo, tal vez hasta con violencia, pero éste ni siquiera levantó la vista cuando se puso de pie para dirigirse hacia la casa.

El ama era todo sonrisas y palabras de bienvenida, y su voz chillona subía y bajaba de tono formando melodías sostenidas que llenaban la estancia. Tenía ganas de hablar y les contó su llegada a aquella casa, cuando fue a vivir allí con su primer marido, Dios se apiade de él. Su marido era un

hombre maduro, de unos cincuenta años aproximadamente, y ella acababa de cumplir los quince. Hacía sólo unos meses que había perdido a su esposa y a un hijo pequeñito, por enfermedad y por envidia de otras personas. Este niño era el único de sus hijos que había sobrevivido más de unas semanas. Todos los demás sólo habían vivido el tiempo suficiente para ponerles nombre, y su marido los recordaba todos. Incluso al final de su vida no podía hablar de su esposa y sus hijos, que Dios tenga misericordia de ellos, sin lágrimas en los ojos. El ama se había criado en la ciudad y estaba enterada del dolor de su marido, un dolor que decía mucho en su favor, según consideraban todos. A pesar de sus preocupaciones, era bueno con ella. Por lo menos hasta un par de años antes de su muerte, en que la enfermedad hizo de él un hombre irritable y difícil de tratar. Así fue como terminó viviendo en aquella casa, y se llevó a Mzee Hamdani con ella, aunque entonces no era viejo.

Fue él, Mzee Hamdani, quien hizo el jardín. No de la nada, por supuesto. Algunos de los árboles más viejos ya estaban ahí, pero él despejó el terreno y construyó los estanques, y se pasaba allí todas las horas del día como un niño. Sus cánticos volvían loco a su marido, y tuvo que prohibirle que siguiera entonándolos. Su padre se lo había dado como regalo de boda. Lo conocía desde que era una niña, a él y a otro esclavo mayor llamado Shee, que había muerto hacía varios años, Dios se apiade de él. Cuando se casó con el *seyyid*, hacía más de diez años, le ofreció la libertad a Mzee Hamdani, como un regalo. Pues aunque en aquel tiempo la ley prohibía la compra y venta de personas, no obligaba a liberar de sus obligaciones a quienes ya eran esclavos. Pero cuando le ofreció la libertad a Mzee Hamdani, éste la rechazó, y ahí estaba el pobre anciano, todavía en el jardín, cantando sus casidas.

—Dice si sabes por qué le pusieron Hamdani —tradujo Amina, con ojos inexpresivos, para mantener las distancias—. Porque su madre, que era una esclava, lo tuvo siendo ya mayor. Lo llamó Hamdani como gratitud por su nacimiento. Cuando murió la madre, el padre del ama compró a Hamdani a la familia a la que pertenecía. Era una familia pobre, asfixiada por las deudas.

Cuando se hizo el silencio, el ama se quedó mirando a Yusuf por un largo rato, durante el cual estuvo sonriendo alegremente. La sonrisa no se borró de su rostro cuando continuó hablando, pero en esta ocasión fue más breve.

—Te pide que te sientes más cerca —tradujo Amina.

Él intentó mirarla a los ojos, en busca de consejo, pero ella volvió la cabeza. El ama indicó mediante unas palmadas, la alfombra que tenía a menos de medio metro, sin dejar de sonreírle como si él fuera un niño tímido. Cuando el muchacho se hubo sentado, ella le tomó la mano y se la puso en la herida, reteniéndola allí. Cerró los ojos y soltó un largo suspiro que era a la vez de alivio y placer. Al estar tan cerca de ella, Yusuf observó que la piel del rostro y el cuello era firme y elástica. Al cabo de un instante ella le soltó la mano, y él se levantó y retrocedió.

—Dice que no has rezado la plegaria —dijo Amina, en voz baja y distante.

Él murmuró la fingida plegaria de costumbre y, con la mano todavía caliente por el contacto del ama, se apresuró a marcharse.

Fue después de esto cuando preguntó por Amina. Khalil lo miró con odio, y una mueca de desprecio deformó de tal forma su delgado rostro, que Yusuf pensó que iba a escupirle.

—Que hable ella —fue su respuesta, y volvió a los paquetes de azúcar que estaba disponiendo sobre el mostrador.

Aquella noche reinó un denso silencio entre ellos. Yusuf no estaba ansioso por mencionar el tema, si bien hubo momentos en que pensó que Khalil iba a hablar para desahogar su rabia y su ansiedad con él. Sentía una obstinación tranquila por lo que estaba haciendo, a pesar de que no tenía claro hasta dónde dejaría que lo llevaran las circunstancias, lo cual le producía inquietud e inseguridad. Si podía, por lo menos se enteraría de las intrigas y los cuchicheos, eso para no mencionar el placer irresistible que experimentaba al ver y escuchar a Amina. No sabía de dónde había sacado la fuerza para actuar de aquella forma. A pesar de lo que decía Khalil, y lo que él sabía y se decía a sí mismo, cuando lo llamaban para que entrara en la casa no iba a negarse a hacerlo.

Al día siguiente, fue en busca de Mzee Hamdani, a quien encontró sentado a la sombra de la palmera datilera con su libro de casidas. El anciano se irritó y miró alrededor como si estuviera seleccionando otro árbol bajo el cual estar en paz.

—Por favor, no te vayas —dijo Yusuf.

Algo íntimo en el tono de su voz hizo que el anciano titubease. Mzee Hamdani esperó por unos segundos y luego dejó que los tensos músculos de su rostro se relajaran. Reacio como siempre a aguantar la conversación de cualquiera, movió impaciente la cabeza en señal de asentimiento.

—Venga.

—¿Por qué no aceptaste tu libertad cuando el ama te la ofreció? —preguntó Yusuf, que miró con ceño al anciano cuando éste, fastidiado con él, se inclinó hacia adelante.

Mzee Hamdani esperó largo rato, con los ojos fijos en el suelo. Luego sonrió dejando al descubierto los pocos dientes que le quedaban, largos y amarillentos por los años.

—Así es como me encontró la vida —contestó.

Yusuf no estaba dispuesto a aceptar algo que consideraba una evasiva, e hizo con la cabeza un ademán apremiante en dirección al anciano jardinero.

—Pero eras su esclavo... eres su esclavo. ¿Es así como quieres estar? ¿Por qué no aceptaste la libertad cuando ella te la ofreció?

Mzee Hamdani suspiró.

—¿Es que no sabes nada? —preguntó ásperamente, y luego se detuvo como si no fuera a añadir nada más. Al cabo de un momento prosiguió—: Me ofrecieron la libertad como un regalo. Ella. ¿Quién le dijo que era su dueña para dármela? Sé de qué libertad estás hablando. Yo tuve esa libertad en el momento de nacer. Cuando esa gente dice me perteneces, yo soy tu sueño, es como el paso de la lluvia o la puesta del sol. Al día siguiente, el sol saldrá de nuevo les guste o no. Lo mismo pasa con la libertad. Pueden encerrarte, ponerte cadenas, denigrar todos tus pequeños anhelos, pero la libertad no es algo que puedan arrebatarte. Cuando han terminado contigo, todavía están tan lejos de poseerte como lo estaban el día en que naciste. ¿Me comprendes? Este es el trabajo que me ha sido encomendado, ¿qué puede ofrecerme esa de ahí que sea más libre que esto?

Yusuf pensó que se trataba del discurso de un anciano. Sin duda contenía sabiduría, pero era una sabiduría fruto de la resistencia y la impotencia, admirable a su manera, quizá, pero no mientras aún tienes a los toros sentados sobre ti y soltándote sus sucios gases. Guardó silencio, pero se dio cuenta de que había entristecido al anciano, quien nunca antes le había dirigido tantas palabras y, probablemente, estaba deseando no haberlo hecho.

—¿De dónde eres? —le preguntó Yusuf al anciano a fin de adularlo y calmarlo, y porque quería que le hablase de su madre.

Deseaba contarle a Mzee Hamdani lo que le había pasado, explicarle que él también había perdido a su madre. El anciano cogió el libro de casidas sin contestar y, al cabo de un instante, le indicó con un gesto de la mano que se marchase.

2.

Durante tres días, y desafiando el desdén silencioso de Khalil, estuvo yendo a la casa cada noche. Todos sus intentos de convencerlo de entablar conversación habían sido inútiles. Incluso los clientes preguntaban solícitamente por él. La tercera noche, cuando Yusuf se acercaba a la oscuridad que daba al jardín Khalil lo llamó. Yusuf se detuvo por un momento, pero luego hizo caso omiso y descendió por el sendero invisible que llegaba hasta la puerta del patio y que ahora se hallaba entornada para él. Contestó a las preguntas que el ama le hizo sobre su madre, sobre el viaje al interior y sobre la temporada que había pasado en el pueblo de la montaña. Mientras lo escuchaba, ella permanecía reclinada contra la pared y sonreía. No apartaba la vista de él ni siquiera cuando Amina traducía sus palabras. A veces el chal se le deslizaba hasta los hombros, dejando al descubierto el cuello amoratado y el pecho, pero a ella no parecía importarle. Mientras la observaba recostada de aquel modo, Yusuf sintió una fría y dura punzada de soledad en su interior. Él también hacía preguntas, referidas a Amina, quien las eludía con largas y elaboradas contestaciones sobre el ama. Al muchacho le gustaba escuchar.

—La herida apareció cuando era joven, poco después de casarse con su primer marido —explicó Amina—. Al principio no era más que una marca, pero a medida que pasaba el tiempo fue mordiendo más y más profundamente hasta que llegó a su corazón. El dolor era tan intenso que no podía soportar la presencia de otras personas, pues todo lo que harían sería burlarse de su desfiguración y reírse de sus gritos de angustia. Pero ahora estás curándola con tus plegarias y el roce de tus manos, y nota el alivio.

—¿Cómo fue cuando llegaste aquí? ¿Qué pensaste... de lo que habías venido a hacer? —le preguntó Yusuf a Amina.

—Era demasiado pequeña para pensar —respondió ella con tono tranquilo—. Y, como me hallaba entre personas civilizadas, no tenía nada que temer. Mi tía Zulekha tenía fama de bondadosa y compasiva, y el jardín y la casa parecían el paraíso, sobre todo para una niña pobre y de campo como yo. Cuando la gente venía de visita, se moría de envidia ante la belleza del jardín. Si no me crees, pregúntale a cualquiera en la ciudad. Y todos los años, durante la época de las limosnas, la tía Zulekha daba siempre más y más a los pobres. Nunca nadie se fue de esta casa con las manos vacías. Los negocios del *seyyid* iban viento en popa, mientras el ama padecía esa extraña enfermedad. Son los designios de Dios, cuya sabiduría no podemos juzgar.

Yusuf no pudo reprimir una sonrisa.

—¿Por qué te andas por las ramas si la pregunta que te he hecho es bien simple de responder? —dijo.

De repente el ama se puso a hablar con voz forzada. Al cabo de un instante se suavizó y Yusuf se dio cuenta de que Amina vacilaba antes de traducir.

—Dice que no quiere oírme hablar tanto, sino escucharte a ti. Qué hermoso cuando hablas, dice, aunque las palabras que pronuncias sean desconocidas para ella. Hasta cuando estás callado brilla la luz en tus ojos y en tu carne. Y qué hermoso es tu cabello.

Yusuf miró al ama, sorprendido. Observó que los ojos se le estaban humedeciendo y que una expresión de osadía hacía brillar su rostro. Cuando volvió la mirada hacia Amina, vio que ésta había inclinado la cabeza.

—Pide que eches tu aliento en su rostro para de ese modo curarla —dijo.

—Tal vez sea mejor que me marche —propuso Yusuf al cabo de un largo y terrible silencio.

—Dice que mirarte le produce tanto placer que llega a causarle dolor —repitió Amina, con el rostro todavía inclinado pero con una inconfundible nota de risa en la voz.

El ama habló con tono airado y Yusuf, aun sin comprender las palabras, supo que estaba diciéndole a Amina que saliera. Un momento después de que la muchacha se hubiese marchado, él también se levantó, sin saber muy bien cómo despedirse. El ama estaba sentada muy erguida, enfadada y con una expresión de dolor en el rostro. De pronto, pareció apaciguarse, y le indicó que se acercara más. Antes de abandonar la estancia, Yusuf le tocó la herida brillante y morada y notó que palpitaba bajo su mano.

Amina estaba esperándolo en las sombras de la puerta del patio. Él se detuvo frente a ella; quería tender una mano en su dirección, pero tenía miedo de que si lo hacía no quisiera volver a verlo.

—Tengo que irme —susurró—. Espérame en el jardín. Espérame.

Nervioso por lo que pudiese ocurrir, él esperó en el jardín. Una leve brisa soplaba entre los árboles y los arbustos y el zumbido profundo y contenido de los insectos llenaba el aire perfumado de la noche. Lo reñiría por el ama, repetiría las advertencias y prohibiciones de Khalil. O le diría que sabía que volvía todas las noches a la casa para estar con ella, con Amina, porque alimentaba sueños candorosos. A medida que transcurría el tiempo y la espera se hacía interminable, su ansiedad fue en aumento. Lo encontrarían rondando por el jardín en plena noche, tramando un robo vergonzoso. Un sordo y repentino chasquido le hizo pensar que Khalil había ido a buscarlo y montaría una escena. Varias veces tuvo que hacer un esfuerzo para no marcharse. Al fin, oyó un ruido en la puerta y corrió hacia ella, aliviado.

Cuando se acercó, Amina se llevó un dedo a los labios indicándole que no hiciera ruido.

—No puedo quedarme mucho rato —murmuró—. Ahora ya sabes lo que pretende hacer. No debería haber traducido sus palabras, pero por lo

menos ahora sabes lo que pretende hacer. Está obsesionada con esto... Has de tener cuidado... y mantenerte alejado de ella.

—Si hago lo que me pides no te veré —replicó él. Al cabo de un largo silencio, añadió—: Y yo quiero seguir viéndote, aunque no contestes a ninguna de mis preguntas.

—¿Qué preguntas? —inquirió ella, y Yusuf creyó verla sonreír en la oscuridad—. No hay tiempo para preguntas. Va a oírnos.

—Después —dijo él, acobardado—. Cuando se haya ido a dormir, puedes ir al jardín.

—Está enfadada. Dormimos en la misma habitación. Me oirá...

—Te esperaré aquí.

—No. No lo sé —repuso Amina para luego alejarse y cerrar la puerta del patio. Volvió al cabo de unos minutos—. Se ha quedado dormida o finge estarlo. ¿Qué preguntas?

A Yusuf le importaban poco las preguntas, pero tenía miedo de que, si tendía la mano para tocarla, no lo dejase acercarse a ella nunca más.

—¿Por qué Khalil y tú os parecéis tan poco? Y tú hablas de manera muy diferente... para ser su hermana. Es casi como si hablaseis idiomas distintos.

—No somos hermanos. ¿No te lo ha dicho? ¿Por qué no te lo ha contado? Su padre vio que unos hombres intentaban subir a dos niñas pequeñas en una barca. Estaban vadeando en aguas poco profundas y las niñas lloraban. Su padre les gritó y se metió corriendo en el agua. Los secuestradores dejaron a una de las niñas, pero lograron huir con la otra. Me llevó a su casa y más tarde me adoptó. Por consiguiente, nos criamos como hermanos, pero no tenemos la misma sangre.

—No, no me lo contó —dijo Yusuf en voz baja—. ¿Y la otra? ¿La otra niña?

—¿Mi hermana? No sé qué fue de ella. Ni de mi madre. No recuerdo nada de mi padre. Nada. Recuerdo que nos raptaron mientras dormíamos y que durante unos días estuvimos caminando. ¿Tienes alguna otra pregunta? —concluyó con un tono de amarga mofa; al percibirlo, él no pudo reprimir una mueca.

—¿Recuerdas tu pueblo..., quiero decir dónde está? —preguntó Yusuf.

—El nombre, creo, era... Vumba o Fumba, y debía de estar cerca del mar, imagino. Yo sólo tenía tres o cuatro años. En cuanto a mi madre, no recuerdo nada de ella. Ahora tengo que irme.

—Espera —pidió él al tiempo que tendía una mano para retenerla. La cogió por el brazo y ella no intentó desasirse—. ¿Estás casada con él? ¿Es tu marido?

—Sí —contestó Amina con tono tranquilo.

—No —replicó él con una voz llena de dolor.

—Sí —repitió ella—. Pero ¿tampoco sabías esto? Siempre se entendió así... Cuando llegué aquí ella me lo explicó todo. ¡Ella! El amuleto que encontraste me lo había dado el padre de Khalil cuando me adoptó. El mismo hombre a quien llamaron para que preparase los documentos de la adopción también me hizo el amuleto. Dijo que me protegería siempre, pero no ha sido así. Al menos sigo con vida. Pero sé que sigo con vida sólo por su vacío, por lo que se me ha negado. A él, al *seyyid*, le gusta decir que la mayoría de los que están en el Cielo son pobres y la mayoría de los que están en el Infierno, mujeres. Si hay Infierno en la Tierra, debe de estar aquí.

Yusuf, impresionado por la gran calma con que la muchacha se había expresado y por lo amargada y vencida que se sentía, no supo qué decir y, al cabo de un momento, le soltó el brazo. De haberla juzgado por sus sonrisas relajadas y sus silencios, que reflejaban gran seguridad en sí misma, jamás habría imaginado que tenía que soportar semejante dolor.

—Cuando trabajabas en el jardín solía observarte —prosiguió ella—. Khalil me habló de ti y de cómo habías venido a parar aquí. Y yo imaginaba que la sombra, el agua y la tierra te ayudaban a aliviar el dolor que sentías por lo que te habían arrebatado. Me dabas envidia y pensaba que un día te percatarías de mi presencia en la puerta y me obligarías a salir. Sal y juega, imaginaba que dirías. Pero entonces te llevaron lejos, porque ella estaba volviéndose loca por ti. Pero bueno, ya está bien... ¿Tienes alguna otra pregunta que quieras hacerme? Porque tengo que irme.

—Sí —dijo él—. ¿Lo abandonarás?

Ella dejó escapar una risita y le tocó la mejilla.

—No me equivocaba cuando decía que eres un soñador —respondió—. Te veía en el jardín y pensaba que eras un soñador. Será mejor que regrese antes de que ella empiece de nuevo. Mantente alejado de ella. ¿Has oído?

—¡Espera! ¿Cómo te veré si no voy?

—No —replicó ella—. ¿Qué es lo que hay que ver? No lo sé.

Después de que Amina se hubiera marchado, él sintió el tacto de su mano en la mejilla, como si fuese una marca, y se la tocó para sentir el calor que irradiaba.

3.

—¿Por qué has montado todo ese misterio y te has enfadado tanto? ¿No podías, sencillamente, habérmelo contado? —exclamó Yusuf, sentado junto a Khalil, que estaba acostado en su estera.

—Podría haberlo hecho —contestó Khalil de mala gana.

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste? —preguntó Yusuf.

Khalil se sentó y se cubrió los hombros con la sábana a fin de protegerse de los mosquitos que zumbaban alrededor de él.

—Porque no es fácil. Nada lo es, y esto no era algo que pudiera decirte así, por las buenas, eh, ¿qué te parece esta historia? —contestó Khalil—. En cuanto a lo que dices de enfadarme tanto, es porque haces que me sienta avergonzado de ti.

—Está bien, lamento que no estuvieras enfadado sino avergonzado, pero ahora tal vez puedas contarme algo más acerca de eso que no es fácil.

—¿Te ha contado algo? Quiero decir, de ella —preguntó Khalil.

—Me ha contado que tu padre la salvó de unos secuestradores y que luego la adoptó como su hija.

—¿Eso es todo? Bien, no es mucho —dijo Khalil, y se encogió de hombros, malhumorado—. No sé de dónde sacó el valor aquel tendero flaco y viejo. Aquella gente iba armada... quizás. Y él se metió en el agua corriendo y chapoteando mientras les gritaba que dejaran a las niñas. Ni siquiera sabía nadar.

»Vivíamos en un pueblecito muy pobre, al sur de aquí. Eso ya te lo he contado. La tienda comerciaba con pescadores y modestos granjeros que iban a vender verduras y huevos a cambio de un puñado de clavos, un corte de tela o una libra de azúcar. Y cuando, con suerte, aparecía un poco de contrabando, de la clase que fuese, siempre era bienvenido. Esto era ella, *magendo* para ser vendido en algún lugar. Como le ocurrió a su hermana. Recuerdo cuando llegó, llorando y sucia... aterrorizada. Todos en el pueblo conocían su historia, pero nadie la reclamó, de manera que se quedó con nosotros. Mi padre la llamaba *kifa urongo*. —Khalil sonrió—. Por la mañana, mi padre la llamaba cuando ya estaba listo para tomarse el pan; ella se lo llevaba y se quedaba con él, que le iba dando trocitos. Como a un pajarito. Pan de mijo y mantequilla clarificada de búfala deshecha, cada mañana, y ella se sentaba cerca y, sin dejar de hablar por los codos, abría la boca de par en par para recibir los pedacitos que él le daba. Seguía a mi madre mientras iba de acá para allá haciendo sus tareas o venía conmigo cuando yo salía. Un día, mi padre dijo que íbamos a darle nuestro nombre, y así ella se convertiría en uno más de la familia. Dios nos ha hecho a todos de un coágulo de sangre, solía decir. Ella se hacía entender con la gente de allí mejor que cualquiera de nosotros. Es swahili como tú, aunque hablaba un poco distinto.

»Entonces llegó el *seyyid*. Esta parte es muy simple. Cuando ella tenía siete años, mi pobre y estúpido padre, Dios se apiade de él, se la ofreció al *seyyid* como parte del pago. Yo sería su rehén hasta que ella tuviera edad para casarse, a menos que antes mi padre pudiese comprar mi libertad. Pero mi padre murió y mi madre y mis hermanos regresaron a Arabia y me dejaron aquí con nuestra deshonra. Cuando ese maldito Mohammed Abdalla fue a buscarnos, la hizo desnudar y la acarició con sus asquerosas manos.

Khalil empezó a llorar suavemente, tal como las lágrimas se deslizaban por su rostro.

—Después de la boda —prosiguió—, el *seyyid* me dijo que si quería quedarme podía hacerlo. De manera que me quedé para atender a esa pobre niña que mi padre, Dios tenga piedad de su alma, entregó a la esclavitud.

—Pero ninguno de los dos tiene ya por qué quedarse —exclamó Yusuf—. Ella puede marcharse si quiere. ¿Quién habría de impedirselo?

—Hermano, qué valiente eres —replicó Khalil, y se echó a reír entre lágrimas—. Todos podemos huir para vivir en la montaña. Ella puede irse si quiere. Si se va sin la bendición del *seyyid*, yo tendré que convertirme en rehén otra vez, o pagar la deuda. Ése fue el acuerdo, y eso es lo que exige el honor. Por consiguiente, ella no se irá y, mientras ella se quede, yo me quedaré.

—¿Cómo puedes hablar de honor?

—¿De qué otra cosa crees que debería hablar? —preguntó Khalil—. Mi pobre padre, Dios tenga misericordia de él, y el *seyyid* me han arrebatado todo lo demás. Si no fueron ellos los que me convirtieron en el cobarde inútil que tienes delante, ¿quién fue? A lo mejor es sólo que tengo la naturaleza para ello, o es la forma en que vivimos... nuestra costumbre. Pero a ella le rompieron el corazón. ¿A qué otra cosa puede uno agarrarse por encima de esto? Si no quieres que lo llame honor, entonces llámalo como quieras.

—Tu honor no me preocupa en absoluto —exclamó Yusuf, furioso—. No es más que otra palabra noble tras la que ocultarse. Voy a llevármela de aquí.

Khalil se tumbó en la estera y se estiró.

—La noche en que el *seyyid* se casó con ella me sentí feliz —dijo—. Aunque no fuera tan espectacular como aquella boda india que vimos hace muchos años. No hubo cantos, ni alhajas..., ni siquiera invitados. Pensé que dejaría de ser aquel pajarito enjaulado que se pasaba el tiempo entonando aquellas canciones desgarradoras. ¿No la oyes de vez en cuando cantar por la noche? Pensé que el matrimonio borraría su deshonra. ¡Puede marcharse si quiere! ¿Quién ha impedido que te marches durante todos estos años? ¿Dónde irás con ella? El *seyyid* ni siquiera tendrá que levantar una mano contra ti. Serás condenado a los ojos de la gente, con todo el derecho. Un criminal. Si os quedaseis en esta ciudad, ni siquiera estaríais a salvo. ¿Te ha dicho algo ella? Me refiero a si se ha comprometido a marcharse.

Yusuf no contestó, pero notó que su indignación se apaciguaba y sintió cierto alivio al advertir que su imprudente decisión había sido desafiada.

Quizá no pudiese hacer nada al respecto. Y, aunque el recuerdo de Amina de pie en la penumbra junto a la puerta del patio seguía entibiándole las manos, notaba que ya se enfriaba para convertirse en algo más reposado, en un tesoro afectuoso para devolver en un momento tranquilo. ¿Cómo se atrevía a hablar de marcharse con ella? Se reiría en su cara y luego llamaría pidiendo ayuda. Después oyó el tono amargo con que habló del tío Aziz y de su vida como de un infierno. Sintió la mano de ella en su mejilla, la mano de ella en su mejilla. Su risa ante la pregunta de si abandonaría al tío Aziz...

—No, no ha dicho nada. Piensa que soy un soñador —dijo después de un largo silencio.

Supuso que Khalil le haría más preguntas, pero al cabo de un momento lo oyó suspirar y él también se dispuso a dormir.

Despertó cansado e intranquilo. Había pasado mala noche, durmiendo a intervalos y preguntándose si debía dejar las cosas como estaban o hablar con Amina y forzar la situación con ella. Por la forma en que se había referido a su vida y a la de él y la manera en que lo había mirado y comparado las vidas de ambos, pensó que ella no se apartaría de él con actitud desdeñosa. En el deseo que sentía por ella también había algo así y, aunque no tenía a su alcance todas las palabras para hablarle de ello, sabía que no se trataba de algo insignificante surgido de su propia voluntad. Pero todo eso no era más que murmullo amable comparado con lo que seguiría si ella se mostraba bien dispuesta. A pesar de esto, estaba decidido a hablarle. Le diría: «Si esto es el Infierno, entonces márchate. Y déjame ir contigo. Nos han educado para ser tímidos y obedientes, para que los honremos aunque nos traten mal. Márchate y déjame ir contigo. Los dos estamos en medio de la nada. ¿Qué otra cosa puede ser peor? Dondequiera que vayamos, no habrá allí un jardín vallado, con cipreses firmes, arbustos agitados, árboles frutales y unas flores de un brillo inesperado. Ni el amargo olor a savia de naranja durante el día y el profundo abrazo de la fragancia del jazmín por la noche, ni el aroma de las semillas de granado o las dulces y herbáceas gramíneas de los arriates. Ni la música del agua del estanque y los canales. Ni la alegría del bosquecillo de dátiles en la hora más calurosa del día. No habría música para arrebatarse los sentidos. Sería como el

destierro, pero ¿qué podría ser peor que esto?». Y ella sonreiría y le tocaría la mejilla, que acabaría arrebolada. Eres un soñador, le diría luego, y después le prometería que harían un jardín para ellos, más completo que aquél.

Él no sentiría remordimientos por sus padres, se dijo. Lo habían abandonado hacía años para obtener su propia libertad, y ahora él los abandonaría a ellos. Si con su cautiverio habían conseguido algún respiro, éste acabaría cuando él iniciase su propia vida. En sus libres vagabundeos por las llanuras tal vez los visitara para agradecerles el haberle dado unas lecciones duras sobre la forma de establecerse en la vida.

4.

Había mucho movimiento en la tienda aquel día y Khalil se entregó al trabajo con una alegría y un abandono que arrancó sonrisas incluso a los clientes más abatidos.

—Ha recobrado el ánimo —decían—. ¡Alabado sea Dios!

Sus bromas alcanzaban un atrevimiento nuevo, a veces próximo a la burla, pero las decía con una amabilidad tan irresistible que nadie se veía capaz de ofenderse.

—¿Qué se le ha metido dentro? —preguntaban los clientes.

Yusuf sonreía, se encogía de hombros y se llevaba un dedo a la sien izquierda. Se propusieron varias explicaciones. Se trataba de un entusiasmo juvenil, inoportuno pero sano y agradable.

—Que se ría ahora, antes de que la vida lo agobie —dijo uno.

—Algunas barritas de hachís habrán obrado el milagro —sugirió otro—. Probablemente no tiene costumbre y le ha subido la fiebre a la cabeza.

Una mujer que fue a comprar dos onzas de aceite de coco para el cabello y a quien Khalil soltó una alegoría rapsódica sobre el placer de un masaje, se preguntó si alguien había puesto pimienta en el pene del joven. Los ancianos de la terraza observaban y reían felices. Aunque Khalil evitaba mirar a Yusuf, éste advirtió un jubiloso frenesí en sus miradas fulminantes y se mantuvo fuera de su alcance.

Por la tarde, cuando el ritmo de trabajo disminuyó, ubicó ostentosamente una caja en un rincón de la tienda, se sentó en ella y se puso a echar una cabezadita. Yusuf no recordaba haberlo visto hacer nada semejante, e interpretó aquella caída brusca de ánimo como la continuación de sus enfados y locuras. Vio a Mzee Hamdani luchar con los cubos de agua e imaginó que debía de estar rellenando los estanques. Antes de que el anciano se hubiese adentrado unos cuantos pasos en el jardín, el agua se derramó por los bordes de los cubos; sus pies quedaron empapados y el suelo lleno de barro. Sin preocuparse por correr en su ayuda, Yusuf se quedó observándolo con envidia e irritación, pero el anciano estaba tan ensimismado como siempre y no dio señales de haberse percatado de la presencia del muchacho. Más tarde lo vio marcharse sin mirar hacia atrás; cruzó el claro arrastrando los pies con el paso tranquilo de un milpiés embistiendo. Su voz se elevaba intermitentemente en un cántico que resultaba imposible de oír con claridad y que parecía palabras entonadas al revés.

Por la noche, a la hora acostumbrada, Yusuf entró en la casa. Se dijo a sí mismo que aquella sería la última vez. Rezaría una breve plegaria para el ama, vería a Amina y luego, si se atrevía, le pediría que se marchase con él. Cuando llegó, la puerta del patio estaba entornada, de modo que entró, anunciando su presencia con voz suave. La estancia olía a incienso y el ama estaba sentada sola, esperándolo. Temeroso, se detuvo en el vano de la puerta. Ella sonrió y le indicó que entrase. Él advirtió que ella iba suntuosamente ataviada con un vestido largo color crema que brillaba con hilos ambarinos. Se quitó el chal y se inclinó hacia adelante al tiempo que, con un ademán de la mano, le urgía insistentemente a que se acercara. Él se adelantó dos pasos y se detuvo; sabía que debía marcharse y el corazón empezó a latirle aceleradamente. Ella empezó a hablarle lentamente. Su voz estaba repleta de sentimiento y su sonrisa se volvió más suave conforme hablaba. Yusuf no estaba seguro de qué quería que hiciese, pero no pudo confundir la expresión de pasión y anhelo que había en su rostro. El ama se apretó el pecho con las palmas de las manos y luego se puso a temblar. Empezó a retroceder y ella lo siguió. Yusuf se volvió para huir, pero ella le asió la camisa por detrás y él percibió que ésta se desgarraba en las manos

de la mujer. Mientras salía corriendo de la habitación, oyó los gritos de dolor, pero no miró atrás ni titubeó.

—¿Qué has hecho? —gritó Khalil cuando Yusuf pasó corriendo delante de él por el jardín casi en penumbra.

Yusuf se sentó en la terraza; se sentía mareado, asqueado y abrumado por la insoportable sordidez de su situación. Esperó en la terraza durante lo que le parecieron horas, a ratos avergonzado y a ratos furioso. Pensó que tal vez debía marcharse de inmediato, antes de que diesen comienzo las terribles consecuencias. Pero él no había hecho nada vergonzoso. Lo verdaderamente vergonzoso era la forma en que lo habían obligado a vivir, en que habían obligado a vivir a todos ellos. Sus intrigas, odios y codicia vengativa habían hecho que simples virtudes se convirtiesen en artículos de cambio y trueque. Se marcharía, no había cosa más simple. A algún lugar donde pudiera escapar a las exigencias opresivas que todo hacía recaer sobre él. Pero sabía que mucho tiempo atrás la soledad había endurecido una parte de su corazón apátrida, y que eso lo acompañaría allí donde fuera, para eliminar y dispersar todo plan que pudiese tramar a fin de obtener una pequeña satisfacción. Podía ir al pueblo de la montaña, donde Hamid lo torturaría con preguntas farisaicas y Kalasinga lo entretendría con sus fantasías. O reunirse con Hussein en su retiro de la montaña. Poca satisfacción podía encontrar allí. O dirigirse al poblado de Chatu, para convertirse en el payaso de la corte de su feudo de poca monta. O a Witu, para visitar a la madre de Mohammed, el fumador de hachís, y ver la tierra fértil que había perdido por culpa de sus transgresiones. Y en todas partes le preguntarían por su padre y por su madre y por su hermana y sus hermanos, y qué había llevado y qué esperaba llevarse. A todas estas preguntas él no tendría más que respuestas evasivas. El *seyyid* podía adentrarse en tierras extrañas envuelto en una nube de perfume, armado sólo con bolsas de chucherías y consciente de su superioridad. El hombre blanco de la selva no temía nada cuando estaba sentado bajo su bandera y rodeado de soldados armados. Pero Yusuf no tenía ni bandera ni un conocimiento justificado con el cual exigir un honor superior, y comprendió que el pequeño mundo que conocía era el único al que tenía acceso.

Khalil surgió de la oscuridad caminando a grandes zancadas y con el brazo en alto como si fuese a pegarle.

—¡Te dije que esto sólo traería problemas! —exclamó, furioso. Tiró de él para que se pusiera de pie y empezó a arrastrarlo—. Vámonos de aquí. Vayamos a la ciudad. Estúpido, estúpido... ¿Quieres saber qué está diciendo? Que la has atacado y que le has desgarrado la ropa como un animal, después de que ella te hubiese tratado con tanta gentileza. Quiere que vaya a la ciudad en busca de gente para acusarte en presencia de testigos. Te azotarán y te escupirán... y vete a saber qué más.

—No la he tocado —protestó Yusuf.

Khalil le soltó el brazo y empezó a darle puñetazos, cayendo sobre él llevado por la rabia.

—¡Lo sé, lo sé! ¿Por qué no me hiciste caso? —gritó—. ¡Dices que no la has tocado! Intenta convencer a la muchedumbre que se congregará aquí.

—¿Qué ocurrirá? —preguntó Yusuf al tiempo que se desasía furiosamente de Khalil y se ponía de pie.

—Tienes que marcharte.

—¿Como un criminal? ¿Adónde voy a ir? Me iré cuando quiera. ¿Y qué sucederá cuando me encuentren?

—Todo el mundo le creerá a ella —dijo Khalil—. He dicho que iba a la ciudad a buscar a quienes me ha indicado. Si no lo hago pedirá ayuda a gritos. Creerán lo que ella diga. Tal vez mañana por la mañana cambie de parecer si no le hacemos caso, pero no lo creo. Tienes que irte. ¿No conoces a esa gente? Te matarán.

—Me rompió la camisa por detrás. Esto demuestra que yo estaba huyendo de ella —dijo Yusuf.

—¡No seas ridículo! —exclamó Khalil entre risas, incrédulo—. ¿Quién va a tomarse la molestia de preguntártelo? ¿A quién le importa? ¿Por detrás?

Se fijó en la espalda de Yusuf y no pudo reprimir una risita demencial. En un intento de recordar algo, se puso a reflexionar por un instante.

Se dirigieron sin tardanza hacia el puerto y escogieron un lugar oscuro, donde estuvieron horas hablando. Yusuf no quería marcharse en medio de la noche como si de verdad fuese un criminal y, a pesar de lo mucho que

Khalil lo apremiaba, insistió en que esperaría hasta que lo acusaran, así podría defenderse antes de irse. No, no, no, le gritaba Khalil, con una voz cortante que atravesaba el siseo del mar agitado que azotaba el muro a sus pies.

Cuando emprendieron el camino de regreso a la tienda era casi medianoche. La ciudad, patrullada por los perros famélicos que atormentaban los sueños de Yusuf, estaba tranquila y en silencio. Apenas llegaron a la tienda, Yusuf percibió una alteración en el aire, como si durante su ausencia hubiera ocurrido algo. Al cabo de un instante supo, sin lugar a dudas, lo que había sucedido. Se trataba del perfume que anunciaba la presencia del tío Aziz. Miró a Khalil y comprobó que él también lo sabía. El Faraón había vuelto.

—El *seyyid* —dijo Khalil con un susurro tenso—. Debe de haber llegado por la noche. Ahora sólo Dios puede ayudarte.

A pesar de todo, Yusuf se alegró de que el tío Aziz hubiera regresado. Le sorprendió no sentir miedo del mercader, sólo una curiosidad por ver qué le diría acerca de la acusación. ¿Lo convertiría en un mono y lo enviaría a la cima de una montaña árida como había hecho el genio con el leñador? Mientras Khalil hablaba sobre la terrible suerte que le esperaba, Yusuf extendió la estera y se tumbó con una tranquilidad tan irritante que Khalil no pudo hacer otra cosa que guardar silencio.

5.

El tío Aziz salió al amanecer. Cuando apareció, Khalil echó a correr hacia él y, con el celo habitual se puso a besarle la mano entre saludos entusiastas. El mercader llevaba un *kanzu* y sandalias, pero iba sin su gorro, una pequeña informalidad que le daba un aspecto agradable y benigno. Sin embargo, el rostro que volvió hacia Yusuf era severo y no le ofreció la mano para que se la besara como solía hacer.

—¿Qué es ese extraño comportamiento que me han contado? —preguntó al tiempo que indicaba al muchacho que volviera a sentarse en la

estera de la que se había levantado—. Cualquiera diría que has perdido el juicio. ¿Puedes darme una explicación?

—No le hice nada malo. Me sentaba con ella porque me invitaba a entrar. Mi camisa se rompió por detrás —dijo Yusuf con voz temblorosa, lo cual resultaba tan inesperado como molesto—. Eso demuestra que estaba huyendo.

El tío Aziz esbozó una leve sonrisa que luego, sin poder evitarlo, se fue haciendo más amplia.

—Oh, Yusuf —exclamó con tono burlón—. ¿No te dije acaso que nuestra naturaleza es despreciable? ¿Por qué has tenido que pasar por todo ello de nuevo? ¿Quién habría pensado semejante cosa de ti? ¿Por detrás? Entonces, esto lo demuestra. Si la camisa se rompió por detrás, no pretendías hacer ningún daño ni lo hiciste.

Khalil se apresuró a darle explicaciones en árabe, que el tío Aziz estuvo escuchando por unos segundos para luego indicarle con la mano que parara.

—Deja que hable él —ordenó.

—No hice nada —dijo Yusuf.

—Fuiste a la casa a menudo —replicó el mercader, la expresión de cuyo rostro había vuelto a endurecerse—. ¿Dónde has aprendido esos modales? Te dejo mi casa y tú la conviertes en motivo de deshonra y chismorreos.

—Iba a la casa porque ella quería que fuese, para rezar... por su herida.

Como si estuviera diciendo qué debía decir o hacer a continuación, el tío Aziz lo miró en silencio. Era una mirada que Yusuf conocía bien del viaje al interior. Después de estos momentos de reflexión, el mercader casi siempre decidía dejar que las cosas siguieran su curso en lugar de intervenir. Era el momento silencioso antes de permitir que el desastre tomara la delantera.

—Debería haberlo previsto... El ama no se encuentra bien. Si nada deshonesto ha ocurrido, deberíamos dejar las cosas como están. Sobre todo teniendo en cuenta que tu camisa se rompió por detrás. Pero no hay que comentar nada de este asunto con terceros. Sigue estando mal por tu parte que fueses a la casa tan a menudo.

Khalil se puso a hablar de nuevo en árabe, rápidamente. El tío Aziz asintió con brusquedad varias veces y luego contestó en árabe. Tras

intercambiar varias frases, el mercader señaló la tienda con un conciso movimiento de la barbilla.

—¿Por qué fuiste a la casa tan a menudo? —preguntó el tío Aziz cuando Khalil se hubo ido a abrir la tienda.

Yusuf miró al mercader sin contestar. El tío Aziz estaba ahora sentado en la estera donde había estado tumbado Khalil. Tenía una pierna doblada debajo del cuerpo y un brazo extendido sobre el que se apoyaba. Yusuf se dio cuenta de que, mientras aguardaba a que contestase, la sonrisa tranquila y divertida empezaba a dibujarse nuevamente en su rostro.

—Para ver a Amina —respondió Yusuf.

Las palabras tardaron mucho en salir de su boca, y vio que la sonrisa se ensanchaba para luego instalarse cómodamente en los labios del tío Aziz. El mercader dirigió la vista hacia la tienda y Yusuf siguió su mirada. Khalil estaba junto al mostrador y los observaba con expresión de rabia y odio. Se volvió y siguió abriendo las contraventanas.

—¿Hay algo más? —preguntó el tío Aziz tras fijar otra vez su atención en Yusuf—. Has sido de verdad muy valiente, ¿no es así? ¡Cómo te has distinguido en estas últimas semanas!

Como el muchacho tardaba tanto en responder, pues estaba considerando cuánto debía decir y qué podía cambiar, el mercader empezó a hablar de nuevo.

—Durante el viaje estuve en tu pueblo e hice una visita a tu padre. Quería llegar a un arreglo con él, que te quedases aquí y trabajases para mí con un sueldo y, a cambio, yo perdonaría todas las obligaciones que él había contraído conmigo. Pero me enteré de que tu padre había fallecido, Dios tenga piedad de su alma. Tu madre ya no vive allí, y nadie pudo decirme adónde ha ido. Tal vez haya regresado a su pueblo natal. ¿Cuál es?

—No lo sé —contestó Yusuf.

No sintió la pérdida, pero sí una tristeza repentina al pensar que también su madre estaba abandonada en algún lugar. Se le humedecieron los ojos y vio que el tío Aziz hacía un ligero gesto de asentimiento en señal de aprobación por aquella prueba de su dolor. El mercader esperó, como si le gustase dejar que Yusuf decidiera hasta dónde quería que llegasen las cosas. Durante el largo silencio, el muchacho no consiguió pronunciar las palabras

que ardían en su interior: «Quiero llevármela. Hiciste mal casándote con ella. Denigrarla como si ella no tuviera nada que le perteneciese. Ser dueño de personas como tú lo eres de nosotros». Al final, el tío Aziz se puso de pie y le ofreció la mano a Yusuf para que se la besara. Cuando éste, al inclinarse, se sumió en las nubes de perfume, notó que la otra mano del mercader descansaba en la parte posterior de su cabeza por espacio de un segundo y luego le daba una fuerte palmada.

—Hablaremos de los planes más tarde; veremos qué trabajo puedes hacer mejor para mí —dijo el tío Aziz con tono cordial—. Estoy empezando a cansarme de tanto viaje. Puedes hacer parte de eso en mi lugar. Tal vez consigas incluso volver a ver a tu viejo amigo Chatu. Por cierto, tened cuidado, los dos. ¡Khalil! Tú también. Se habla de guerra entre los alemanes y los ingleses, allí, en la frontera del norte. Me lo dijeron los comerciantes de la ciudad cuando llegué ayer por la tarde. Cualquiera día de estos, los alemanes empezarán a raptar gente para hacerlos portadores de su ejército. De modo que mantened los ojos bien abiertos. Si los veis llegar, cerrad la tienda al instante y escondeos. Habéis oído lo que pueden hacer los alemanes, ¿verdad? Está bien, poneos a trabajar.

6.

—Te tiene cariño —dijo Khalil alegremente—. Te lo he dicho siempre. El *seyyid* es un campeón, ¿quién puede ponerlo en duda? Ha vuelto, ha echado un vistazo al ama y ha pensado: «Esta loca ha estado atormentando a mi guapo jovencito. Las mujeres siempre son un problema y la mía es un mono de primera clase, maldita sea». Con esa voz quejumbrosa y esa historia sobre su herida, cualquiera puede ver que está loca. ¡Y tu camisa rota! ¡Ay tu camisa rota! ¡Qué historia! Tienes unos ángeles buenos que velan por tus asuntos. Ahora el *seyyid* te buscará una esposa para que no te metas en problemas. Una de esas niñas preciosas que viven en una tienda, en el campo. Creo que antes de marcharse ya tenía a alguien en mente. A lo mejor también compra una para mí y podemos celebrar una boda doble. Tal vez sean hermanas. Comprar dos a la vez seguramente es más barato. La

mitad de lo que vale la ceremonia para el *qadhi* y, asimismo, sólo una colada después de la noche de bodas. Podemos alquilar una de las casas que hay al otro lado de la carretera y vivir juntos. Nuestras esposas tendrán gemelos y se ayudarán mutuamente en todas las tareas pesadas y nosotros podremos sentarnos en una estera en la terraza de la casa y hablar... sobre la situación del mundo, por ejemplo. Eso estaría bien. O la satisfacción que promete Dios. Luego, por la mañana, cruzaremos la carretera para atender el negocio de nuestro *seyyid*. ¿Qué te parece?

Khalil anunció la máxima boda doble a los clientes y los invitó al banquete que su *seyyid* les había prometido.

—Ya conocéis al *seyyid* —les decía—, todo será *halal* y puro.

—Describía el espectáculo: bailarines, cantantes, hombres en zancos, una procesión de chicos y chicas con incensarios flanqueada por hombres que lanzaban agua de rosas al aire.

—Pedid lo que queráis. Comilonas con toda clase de manjares. Y una música espléndida toda la noche.

Yusuf sonreía junto con todos los demás. Resultaba imposible no hacerlo, pues Khalil inventaba y embellecía sus relatos con un desenfado arrebatador. Cuando los clientes le pedían al muchacho que corroborase las palabras de su amigo, él les decía que Khalil se había vuelto loco.

—La fiebre lo hace delirar —decía—. No le hagáis caso. O lo pondréis nervioso y entonces empeorará.

Cuando Mzee Hamdani llegó para sus obligaciones cotidianas en el jardín, Khalil lo llamó.

—*Walii*, santo varón, vamos a casarnos, los dos. ¿No te sorprende? Nuestro *seyyid* nos asegurará el porvenir. Canta una casida por nosotros cuando tengas un momento. ¿Quién habría podido predecir que íbamos a tener tanta suerte? Por cierto, éste ya no volverá a ayudarte en el jardín. Pronto tendrá otros lechos que cultivar y otros arbustos que podar.

Al principio, Yusuf pensó que Khalil estaba haciendo el payaso como una forma de exteriorizar su alivio porque las cosas no hubieran ido a peor. El tío Aziz había despachado sin darle mayor importancia el asunto del ama y Yusuf no se había atrevido a llevar adelante su desafío con respecto a Amina. Cuando estuvo a punto de hacerlo, el mercader debió de tratarlo de

la forma que le pareció más conveniente. Más tarde supo que Khalil estaba burlándose de él. Después de todas aquellas bravatas apasionadas y desafiantes, lo único que había podido hacer ante la propuesta despreciable del mercader había sido guardar un silencio de derrota. Pensó que ahora los dos estaban en las mismas condiciones, al servicio del mercader. Besadores de manos. Khalil había ideado una explicación para su propia vileza, que estaba allí para expiar el mal que su padre le había hecho a Amina. Yusuf no tenía ninguna explicación para quedarse al servicio del mercader.

—*Seyyid*; será mejor que aprendas a decirlo de una vez por todas — exclamó Khalil entre risas.

7.

La primera noticia que tuvieron de los soldados fue cuando vieron a unos hombres que pasaban corriendo por la carretera delante de la tienda. Fue a última hora de la tarde, ese momento en que algunos paseaban por las calles cada vez más frescas en busca de aire y conversación y otros salían de la ciudad para dirigirse hacia sus casas. De pronto, aquellos que formaban pequeños grupos empezaron a dispersarse, a salir corriendo de la carretera en dirección al campo, a la vez que gritaban algo sobre los *askaris*. Khalil echó a correr hacia la casa para dar el aviso, y Yusuf cerró la tienda lo más deprisa que pudo. Se metieron en la oscura caverna, riendo nerviosamente, agitados. Al principio, el olor que despedían las mercancías les impedía respirar, pero fueron recuperando el aliento a medida que se adaptaron a la atmósfera cargada. A través de las rendijas de las tablas veían partes de la explanada y la carretera. Al cabo de unos minutos divisaron una columna de soldados que marchaba pausadamente y con precisión detrás de un oficial europeo que iba vestido de blanco. Cuando la columna estuvo más cerca, vieron que el alemán era un hombre joven, alto y delgado, y que sonreía. Ellos también intercambiaron sonrisas y Khalil se apartó de las rendijas y se reclinó, suspirando.

Los *askaris* marchaban descalzos y en perfecto orden. El oficial giró a la altura de la explanada que había frente a la tienda y se metió en ella, y los hombres giraron bruscamente con él. Una vez en la explanada, la columna se deshizo como un collar al que se hubieran arrancado las cuentas. En silencio, cada hombre buscó un espacio a la sombra y, después de arrojar el bulto que cargaba, se echó al suelo sonriendo ampliamente y suspirando. El oficial observó por un instante la casa y la tienda cerrada. Luego, sin dejar de sonreír, empezó a caminar hacia ellos, al parecer sin prisa. Cuando el oficial se alejó, los hombres se pusieron a hablar y a reír, y uno soltó un insulto.

Yusuf no apartó el ojo de la rendija y, con una mueca de miedo, observó al sonriente alemán. Éste se detuvo en la terraza y luego salió del campo visual de Yusuf. Se oyeron gritar unas órdenes y de entre los *askaris* que descansaban salieron unos que llevaron a la terraza una silla de tijera y una mesa plegable. El oficial se sentó y su rostro quedó a pocos centímetros de la parte exterior de las tablas de la tienda. Fue entonces cuando Yusuf se dio cuenta de que el oficial no era tan joven como le había parecido de lejos. La piel de su rostro estaba muy tirante y era lisa, como si hubiese sufrido quemaduras o fuera víctima de alguna enfermedad. Su sonrisa era una mueca fija de deformidad. Los dientes le quedaban al descubierto, y daba la sensación de que aquella piel tan estirada de su rostro hubiera empezado a pudrirse y deshacerse alrededor de la boca. Era el rostro de un cadáver, y a Yusuf le impresionó su fealdad y su aspecto cruel.

El sargento, un hombre fuerte que a Yusuf le recordó a Simba Mwene, no tardó en obligar a los *askaris* a ponerse de pie; los hombres, descontentos, se quedaron esperando en grupos. Todos miraban hacia el oficial alemán, quien, sin embargo, tenía la vista fija al frente y, de vez en cuando, levantaba un vaso hasta los labios. No daba sorbos, sino que apoyaba el borde del vaso en su boca enferma y luego bebía el líquido de golpe. Al final, miró a los soldados y Yusuf observó que hacía un gesto de asentimiento con la cabeza.

Los *askaris* se lanzaron a la acción antes de que las palabras salieran de la boca del sargento. Con una velocidad y una precisión milagrosas, formaron una fila y luego se diseminaron para ponerse de tres en tres y

echar a correr en direcciones distintas. Tres de los soldados se quedaron atrás para custodiar al líder. A cada extremo de la parte frontal de la tienda se quedó un *askari*, mientras que el tercero doblaba la esquina y forcejeaba con la puerta del jardín hasta abrirla. El oficial alzó el vaso hasta los labios y lo inclinó para verter el líquido en la boca abierta. Chupó ávidamente y el rostro se le puso rojo a causa del esfuerzo. Un poco del líquido, que era color cal, le goteó por la barbilla, y él se lo enjugó con el dorso de la mano.

El *askari* que había entrado en el jardín regresó y dio el parte. Yusuf tardó un momento en comprender que estaba hablando en *swahili*; decía que en el jardín había algunos árboles frutales, pero que eso era todo, y que la puerta de la casa estaba cerrada con llave. El oficial no miró al soldado pero, cuando este último terminó de dar su informe y volvió a echarse bajo el árbol, se volvió y se puso a mirar la tienda cerrada que estaba detrás de él. Yusuf tuvo la impresión de que lo miraba directamente a los ojos.

Pareció que había transcurrido mucho tiempo cuando empezaron a regresar los *askaris*, que cantaban y gritaban mientras conducían a los cautivos delante de ellos. La explanada se llenó de hombres. El oficial alemán se levantó y, con las manos a la espalda, se dirigió hacia el extremo de la terraza.

—Gog y Magog —susurró Khalil al oído de Yusuf.

La mayoría de los hombres que habían llevado parecían asustados y, cuando los conducían en manada hasta el centro, miraban en silencio alrededor como si no conociesen aquel lugar. Otros daban muestras de estar muy contentos, hablaban entre ellos y lanzaban amistosos insultos a los *askaris*, a quienes esto no parecía divertirles mucho. Esperaron unos minutos antes de dirigirse hacia estos hombres que hacían payasadas para cerrarles el pico y borrarles la sonrisa del rostro a fuerza de golpes.

Cuando los *askaris* volvieron a reunirse y los prisioneros, todos muy serios, fueron apiñados en el centro, el sargento se dirigió hacia la terraza a fin de recibir órdenes. El oficial alemán asintió con la cabeza y el sargento carraspeó satisfecho antes de regresar junto a los hombres. Hicieron formar a los prisioneros en dos filas silenciosas y, en la creciente oscuridad, les hicieron ponerse en marcha en dirección a la ciudad. El oficial alemán, con el cuerpo erguido y movimientos tan mínimos como precisos, marchaba a la

cabeza de aquella fila de hombres que caminaban arrastrando los pies. Su uniforme blanco brillaba bajo la luz menguante.

Antes de que la columna estuviera fuera de la vista, Khalil salió con cuidado de la tienda y dobló la esquina para ver si todo estaba en orden dentro de la casa. El jardín, cuya música nocturna se estremecía imperceptiblemente en la penumbra, se hallaba sumido en un silencio sereno. Yusuf fue a explorar los restos del campamento *askari*. Se acercó con cuidado husmeando como si esperara que los *askaris* hubieran dejado una señal indeleble de su paso. La tierra estaba revuelta por la pisadas de los hombres y en el aire se respiraba cierta alteración. Justo al otro lado de la sombra del *sufi*, encontró varios montoncitos de excrementos que los perros ya estaban husmeando ávidamente. Los perros, suspicaces, lo miraron con el rabillo del ojo. Sus cuerpos se elevaron ligeramente a fin de proteger la comida de su mirada codiciosa. Los observó perplejo por un instante, asombrado de que se hubieran dado cuenta de aquella asquerosidad. Los perros reconocían a un devorador de mierda en cuanto lo veían.

A la luz de la luna volvió a ver su cobardía brillar en su placenta y recordó que la había visto respirar. Era el nacimiento del primer terror surgido de su abandono. En aquel momento, mientras observaba el apetito inconscientemente degenerado de los perros, pensó que sabía en qué iba a convertirse aquella cobardía. La columna que marchaba hacia la ciudad aún era visible cuando a sus espaldas, en el jardín, oyó un ruido de cerrojos. Miró alrededor y luego, con un escozor en los ojos, echó a correr detrás de la columna.



ABDULRAZAK GURNAH (1948, Zanzíbar, Tanzania) es autor de cuatro novelas aclamadas por la crítica internacional (*Memory of Departure*, *Pilgrims Way*, *Dottie* y *Paradise*) de las cuales *Paraíso*, finalista del prestigioso Booker Prize, el más estimado galardón de la literatura británica, es la primera en traducirse al castellano. Se gana la vida como profesor de literatura en la Universidad de Kent, pero volvió a Tanzania a fin de escribir esta novela. «No viajé para recoger datos, sino para que el polvo volviera a entrarme en la nariz», dice el autor.

Fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura de 2021, el cual fue comunicado oficialmente por la Academia Sueca indicando que «Gurnah ha publicado diez novelas y varios cuentos. El tema de la perturbación del refugiado recorre todo su trabajo. Comenzó a escribir a los 21 años en el exilio inglés, y aunque el suajili fue su primer idioma, el inglés se convirtió en su herramienta literaria».